



MEROUVEL

ABANDONADA

2

PQ2625

.E53

A28

v.2



1020027051



¡ ABANDONADA !

—  
JUANA BARFLEUR

Núm. Clas. M 567a  
Núm. Autor 30566  
Núm. Adg. -8-  
Procedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó \_\_\_\_\_

30566

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

# ¡ABANDONADA!

NOVELA ORIGINAL

POR

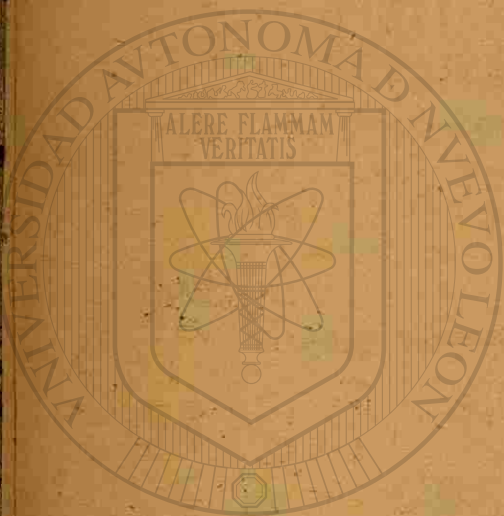
CHARLES MEROUVEL

versión castellana

DE

«EL COSMOS EDITORIAL»

TOMO II



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID  
EL COSMOS EDITORIAL.

Arco de Sta. María, 4

1891

85600

UNIVERSIDAD DE LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV.

"ALFONSO X"

110-1025 1900, 1901, 1902, 1903

30566

543  
M.

PA 2625

.E53

A28

.2



*Es propiedad.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.  
Prohibida toda traducción y reproducción.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRENTA DE F. GARCÍA HERRERO  
calle Mayor, número 119.

*Maria O. Langguth*

CUARTA PARTE.

JUANA BARFLEUR

I

Dos intrusos.

Colette y Juana, víctimas de la triple alianza de Bidoux, Justina y Urbano, abandonaban el castillo de Montiers en una hermosa mañana de primavera.

El omnibus que las conducía, era uno de esos carruajes de campo muy lujosos, perfectamente cuidados, barnizados como muebles preciosos y con las cifras del dueño a los dos costados de la caja.

Las dos jóvenes ocupaban su interior, tristes, vestidas de negro, llenas sin embargo, de valor y dispuestas a afrontar sin quejarse las dificultades, desconocidas para ellas, de que la vida de las jóvenes pobres está erizada.

543  
M.

PA 2625

.E53

A28

.2



*Es propiedad.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.  
Prohibida toda traducción y reproducción.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRENTA DE F. GARCÍA HERRERO  
calle Mayor, número 119.

*Maria O. Langguy*

CUARTA PARTE.

JUANA BARFLEUR

I

Dos intrusos.

Colette y Juana, víctimas de la triple alianza de Bidoux, Justina y Urbano, abandonaban el castillo de Montiers en una hermosa mañana de primavera.

El omnibus que las conducía, era uno de esos carruajes de campo muy lujosos, perfectamente cuidados, barnizados como muebles preciosos y con las cifras del dueño a los dos costados de la caja.

Las dos jóvenes ocupaban su interior, tristes, vestidas de negro, llenas sin embargo, de valor y dispuestas a afrontar sin quejarse las dificultades, desconocidas para ellas, de que la vida de las jóvenes pobres está erizada.

Después de todo, ¿no estaban juntas para sostenerse mutuamente?

Hermanas, sabían con vaguedad que no lo eran.

Magdalena Aubin se lo había dejado entender y en su joven imaginación habían quedado impresas algunas palabras que se le habían escapado.

Juana no había debido conocer a sus padres. No era hija del pescador más que por adopción.

Pero ni la una ni la otra, intentaban aclarar aquel punto oscuro de su pasado.

¿Para qué?

No sabían, ó al menos no querían saber, más que esto: que no se habían separado jamás desde su más remota infancia; que los mismos recuerdos de una suerte común las unía la una á la otra; que no conocían á nadie en el mundo, y sobre todo, que se amaban entrañablemente.

No llevaban ninguna amargura de aquel castillo de Montiers que habitaban hacia diez años.

El recuerdo de su bienhechora les era querido.

Ellas se decían que la muerte no le había dado tiempo de poner en ejecución sus buenos deseos; que no eran víctimas más que de un azar ó de una fatalidad.

Si el notario no había descubierto en el secreter el papel misterioso que debía asegurar su porvenir, no acusaban á nadie y pensaban que la señora Chambly, tan poco expansiva de ordinario, se había explicado mal, ó que ellas no la habían comprendido bien.

El señor Pescheux era más perspicaz.

Sospechaba una artimaña en la desaparición del documento, que él sabía que debía existir, y para el cual le había pedido la millonaria, más de una vez, instrucciones.

A su parecer, se encontraban allí en presencia de uno de esos fraudes criminales, tan frecuentes en cuestión de herencias, fraude que se

prometía él descubrir más tarde ó más temprano.

Pero las dos hermanas no sospechaban nada.

Se marchaban con la inquebrantable fe de la juventud en el porvenir.

Y hasta sentían cierta alegría al verse libres de toda tutela, al poder volar con sus propias alas.

La perspectiva del trabajo no las asustaba.

Con tal de que tuviesen el derecho de vivir juntas, no deseaban más.

El coche, al cadencioso trote de sus dos caballos castaños, seguía un camino paralelo á un paseo del parque enarenado y admirablemente cuidado.

Bidoux, el hombre de confianza de la señora Chambly, el socio de Justina, no carecía de conocimientos en el trayecto de Montiers á Compiègne.

Como todos los cocheros de las casas de campo, á fuerza de recorrer el mismo camino tantas veces, tenía amigos de un extremo á otro y les servía con mucho gusto, sobre todo cuando el favor que tenía que dispensarles no le costaba nada.

Esto es lo que le sucedió aquel día.

A un cuarto de legua de Montiers recogió un primer viajero y lo instaló en el imperial del ómnibus, entre los equipajes de las señoritas.

Las trazas de aquel intruso contrastaban con el lujo del vehículo.

Era difícil asignarle una edad precisa; podría tener de cuarenta y cinco á cincuenta años, y llevaba un traje de pana verde, demasiado ancho para su delgado y largo cuerpo, pero la tela estaba tan rapada, tan usada y descolorida, que apenas se conocía á qué género había pertenecido.

El conjunto estaba, sin embargo, limpio y cepillado con cuidado.

Las tres cuartas partes de la cara, de aquel individuo desaparecían bajo los pelos de una barba corta; su corto cabello se ocultaba deba-



jo de una gorra redonda en forma de melon, de esas que usan los guarda-bosques; pero con toda seguridad aquella gorra vieja provenia de algun regalo.

El que la llevaba no podia ser más que una variedad de la gran familia de los mendigcs.

Lo era en efecto, pero de una especie particular. Era un pobre vergonzoso y tímido, que disfrazaba su verdadera profesion bajo diversos pretextos y muy especialmente, ofreciéndose á sus vecinos para comisiones y trabajos ligeros de los cuales podia encargarse él con seguridad.

Se llamaba Matías.

Todo lo que se sabia de aquel ser tímido, que vivia como un salvaje, era que habia nacido en el país, que era hijo de gentes pobres; que le habia tocado la quinta y que habia sido herido en Crimea en la cabeza, lo que por cierto habia debilitado su inteligencia ya bastante corta de suyo.

Gozaba de una pequeña pension de ciento cincuenta francos, que le valia su herida, y vivia en una cabaña á la orilla de un camino de travesía, casi al extremo del parque de Montiers.

Era una obra muy original, que se habia construido él mismo, en un estrecho pedazo de terreno que habia heredado de sus padres.

Se parecia á las cuevas que hacen los peones camineros en las cunetas de las carreteras, para preservarse de las lluvias en el invierno y del calor en el verano.

Sólo que era cuatro veces mayor.

Más confortable á su habitante, estaba provista de una chimenea que un bromista hubiera podido tapar con un manojo de heno sin más que subirse sobre los hombros de un compañero.

Pero nadie se ocupaba de buscar camorra á aquel desgraciado despojo de nuestros ejércitos.

Matías era tan inofensivo, que se le acogia en todas partes con bondad.

En Montiers, en particular, tenia la seguridad de encontrar la pitanza, que no tenia necesidad de pedir, lo cual era doble favor.

Y si desde hacia algunos años su casa habia tomado la apariencia de la casa de un cristiano, habia sido porque la señora Chambly, á instancias de sus dos protegidas, quienes protegian á su vez y de muy buena gana al antiguo soldado, habia enviado obreros para repararla y ponerla en buen estado.

Las dos jóvenes, movidas á compasion, se cuidaban de que Matías no careciera de nada, y más de una vez le habian dado algun franco, economizado de las cantidades que la señora Chambly les daba para sus pequeños gastos.

Al aproximarse el ómnibus, el antiguo soldado, que marchaba á buen paso, se habia vuelto y enseñado un papel que llevaba en la mano.

—¿Adónde vas?—le preguntó Bidoux, deteniendo los caballos.

—A Compiègne, á llevar una carta.

—¿Para quién?

—Para los Precourt.

—Sube.

Matías no se hacia rogar en semejantes casos. Eran cuatro buenas leguas ganadas, con la perspectiva de volver por el mismo medio.

Quinientos metros más allá, la verja de una casita de campo se abrió al aproximarse el coche.

Una criada, de unos treinta años de edad, se presentó en la puerta y levantó la mano.

Los caballos se pararon.

—Decid, Florencia—preguntó el cochero con tono jovial,—¿es que me tomáis por un conductor de diligencias?

—No, señor Bidoux, pero el señor Venotte va á tomar el tren.

—¿Y quiere un asiento?

—Si es posible...

La criada era de esas á las cuales un cochero de buena casa no niega nunca un favor.

Regordeta, bien parecida, con hoyitos en las

mejillas y en la barba, y no tenia mudos los ojos.

Bidoux se mostró con ella muy amable.

—Por vos—la dijo—no hay nada que yo no haga. ¿Está preparado el señor Venotte?

—Sí.

—Pues bien, pronto ¡eh! tengo prisa.

—En seguida.

La criada entró en la casa y volvió al instante con una maleta de tafete, bastante elegante, en la mano.

—Aquí teneis—le dijo al cochero.

Detrás de ella iba un caballero de mediana edad, de claros y grises cabellos, grueso y bajo, de cara redonda, jovial y recién afeitada, á escepción de dos pequeñas patillas rubias.

Sus ojos eran cada uno de diferente color, muy vivos, inquietaban cuando miraban de cerca.

Su traje, muy cuidado, demasiado cuidado, muy elegante; su camisa muy limpia y la corbata blanca, le daban el aspecto de un notario de pueblo que iba á que firmasen un contrato matrimonial, ó de un acomodador de teatro en el ejercicio de sus funciones.

No era ni lo uno ni lo otro.

Montó, se colocó en el pescante al lado del cochero, y antes de sentarse echó las manos á las solapas de su gaban color habana, desabrochándolo y doblando las solapas para que sobresaliera su ferro de seda y pudiera verse su ajustada levita, dirigió una mirada á la criada, á quien Bidoux había llamado Florencia, mirada que no podia dejar duda alguna acerca de su grado de intimidad, y el ómnibus continuó su camino.

—Estais ataviado como un prefecto, señor Venotte—dijo el cochero á su compañero.

—Este es el uniforme de la casa, mi querido señor Bidoux—repuso el segundo intruso.—Estoy enjaezado y vuelvo al galope á mi puesto.

—¡Diablo! Allí se hila fino.

—Sí, es preciso elegancia, por las señoras. ¡Comprendeis!

—¡Es una famosa casa, y que produce!...

—¡Todo lo que se quiere! No hay más que bajarse para coger.

Sacó una petaca con cigarros.

—¿Encendeis uno?—dijo al cochero presentándosele.

—Gracias.

—¡Haceis mal! Esto es un bálsamo.

El hombre de la corbata blanca se volvió.

—¿Se puede fumar? ¿No molesta al señor?—preguntó dirigiéndose á Matias.

—No, señor Venotte.

—¿Vais á Compiègne, querido?

—Sí, el señor Bidoux tiene á bien llevarme.

¡Eso han ganado mis zapatos!

—Y vuestras piernas tambien, hermano.

El señor Venotte, cuyo nombre era Fortunato, no era orgulloso.

Esto se veía bien.

Se ganaba en seguida las simpatias de las gentes; solo que era más preferible desconfiar de él.

Se decia en voz baja que habia pertenecido algun tiempo á la prefectura de policia.

Por el momento estaba empleado en los almacenes del Tisserand, reconstruido sobre las ruinas de un suntuoso bazar destruido por un incendio y salido de sus ruinas más triunfante que antes.

Todos los parisienses conocen esa inmensa casa que forma un cuadrilátero en el ángulo de los dos boulevares de San German y San Miguel.

Venotte estaba encargado especialmente de vigilar y detener á las rateras, que no son raras en aquellas multitudes, pero ocupaba sus ocios tomando notas del personal, que le temia como al fuego y le detestaba como á la peste.

En el fondo, si no hubiera sido por su comision, el inspector no era ni peor ni mejor que otros muchos.

Pero de todos modos no era muy malo.

—Matías quiere más á sus zapatos que á sus piernas—dijo el cochero.

—Porque el cuero no se regala. ¿No es así?

—Es verdad, señor Venotte—dijo el antiguo soldado con humildad.

Y animado por el tono familiar del inspector, añadió:

—¡Qué bonita propiedad teneis!

Venotte se engalló.

Su vanidad de propietario era agradablemente halagada.

—Sí,—dijo tocando las puntas del cuello recto de su camisa; ya he gastado en ella más de treinta mil francos, pero serán bien aprovechados.

Figuraos una casucha de carton, con una verja de hierro blanco en medio de un campo adornado de unos sesenta rabos de escoba. Y he aquí la posesion.

Pero Florencia era allí el rayo de sol.

Venotte se inclinó al oído del cochero.

—Es buena para ciertos trapisondillas—le dijo confidencialmente.

Aquellos dos prójimos habian sido hechos para comprenderse.

Bidoux le tocó con la palma de la mano en el vientre y le llamó amistosamente:

—¡Viejo picaro!

Fortunato Venotte le tocó en el hombro á Bidoux.

—A propósito—le dijo—¿hay acontecimientos en vuestra casa?

—Sí.

—Se habla de ello en el país.

Bidoux se puso pálido y despues, efecto de la reaccion, colorado como una amapola.

No era por miedo, pero aun cuando estaba tranquilo, respecto á las consecuencias que los acontecimientos de que Venotte hacia alusion, pudieran traer, no le gustaba que el público se ocupara de ello.

Hay cenizas que es preciso no remover.

—No ha pasado nada más que lo natural,—dijo:

—Sin duda. Una señora anciana que las *lta*, eso se ve todos los dias. ¿Y las pequeñas que conducis?

—¡Las señoritas!

—¡Burladas en toda la línea las pobres! Se hablaba de un testamento. ¡No ha parecido el papell! Ellas hubieran podido vivir como princesas, con doncellas para peinarlas y coches para llevarlas. Y las va á ser preciso fatigarse como á todo el mundo, y mucho.

Bidoux no contestó.

Enseñó la punta de su látigo á los caballos, que alargaron el trote.

—Qué bien marchan ¿eh?—dijo por variar de conversacion.

—Buenos animales—dijo el otro.—¡Bien se conoce que están bien cuidados!

Y volviendo á su pista, Venotte añadió:

—¿Qué es lo que van á hacer en París vuestras marquesas?

—Harán lo que quieran—respondió Bidoux muy aburrido.

Aquella conversacion le ponía de muy mal humor.

Un remordimiento pesaba sobre su conciencia. Luego la tenia.

¡Hay tantas gentes que la han extraviado!

Por acorazado que se esté contra todo, hay infamias que nos enervan.

Bidoux tenia prisa por llegar á Compiègne para verse libre de sus víctimas.

—¿Sabeis—repuso Venotte—que vuestras jóvenes valen tanto oro como pesan?

—¡Ay!—dijo Bidoux afectando tristeza.

Sentia haberse encargado de aquel intruso tan hablador que le desesperaba con su charlataneria.

—Apostaría cualquier cosa—repuso Venotte—á que irán cualquier dia á pedir colocacion en nuestra casa. Es preciso colocarse, y eso está muy escabroso en estos tiempos.

—¿Las tomareis?—dijo maquinalmente el cochero.

—Esa es cuestion de los patrones. Pero para vuestro gobierno, querido, os diré que pequeñas cortadas por ese patron no se las encuentra todos los días. Sólo que no más que para un almuerzo al sol. Despues de ellas—añadió con aire desenvuelto—toca el turno á otras. El mundo no ha concluido, y la simiente de esclavas no falta.

Venotte se espresaba con la desvergüenza y el aplomo de un negrero.

El mendigo le lanzó una mirada de través.

El queria á las señoritas de Montiers.

No olvidaba el bien que ellas le habian hecho ni su hermosa sonrisa.

Bidoux arreaba á los caballos. Aquel, Venotte le crispaba los nervios.

Por fin apareció Compiègne.

El ómnibus giró magistralmente en la estacion y se detuvo delante de la puerta.

Matías se bajó precipitadamente, abrió la portezuela para que salieran las dos jóvenes, y con voz temblorosa por la emocion, las dijo:

—¡Buena suerte, señoritas, y si yo pudiera seros útil en alguna cosa!...

—Gracias, hasta la vista, mi pobre Matías,—le contestó Juana.

El inspector no las perdió de vista.

Y cuando Colette y Juana, despues de haber colocado en la red algunos objetos que llevaban sobre sí, se sentaron en un coche de segunda, él se sentó en la banqueta de enfrente esperando una ocasion para entablar conversacion con ellas.

No era difícil encontrarla.

## II

### Consejo de amige.

Nadie, escepto él, hubiera dejado de tomar por mirada de águila la mirada con que el inspector de Tisserad envolvía á sus dos vecinas.

El águila es un ave de rapiña superior.

Fortunato Venotte no volaba tan alto y no poseía el poder fascinador de la reina de los aires.

De otro modo Dios sabe lo que hubiera sido de aquellas dos pobres jóvenes en sus primeros pasos en la vida.

Pero apenas si se ocupabande su compañero de viaje.

Pensaban en el pasado, que las parecía ya perdido en lejanas brumas (tañ nebulosos llegan á estar los acontecimientos más alegres ó más tristes de nuestra existencia, una vez que han pasado.)

El porvenir era lo que las asustaba, aquel porvenir tan incierto, hacía el cual iban á la aventura, sin idea fija, sin saber que hacer.

¿Adónde irían aquella misma noche?

Apenas si se atrevían á proponerse este problema.

Nada las había preparado para aquella vida nueva.

En sus pocas escursiones á París, acompañadas de la señora Chambly ó de sus institutrices, despedidas hacía un año, no se habían ocupado de nada.

Entonces iban á parar al Gran Hotel, pero ellas pensaban, con razon, que un gasto tan grande estaba prohibido ahora á sus escasos recursos.

Su bolsa no pesaba mucho.

Unos mil quinientos francos era lo que tenían.

Con esta cantidad no podían llevar una existencia de nabab.

Juana, la más jóven, pero la mejor cabeza de las dos abandonadas, comprendía perfectamente esto.

En su precipitacion por abandonar Montiers, en donde se veía rodeada de una sorda hostilidad y de ese desprecio oculto con que los seres bajos consideran á los vencidos de la vida, no había pensado en informarse sobre lo que debía hacer al llegar á París ó más bien no había sabido á quien preguntar.

El tren que las conducía era un tren mixto, bastante cómodo, puesto que llegando á eso de las tres de la tarde, las dejaba tiempo para buscar un albergue y colocar sus equipajes, más considerables que sus fondos.

En Pont-Sainte-Maxence, el fortunato Venotte respiró.

Dos viajeros que estaban en el mismo departamento, se bajaron.

Se encontró solo con las dos jóvenes.

Podía hablarlas.

Cuanto más las examinaba, más le gustaban. ¡Tenían adorables rostros, palabra de honor! ¡Y eran bien formadas!

El inspector vacilaba entre las dos, no sabiendo á cual de ellas adjudicar la palma.

Colette, con una mano entre las de su hermana, miraba á lo lejos, del otro lado del Oise, las verdes matas del bosque de Hallatte.

Los ojos de Juana se encontraron con los del ex-policia.

No le conocía, ó mas bien, apenas le conocía; pero conocía su decantada villa, por haber llegado algunas veces hasta allí en sus paseos.

—¿Es usted el señor Venotte?—le dijo.

El inspector se inclinó y la contestó sonriendo:

—Sí, señorita, para servirlos.

Interiormente se dijo:

—¡En fin! ¡Es cien veces mas perfecta que yo creía! Decididamente es la más hermosa. ¡Una alhaja!

—Os pido mil perdones de no haberos reconocido antes—repuso Juana,—pero me dispensa-reis. ¡Tengo el espíritu tan turbado!

Venotte fingió una profunda conmiseración. Un cocodrilo hambriento, acechando á las orillas del Nilo la presa que se dispone á destrozar, debe tener en aquellos momentos una mirada parecida á la de Venotte al hablar á Juana.

—Ya sé—la dijo.—¡Todo el mundo habla de ese accidente!.... ¡Os compadece!.... ¡Vais á París!...

—Sí, señor.

—Bidoux me ha dicho algo. Deseais crearos una posición.

—¡Si es posible!

—¡Encontrareis grandes dificultades.

—¡Ah!

—Todas las colocaciones estan de una manera atroz, sobre todo las de las mujeres.

—¡Verdaderamente!

—¡Lo comprendereis! Las gentes de provincias afluyen á París como los rios al mar. Eso hace temblar. ¡Es una verdadera invasion de pretendientes! Un joven con un poco de suerte consigne aun colocarse, pero las jóvenes ¡ah! ¡miseria!

UNIVERSIDAD DE SEVILLA  
BIBLIOTECA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA  
C/ALFONSO X el Sabio, 44  
41013 SEVILLA, ESPAÑA

Y de pronto preguntó:

—¿Llevais alguna intencion?

—No...

—¿Algun plan?

—Ninguno.

—¿Teneis alguna preferencia?

—Ni la más minima.

—¿Entonces estais dispuestas á aceptar cualquier colocacion?

—¿Con tal de que sea honrosa!

—¿Sin duda, sin duda!

Y pensó para sí:

—¿No estan fuertes! ¡Si la naturaleza me hubiera hecho mujer y me hubiera dotado de un fisico provisto de tantos encantos, no es ese el camino que yo seguiria!

Peró no ocultaremos que Fortunato Venotte era profundamente inmoral, y que en cuestion de oficios no apreciaba más que el provecho que de ellos se pudiera sacar y no el honor. ¡Testigo el suyo!

Por lo demás, este es un tipo bastante comun. —¿De modo, que buscareis?—repuso despues de un momento de silencio.

—¿Puesto que es preciso!

—¿Pero desde luego al llegar á Paris tendreis necesidad de un alojamiento?

—¡Oh! sí; pero lo más sencillo posible.

—¿Os habeis fijado en algun barrio?

—Ni aun hemos pensado en eso.

—Lo comprendo—dijo con el tono del más profundo interés.—¡Esa pérdida ha sobrevenido tan de repente! ¡Ha sido un rayo! ¡La señora Chambly ha debido dejaros algo!

—Nada.

—¿Muebles?

—Ni sombra de ellos.

—¿Dinero?

—Nuestras economias bien restringidas.

—¿Vuestros efectos al menos?

—No nos los han quitado...

—¿Y eso es todo lo que os ha dejado?

—Todo.

Fortunato Venotte cerró sus labios de una manera especial.

—¡Diablo!—murmuró.

La situacion era peor de lo que él habia podido pensar.

Sin embargo, la sabia de antemano.

No se ignoraba en los alrededores de Montiers lo que habia pasado á la muerte de la señora Chambly.

—Entonces—dijo Venotte, como para concluir,—es preciso reflexionar, y mucho, mucho...

Colette, que no prestaba más que una distraida atencion á lo que hablaba su hermana con el hombre de la corbata blanca, y contemplaba pensativa el variable espectáculo de los bosques, los castillos y los campos que desfilaban ante ella, se volvió.

Los ojos del policia manifestaron sorpresa.

La belleza de Juana era ideal, exquisita, perfecta, si la perfeccion puede existir.

A su aspecto se sentia gana de arrodillarse ante aquella *madona* rubia, con ojos de color de cielo, de facciones de una suave delicadeza, de deslumbrante color; pero habia en ella una dignidad que imponia, que helaba las declaraciones y las palabras libres en los labios más atrevidos.

Colette, por el contrario, con su encendido color y sus ojos de una extrema brillantez, tenia en sí ese no se qué de escitante, de carnal, que seduce luego y que impulsa á la audacia.

Podia deseársela con pasion.

A Juana era preciso amarla siempre.

Fortunato Venotte estaba deslumbrado, abatido.

Se quedó de nuevo perplejo y se perdió en sus reflexiones, en su éxtasis.

Ciertamente, él habia visto jóvenes hermosas en los almacenes del Tisserand, en donde no son raras.

Allí se hace de ellas un horrible consumo.

No duran, según su brutal expresión, más que un almuerzo al sol.

Pero una pareja parecida, jamás, jamás la había ni siquiera entrevisto.

—¡Creil, cinco minutos de parada!—se oyó gritar al mismo tiempo que el tren se detenía.

El policía se rehizo.

No había tiempo que perder. París no estaba de allí más que una hora.

Cuando el tren se volvió a poner en marcha, otros viajeros se instalaron con ellos.

Venotte se inclinó hacia los dos jóvenes.

En el punto a que habían llegado empieza la intimidad.

Además, sin ser un fénix el inspector, tenía demasiada sutileza para no adivinar que en el estado de abandono en que el azar las lanzaba, debían creerse felices de encontrar en el camino un consejero en condiciones de poder colocarlas en una de las primeras casas de París.

La providencia se encarnaba en él.

—Vamos a ver—las dijo—hablad con sinceridad. No os ocultó que me interesais en extremo.

¿Quereis colocaros?

—Ciertamente.

—¿Qué sabeis?

—Lo que se sabe de ordinario al salir de un colegio.

—¿La señora Chambly no ha escaseado nada para vuestra instrucción?

—Nada.

—¿Hablais el inglés?

—¡Oh, muy bien!—afirmó Colette con acento cómico.

—¿Y el alemán?

—Un poco.

—¿El trabajo?

—Sabemos coser, en caso necesario hacer un sombrero, un traje...

—Eso es admirable. ¿Y tocáis el piano tal vez?

—Algo.

Venotte tomó una actitud de oráculo.

—No debo ocultaros que aun con todos esos conocimientos se está muy expuesto a morir de hambre en las calles de París, y que por lo menos es terriblemente difícil hacer fortuna en él. Floristas, modistas, costureras, amas de huéspedes, empleadas de todas clases, os dirán que apenas ganan lo suficiente para vivir. A las desgraciadas que se levantan con el sol, van a ganar su jornal, y vuelven a la noche a sus buhardillas, se las paga generosamente de cincuenta a sesenta francos mensuales, ¡y aun!... Las que se distinguen en esos diversos oficios, en los cuales no hay más que agua para beber—esto no es una figura—son las únicas que llegan a conseguir un salario razonable... En nuestra casa, por el contrario, una de las señoritas dedicadas a la venta, además de la comida, puede ganar de ciento a doscientos francos mensuales. Aquello es una mina de oro, y con sensatez, capacidad y cierta flexibilidad de carácter, se llega a la cúspide de la carrera. ¡Entonces esto es soberbio! Se vive algunos pisos más bajo, y la corriente que empuja a las que así se conducen, principia a arrastrar lentejuelas de oro. Pero ya comprenderéis que son muchos los llamados y pocos los elegidos. Eso es como el paraíso. Para una plaza que no está jamás vacante, hay millones de peticiones, y la influencia del favor es una dificultad insuperable.

—¡Estais pavoroso!—dijo Colette.

Juana escuchaba al inspector con mucha atención, casi con avidez.

—¡Pero se consigue!—concluyó Venotte.

—¡Ah!—dijo Colette con incredulidad—¿y cómo?

—Pues como sucede con todo: ¡por protección!

—Nosotras no la tenemos.

—¿Y la mía?

—¡Vos no la concederéis!...

—¿Dudareis de ello? ¡Siendo vecinas! ¡Y además, lo que os ocurré es de tal naturaleza, que

no puede menos de conmover á las almas sensibles! ¡Caer de un palacio á una tienda!

Fortunato Venotte se ponía casi alegre.

Entreveía para él en aquel encuentro un manantial de oscuros beneficios. Sería un verdadero tesoro el que llevaría á su casa.

Los grandes almacenes de hoy han llegado á ser más que ministerios y comprenden toda una jerarquía, desde el criado con la librea del establecimiento hasta el jefe superior, que dispone á su antojo de los grados, de los empleos, de los favores de toda especie y casi de la vida de sus subordinados, porque con la escasez de colocaciones y la dificultad de procurarselas, la mayor parte de las veces el despedir á un empleado es lanzarle en la miseria, ó al menos en la tortura, en la horrible tortura, con su cortejo de preocupaciones y disgustos.

Entre tanto desfilaban las estaciones con extrema rapidez.

Apenas si había tiempo para ver las que el tren dejaba atrás en su rápida carrera.

—¡Chantilly! ¡Survilliers! ¡Louvres!

Venotte continuaba hablando como el hombre que tiene mucha prisa por decir alguna cosa.

No se ganaba dinero más que en su casa y en una media docena de casas parecidas.

Las tiendas pequeñas estaban muertas por las grandes.

Por fin concluyó diciendo:

Que si aquellas señoritas querían, él se ponía á su disposición; que no había que desperdiciar la ocasión; que él no garantizaba el resultado; que utilizaría su influencia en favor de ellas, pero nada más; que si preferían otros almacenes, él las indicaría aquellos en que podían tener probabilidad de entrar. ¡Quién sabe! Más tarde, con su buen aspecto y ayudándolas algo la suerte, podrían llegar á ser patronas á su vez. Se necesitan capitales. No se establece uno sin *mónacos*, sin *cisco*, según las expresiones modernas; pero el dinero se encuentra. ¡No hay

más que ponerle precio! ¡Cómo? Esto es lo que él dejaba en la oscuridad.

Juana escuchaba con cierto malestar, medio comprendiendo.

Venotte recalcaaba sus palabras con ciertas posturas y expresivos gestos; pero evitaba pasar la medida al hablar á pájaros que temía espantar.

De otro modo hubiera puesto los puntos sobre las íes.

Era claro.

—¡Pierrefitte! ¡Saint-Denis!—se oyó gritar.

Llegaron.

Venotte sacó una cartera del bolsillo de su gaban.

Aquella cartera estaba llena de notas y cuajada de jeroglíficos.

Se hubiera sorprendido á los empleados del Tisserand dándosela á leer.

Aquel Venotte era un hombre precioso para una administración.

Sacó una tarjeta y se la entregó á Juana, quien la miró y leyó:

• FORTUNATO VENOTTE.

*Inspector en los grandes almacenes Plessis y C.<sup>a</sup>*

Y más abajo:

Calle Visconti, 17.

El tren pasaba en aquel momento entre dos líneas de casas de *Docks* y de fábricas que seguían sin interrupción.

—Siempre estaré á vuestra disposición,—dijo Venotte,—pero ¡qué hareis á la llegada?

Colette se encogió de hombros y estiró los brazos.

No lo sabía.

—¿Conoceis á alguien en París?

—A nadie.

—¿Un hotel?



—Ninguno.

Ella quería decir un hotel con relacion á su fortuna presente.

—¡Sin embargo, necesitais donde alojaros!

—Sin duda.

—Os aconsejo mi barrio.

—¿Del otro lado del río?

—Mi calle, si quereis.

—¿Se encontrará allí lo que necesitamos?

—Perfectamente. Justamente hay un cuarto vacante á mi puerta. Dos habitaciones que dan sobre unos jardines. Son muy alegres.

Colette consultó á su hermana con una mirada.

—¡Si fuéramos á verlo!—dijo.

—En dos horas podeis tenerlo amueblado,—las dijo Venotte;—¡y es una gran economia! Encontrareis todo cuanto necesiteis en nuestra casa, y esta misma noche podeis tenerlo todo arreglado.

Juana suspiró.

Pero era preciso proveerse y Venotte con sus experiencias podia serlas útil.

Sin embargo, á pesar de su aire jovial, su cara no la gustaba. La encontraba no sé qué de falso que la ponía en guardia; pero á medida que se aproximaban á Paris, se sentía más sola, más perdida en aquella tumultuosa inmensidad, en donde, en efecto, ella no conocía á nadie y no sabía á quien confiarse.

Cogió furtivamente la mano de la morena, y la dijo al oído:

—¿Quieres?

Colette inclinó la cabeza.

El tren rodaba produciendo ese ruido sonoro que anuncia su llegada bajo las bóvedas del desembarcadero, y se detuvo.

Las puertas de los coches se abrieron y los viajeros se precipitaron en el andén.

—¿Qué decidís?—preguntó Venotte á sus hermosas compañeras.

—Puesto que sois bastante bueno para guiarnos, nosotras podriamos...—dijo Juana.

—Eso está hecho en seguida. Que os agrade ó no ese cuarto, podeis volver despues por vuestros equipajes. ¿Vamos?

—Vamos.

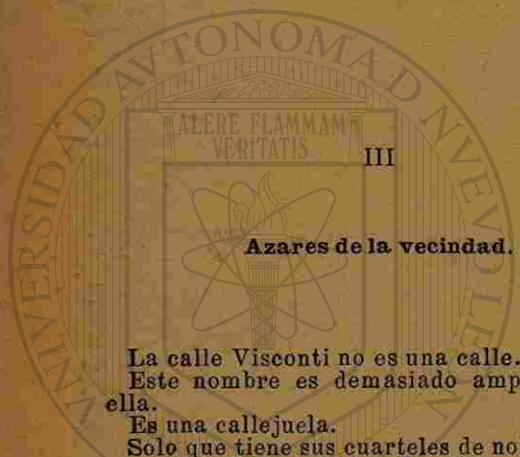
—Entonces, os llevo—dijo él alegremente.

Y consultando su reloj, añadió:

—Las tres y cuarto. Despachemos. A las ocho estareis instaladas en vuestra casa. No hay necesidad de hotel. Eso es una economia.

Las acompañó fuera de la estacion, llamó á un cochero, las hizo subir en el coche y subió él despues de haber dicho al cochero:

—¡Calle Viscontil!



### Azares de la vecindad.

La calle Visconti no es una calle.  
Este nombre es demasiado ampuloso para ella.

Es una callejuela.  
Solo que tiene sus cuarteles de nobleza, como una viuda del arrabal de San German.

Es vieja.  
Su antigüedad está inscrita sobre las argamzas de su construcción que llevan el sello de los últimos años del reinado de los Valois.

El número 19 particularmente, debe ser más antiguo que sus vecinos y representa con bastante exactitud, a pesar de algunas degradaciones debidas a los albañiles que la han reparado, la casa de un rico burgués de los tiempos de Francisco I.

La puerta cochera, de madera de encina maciza, con clavos con facetas como los diamantes, va a dar a un pórtico abovedado a la derecha de la casilla del portero, que es una casilla de construcción moderna, que parece una cabaña. Hay una ancha escalera de piedra con barandilla curiosamente trabajada, que da ac-

ceso a los tres pisos de la casa y por un largo pasillo se va a parar a un pabellon que da sobre el jardin.

La noche del viaje de Compiègne a Paris las dos desheredadas de Montiers acababan su instalacion en las habitaciones más elevadas de aquel pabellon.

Aquella era la vivienda de que les habia hablado Venotte.

El antiguo policía vivia en el número 17, la casa de al lado, y desde sus ventanas, situadas en el mismo piso que las de las pobres jóvenes, podia estar al corriente de lo que pasara en casa de ellas.

Por el momento ellas estaban completamente esperanzadas.

Habian seguido sus consejos.

El coche de alquiler despues de haberlas dejado en la puerta de la casa, en donde en dos palabras habia quedado convenido el asunto de la habitacion en cien escudos por año, las habia trasportado a los almacenes del boulevard de San German, en donde acompañados por Venotte, se habian procurado lo estrictamente necesario en cuestion de muebles.

Despues habian vuelto a la estacion del Norte, donde habian recogido sus equipajes, más importantes para ellas que su mobiliario.

Estaban, pues, en su casa, solas, muy solas, pero libres en aquel inmenso Paris que apenas conocian.

Sentian ese bienestar que se siente cuando uno está en su casa aun cuando sea muy pobre, pero en donde al menos se respira con libertad, sin deber nada a nadie, en medio de objetos familiares, mezclados a nuestra existencia, y que por decirlo así forman parte integrante de ella.

Y los proyectos seguian su curso.

Las dos jóvenes ajustaron sus cuentas.

Apenas les quedaban quinientos francos.

Acababan de gastar en cifras exactas noventa y dos francos.

Dos camas de hierro iguales, bastante buenas, una mesa, un gran tocador, el lujo de aquella habitación de estudiante, tres sillas, una porción de objetos menudos indispensables y el gran gasto superfluo, unos cincuenta metros de cretona *Pompadour* para hacer cortinas.

Esto era todo.

Además poseían un *trousseau* de princesas.

Los baules estaban llenos de ropa blanca, vestidos, peinadores y todo lo que es necesario para la *toilette* de una elegante.

En fin, detalle interesante: en aquella vieja casa de la calle Visconti, las dos habitaciones que componían su vivienda, estaban provistas de molduras por todos lados, tenían altos techos y daban sobre un espacioso jardín, muy cuidado, por dos anchas ventanas guarnecidas de rejas de hierro, que sobresalían en forma de canastilla.

Del otro lado de la pared que cercaba el jardín, á unos cincuenta metros de distancia, el pabellón de la calle de Jacob, ocupado por Andrés de Fresnaye, daba frente al de las dos hermanas.

Venotte había calculado bien.

A las ocho, Juana y Colette lo tenían todo arreglado.

Los dos lechos estaban colocados el uno al lado del otro, en la alcoba de una sala artesonada de arriba á abajo. Con las sillas, una alfombra de quince francos al pie de las camas, la mesa y el tocador, ya estaba todo aquello habitable.

—Cuando esten puestas las cortinas—decía Colette,—y florezcan las lilas en el jardín, no estaremos muy mal.

La otra habitación no contenía más que baules vacíos.

Se respiraba allí un fuerte olor á farmacia.

—¿Si comiésemos!—dijo la morena.

—¿Tienes hambre?—preguntó Juana.

—¿Y tú?

—Yo no. Y además, ¿á dónde ir?

El día desaparecía con rapidez.

—¿A dónde ir?—repitió Colette.

Esto era un problema.

—¡Dos jóvenes solas!—objetó la rubia.

—Sin embargo, es preciso decidirse—repuso Colette.

Atrajo á su hermana á sus brazos y la estrechó contra su pecho.

—Animo—la dijo.—Tú tenías más que yo en Montiers. ¡Es preciso que yo te lo dé ahora!

—En Montiers nuestra situación era equívoca; era preciso salir de ella. Tenía prisa por salir de allí. Parecíamos á dos mendigas desde la muerte de aquella pobre señora Chambly.

—Pues bien—dijo alegremente,—aquí la situación es clara. Somos dos jóvenes condenadas á ganarnos la vida, esta es la palabra... ¿no es verdad?, y no debemos dejarnos morir de inacción.

Y tiernamente añadió:

—Ven, Juanita mía. ¿No seremos dos para ayudarnos, y en caso de necesidad, para defendernos?

—¡Ah!... ¡Qué buena eres!

—No, yo no soy buena, por el contrario...

Siento que aborrezco á casi todo el mundo.

—¿Viste con qué alegría se deshizo de nosotros Salvador?...

—¡Y aquellos criados... qué compasión tan irónica!...

—¡Oh! aquella Justina, ¡qué placer en devolver mal por mal!...

—¡No, no soy buena, y si cayesen entre mis manos!...

Pero te quiero. Y ¡quién no te querrá! ¿No nos separaremos jamás?... ¿Dí?

La rubia repitió:

—No, jamás.

En aquel momento llamaron á la puerta.

—¡Adelante!—dijo Colette.

Era el portero.

—¿Adelante!—dijo Colette.

Era el portero.

Este portero merece dos líneas de descripción.

Era alto, viejo, calvo y delgado.

Antiguo jardinero del propietario de una villa en los alrededores de Paris, estaba retirada.

do en la casa de la calle Visconti, cuyo *partee* cuidaba con extrema atención.

Se llamaba Gombault y vivía solo.

Su mujer había muerto algunos años antes. Gombault no tenía menos de setenta años y pasaba su existencia podando árboles, *trasquilando* céspedes, como él decía, y cuidando plantas en una estufa situada en el fondo del jardín. Su biombo no le servía para mucho más que para dormir.

—Os han traído utensilios de casa y os los subo.

Examinó la habitación con curiosidad.

—¡Ehl! ¡ehl! esto no es un palacio, ni mucho menos—dijo;—pero se puede vivir aquí. ¡Y en pleno sol! ¡Vereis qué alegre es!

Sonrió con aire paternal. Los vecinos le llamaban el abuelo Gombault. Tenía en verdad una excelente cara de viejo.

—Si tenéis necesidad de algo—las dijo mientras que Colette colocaba bujías en los candeleros y ponía en orden algunos objetos colocados sobre la mesa, no os abstengais de llamarme. Estoy a vuestra disposición.

—Podeis prestarnos un servicio, señor Gombault...—dijo Juana.

—Decidme abuelo Gombault como todo el mundo...

—Pero...

—Me gustará.

—Pues bien, abuelo Gombault; ¿dónde podríamos comer?

—¿En dónde? En el barrio. El señor Aubry, un estudiante de medicina que acaba de marchar a su país, porque ha concluido la carrera, ocupaba esta habitación, que huele aun a drogas, y comía en el boulevard de San German... Esperad... muy cerca de aquí, al extremo de la calle del Sena, en casa de Follet. ¡Ya vereis! Aquello es muy tranquilo. A estas horas no encontrareis allí a nadie. Y además no os comerán.

Colette se ponía ya su sombrero.

Juana dudaba aún.

Pero el portero la decidió.

—Es preciso razonar—la dijo;—en París es uno libre. Se causa el mal si se quiere, y el bien si se quiere también. ¡Libertad! ¡Libertad! Cada uno por sí.

Y concluyó con tono de verdadero abuelo:

—No temais nada, hijas. Dejadme aquí. Con el plumero limpiaré esto y lo acabaré de arreglar.

Y cuando estuvo solo examinó detenidamente toda la habitación.

—Han tenido desgracia, esto es seguro,—pensaba para sí.—Ese veleta de Venotte me ha dejado entender lo suficiente. ¡Vienen de una casa rica y no tienen un céntimo! ¡Pobrecitas! y son jóvenes, frescas como rosas primaverales, como violetas! ¡Lechos de pensionistas! ¡Y toilette de condesas! ¡Qué contraste!

Abrió los armarios, estaban llenos de ropa blanca, fina, y que olía muy bien.

—Es gracioso todo en la vida,—repuso el portero,—hoy en lo alto de la escalera y mañana... ¡zas! Para un hombre es duro, pero para criaturas como estas pequeñas, es peor. ¿Qué van a hacer? ¿Qué oficio hay para ellas? ¡Y aunque lo haya las dejarán tranquilas? Lo más fácil es que... ¡Hay mucho canalla!

Refunfuñó y encogiéndose de hombros con filosofía:

—¿Qué puede uno hacer en esto?—dijo.

Se puso a la ventana y examinó la casa de enfrente.

—¡Ya no veo al amigo del señor Aubry,—pensaba,—aquel que se llamaba Andrés, el vecino del tercero de allí enfrente! Sus ventanas están cerradas desde hace algún tiempo. Puede ser que sea interno como lo era el otro. ¡Es lástima! Ahora tendría un *vis-à-vis* que vale la pena. Si yo estuviera en su local, por la mañana estaría de planton muy de madrugada. Será una bonita salida de sol este verano, cuando ellas estén arreglándose. ¡Y pensar que se deslizarán,

como tantas otras, por esas calles de Dios en donde tantos atractivos inducen a la perdición!

Un campanillazo interrumpió sus reflexiones.

Salió despacio, sin limpiar, á pesar de su promesa; pero despues de haberse informado de lo que queria saber.

—¡Es una desgracia—decia bajando la escalera,—v una desgracia grande, de seguro, lo que las ha ocurrido!

Y repetia meneando la cabeza:

—¡Pobres ángeles, pobres jovencitas! ¡por vida del...

Juana y Colette, marchaban cogidas del brazo, muy hermosas con sus trajes negros y sus sombreros de gasa.

Los que pasaban se detenian para mirarlas.

Dos estudiantes que se cruzaron con ellas en la esquina de la calle Buci, dijeron en voz alta:

—¡Vaya un par de muchachas hermosas!...

Y un pilluelo descolorido, de voz chillona, exclamó:

—¡Ohé, las hermosas!...

Ellas apresuraron el paso y preguntaron á un guardia:

—El boulevard San German, ¿nos haceis el favor de decir?

—Seguid de frente.

Cuando llegaron al cruce de la calle del Sena, no las costó trabajo el encontrar el restaurant que el conserje las habia indicado.

Dos grandes faroles de gas alumbraban la entrada, en la cual se leía en letras de oro: *Restaurant Follet*.

El establecimiento tenía buen aspecto.

Por entre los adornos de los cristales esmerilados, se veía el interior profusamente iluminado.

Un mozo estaba en un rincon cerca de la puerta, abriendo las últimas ostras de la estación.

Juana, más tímida y más orgullosa también, dudaba si entrar.

Era para ella el primer paso de una vida á la

cual, en su delicada naturaleza, la costaba trabajo acostumbrarse.

Estaba en la actitud de una mujer que al ir paseando se detiene y recoge sus vestidos ante un hoyo lleno de lodo, que es preciso atravesar.

Pero Colette la hizo entrar.

El abuelo Gombault se habia equivocado.

Aunque eran lo menos las ocho y media, el restaurant estaba muy animado aun.

Casi todas las mesas de la planta baja estaban ocupaban.

A excepcion de una ó dos mujeres, en traje llamativo, acompañadas de unos jóvenes, no habia allí más que hombres.

La entrada de Juana y de Colette produjo efecto.

Todas las cabezas se volvieron hacia ellas.

Deslumbradas por la viva luz, quedaron un segundo cortadas, lo cual permitió á la gente que allí habia examinarlas á su gusto.

Se hubiera podido oír correr entre los asistentes un murmullo lisongero. Colette vió una mesa desocupada y se adelantó para tomarla.

Los mozos acudieron presurosos.

La actitud, el aspecto y la fisonomía de las dos parroquianas, imponia cierto respeto.

Cuando hubieron elegido la sopa, el vino y el lenguado frito, de rigor entre los consumidores novicios, extraviados en un restaurant desconocido, tuvieron tiempo de examinar á su vez el sitio y sus habitantes.

El restaurant Follet es una de esas casas que ocupan con razon un término medio entre las cocinas á bajo precio y los restaurants de las gentes elegantes.

Las salas están convenientemente decoradas; el servicio es suficiente; el público que lo frecuenta se compone de estudiantes acomodados que pertenecen á buenas familias de provincias; de sabios, de artistas y de profesores solteros.

Despues de haber examinado el conjunto, Juana y Colette pasaron á examinar el detalle.

A su lado dos jóvenes hablaban de medicina.

El de más edad, que no tendría más que dos ó tres años más que el otro, habla de adquisiciones de instrumentos de cirugía, que venía á hacer á París, y que parecían ser el pretexto de su viaje.

—¿Estás bien en Tours?—le preguntaba el más joven.

—Muy bien.

—¿Y la clientela?

—En dos meses comprenderás que no puedo tener la pretension de haberla encontrado; pero conservo la de mi tío. ¿No deserta! Y esto ya es mucho. ¿Y tú, estás bien en Cochin?

—Perfectamente. Muy contento de haber entrado allí.

—¿Adónde irás despues?

—Eso es un problema.

—¡Mi querido Andrés—repuso el otro—quisiera tenerte cerca de mí! Qué buenas *soirées* pasaríamos. ¿Por qué no vienes allí? ¿Seríamos compañeros, rivales y buenos amigos!

—¡Tú eres rico, mientras que yo... necesito ganar lo necesario para vivir! ¿No hay otro medio!

—¿Y una boda, señor baron?—dijo en tono de broma el doctor Turenés.

Aquel á quien el doctor llamaba señor baron, era un hermoso joven, moreno, á quien conocemos.

Se puso á hablar en voz baja con su amigo, y más de una vez sus ojos se volvieron hácia sus vecinas como si una fuerza secreta los hubiera llevado hácia ellas.

Las dos hermanas comían tranquilamente ahora, experimentando cierta alegría al verse rodeadas de una atmósfera de benevolencia, respetadas, por decirlo así, de aquella reunion de gente trabajadora que comiendo ó leyendo periódicos ó libros, no perdían un minuto, y cuyo silencio no era turbado más que por las manifestaciones de alegría que partían del otro extremo de la sala y á los cuales nadie prestaba atención.

Al poco rato pidieron la cuenta y salieron ya más tranquilas y ménos intimidadas.

Apenas habían andado cien pasos, cuando sintieron que las seguían.

Colette se volvió.

—¡Oh, querida!—dijo—¡nuestros vecinos de mesa!

Acababa de reconocerlos á la luz de un farol que les daba de lleno en el rostro.

Eran, en efecto, el doctor Aubry y su compañero Andrés de Fresnaye, quienes iban, algunos pasos detrás de las dos hermanas.

Pedro Aubry era un Turenés, nacido en esa fortuna media que promete una vida tranquila á los que siguen el camino recto.

Sus padres, vinicultores acomodados, cultivaban entónces una finca á las orillas del Loire, en el estimado territorio de Rochecorbon y de Santa Rodegunda.

Aquella finca era de su propiedad.

Su tío, uno de los médicos de más fama de Tours, soltero y viejo, ligeramente epicureo, se retiraba para cederle su clientela.

No hacia más que dos meses que Pedro Aubry había abandonado á París.

Grave, sin afectacion, trabajador, instruido, de manos muy hábiles, á las que la vida de los hospitales habia dado la delicadeza de manos de mujer, interlector amable, reunía las cualidades que hacen agradables á los doctores y que les granjean las simpatías de las familias.

Tenia, por último, una gran ventaja, preciosa en los médicos, quienes no deben inspirar desconfianzas á los padres ni á los maridos.

No rivalizaba con el Apolo de Belveder. Era de mediana estatura, robusto, con espaldas cuadradas, representaba mejor la raza de los vinicultores, de quienes provenia, que la de los hidalgos del hermoso país de la Turena.

No le gustaba la elegancia.

No habia conservado de sus tiempos de estudiante más que un amigo íntimo, este era Andrés de Fresnaye, dos años más joven que él,

pero aquella amistad, nacida de la casualidad y de las conversaciones del restaurant, no debía ser desmentida.

Se querían como buenos amigos.

—Ahora—dijo Andrés—tienes que pensar en casarte.

Aubry hizo un gesto de profunda indiferencia.

—A fé mia—contestó—que tal vez me ocurra esa idea, pero hasta ahora...

—¿No has pensado en ello?

—¡No, en verdad! ¡No he tenido tiempo! ¡Ya ves, querido, lo principal es estar ocupado! ¿Por qué infinidad de ociosos hijos de familia cometen tantas tonterías? Porque están desocupados. ¡Que les den enfermos que curar, copias que hacer, ó una quinta que cultivar y les habrán salvado! En mi casa no tengo un minuto mio. Ahora me instalo. Mi tío me ha cedido un pabellon de su hotel. El pobre señor no sabe qué hacer por mí. ¡Qué bueno es! Me presenta á sus clientes, á medida que van teniendo necesidad de él. Les dice que él ya está cansado. Y añade al presentarme: Esta es la nueva escuela, es el progreso. ¡Vendrá conmigo, aunque es imponente ver en una casa dos médicos! ¡Mi pabellon me encanta! Es alto, grande, amplio! No se vé allí uno ahogado por las paredes. Se respira con libertad. Se llama el hotel de las Torrecillas. Mi tío pagó por él cincuenta mil francos y lo ha restaurado convenientemente. Tiene un jardín con dos olmos y tres castaños. Ya lo ves desde aquí, por esta descripción.

—¡Pero sin mujer!

—¡Peché!—dijo Pedro Aubry—veremos, pero yo quiero mi tipo, ó nada.

—Tu tipo lo conozco... Alta, esbelta, redondeada ciertas partes del cuerpo, morena...

—*Yo soy pálido como un ruso...*

—Con buenos ojos, buenos cabellos, buenos dientes, en fin, todo bueno.

—¡Justo!

—¡Sobre todo salud!

—¿No tengo razón? ¡Oh! ¡las mujeres enfermizas, delicadas, debiles... las señoritas caprichosas, nerviosas ó histéricas, son un horror! ¡Y el matrimonio con ellas un purgatorio.

Andrés habló al oído á su amigo.

Hay cosas que no se dicen en alta voz, ni aun en las soledades de los bosques más sombríos.

—Dí—añadió Andrés indicando con el dedo la ondulosa falda de las dos jóvenes, pero muy particularmente la de la morena.

—¿Qué?

—Me parece que ahí tienes tu tipo, tu ideal, bien pronto encontrado.

—Puede ser; pero crees tú que ha de ser en el restaurant Follet, ó en una acera, de donde lo he de recoger?

—¿Por qué no? ¿Quiénes crees tú que sean?

—¿Quiénes?

—Esas dos señoritas.

—No lo sé.

—Son bastante hermosas.

—Convengo en ello.

—Y distinguidas.

—La rubia sobre todo.

—Una cara de ángel.

—¡Oh!—dijo riendo Pedro Aubry—un ángel con el cual se pasaría uno bien sin las hijas de Eva. ¡Pero como aprietan el paso! ¡Qué deprisa van, Dios mío!

En efecto, Juana y Colette, admiradas de oír detrás de ellas los pasos de los dos jóvenes, cuyas ahogadas risas y cuyo murmullo llegaba hasta ellas, se apresuraban por llegar á su casa.

Pero casualidad ó premeditacion, los dos compañeros iban siempre muy cerca de ellas, atraídos sin duda por esa fuerza desconocida que arrastra al paseante ocioso tras las huellas de una mujer hermosa.

La calle del Sena no era buena, no estaba bien alumbrada; pero la calle Vizconti era peor estaba casi en tinieblas.

La velocidad de las dos jóvenes se hizo casi vertiginosa.

Solo el respeto humano las impedia correr.

No era que tuviesen miedo á sus vecinos quienes hablaban y reían entre sí pacíficamente, sino que las daba vergüenza que pudiesen creer que ellas coqueteaban y se complacían en aquella persecución.

Fué un verdadero consuelo para ellas llamar á la puerta, que afortunadamente se abrió en seguida, y precipitarse en el biombo del abuelo Gombault.

Los dos jóvenes entraron al mismo tiempo.

Hubo un momento de irresolución.

Hasta puede decirse que la sorpresa fué igual por ambas partes.

Pedro Aubry no conocía á aquellas inquilinas, que en aquel momento buscaban su palmatoria, una palmatoria nueva, de cobre, de anchos bordes, que podría valer unos veinticinco sueldos, y no se parecía más que de lejos á las palmatorias de plata sobredorada del castillo de Montiers.

Por fin el portero se la entregó.

Hubo un cambio de ceremonias.

—¡Caballeros!...

—¡Señoritas!...

Se inclinaron de una y otra parte, con algun rubor sobre la frente de las jóvenes y un brillo desacostumbrado en los ojos de los médicos.

Después ellas se dirigieron á la escalera de piedra con profunda satisfacción.

El interno y Pedro Aubry quedaron en posesión del biombo, en donde se sentaron sin ceremonia.

—¡Ah! sois vos, señor Aubry—le dijo el portero,—me alegro veros.

—No podría venir á París sin haceros una visita, abuelo Gombault.

El buen hombre guiñó un ojo.

—Puede ser que no sea yo solo quien os trae por aquí—replicó.—Aunque me lo jurarais, me costaría trabajo el creerlo.

—Pues no tendrías razón, ¡pardiez!

—¡Buenos pimpollos esos á quienes acompañabais! ¿Qué es lo que las habeis dicho, que estaban tan sofocadas?

—Ni una palabra.

—¿De verdad?

—De verdad. Además venían tan de prisa, que no hubiéramos podido alcanzarlas aun cuando hubiéramos querido. ¿Son inquilinas vuestras?

—Os han reemplazado. No hace mucho. Alquiláron la habitación á las cuatro, y á las ocho estaba ya amueblada.

—Es curioso eso—dijo el médico;—pero no las tendreis tanto tiempo como á mi, abuelo Gombault.

—Puede ser—añadió el portero.—Vos habeis vivido arriba seis años y tres meses, señor Aubry.

—Me gustaba esto. Pasaba buenos ratos en mi habitación.

—¿Y en Tours? ¿Os va bien por allí?

—No me va mal.

—Habeis nacido de pie. Al llegar habeis encontrado la cama hecha.

—Como lo decís. ¿Sabeis quiénes son vuestras inquilinas?

—No estoy seguro.

—¿De dónde vienen?

—De un castillo de las inmediaciones de Compiègne. Segun he comprendido—á vos no os oculto nada—son dos jóvenes recogidas por una señora anciana, muy rica, hace mucho tiempo. Las ha hecho educar como princesas, y, por desgracia, ha muerto de repente. El heredero, un sobrino, ha acudido y con sus manos limpias ha tomado posesión de la fortuna de la tía, y las ha puesto á la puerta de la calle.

—¿Cómo se llaman?—preguntó Andrés que escuchaba con ansiedad las palabras del portero.

—¡Son hermanas!—dijo el buen hombre,—las señoritas Aubin.

—¿No tienen nada?



—¡Sí! una infinidad de trajes: blancos, grises, negros. ¡Y ropa blanca!... ¡finísima! El *trousseau* es distinguido, os lo aseguro. ¡Pero ni un céntimo!

—¡Pobres muchachas!—dijo el interno.

—Eso os proporcionará buenas mañanas, señor de Fresnaye—repuso el portero.—La primavera llega y no faltarán pícaros que os alquilen vuestras ventanas por más de cincuenta céntimos por hora. Pero, á propósito, no se os vé ya.

—Estoy interno en Cochin y salgo poco. Es preciso trabajar, abuelo Gombault. Esta noche me permito un exceso por estar aquí Aubry. No entraré hasta mañana. ¿De qué sabeis lo que acabais de decirnos?...

—¿Acerca de qué?

—Acerca de esas jóvenes.

—Lo sé por Venotte.

—¿Quién es ese Venotte?

—Un inspector del Tisserand, de ese almacén de la esquina del boulevard de San Miguel.

—¿Cómo es ese Venotte?

—Es bajito, alegre, de buen aspecto. Vive en el número 17. Le he hablado algunas veces en el otro jardín, porque lo cuido yo como al nuestro. Hay una puerta de comunicacion de uno á otro. Las dos casas pertenecen á dos primos carnales. Ese Venotte parece que tiene una posesioncilla de tres al cuarto en las inmediaciones del castillo en que estaban ellas. Se encontraron en el tren. Hablaron. Ellas no sabian dónde ir, y las trajo aquí. Si viérais qué mobiliario tienen, os admiraríais. El vuestro, señor Aubry, era de lujo al lado de éste.

—Pues á mí nunca me dió por el esplendor.

—¿En qué se van á ocupar?—preguntó Andrés.

El viejo jardinero abrió una boca tan grande como la de un horno.

—¡Me preguntais demasiado! Yo no sé... Ni ellas tampoco, sin duda. Pero ya comprende-

reis que es preciso arreglarse. ¿Habeis comido en casa de Follet?

—Sí.

—¿Habeis debido verlas allí?...

—Estaban cerca de nosotros.

—Yo fui quien las indicé ese restaurant. Además, ese bergante de Venotte no habrá dejado de adoctrinarlas. No iba á abandonarlas de cualquier modo. ¡Muchachas tan guapas como ellas son de buen efecto en una tienda, sin contar lo que de esto espera sacar ese bandido!

—¿Creeis que entrarán en su almacén?

—¿Teneis rentas que darlas? ¿Dónde quereis que vayan?

—¡Es verdad!...—dijo Andrés lanzando un suspiro.

—No estarán allí peor que en otra parte.

Gombault añadió con sutileza, mirando al interno, que se habia quedado pensativo:

—Así os será más fácil encontrarlas si teneis algun proyecto, señor de Fresnaye.

El sobrino de Santiago de Brandes no contestó.

Se puso de codos sobre la mesa y no tomó ya parte en la conversacion.

Pedro Aubry recordaba los buenos tiempos de su vida de estudiante.

Andrés meditaba.

Hasta entónces no habia tenido más que algunas aventuras de esas comunes que se olvidan al dia siguiente.

Todos los ardores de su juventud eran rechazados por su nativa altivez.

Desde la primera mirada en el restaurant Follet, la dulce fisonomía de Juana habia producido en aquella alma jóven una impresion extraordinaria.

En estos tiempos de materialismo, los espíritus se resisten á creer que el amor invada súbitamente un corazón, tome posesion de él y se establezca como amo.

Sin embargo, si uno se reconcentra en sí mismo y reflexiona, se encontrará con que todos

30566

los amores dignos de este nombre han tenido su nacimiento de esa manera imprevista.

Ha sido suficiente una mirada, una presión de manos, una palabra, el sonido de la voz, para hacer saltar la chispa y encender el amor verdadero, el amor durable y á veces eterno.

—¿En qué piensas?—preguntó de pronto Pedro Aubry á su amigo.

El interno se incorporó.

—Escucho—contestó.

El Turenés se rascó la barba.

—Estarás enamorado?—dijo.

—¡Oh!

—¡Ya, hijo mío! ¡Qué mágico poder tiene la mirada de esa rubia!

—Te aseguro...

—Harías mal en pensar en eso,—replicó el doctor.—Sin disputa es una joven hermosa, encantadora y capaz de trastornar á uno; ¿pero quieres que te diga su horóscopo?

—Dilo.

—Esa pobre muchacha, venida no se sabe de qué aldea, con que la provincia paga el tributo cada año al horrible Minotauro que se llama Paris, está cogida en un engranaje del cual no puede salir más que desgarrada, destrozada, concluida, en una palabra. Si el aburrimiento, la debilidad de su naturaleza, el desfallecimiento, demasiado escusable, y el desaliento, la lanzan en las aventuras, escucha bien esto: ó concluirá en la podredumbre física de los bajos fondos, ó porque ella es extraordinariamente hermosa, en la podredumbre moral de las altas regiones de la corrupción parisiense. Si encuentra en sí una fuerza de resistencia difícil de prever, y pide al trabajo su pan cotidiano; si entra en alguno de esos talleres ó en una de esas tiendas, pequeñas ó grandes, en donde puede encontrar un empleo, allí encontrará, en lugar del aire libre de los campos y los vivificantes olores de la hermosa naturaleza, los vapores del gas, que matan hasta á los árboles de nuestros paseos, todos los olores de-

letéreos, y el polvo suspendido en la atmósfera que se respira, y dentro de pocos años, achacosa antes de tiempo, destruida, sin salud y sin dinero, se hundirá en los carriles, adonde será arrastrada, asesinada por ese monstruo de Paris, duro para con los hombres y mortal para las mujeres cuando han nacido con el horror al fango, sea cualquiera su naturaleza.

—¿Y no habrá remedio para eso?

—Sí.

—¿Cuál?

—El amor de un hombre honrado que la gane su pan y la arrancara á su destino. ¡Qué! ¿la mujer ha nacido para el trabajo? ¡La mujer ha sido creada para el encanto de la vista, para el amor, para la maternidad! ¡Y nuestra mentida civilización ha hecho de ella una acémila!... Ese amor desinteresado sería su salvación... Pero es inútil pensar en él. No existe.

—Tal vez sí.

—¡Vamos! No destruyas tu porvenir en un minuto de irreflexivo entusiasmo, por una mirada de una mujer hallada en un restaurant de estudiantes, desconocida; y por cien pasos dados detrás de su falda por una acera.

Aubry se levantó.

El interno le imitó.

—Buenas noches, señor Gombault—le dijeron.

—Buenas noches, hijos míos.

El portero atrajo hacia sí á Andrés, que le daba un cordial apretón de manos, y le dijo:

—Vuestro amigo es duro, pero tiene razón. Y además es preciso ver. Usándolo es como se conoce el paño.

Y torciendo la boca, cosa que era en él una costumbre familiar, añadió bajando la voz:

—Venid á verme cuando queráis, yo os daré noticias.

**Plessis y Compañía. Capital, treinta millones.**

Fortunato Venotte no era hombre que olvidara el precepto de la sabiduría de las naciones.

«Es preciso batir el hierro cuando está caliente».

La fisonomía de las dos hermanas trastornaba su cerebro, que era sólido, como puede trastornar una fisonomía de mujer el cerebro de un policía.

Pensaba acapararlas, regocijándose de antemano con las historias de que no dejarían ellas de ser la causa.

Era un espectáculo que no dejaba de agradarle y que se proponía procurarse con pocos gastos.

—Y ¿quién sabe?

Tal vez más tarde pudiera recoger de él algún provecho.

El beneficio que se hace nunca se pierde.

A decir verdad, su partida era buena.

Los empleos son escasos en todos los tiempos.

Los pretendientes necesitados se los disputan con aspereza.

Para obtener uno de los más mezquinos es preciso gastarse el sueldo de un trimestre en calzado. Puede uno considerarse favorecido por la fortuna cuando lo consigue, despues de dos semanas de marchas y contramarchas, de esfuerzos, de humillaciones, de genuflexiones y á veces de ruegos.

Pero en el mes de abril no se encuentra una.

Colette y Juana, cuyos recursos eran cortos, comprendían que no les quedaba tiempo que perder.

Ya no estaban en la época en que desde su hermosa habitación de Montiers, tapizada de azul, podían admirar la hermosa perspectiva de las praderas, salpicadas de canastillos llenos de verbenas, rosales enanos, geránios y hortensias.

En el fondo del parque había un estrecho y sombrío vallecito con sauces inclinados hacia la verde agua, y un estanque donde dos cisnes se paseaban con majestad.

¿Pero dónde estaban aquellos esplendores?

Despues de haber dormido mal, estaban en pie muy temprano.

El abuelo Gombault lo había anunciado al alquilarlas la casa, ¡exposición en pleno mediodía!

Y por suerte el tiempo estaba hermoso.

—¿Se puede abrir?—preguntó Colette.

—¿Por qué no?

Juana acababa de recojerse sus hermosos cabellos rubios sobre la cabeza cuando Colette abrió.

Menos adelantada que la mayor, que ya tenía abrochado el vestido y no tenía más que ponerse el sombrero para salir, Juana estaba envuelta en un peñador azul, muy fino, sujeto al cuello por una cinta más oscura.

Apenas hubo mirado al exterior, cuando se retiró lanzando un grito.

—¿Qué es eso?—dijo Colette.

—¿No ves?

—Sí.

—¡Esto es una persecucion!

—¡Bah! No debe asustarte. Anoche me decias que te parecia bien.

—No le encuentro mal—contestó Juana poniéndose colorada.—¡Es indudable que no es feo!... ¡pero estan extraña esta nueva aparicion!

—¡La fatalidad! Qué, ¿está prohibido á ese joven vivir enfrente de nosotras?

Colette estaba de codos en el balaustre del balcon y aspiraba con delicia el aire fresco de la mañana.

Con la cabeza inclinada hacia el jardin, parecia considerar atentamente las lilas que se entreabrian, y los tilos cuyos botonés estallaban en aquella tibia mañana de primavera; pero no eran ni las flores de las lilas, ni los botones de los tilos lo que la preocupaban, ni siquiera los gorriones que se perseguian en las ramas.

Lo que la preocupaba era la presencia de uno de sus vecinos del restaurant Follet, el joven moreno del biombo del abuelo Gombault.

Acababa de verle sentado cerca de la ventana, examinando, en apariencia, algunos papeles, sobre los cuales estaba inclinado con una pluma en la mano.

Pero tenia tanto miedo de alejar á sus vecinas, que no se atrevia á hacer el menor movimiento.

Sin embargo, su inesperada presencia paralizaba á Juana.

Impacienté, y tal vez en el fondo más confusa que ella quería aparecer, por aquella casualidad, fué al balcon, atrajo á Colette, que sonreia, y cerró las ventanas.

—¡Eres mala!—dijo la mayor.—¡Vas á disgustar á ese joven! ¿Qué mal hay en respirar el saludable aire de la mañana?

Juana iba á contestar, pero dieron un golpecito á la puerta.

Era el portero, que daba un simple aviso.

Cuando Colette abrió Gombault bajaba ya, la

escalera, pero antes habia echado una carta por debajo de la puerta.

Colette rompió el sobre, mientras Juana se ponía el vestido.

—¿De dónde es?—preguntó la rubia.

—Firma Venotte.

—¡Ah! ¿Qué dirá ese?

—Vas á saberlo.

—Sé formal, te lo ruego.

—¡Qué nerviosa estas esta mañana!

—Es verdad—dijo Juana;—pero, mi pobre Colette, es á causa de lo que nos espera. Ya ves, los deberes van á empezar, y tiemblo, te lo confieso, sin más que pensar en ello.

—Puede ser que seamos mejor acogidas que tú crees. Ese señor Venotte es un hallazgo. Escucha.

—Lee.

Colette leyó:

«Mis queridas vecinas:

»Creo haber allanado el camino. He hablado de vosotras. No me atrevo todavía á ofrecer os una seguridad; pero puedo daros una esperanza. Venid cuando querais. Preguntad por mí en los almacenes; yo os guiaré. Espero que más adelante reconocereis el servicio que tengo el vivo deseo de prestaros. Hasta muy pronto.

»Creedme vuestro sincero amigo

»FORTUNATO VENOTTE.»

«P. D.—La hora más apropiada es de nueve á diez de la mañana.»

Aquel era un cáliz que apurar.

Era preciso convertirse en solicitante; llamar á las puertas para ser enviadas, como Cristo, de Caifás á Pilatos, y recibir, despues de un examen insolente, esta contestacion final que tantas pobres jóvenes han oido resonar en sus oidos como el toque de agonía.

—Gracias, no necesitamos á nadie ahora; volved por aquí.

Juana no tenía esta esperiencia, pero adivinaba aquellas amarguras con su buena inteligencia y experimentaba contracciones en el pecho y opresion en el corazon.

Dió un último repaso á su tocado, arregló los pliegues de su vestido, cuya fina tela modulaba sus soberbias y jóvenes formas, haciendo resaltar, por el contraste, la admirable blancura de su cuello y de sus manos, arregló sobre su frente los mechones rizados de sus hermosos, cabellos, se puso el sombrero y dijo:

—Estoy dispuesta.

Colette, que miraba hacia afuera por los cristales, se volvió:

—¿Entonces estás decidida?—dijo.—¿Vamos allá?

—Puesto que es preciso. Probemos.

—¿No das los buenos días al vecino?—dijo á Juana con malicia.

—¿Sigue ahí?

—Sigue, mira.

Colette abrió las vidrieras.

En efecto, el interno seguía en su puesto, pero en pié, con el sombrero puesto y en disposicion de salir.

Al ver á sus vecinas se inclinó saludándolas amistosamente, Colette no vaciló en contestar á aquel saludo, pero Juana, más preocupada, se dirigió hacia la escalera.

En el portal, el abuelo Gombault, apoyado sobre una escoba las detuvo.

—¿Dónde se va tan de mañana?—las preguntó.

—¡Ay!—dijo suspirando la morena—á buscar una colocacion.

—¿A dónde?

—A casa del señor Venotte.

—Una casa rica, como no hay doce en París.

¿Os han citado?

—Sí.

—¿Ya?

—Sí, pero el no es el amo

—Tened mucho ánimo. No os rechazaran.

Juana hizo un gesto de resignacion.

—Hasta luego—le dijo.

El portero quedó en el dintel de la puerta hasta que las dos jóvenes desaparecieron por la esquina de la calle de Sena.

—Serian muy tontos en dejarlas escapar,—murmuró.—¡Pero no hay cuidado! ¡Más, despues de todo, hay tantas!

Era una bonita pareja y hubiera costado trabajo encontrar otra igual aun en aquel Paris en donde todo abunda; de estatura casi igual, Juana era un poco más alta que su hermana, pero con una diferencia casi imperceptible; cuidadas hasta los extremos de las uñas como duquesas.

Iban la una al lado de la otra, Juana con el brazo apoyado en el de Colette y casi temblando.

—Tienes miedo?—dijo la mayor.

—Estamos tan poco acostumbradas á esto....

Mira, yo quisiera estar todavía en Barfleur, en nuestra pobre casa, con tu padre, tan bueno, y nuestra madre, que nos amaba tanto. He pensado siempre en esto. ¡Qué importa no tener dinero, si se es libre! Pero ahí, en esas tiendas, en donde estaremos bajo la dependencia de tantos amos, ¿quién sabe lo que será de nosotras?

—No te inquietes. Todo irá bien.

—Dios lo quiera.

Siguieron el mismo camino que la víspera, cuando fueron al restaurant Follet.

Al llegar al boulevard San German, pasó á su lado un joven que iba muy de prisa.

Cuando las hubo rebasado se volvió y llevó la mano al sombrero.

—Tu enamorado,—dijo Colette.

—¡Me aburres! ¿Por qué no el tuyo?

—Nó, eres tú quien le gusta.

—¿En qué lo conoces?

—¿Qué, no se adivina eso? Ayer te devoraba con los ojos.

El interno apresuraba el paso como un solda-

do que se ha retrasado y teme que le arresten. Subía hacia el Odeon. Dos ó tres veces se volvió con rapidez, temiendo que lo notaran las jóvenes.

Estas seguían el boulevard, dirigiéndose hacia Cluny, pero muy despacio, se detenían á las puertas de los comercios, mirando los objetos que había en los escaparates, y volvían á emprender su marcha con el mismo paso que si hubieran ido al Calvario.

Cuando hubieron pasado la calle de la Antigua Comedia, notaron á alguna distancia una gran agitación, que contrastaba con la calma relativa de aquellas pacíficas regiones.

Numerosos coches estaban parados en el cruce de los boulevares de San Miguel y San Germain. Una abigarrada multitud entraba en un establecimiento, que no distinguían ellas todavía, y salía de él oprimiéndose; omnibus pequeños marchaban en todas direcciones, coronados por anchos carteles, en los cuales se leía en letras de un pie de grandes: *Saldos, fin de estación.*

Muy pronto pudieron ver, no solo á la multitud que se precipitaba en los omnibus y los coches que estaban parados á lo largo de las aceras, sino el mismo edificio, en donde tantos fieles del dios Trapo iban á satisfacer sus devociones.

Era un gran edificio cuadrado, cercado por cuatro calles y construido con un lujo extremo.

Sobre cada fachada una ancha escalera de mármoles de distintos colores daba acceso al templo.

Pero las principales eran las que daban á los dos boulevares.

Escultores de talento habían tallado allí sus cariátides y en el fronton, Mercurio, el dios del Comercio, que es también algo el dios de los ladrones, parecía indicar la entrada á los clientes, mientras que cerca del tejado, por debajo

de las cornisas, se leía en grandes caracteres á los cuatro costados del edificio:

### PLESSIS Y C.<sup>a</sup>, NOVEDADES

Juana y Colette, bastante conmovidas, dieron vuelta á aquel palacio de las telas de Ruen de las indianas, de las sederías, de confecciones de modas, sin contar los otros mil objetos que se venden en el interior de aquel Lieviathan, desde los zapatos y las botas hasta los artículos de cocina y de cuadra.

Al jefe de aquel enorme bazar era á quien ellas iban á pedir el pan de cada día.

—¿Entramos?—dijo Juana.

—Como quieras.

Se mezclaron con la multitud.

En una esquina del boulevard de San Miguel, la esfera de un reloj neumático marcaba las nueve menos cinco.

En el momento en que entraban en el interior del edificio se detuvo un cupé, á pocos pasos de la escalera principal.

Un hombre de pequeña estatura, afeitado, á quien se hubiera tomado más bien por un juez ó un magistrado que por un almacenista de novedades, se bajó de él con prontitud.

El caballo, castaño oscuro, muy vigoroso y muy arrogante, tiró del cupé en seguida y marchó piafando hacia la calle Hautefeuille, en donde se perdió bajo la bovedad de un antiguo hotel, cuyo aspecto no carecía de seriedad.

El dueño de aquel carruaje, oprimido en su levita, se dirigió al almacén y entró en él con paso precipitado.

Al verle los empleados, que vestían, como hemos visto á Venotte, levita negra y corbata blanca, y que vigilaban la entrada de aquel templo de la frivolidad, se inclinaron todos á la vez.

—¿No ocurre nada de nuevo?—preguntó sonriendo.

—Nada, señor Plessis.

—¿Marcha bien todo?

—Todo.

Entró.

A treinta metros de la entrada, cercada de mostradores, en donde los empleados de ambos sexos vendían objetos menudos y sombreros de campo, sombreros de bolsillo, etcétera, una escalera en espiral, de dorada barandilla y de una ligereza increíble, se lanzaba en el vacío hacia los pisos superiores.

Aquel á quien los inspectores habían llamado señor Plessis, haciendo tantas genuflexiones, se puso de codos en el balaustre y dirigió una mirada satisfecha alrededor y debajo de él.

Por todas partes aflúa la multitud.

Aquel hombre podría tener unos cincuenta años.

Su cara, de nariz reeta, labios delgados, frente estrecha, sobre la cual peinaba cabellos grises; de ojos claros de un matiz indefinido, color de acero, respiraba una alegría inaudita.

Su pecho se henchía con orgullo por el aire saturado de los microbios y bacillus, absorbidos de la mañana á la noche por sus empleados, y todo su ser parecía estar conmovido por un movimiento de alegría, la alegría del triunfo.

—¡Todo eso que veo es mío!

Por casualidad en aquel momento hubo un respiro en la afluencia de la multitud.

La primera vuelta de la escalera se encontraba libre.

Colette y Juana llegaron solas al descanso donde se había colocado el señor Plessis.

Dirigió hacia ellas su mirada penetrante como un dardo.

En aquel mismo instante ellas se dirigieron á él preguntándole:

—¿Sois de la casa, caballero?

El se inclinó, con su perpétua sonrisa de hombre feliz.

—¿Tendría usted la bondad de decirnos dónde podríamos ver al señor Venotte?—dijo la mayor.

## IV

## El despacho del señor Plessis.

El señor Plessis no era hijo de sus obras.

Aprovechaba las de otro, pero aquel otro era su padre.

El buen hombre, un trabajador infatigable, seducido por la fortuna de las grandes casas, á cuya cabeza brillaban el *Louvre* y el *Bon Marché*, después de haber rodado mucho sin conseguir nada, fundó á última hora un establecimiento de la misma clase en la plaza Cluny.

Aquella casa prosperó de una manera tan extraordinaria como inexperada, y su autor, después de haber llevado sobre sus hombros de robusto aubernés, la pesada carga de aquella importante organización, se acostó en la tumba, agobiado por su increíble triunfo hecho de la ruina de otras muchas casas, y dejó el Tisserand en todo su apogeo.

Pudo decir al espirar á su heredero.

—No tienes necesidad de molestarte. Esto marchará veinte años por sí solo. Después ya se verá lo que posee...

El hijo era licenciado en derecho.

En nuestros días ya no hay profesiones no-

bles ni plebeyas; no hay más que las que producen y las que no producen.

El dinero es el Dios.

Tenemos prisa por gozar y para gozar lo necesitamos.

Nosotros conocemos doctores en derecho que se plantan el traje de *maitre d' hotel* y llevan la servilleta, no la del abogado, la que se pone sobre el brazo y nodebajo, en el restaurant paterno.

Médicos que abandonan el Codex por el gabinete de los agentes de cambio.

Otros, y no son estos los mejores, se hacen diputados.

No les confieis vuestra cabeza si la apreciáis.

Plessis, á la muerte imprevista de su padre, se había apresurado á empuñar el cetro del Tisserand, arrojando lejos de sí la toga y el birrete.

Sin embargo, el abogado hubiera podido vivir tranquilo.

El difunto le dejaba un número respetable de millones reunidos en pocos años.

Hoy, ó se arruina uno en nada de tiempo ó se hace una fortuna colosal.

Es verdad que estas son muy raras y que el número de los indigentes es incalculable.

Se hablaba de unos cuarenta millones.

Esto era poco en comparacion de ciertas fortunas.

Pero es enorme en comparacion de la vuestra y de la mía.

Sumándolo todo, el señor Plessis podia fro-  
tarse las manos y darse buena vida.

El padre habia pensado bien al decir: «Esto marchará veinte años.»

El coloso reclamo llamaba á la clientela.

El navio del Tisserand marchaba viento en popa y navegaba con todas las velas desplegadas.

Plessis se cernia en las regiones elevadas de un paraíso en donde las hijas de Eva se disputaban la entrada.

El patron del Tisserand era muy callado.

Aunque abogado por su aspecto y por su carrera, el jefe superior de aquella mina, más rica que las de la California, no era prolijo en frases.

Los reyes ilustrados no han prodigado jamás las palabras.

Habiendo llegado á ser uno de los reyes del comercio parisiense, Plessis les tomó por modelo.

En cambio era muy curioso observar el juego de su fisonomía.

Si hablaba poco, todas sus pasiones, sus impresiones, sus contrariedades, ó sus deseos, se manifestaban en ella por imperceptibles estremecimientos, por un pliegue en los labios ó por un movimiento de sus párpados.

Por lo demás, indulgente para con los demás como para consigo mismo, era demasiado espiritual para no ser sencillo, demasiado escéptico para creer en las grandes virtudes y en el desinterés extraordinario, demasiado egoísta en fin, y demasiado amigo de su propio bienestar, para imponerse la menor molestia ó abstenirse de cualquier placer. Ultimo detalle; no era casado y cuando se le hablaba del porvenir y de su fortuna, acostumbra á volver la espalda y encogerse de hombros para evitar contestar lo que pensaba.

—¡Después de mí el diluvio!

Al ver á las dos jóvenes vestidas de negro que se aproximaban á él, se hubiera podido distinguir en su cara un reflejo de satisfacción que decia muy claro:

—Ellas son.

Y con una mueca de una ideal ligereza añadir:

—¡Diablo! ¡No me han engañado! Son dos perlas.

A la pregunta de las jóvenes se sonrió.

—¿El señor Venotte?—dijo.

—Sí, señor.

—¿Deseáis hablarle?

—Si es posible.



—No hay nada más fácil.

Plessis se volvió hacia un moceton vestido con librea, que estaba de pie á alguna distancia, en el mismo descanso, como centinela en su puesto, y le llamó con un signo acompañado de este nombre:

—Bautista.

El mozo se acercó con prontitud.

—Buscad á Venotte y presentadle á estas señoritas.

Después saludó á Colette y á Juana con un cortés movimiento, y se alejó.

El mozo de la librea se dirigió á las dos jóvenes y las dijo:

—Si quieren seguirme...

Y ya en marcha, añadió:

—¿No conocéis á la persona á quien acabais de hablar?

—No.

—Es el patron.

—¿El señor Plessis?

—El mismo.

—Parece amable—dijo Colette, dispuesta á verlo todo bajo buen aspecto.

El mozo no carecia de filosofía.

—Sí...—respondió sin comprometerse—cuando se le agrada.

—En fin—respondió Colette dirigiéndose á su hermana en voz baja,—no parece malo.

El mozo lo oyó.

—El señor Plessis es muy bueno y muy bondadoso—afirmó—con todo el mundo... sobre todo con las señoras... cuando son jóvenes.

Se expresaba familiarmente, sin insolencia, pero como el hombre quemado que vé tantas jóvenes desfilan ante él y que al fin llega á cansarse de su destino.

Siguiendo las interminables galerías, colocadas las unas sobre las otras, como anchos balcones que van á parar á inmensas salas que no tienen encima mas que una bóveda de cristal por donde entra á raudales la luz: Bautista volía la cabeza á derecha é izquierda procurando

descubrir entre la muchedumbre la muy conocida cabeza de Venote.

Cuando llegaron á un salon de lectura, cuyo techo estaba decorado de pinturas de los mejores artistas, se detuvo.

Un inspector vigilaba alrededor del tapiz verde, rodeado de clientes que leian los periódicos ó escribian cartas en papel de la casa.

—¿Habeis visto al señor Venotte?—le preguntó el mozo.

—No. ¿Qué le quereis?

El inspector miró de arriba abajo á Juana y Colette.

—¿Tienen que hablarle?—preguntó al mozo.

—Sí.

—¿Para qué?

—No lo sé.

—¿Quieren colocacion?

—Puede ser.

—¿Diablo!—pensó el inspector, que era un viejo de barba blanca.—¡Es lástima!

En aquel momento entraba Venotte por el otro extremo del salon de lectura.

Al ver á las jóvenes, se dirigió hacia ellas alargándolas la mano:

—Enhorabuena—las dijo.—Creia que no íbais á venir, que dudaríais. Pero ya estais aquí. Perfectamente.

Y sin esperar contestacion, añadió:

—¿Qué os parece el local? Es muy elegante, muy grande, y parece un palacio, ¿no es verdad? Es la última palabra del arte, el *non plus ultra* de los almacenes. Llegamos tarde; pero nos aprovechamos de la experiencia de los demás. ¡Estábamos de los últimos y nos hemos colocado de los primeros!

Pasó á otro asunto.

—He visto al patron. Parece que os habeis dirigido á él. ¿Le habeis tomado por un agente de noticias, lo cual no ha debido halagarle! Pero... siempre tan galante con las señoras! Esa es la costumbre del establecimiento. El da el ejemplo.

Y de pronto cogió por la manga del *chaquet* á un joven alto que pasaba por detrás de él:

—Servoz,—le dijo.

—Dejadme. ¿Teneis ojos en la espalda?

—Me envanezco de ello.

Servoz era seco y moreno como un negrito, con ojos vivos, cabellos muy abundantes, rizados y brillantes como el ala de un cuervo.

—¿Dónde vais?—preguntó Venotte.—¿Teneis prisa?

—Sí.

—¿Siempre lo mismo!

—Siempre.

—Esperaos un poco,—repuso Venotte riendo con su sonrisa, en la cual se veía siempre algo de amenaza. Oid dos palabras.

—Decid.

—Mirad estas jóvenes.

Servoz se volvió.

Sus ojos de un brillo insoportable y más atrevidos que brillantes, se fijaron sobre el hermoso rostro de Juana y en seguida sobre el de Colette, pero para volver á mirar de nuevo al de la rubia.

Esta bajó la cabeza intimidada por aquel insolente exámen.

—¿Son hermanas?—preguntó.

—Sí,—respondió Venotte.

—¿Qué quieren, colocacion?

—Voy á presentarlas al patron. Las colocareis para cubrir las plazas de Matilde y Teresa Leguyon, que están despedidas.

—No tengo en qué emplearlas—dijo Servoz.

—Principia la época de la paralización. Mas bien que admitir, tendré que despedir... Además, tengo mis compromisos para cuando haya vacantes...

Y mirando de nuevo, de arriba á bajo á las dos hermanas, añadió:

—¿De dónde salen estas?

Venotte le dió la contestacion al oido.

Los ojos de Servoz se animaron y miró de nuevo á la desconcertada Juana.

—¡Ah! ¡diablo! ¡novicias!—dijo.—No es bueno andar enseñando. Gracias.

E hizo una mueca del más espresivo desden. Una persona á quien sirven en un restaurant de tercer orden rodaballo corrompido, cierra los labios poco más ó poco menos, como los cerró Servoz.

Pero la nueva mirada con que envolvió á la rubia de arriba á bajo le decidió:

—Decid al patron, de todos modos, que me envíe á esta, si quiere.—Estará tres meses sin sueldo; no se la dará más que la comida. Es un ensayo—dijo, y continuó su camino.

Pero al dar vuelta á una larga galería que conducia al departamento de los objetos de arte, se detuvo, y apoyándose en una columnita, dirigió de nuevo sus inflamados ojos hácia la rubia.

—¡Diavolo!—pensaba para sí—¡es bocado de rey! ¡Y viene de un castillo!

Las dos hermanas estaban turbadas.

El ruido, la multitud, aquel exámen á que estaban sometidas, como esclavas en mercado, las aturdió.

Hubieran querido estar lejos de allí.

Colette, no más atrevida, pero menos impresionable, menos delicada de epidermis que su hermana, tanto en lo moral como en lo físico, si así se puede decir, cogió el brazo de la rubia para llamarla la atención.

Venotte notó su turbacion.

—No estais acostumbradas á esos modales, les dijo.

—Os lo confieso—replicó Juana serenándose.

—No le deis importancia. Hay libertades que no significan nada. En los negocios es uno un poco bohemio y no se pierde el tiempo en hablar. Servoz es una autoridad. Si le he detenido, ha sido porque si el patron os admite estareis á sus órdenes. Es muy activo, muy dispuesto. Tiene un gusto esquisito, una imaginacion diabólica. Es el jefe del departamento de trajes y de abrigos. Se le considera mucho en

la casa y se le toleran sus modales, á veces es céntricos. No sería fácil de reemplazar. Es un Saboyano de las inmediaciones del Mont-Blanc de la parte de Chamounix.

Venotte preguntó á un empleado que pasaba.

—¿Está el señor Plessis en su despacho?

—Sí, señor Venotte.

—Vamos allá—dijo á las jóvenes.

Llegaba el momento decisivo.

El inspector se dirigió por una larga galería, á cuyos dos lados habia bronceos japoneses representando dragones y caprichosas figuras, efectos de china y mamparas bordadas de oro y seda, y subiendo por una escalera, suspendida como la otra, llegó al piso superior.

Dirigió á sus protegidas á través del dedalo del departamento de muebles, en donde su pobre bolsa se habia aligerado la vispera en las dos terceras partes de su contenido, y muy pronto del otro lado de las pilas de alfombras y de un monton de paños de todos los paises, tendidos en el suelo, se detuvo ante una puerta alta, á la cual llamó de cierto modo.

—Entrad, señoritas,—dijo dirigiéndose á Juana y Colette.

Entraron y se encontraron en una habitacion de elevado techo con una inmensa ventana que daba hácia la plaza Cluny y á las Termas de Julien, la más antigua de las reliquias del viejo Paris.

Aquella habitacion era el despacho del patron.

Sobre la chimenea ocupaba el puesto de honor un busto de bronce.

La cabeza parecia más inteligente, más potente y más ruda, que la del patron del Tisserand, pero habia cierto parecido entre las dos.

Aquel busto era el de Plessis, padre, fundador de la casa y de la dinastia de aquellos vendedores de telas.

El exabogado escribía.

Sin abandonar la pluma levantó la cabeza y miró con frialdad á las recién llegadas.

—¿Qué quereis?—preguntó

Parecia menos atento que en el almacén. Ya no era con clientes con quienes tenia que tratar, sino con simples pretendientes.

La cuestion variaba.

Venotte fué quien contestó.

—Las señoritas de quien os he hablado...—le dijo.

—Bien...

—Estas señoritas desean colocarse aquí.

—Imposible por ahora.

—¡Ah!—dijo Venotte.

—Y además—repuso el patron—¿qué saben?

Venotte no se anduvo con rodeos.

—Nada—se apresuró á contestar.

El señor Plessis volvió á ocuparse de su escrito.

Venotte miró á sus protegidas con aire de compasion.

No estaban tan abatidas como podria creerse.

Aquella negativa no las sobrecogió.

Y aun sentian cierto consuelo y la creian una salvacion.

En cualquiera otra parte no podian tratarlas peor que las estaban tratando allí desde hacia media hora, examinándolas como á animales curiosos ú objetos en venta.

Tenian deseos de salir y respirar fuera el aire de la libertad, que es el más saludable de todos.

Juana dió un paso hacia la puerta.

Venotte la detuvo.

—Esperad—la dijo en voz baja.

—¿Para qué?

—Vais á ver. Ese es el primer impulso. El segundo será mejor.

En efecto, el señor Plessis levantó la cabeza.

—Pues bien, entonces...—dijo, volviendo á tomar la conversacion en el punto en que la habia dejado.

—Estas señoritas pueden aprender—respondió Venotte.

—No podemos perder tiempo en dar lecciones. Que entren ahora en otra parte y pueden volver por aquí en la próxima estación.

—Están animadas de los mejores deseos.

El patron se irguió y dijo:

—Los buenos deseos no bastan. Son como las buenas intenciones; el infierno está empedrado de ellas.

La pluma rechinó de nuevo sobre el papel; pero con disimulo estudiaba el efecto que su negativa producía a las dos jóvenes.

—Vámonos—dijo Colette,—puesto que no nos admiten.

Y tiró a Juana del vestido.

Esto no tenía cuenta a Venotte.

—Señor—repuso, insistiendo con más energía,—he hablado a Servoz.

—¿Y qué?

—Necesita personal.

—No es difícil ni raro encontrarlo.

—Estas señoritas saben el inglés... Eso es precioso. No tenemos bastantes intérpretes.

—¡Ah!

—Servoz consiente en encargarse de la enseñanza de esta señorita...

—¿Con qué condiciones?

—Que esté tres meses sin sueldo... Tres meses pasan pronto...

—¿Y la otra?—preguntó el patron.

—La otra puede ir a la seccion de modas.

—No, hay demasiada gente.

—¿En la de ropa blanca!

—Imposible.

—¿A la de trajes?

—No—dijo el patron terminantemente.—Es inútil insistir: antes del otoño no se puede hacer nada. ¿Lo comprendéis?

—Es que estas señoritas dicen que no quieren separarse.

—Que vayan a otra parte.

No quedaba más que conformarse.

Colette hizo un gesto de decision, mientras que el policia, sorprendido de aquella negativa,

respiraba muy fuertemente, como hombre que se vé contrariado.

—¿De modo—repuso—que se puede admitir a una?

—Esa es cuestión de Servoz. Arregláos con él.

—¿Consentís?—preguntó Venotte a la rubia.

Esta respondió sin vacilar.

—No, señor.

El patron volvió a coger la pluma y pareció que se suavizaba.

Hubiera podido creerse que la voz de la joven le producía cierta impresión.

—¿No quereis separaros?—preguntó con interés.

—Si es posible, no señor.

—Será difícil que encontreis colocacion. La estacion es deplorable. ¿Sois hermanas?

—Sí, señor.

—¿Qué edad teneis?

—Yo tengo diez y ocho años—dijo Juana,—y mi hermana veinte.

—¿Os llamais?

—Juana y Colette Aubin.

—¿Habeis nacido?...

La joven vaciló.

Aquellas preguntas les parecian inútiles, puesto que no se las admitia.

Pero Colette se apresuró a contestar:

—En Barfleur.

—¿Cerca de Cherbourg?

—Sí, señor.

—¿En qué se ocupaban vuestros padres?

—Mi padre era pescador.

—¿Vive aun?

—Ha muerto.

—¡Ah! ¿Cómo?

—Ahogado.

—Ese es con frecuencia el fin de esas pobres gentes. ¿Y vuestra madre?

—Perdimos a nuestra madre poco tiempo despues—dijo Colette.

—Perdonadme que renueve recuerdos tan tristes. Pero permitidme una pregunta.

—Hacedla, señor.  
 —Pareceis más instruidas que lo son de ordinario las hijas de los pescadores.  
 —En efecto.  
 —¿Por qué?  
 —Fuimos recogidas por una señora.  
 —¿Muy rica?  
 —Sí, muy rica.  
 —¿Hace mucho tiempo?  
 —Trece años.  
 —¿Es ella quien os ha educado?  
 —Sí, señor.  
 —¿Cómo es que os deja en el caso de solicitar una colocación?  
 —Nada nos debía, señor—dijo Juana.—Ha muerto repentinamente.  
 Plessis miró á Venotte.  
 —¿Es que le ocurría algún buen pensamiento?  
 —¿Decís que esta joven puede entrar en las confecciones?  
 —Sí, señor.  
 —No es la época; pero no me opongo á ello. Eso es cuestión de Servoz. En cuanto á la otra podría colocársela en la sección de modas, ó en la de trajes más tarde. Pero necesita un aprendizaje... de algunos meses... por lo menos.  
 Quedó un momento indeciso.  
 —¿Teneis necesidad de ganar dinero?—dijo.  
 —Ciertamente, señor.  
 —Yo puedo daros una recomendación...  
 —Será buena—afirmó Venotte con tono adulator.  
 —¿Para quién?  
 —Para las señoras Dufrane, por ejemplo—añadió el inspector.  
 —Trabajan para nosotros. Así estareis colocadas las dos, la una aquí y la otra en la Magdalena. No os perdereis por algunos meses de separación, y además os volveréis á encontrar todas las noches.  
 El Sr. Plessis escribió dos líneas sobre una hoja de papel de la cual hizo cuatro dobles y se la dió á Colette sonriendo.

—Y ahora—la dijo—id y obrad según convenga á vuestros intereses. Si quereis buscar en otra parte, hacedlo.

Aquello era una despedida definitiva.

En el momento en que Venotte y sus dos protegidas salían del despacho, se vieron obligadas á replegarse dos pasos atrás para dejar pasar á una mujer joven, de unos treinta años de edad, sin nada á la cabeza, resplandeciente de salud, con solitarios de diez mil francos en las orejas y oprimida en un corpiño de satén negro, pegado á su pecho, de una opulencia tal vez excesiva.

Miró de arriba á abajo á las dos jóvenes con visible desconfianza.

Y después, cuando la puerta se cerró detrás de ellas:

—¿Son reclutas de vuestra señoría?—preguntó al patrón con tono medio en serio y medio en broma.

El se contentó con sonreír.

—¡Me vais á dar una escena!—la dijo.—¡Vamos, no os incomodeis!

Y su pluma volvió á emprender su carrera sobre el papel.

Mirándola de cerca desaparecía pronto la favorable impresión que á primera vista producía la recién llegada.

No carecía de belleza, pero aquella belleza era más ficticia que real.

Las negras cejas eran más anchas, gracias al lápiz. El polvo y el aceite prestaban al color una frescura hacía algún tiempo alterada; los dientes no eran todos un don de la naturaleza, y los cabellos estaban, con seguridad, teñidos de rubio veneciano, gracias á los progresos de la química moderna.

Era, después del patrón, la principal autoridad de la casa, la Pompadour de aquel Luis XV de percalina.

La directora de la sección de modas por distracción, porque tenía más rentas que necesitaba para descansar, la señorita Amada (este

nombre podría parecer una profecía de la suerte) disponia casi de todos los empleos.

Dominando al amo dominaba todo lo demás.

Debía estar dotada de un talento superior porque nada había podido quebrantar su influencia.

Sus mismas faltas la favorecían.

El patron no podía deshacerse de ella.

No era ni su mujer, ni su querida, propiamente hablando.

Era lo que hay de más fuerte en el mundo, su costumbre, su inclinación.

—¿Quiénes son esas dos muchachas? — preguntó.

—Dos jóvenes que quieren colocacion.

—¿Las habeis tomado?

—Una de ellas al ménos.

—Entonces será la rubia.

—Bien puede ser.

—¡Oh! estoy segura de ello. Es encantadora, absolutamente encantadora.

El patron no cayó en el lazo.

—¡Y bien formada! — prosiguió Amada. — ¡Y de cabellos de un tono... y ojos!... pero yo creo que...

—¿Qué?

—Que no se hará vieja en la casa.

—¿Y por qué?

—No es ese el tipo que hace falta.

—¿Lo habeis conocido ya?

—Al primer golpe de vista.

—Puede ser que os engañeis, — aventuró el patron que seguía escribiendo.

—Son señoritas que han tenido desgracias, ¿eh?

—Así parece.

—Lo hubiera jurado. No hay necesidad de ser un fénix de inteligencia para conocerlo. Los vestidos son de una buena modista. Están muy bien hechos; los sombreros son de la calle de la Paz, Virot ó Tuvée, eso se vé; ¡y el portel!... ¡Cuán humillada parecía la rubia por el paso

que daba! ¡Cómo se hinchaba su corazon en su pecho! Pues bien; ¿quereis que os lo diga

—Decid.

—Esas muchachas no hacen nunca nada bueno. No tienen cariño al trabajo. Están pensando siempre en lo que han perdido.

—¡Toma! ¡poneos en su lugar!

—Me guardaré muy bien. Pero vereis sino tengo razon. Y además, dependientes hermosas como ellas son un peligro en una casa. Eso es tanto como encender fuego al lado de ruedos de paja ó un botafuego sobre toneles de pólvora. Todo salta en seguida.

—¡Exageracion!

—¡Vivir para ver!

—Aquí estais vos, — dijo el patron.

El argumento era directo.

Amada lo comprendió y con mimo se acercó al patron, se sentó en uno de los brazos de la butaca en que estaba sentado, se inclinó sobre el papel, como para leer lo que escribía, y poniendo la cabeza cerca de la cara de su amante, le dijo:

—Por eso he triunfado. Ya lo veis. He conquistado al jefe superior y no quiero que me lo disputen.

—¿Qué idea!

—Defiendo mi posesion. ¿Puede censurárseme por eso?

Y cambiando de tono, añadió:

—¿Dónde comeis esta tarde?

—No lo sé.

—Hace un dia soberbio. Llevadme con vos.

—Con mucho gusto.

—¿Hacia dónde?

—¿Dónde quereis ir?

—A Saint-Cloud.

El señor Plessis aspiró los buenos olores de que la señorita Amada estaba impregnada, y dijo:

—Si tú lo quieres... pero márchate ahora.

—¿A las siete entonces?

—A las siete.

—¿En vuestro cupé?

—Está dicho.

Amada se retiraba, amenazándole con un dedo.

Desde la puerta se volvió.

—He dicho que no estará mucho tiempo en la casa. Lo apuesto. Dentro de tres meses no estará ya aquí.

—¿Por qué?—dijo maquinalmente el señor Plessis.

—Por nada. Hasta las siete.

Amada salió.

—Es muy tiránica,—pensó el patron—¡pero ella ú otra!

La imagen de las dos hermanas se presentaba á su imaginacion.

—Es muy hermosa la morena, pero la rubia es una verdadera obra maestra. Amada tiene, á fé mía, demasiada razon. No la he visto más que un minuto y pienso en ella. ¿Qué ocurrirá á los demás que la verán siempre?

Juana y Colette se marchaban muy tristes.

Aquella primera prueba las inquietaba.

La joven Juana, tenia en sus ojos una cosa que la deslumbraba, producida por las ardientes miradas de Servoz.

—¿Si probásemos en otra parte?—dijo Colette como respondiendo á sus pensamientos.

—Probemos.

Fueron al Bon Marché y al Louvre.

Las recibieron con más consideracion, con más afabilidad.

Peró oyeron la frase sacramental:

—Es mala época. Volved por aquí. Se procurará colocaros.

—¿Esperar! ¿Y poder?

Hasta las tres estuvieron corriendo de almacén en almacén.

Sufrieron la humillacion de verse examinadas de pies á cabeza por media docena de patrones zafios, admirados de recibir pretendientes de tan bonita cara y enviadas de puerta en puerta con la eterna respuesta:

—Volved por aquí; ahora no necesitamos á nadie.

¡Y qué decir cuando las preguntaban!:

—¿De dónde venis?

Por fin llegaron á pensar que habia sido una buena fortuna para ellas haber encontrado á Venotte.

¡Pero separarse!

Aquello era una angustia.

Colette fué la más valiente.

—Puesto que no puede arreglarse de otro modo...—dijo.

Entraron en casa de las hermanas Defrane con el corazon palpitante.

¡Si no la admitiria!

No tuvieron esta desilusion.

El nombre del señor Plessis fué para ellas un talisman soberano.

Las patronas habian salido.

La encargada interrogó á Colette.

—Podeis volver mañana—la dijo.—Se procurará colocaros. ¡Pero sin sueldo!

¡Oh! ¡sin sueldo!

¡El alimento por salario!

¡El pan por el trabajo!

¡Y decir que tantas desgraciadas que no tienen aprendizaje que pagar, se conmueven de alegría cuando oyen esta sentencial!

—¡Podeis entrar, pero sin sueldo!

—¿Qué miseria!

Cuando volvieron cansadas y febriles á la calle Visconti, las preguntó el portero:

—¿Qué hay?

—Está arreglado—dijo Colette;—entramos mañana.

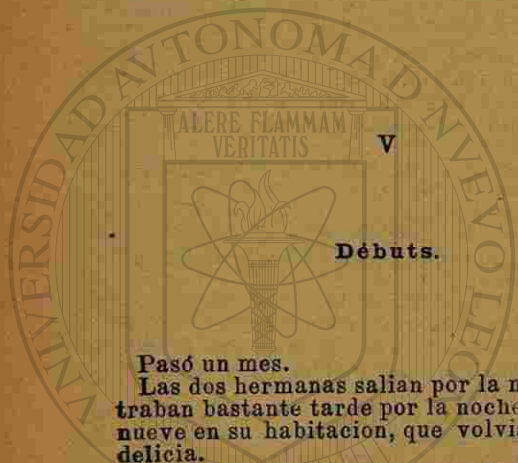
—¿Juntas?

—¡Hay de mí, no!

—En fin, ¿teneis dos plazas?

—Si—dijo Juana;—¡pero para cuánto tiempo?

Ella habia hablado poco, pero habia escuchado mucho y habia visto y entendido todo.



Pasó un mes.

Las dos hermanas salían por la mañana y entraban bastante tarde por la noche, a eso de las nueve en su habitación, que volvían á ver con delicia.

Allí al ménos, volvían á ser independientes. La vida las era tan dura á la una como á la otra.

Juana volvía molida, con los piés hinchados, pegados á las medias por las ampollas que se la reventaban, excesivamente cansada por haber subido y bajado durante todo el día las escaleras; aquellas escaleras tan preciosas á la vista, pero altas como escaleras de campanario y malas para subirlas llevando paquetes y bajando hasta los subterráneos en el rudo aprendizaje de aquellos trabajos, á los cuales no estaba acostumbrada.

Por lo demás, no tenía tiempo de burrirse ni aun de pensar, en medio de aquella agitación de ardillas, en una rueda colosal de abejas en una colmena.

En casa de Piessis se resolvía ese insoluble problema; el movimiento continuo.

Muy animada por otra parte, Juana se prestaba á todas las exigencias del estado mayor que la mandaba.

Además, se ponía al corriente con extrema rapidez, adoptando las fórmulas comunes para la venta con las señoras, que venían por legiones á hacerse vestir en aquellos *Doks* de la *toilette*.

- ¿Qué desea la señora?
- Quisiera ver...
- ¿Ha pensado en la forma, la señora?
- Nada absolutamente.
- ¿Y en el precio?
- Tampoco.
- Vamos á buscar...
- Quisiera una cosa barata.

Los clientes quieren siempre algo barato.

No se va á esos inmensos tentadores más que alentado por la baratura, las ocasiones increíbles, fabulosas, que despues de todo, os lo dan por vuestro dinero.

Esto es elemental.

Juana buscaba en la anaquelera con inalterable paciencia aquel objeto raro.

Pero la mayor parte de las veces no lo encontraba.

De diez horas, ocho estaba ocupada en los sótanos, en pegar etiquetas para indicar el precio de la venta.

No la exhibían más que por la tarde una ó dos horas en el momento de la afluencia.

Era preciso presentarse y seguir la hilera.

Entonces oía cosas que la hacían ponerse colorada.

Su hermoso busto, su delicada frescura, su color de nieve, tuvieron el privilegio de hacer rabiar desde luego á una media docena de las antiguas dependientes.

Juana eclipsaba de tal modo á sus rivales en pretensiones, á aquellas que se preciaban de



brillar entre las otras, que parecían nebulosidades á su lado.

Las oficiales de la confeccion y de las modas del Tisserand, consumidas por las fatigas del día y por las frecuentes distracciones de la noche, abrasadas á fuego lento por aquella vida de mortales fatigas asesinadas por el polvo impalpable que se desliza por todas partes y se sostiene en suspension constante en el aire que respiraban, fueron presa desde el primer día, la mayoría de ellas, de un sentimiento de hostilidad secreta, de odiosos celos, contra aquella rival contra la cual la lucha, por su belleza, la frescura de su juventud y la de la salud sobre todo, que es uno de los atractivos más vivos de la mujer, era imposible.

La gracia, la dulzura de la pobre muchacha, hubieran debido desarmar la envidia, pero Juana demasiado orgullosa para humillarse ante aquellas de sus compañeras cuyo mal querer conocía, se mantenía alejada, herida á cada instante por los cuchicheos entre sus compañeras y los dichos que comprendía que se referían á ella.

—¡Presumida!

—¡Será preciso bajar los humos, ángel mió!

—¡Duquesas, no necesitamos aquí!

Juana fingía no comprender.

Pero experimentaba una sensación de inmensa alegría al oír el sonido de la campana, cuando llegada la hora, podía tomar la puerta y marchar como un estudiante al salir de la clase, á la calle Vizconti.

—¡Ha venido mi hermana?

El portero oía todas las noches esta pregunta.

Y aquella de las dos que llegaba primero, salía al encuentro de la otra, á menos que estuviera muy cansada, lo que casi siempre ocurría á Juana.

Colette sentía menos cansancio, pero más disgusto.

Toda la buena sociedad de Paris conoce la

casa de las hermanas Dufrane, situada en la Plaza de la Magdalena, y el balcon en el cual se lee en letras de oro, de pié y medio de altura, esta inscripcion: Angela y Marta. Vestidos y abrigos. Modas.

Al día siguiente de su visita al primero de aquellos talleres en boga, la mayor de las señoritas Aubin se presentó para comenzar su servicio y tuvo que sufrir un nuevo interrogatorio.

Pero esta vez fué con una de las dos respetables matronas con quien tuvo que vérselas.

Angela Dufrane, el ama de la casa, era una mujer soltera, gruesa, de unos cuarenta años, invadida por una obesidad deplorable, bajo la cual se apoltronaban formas, que habian obtenido un brillante éxito quince años ántes.

Los cabellos parecían empolvados, y lo estaban, como los de las marquesas de la época de Luis XV. El cutis de su cara, blanco y sonrosado, hacia resaltar el brillo de sus negros ojos que conservaban toda su vivacidad.

Los dedos estaban llenos de anillos con piedras multicolores.

Su vestido negro, maravilla de adorno en medio de su sencillez, elegante, gracias á un buen armazon, la daba cierta apariencia de juventud y de solidez.

¡Triunfo del arte!

Ella fué quien recibió á Colette, ella, la patrona en jefe, ó más bien, la única, la verdadera, porque Angela dominaba completamente á su hermana menor, Marta, una pequeña, delgada, de una actividad y una resistencia para el trabajo extraordinarias, que no se ocupaba más que de los talleres, y que por otra parte no habia puesto en la sociedad la gruesa suma necesaria para los asuntos.

Angela era quien la habia ganado y su indisputable habilidad en la costura y en las modas, no habia sido lo que habia contribuido á ello.

¡No profundicemos!

Así era que todas sus decisiones no tenían apelación.

La impresión que recibió al examinar á Colette fué aparentemente favorable.

Al cabo de medio minuto se quitó los lentes y preguntó:

—¿Estáis recomendada por el Sr. Plessis?

—Sí, señora.

—El señor Plessis hace algunos negocios con nosotras. Aquí toma patrones, como hacen muchas de sus parroquianas y además tenemos con él otras relaciones.

Levantó la cabeza y preguntó á la primera oficiala:

—¿Sigue vistiéndose aquí la señorita Amada, creo?

—Sí, señora.

—Es una buena cliente. En fin, queda desde luego convenido que os quedáis aquí; pero servís para poco al parecer. ¿Qué edad teneis?

—Veinte años.

—Buena estatura, buen aspecto... ¿No sabeis nada?

—Sé el inglés, un poco de alemán... de español...

—Eso os servirá... ciertamente. Aquí vienen muchos comisionistas de todos los países. Esa es nuestra principal clientela. Es preciso tener con ellos las mayores consideraciones, ser lo más complaciente posible...

Colette se mordió los labios.

Era difícil saber lo que entendía la patrona por las mayores consideraciones, por ser lo más complaciente posible.

Y la patrona añadió:

—No estais enterada de eso. Es preciso ponerlos al corriente. Algunos días de taller no os perjudicarán. Y despues os dedicaremos á la venta.

Consultó de nuevo con una mirada á la primera oficiala, que era una mujer alta, delgada y pálida, con cabellos negros, de cara muy in-

teligente y quien podría tener de treinta y ocho á cuarenta años.

—¿No os parece, Laura?—la preguntó.

La interrogada se inclinó y al mismo tiempo cambió con la patrona una mirada que quería decir:

—Desempeñará perfectamente su cometido.

—Lo que me admira—repuso Angela—es que el señor Plessis no os haya colocado en su casa.

—Ha colocado á mi hermana—dijo Colette.

—¡Ah! ¿y qué tal es vuestra hermana?

—Mi hermana—repuso Colette con franqueza—bastante guapa, os lo aseguro.

—¿Es rubia?

—Sí.

—¿Que edad tiene?

—Diez y ocho años.

—¿Y á qué seccion la ha destinado?

—A la de confecciones.

—¿Cuál es mejor formada de las dos?

—¡Oh! Juana, con seguridad—afirmó Colette riendo.

—Entonces debe ser muy guapa. Pero vos me pareceis de buen carácter y si teneis talento, como supongo, haremos de vos algo bueno.

La señorita Marta entró como un torbellino. Su traje negro estaba salpicado de hilachos y de pedacitos de tela de todos colores, pegados á su alrededor.

—¿Qué sucia vienes!—la dijo su hermana.

La modista se encogió de hombros.

—¡Bah!—dijo con ese desdén propio de los artistas.

Y mirando á Colette preguntó:

—¿Quién es esta?

—Una aprendiz.

—¿A esa edad?

—La dedicaremos á la venta.

—Es lo mismo—dijo Marta con mucho desprecio.—Para eso siempre se sabe bastante.

—Pero no ella. Ella no conoce ni la primer palabra del oficio. Encárgate de ella y procura enseñarla pronto.

—Mala tarea. ¿De dónde viene?

Colette iba á contestar tal vez con demasiada acritud, pero la patrona la detuvo con un gesto.

—Se te explicará—dijo á su hermana. Ello es muy interesante. Haz lo que te mando. Esta joven puede sernos útil.

—Entonces venid—dijo la otra con tono brusco.

Marta condujo á Colette por una serie de salones con vidrieras de colores, de paredes colgadas de damasco de seda y antiguos tapices.

No eran más que las nueve.

Los salones estaban vacíos.

—A la tarde no podrá uno revolverse aquí, á Dios gracias—dijo la modista.

Al contrario de su indolente hermana, la señorita Marta era viva como una ardilla.

Ponia el pie en primer peldaño de una escalera que subía al segundo piso, cuando se volvió bruscamente.

Cogió por el brazo á Colette, la miró á los ojos y la dijo:

—¡Mucha necesidad teneis de ganar vuestra vida cuando venis aquí!

—Mi hermana y yo no tenemos nada—respondió Colette, conmovida por el interés que demostraba esta pregunta.

—¿De modo que os veis obligadas á trabajar para vivir las dos?

—Sí.

—¿No teneis medio de arreglaros de otro modo?

—No.

—Vamos—dijo la costurera—seguidme.

Y Colette la oyó que decía entre dientes, lo que ya tantas veces habia oído, y sobre todo con más frecuencia desde hacia poco tiempo.

—¡Pobres chicas!

Ahora trabajaba desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche, en un vasto taller en donde unas cincuenta mujeres cortaban ó bordaban vestidos y abrigos, la mayoría del tiempo, de un precio excesivo.

La clientela de la casa se componía de artistas de fama y gentes de la alta sociedad.

Al lado de aquel gran taller existía otro menos importante para los sombreros, que no constituían más que un accesorio de la casa.

El trabajo no arredraba á la hija del pescador.

Por el contrario, Colette encontraba en él una distracción á sus inquietudes y á sus recuerdos.

Lo que la repugnaba era ir á medio día con sus compañeras á almorzar á los restaurants, ó más bien á las cantinas, á donde todos los muchachos, toda esa juventud, toda esa alegría de París, hacen sus escasas comidas, tan pesadas para sus bolsillos, y con las que viven como gorriones á quienes se echan migas de pan.

Aquello le parecía duro al recordar la mesa de Montiers con su porcelana de Sevres y los silenciosos criados, en el gran comedor lleno de magníficos aparadores cargados de vajilla de plata y de una multitud de objetos preciosos.

¡Qué decadencia!

Colette la aceptaba, sin embargo, con valor y aun con alegría, indiferente en apariencia, buena para sus compañeras, procurando hacerse á sus costumbres, á su lenguaje, libre como el de los muchachos de los arrabales, no incomodándose por nada y estando siempre dispuesta á hacer esos favores que granjean las simpatías y demuestran un corazón cariñoso.

Así es que la querían, y á los ocho días de su llegada habia adquirido una especie de popularidad entre todas aquellas gentes. Hasta la misma Marta sentía por ella cierto cariño.

Marta, con su triste figura, su ardiente delgadez y su febril vivacidad, era una muchacha de mérito en su género, llena de imaginación y de gusto.

Inventar una de esas *toilettes* acabadas, que llevan la fama de las parisienses á los cuatro

rincones del mundo, no es ya tan fácil, y pocas gentes saben hacerlo.

Pero la señorita Marta no es la verdadera ama de la casa.

La autoridad, la grande, la sola, es la otra; la gruesa, la maciza matrona del almacén, la señorita Angela, aquella de las dos hermanas que trata con el público y recibe á la clientela.

Ahora bien, esta tenía sus propósitos respecto á Colette.

Al cabo de tres semanas la hizo llamar.

—Creo que habeis tomado el aire de la casa,

—la dijo.

—Casi, casi, señora.

—Al menos sabeis como se anotan las medidas... y el nombre de las cosas...

—Si, señora.

—Vais á abandonar el taller. Era preciso pasar por él, pero no ha sido hecho para vos. Iréis á la venta y tendreis la comida. ¿Os conviene?

—Sin duda, señora.

La primera oficiala presenciaba la conversacion.

—La señorita Laura os dará sus instrucciones, procurad comprenderlas.

Aquella noche, al entrar en su casa, Colette estaba radiante.

—¿Sabes, Juana? Asciendo... Me han destinado á la venta.

Las dos hermanas se abrazaron tiernamente.

—¿Estás contenta?—dijo Juana.

—Tanto como puedo estarlo; ¿y tú?

—Yo tambien.

Juana no decia la verdad.

Graves inquietudes le atormentaban.

A su alrededor se manifestaban sintomas bastante amenazadores y preveia otro tanto al de su hermana.

En la calle Vizconti, al menos, estaban tranquilas.

Aquella pobre habitacion les parecia un edén.

Casi todas las noches encontraban sobre su chimenea un ramo de flores lozanas.

El viejo jardinero lo depositaba en la habitacion de sus privilegiadas al ir á hacer su ronda.

El jardin tomaba tambien otro aspecto. Era á mediados de mayo.

Los lilos estaban completamente floridos, y su perfume embalsamaba todo aquel recinto.

Y las ventanas de enfrente seguian cerradas.

—Tu enamorado ha muerto—dijo Colette á Juana.

—No—replicó la rubia, sonriendo con afectada indiferencia,—pero me ha olvidado.

Ni habia muerto ni la habia olvidado.

Aquella noche debia aparecer, y no solo, sino con una numerosa y alegre compania.

A las nueve se abrieron las persianas con ruido y se dibujaron en la ventana varias barbudas siluetas, perceptibles por la luz que habia en la habitacion.

El vecino debia tener encendidas lo menos dos bujias.

Las siluetas que se oprimian en una ventana eran en número de tres.

En el interior de la habitacion habia otras dos.

Los negros ojos de Colette y los azules de Juana, fueron bastante penetrantes para reconocer el perfil de una cabeza morena, y les pareció que se inclinaba saludándolas.

—¿No le devuelves el saludo?—dijo Colette muy inquieta.

Juana suspiró.

¿Devolverle el saludo? ¿Para qué? ¿No estaban condenadas á permanecer solteras por su pobreza? ¿Es que la belleza sirve para nada, ó que el talento ni la virtud, pesan en la balanza para la eleccion de una mujer? ¿No es el triunfo siempre, hoy más que nunca, del dote sobre el corazon?

En pocos dias habia adquirido Juana tanta experiencia como otros en diez años.

Pensaba que necesitan más valor y más fuerza para atender á sus necesidades con la ayu-

da de su ingrato trabajo, las jóvenes que no tienen otra cosa, que lo que suponen los felices de este mundo.

Se reconcentra en sí misma y su secreta tristeza, su pesadumbre de hija perdida, se aumentaba con toda clase de temores, de disgustos y de miserias, que creía á punto de caer sobre Colette y sobre ella.

Aquello no era todavía más que una duda, pero aquella duda tomaba cuerpo y se introducía por grados en su imaginación.

Después de haberla tratado con una especie de indiferencia, y casi con brutalidad intencional, como para mostrar bien su autoridad, Servoz, el jefe de la sección de confecciones, su inmediato superior, juzgándola bastante aclimatada, enterada de las costumbres y con el espíritu bastante elástico ya, para oír las conversaciones, las anécdotas contadas en la mesa, en el vasto refectorio del quinto piso; animado, tal vez, por esos deseos, desde luego muy excusables que germinan en las cabezas de los empleados, de tirar al diablo por la cola y salir de su categoría, Servoz, estimando su educación hecha, principiaba á estrechar su vuelo alrededor de ella como un ave de rapina que se cierne sobre un bando de alondras.

De cuando en cuando aparecía también detrás de los pilares que sostenían las bóvedas de aquel templo de la frivolidad, la fina cabeza del señor Plessis.

Permanecía allí largos ratos en observación, para lo cual tenía perfecto derecho.

¿No era el dueño, el propietario de aquel dominio y no podía circular por él como quisiera?

Juana, sin que lo pareciera, había notado miradas amenazadoras, muy dulces por parte del patron, muy irritadas por parte de la señorita Amada que vigilaba su posesión amenazada.

Hasta Venotte, que en sus rondas de vigilancia se detenía al lado de ella, la deslizaba palabras equívocas y dejaba ver en sus ojos esas

llamas que indican el deseo y acerca de las cuales la más inocente ingenuidad no puede equivocarse.

Se hubiera creído que iba á reclamarla el pago de los favores que la había prestado.

¿Qué idea se formaba él de su carácter para creer que se rendiría tan fácilmente?

Pero no era ni á Venotte ni al patron, ni aun á la celosa señorita Amada, á quien la pobre joven temía más.

Podía defenderse de ellos.

Al menos así lo pensaba.

Venotte no la decía, en resumen, nada que no pudiera oír. Y en cuanto al patron, jamás la dirigía una palabra mal sonante y pasaba por estar muy poseído de su autoridad y de sus millones.

Apenas si la había dicho una ó dos veces:

—¡Qué! ¿principiais ya á acostumbraros al oficio?

—Sí, señor; muchas gracias,—le respondía Juana.

Esto no tenía nada de particular.

Es verdad que los ojos expresaban más que las palabras; pero el señor Plessis no carecía, por otra parte, de cortesanas que estaban bajo su dominio, y no tenía más que hacer una señal para verlas caer de rodillas, por el interés de los favores que de esto pudieran recoger.

¿Por qué se había de ocupar de ella con preferencia?

Quien la hacía temblar era Servoz.

Servoz había llegado á ser su pesadilla.

Cuando la veía sola en un rincón se tomaba libertades que la molestaban, no por las libertades en sí mismas, sino por lo que éstas presagiaban para el porvenir.

La dirigía palabras demasiado vivas, y sus oscuras miradas, más atrevidas aún que sus gestos, la hacían temblar.

Y sentía vagamente, que la poca tranquilidad de que gozaba aún, no duraría mucho tiempo.

¡Qué vida más triste!

¡Y sin tener siquiera un amigo á quien confiarse!

Sin querer pensaba en aquel vecino á quien la casualidad habia puesto dos ó tres veces ya en su camino.

Cada vez que la encontraba, la dirigía éste tambien una ardiente mirada, y, sin embargo, aquellas miradas no la molestaban y la hacian, por el contrario, experimentar una sensacion de bienestar.

En aquellas miradas habia piedad, respeto y esa llama que ella veia en los ojos de Servoz, pero más suave y velada.

¿Por qué no la herian como las otras?

¿Qué afinidad de sentimientos, de delicadeza, aproximaba á aquellos dos seres que no se conocian?

Las dos hermanas miraban desde su balcon al jardin del abuelo Gombault.

Aquella noche, el buen hombre, con un escardillo en la mano, limpiaba las cestas de flores de que el césped, raso como el terciopelo, estaba adornado.

Levantó la cabeza, y mirando hácia la ventana de las dos hermanas:

—¡Eh! ¡esto está fresco y cuidado!—dijo.—No hay en París muchos sitios en donde se pueda tomar tan bien el fresco.

—Es verdad, abuelo Gombault.

—¿Y vuestros asuntos marchan bien?

—No van mal.

—¡Vamos! ¡bueno, bueno!

En aquel momento, el metálico sonido de un mal clavicordio sonó en el silencio de la noche, del otro lado de la pared, llegando distintamente á aquella especie de oasis, en el cual los ruidos de la calle apenas se oian.

—¡Chis! ¡chis!...—dijo el jardinero.

—¿Qué?

—¡Bajad.

Juana y Colette bajaron, saltando de cuatro en cuatro las escaleras de piedra, y llegaron al jardin.

—¿Qué hay?—preguntó Colette.

—El vecino de enfrente está en su casa—dijo el jardinero.

—Bien, ¿y qué?...

—Escuchad, va á cantar.

—¿Qué nos importa á nosotras eso?—dijo Juana algo colorada.

—Tiene una hermosa voz. Un músico de la Opera Cómica, un trombon, que vive aquí al lado, en un cuarto piso, cerca del señor Venotte, dice que si ese mozo quisiera, ganaria mucho dinero con su garganta.

—¿De veras?

—Sí; eso produce mucho, á lo que parece.

—Así dicen.

—¿No teneis buena voz vosotras?

—No,—dijo Colette.

—Es lástima. Ganaríais más que midiendo varas de tela en una tienda.

Y el abuelo Gombault, indicándolas una altura, á la cual se subia por un paseo en espiral, á cuyos dos lados habia multitud de higueras, las dijo:

—Colocaos allí, estareis en los primeros palcos.

En efecto, se restableció el silencio en la habitacion del interno y despues de algunas carcajadas, provocadas por una explicacion, que el músico daba sin duda á sus compañeros, entonó una cancion amorosa cuya heroina tenia todas las señas de Juana Barfleur y cuyo autor declaró ser Andrés de Fresnaye.

—¡Bravo!—gritó el coro.

—Eso es ser idiota,—protestó un oyente quisquilloso.

—Balandrier no está nunca contento—dijeron algunos á una voz.

—¡Abajo Balandrier!—exclamó la mayoría.

—¡Y viva Andrés de Fresnaye!

—Señores—dijo uno,—esos son versos de enamorados! ¿Estás enamorado, Fresnaye?

—Sí.

—¡Cuéntanos la historia! Debe ser interesantísima.

—No le deis vueltas, no os diré de quién lo estoy. ¡Ni por un imperio os la nombraría!

—Confieso, pues,—dijo Balandrier—que esa falta de confianza es injuriosa para nosotros.

—¿Quién es la bella?

—¿Una enferma de Cochin?

—¿Una histérica?

—¿Alguna epiléptica?

—¿Es una clorótica? ¿Una anémica?

—Señores,—afirmó un estudiante,—sois caragantes en verdad! ¡Profanais los sentimientos más nobles! ¡Os reis de las creencias más puras y más elevadas! ¡Aunque la persona á quien se ame se encuentre en el hospital, desfigurada por las más odiosas enfermedades, es siempre para uno la más adorable y la más perfecta de las criaturas! Nuestro amigo es libre. Vosotros no teneis cuentas que pedirle. Yo no oculto mis opiniones. Estoy por la independendencia de los individuos y la libertad de los pueblos.

—Eso es absurdo, pero elocuente,—declaró el coro.

Juana, con el corazon palpitante, no hacia un movimiento.

En pié en la altura, con las manos apoyadas sobre la pared, presenciaba aquella broma de estudiantes, inmóvil por la curiosidad.

Veía á través de la oscuridad el rostro de Andrés vuelto hácia su habitacion, en donde su mirada parecia buscarla obstinadamente.

Comprendía que ella tenia alguna parte en la inspiracion de aquellas canciones y que lo que el autor habia querido celebrar eran sus ojos azules, color de cielo y sus cabellos color de oro pálido.

Las palabras de la cancion habian llegado distintamente hasta ella, como si el autor lo hubiese preparado todo para que fuesen oidas y comprendidas por ella.

Colette se apoyó en el hombro de su hermana y la preguntó:

—¿Has oido?

—Sí.

—Es para tí esa declaracion.

—No me aburras.

—Cuando yo te lo digo...

—Vámonos.

—Nos verán. Esperemos.

Siguieron ocultas en su escondrijo.

El abuelo Gombault se acercó á ellas.

—Tiene una hermosa voz ese joven—las dijo. No os engañaba yo.

—¿Vienes, Fresnaye?—preguntó uno de los compañeros del interno.

—¿A dónde, á Cochin?

—Sí.

—No estoy de guardia. Mañana.

Y añadió mirando al balcon de sus vecinas:

—Soy muy feliz en pasar una noche en mi casa.

—¿Entonces te quedas?

—Sí. Y os agradecería...

—¿Que nos marchásemos?—preguntó un compañero quisquilloso.

—Como lo dices, Balandier. En efecto. Tengo que escribir.

—¿Qué atenciones!—murmuró Balandrier.—¿A poco más, nos echas casi á empujones de tu casa.

—Lo mejor que puedes hacer,—observó otro,—es darnos como despedida un licor cualquiera.

—Tendria mucho gusto en ello, pero mi bolsa está vacía. No me queda más que un franco, y en cuanto á liquidos, no poseo más que un frasco de éter. ¿Lo quereis?

Aquella oferta dispersó la reunion.

Juana y Colette aprovecharon el momento en que su vecino expulsaba á sus huéspedes, para atravesar el jardin y volver á su habitacion.

Esta estaba bastante adornada desde hacia poco.

Habian aumentado su mobiliario con dos jarrones de China de poco valor, en los cuales el abuelo Gombault, tenia cuidado de renovar las

flores que él cultivaba en abundancia en una estufa.

Además, á pesar del cansancio que las agobiaba, habian tenido tiempo de cortar y coser las cortinas de cretona.

Su interior estaba, pues, lujoso; lujoso, entendámonos, como el de los pobres en donde la mano de una mujer de gusto se hace sentir, como las habitaciones de esas obreras que viven al día y cuya indiferente juventud se acomoda á todo.

¿No eran ellas mismas el verdadero lujo de la vida?

Pero su bolsa bajaba.

Lentamente, pero bajaba.

Colette se regocijaba á la idea de estar libre de la obligacion de comer en aquella especie de cantinas á donde hasta entonces habia ido con sus compañeras.

Experimentaba la satisfaccion del soldado que asciende á cabo y de cabo á sargento.

—Al menos,—decía á Juana,—mi pan no nos costará nada.

Juana habia corrido las cortinas, pero por los intersticios, mientras se desnudaba, miraba á la obscura ventana del vecino, quien habia apagado la luz, y distinguía en ella á favor de un rayo de luna que se desprendía de las blancas nubes, la inmóvil silueta del interno con la cabeza apoyada en una de sus manos y mirando al rayo de luz que salía de la habitacion de sus vecinas.

Juana apagó la bujía.

Entonces Andrés, creyendo que la rubia de ojos de color de cielo se lanzaba en brazos de Morfeo, encendió su quinqué, lo colocó cerca de la ventana sobre una mesa y se puso á escribir.

Juana le vió absorto en sus pensamientos y que los trazaba despues sobre el papel.

Sin duda no estaba satisfecho, porque varias veces rompió las hojas con visible despecho y las arrojó á la cesta.

Juana salió de su contemplacion por la voz de su hermana, que la decia:

—¿Vienes?

Se acostó.

Colette la cogió una de las manos, que tenia estendidas sobre la colcha.

—A brasas,—la dijo.

Y añadió en voz baja:

—¿Le amarás?

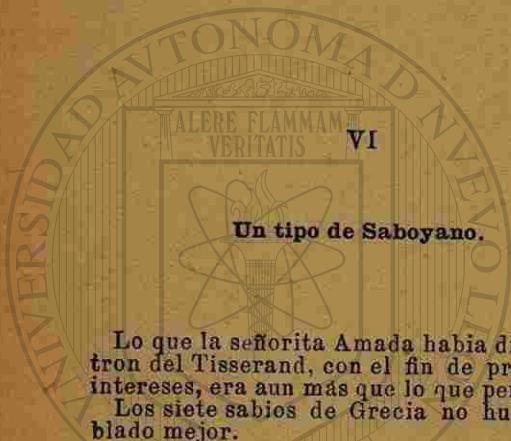
Juana hizo un movimiento de impaciencia y replicó:

—¿Le conozco siquiera? ¿Y tenemos nosotras derecho á amar á nadie?... ¡Haz lo que yol.... ¡Duerme!

Pero en lugar de dormir, como decia, volvió á ver en sueños los cabellos negros, brillando á la luz de la lámpara, el color mate del interno y el relámpago de sus ojos aterciopelados, el primero que ella habia recibido en el corazon y que no habia salido de él.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
REGIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





### Un tipo de Saboyano.

Lo que la señorita Amada había dicho al patron del Tisserand, con el fin de proteger sus intereses, era aun más que lo que pensaba.

Los siete sabios de Grecia no hubieran hablado mejor.

Ciertas naturalezas son más inflamables que el petróleo, más explosivas que la melinita.

Los presentimientos de la hija de Germana no carecian de fundamento.

Al pensar que bajo sus pasos cavaban una mina, pensaba bien.

Excitaba, sin quererlo, una violenta y peligrosa pasión.

Los salones de la confeccion, en casa de Plesis, estaban situados en el primer piso.

Era la parte más lujosa de aquel suntuoso establecimiento.

Miguel Servoz, el jefe directo de Juana, dirigía aquella sección.

Ardiente para el trabajo como para los placeres, Servoz, estaba, como decia Venotte, bien informado del personal de la casa.

Nacido en los alrededores de Chamounix, su

padre, un simple picapedrero de escasos recursos, no hubiera podido darle una educacion superior. Pero buenas almas, fijándose en la cara despejada y en la viva imaginacion del joven montañés, le pusieron á estudiar en el seminario de Annecy para que se hiciera sacerdote.

Hasta los diez y siete años todo marchó bien.

El seminarista siguió tranquilamente sus estudios, pero en aquella época su juicio, demasiado largo tiempo comprimido, estalló como una caldera recalentada.

Sus aspiraciones, sus gustos, le inclinaban hacia las mujeres con una violencia de mal augurio.

La vista de una mujer le turbaba hasta el punto de que pensando en ella robaba al estudio las dos terceras partes del tiempo.

Necesitaba buscar el medio de vivir si salía de allí.

El oficio de picapedrero no le gustaba, pero lo principió sin embargo, por necesidad, y hubiera concluido sin duda sus dias con su pobre aldea, si una aventura, en la cual su papel no fué el de un hombre de paz, no le hubiera obligado á abandonar su pais.

Riñó por una pequeñez con otro saboyano.

Es preciso decir que él abrigaba una antigua animosidad contra su compañero, por causa de una muchacha que le causaba palpitaciones de corazon, y que no le concedía la preferencia.

En aquel pais las disputas no hacen más que divertir á las gentes.

Nadie las dá importancia y la autoridad rara vez toma parte en ellas aun cuando resulte algun muerto.

Servoz recibió una cuchillada en un brazo, pero la devolvió con usura.

El otro recibió una puñalada entre dos costillas, y cayó como una masa inerte.

El exseminarista, lleno de miedo, salió de allí lo antes que pudo y se refugió en París.

Pero el lance no tuvo consecuencias para él.

El herido, que por suerte tenía la vida muy dura de pelar, escapó al peligro contra todo lo que se esperaba, y curó.

Aquella lucha de salvajes había pasado doce años antes.

Ahora era imposible reconocer al picapedrero de Chamounix bajo la levita del jefe de la sección de confecciones del Tisserand.

Pero si el traje había cambiado, el temperamento era siempre el mismo.

La sangre de Servoz era tan violenta, tan fogosa como antes, con esa hipocresía de formas que dá la atmósfera más privilegiada en que vivía.

Muy inteligente, había sabido conquistarse una posición inespugnable al lado del patron-había sido Plessis padre quien lo había puesto donde estaba, apreciando sus cualidades.

Se hubieran precisado monstruosos acontecimientos para que el hijo, que descansaba en Servoz como un general en jefe descansa en sus subalternos, se decidiese á privarse de sus servicios.

Feroz en el fondo, tímido con la mujeres, disfrazaba su timidez con una brutal insolencia.

Desde el primer momento había producido Juana sobre él una extraña impresión.

A la vista de aquella encantadora cabeza y de aquel cuerpo de una frescura primaveral, el antiguo cantero recibió una conmoción eléctrica.

Entrevió las delicias y las voluptuosidades de un mundo desconocido.

Trató desde luego de distraer su pensamiento y de sacudir aquella impresión como un vil polvo.

Por mucho que hizo, la visión volvía sin cesar más provocadora y más tiránica.

Hizo uso de todos los calmantes; con el ímpetu de su ardiente naturaleza, se lanzó á los más enervantes placeres, pero nada consiguió.

Todas las mañanas era el primero que estaba en su puesto; desde allí devoraba con los ojos á

la joven blanca, vestida de negro, cuando subía las escaleras con esa lentitud y ese cansancio de las desgraciadas, estenuadas por la fatiga del trabajo á que no han podido acostumbrarse aún, y el deseo que encendía la sangre de Servoz se hacía cada vez más violento.

No necesita muchas horas un formidable incendio para reducir á cenizas una casa.

Quince días después de la entrada de Juana en los almacenes del Tisserand, Servoz no tenía más que un deseo, el de someterla y hacerla su querida.

Despreciaba demasiado á las mujeres para pensar en el matrimonio y se burlaba mucho de los amigos que aceptaban los deberes de la unión conyugal.

La idea de casarse no se le había ocurrido nunca.

La hija de Germana y de Santiago de Brandes, tenía en el fondo de su alma demasiado orgullo para que no la hiriera desde el primer momento la insolente brutalidad con que su jefe la miraba y el tono con que la trataba, desde el primer día que se había presentado en los almacenes.

Mientras que Servoz se inflamaba por ella, Juana le tomaba aversión y le profesaba en el fondo de su alma un gran odio, ó más bien un gran desprecio, por la rudeza de chalan con que trataba á las pobres jóvenes que tenía á sus órdenes, herida tanto por ella como por las demás.

El alma elevada de Juana comprendía las cosas de muy distinto modo. Estimaba que no es con el látigo como se obtienen mejores servicios, á no ser que se trate con razas decaídas ó nacidas para la esclavitud.

Al día siguiente de la *soirée* del jardín, llegó Juana al almacén dos ó tres minutos antes que de ordinario.

Se encontró sola con Servoz en el obrador.

Aun no eran las ocho.

El tiempo estaba soberbio y el almacén resplandeciente.

El mismo Servoz estaba muy contento, lo cual era contrario á sus costumbres.

Esto llamó la atención de Juana.

Y la sorprendió más cuando se acercó á ella con visible interés y la siguió hasta su puesto, en donde ella se quitó su sombrero y una chaquetilla que llevaba puesta.

Juana estaba en el ángulo de dos filas de armarios, que formaban un especie de gabinete aislado en la inmensidad de las galerías ocupadas por las confecciones.

—Y bien, señorita Aubin,—la dijo con voz alterada—os vais acostumbrando á estar con nosotros?

Esta pregunta debía de sorprenderla, tanto más, cuanto que Servoz no la dirigía nunca la palabra más que en el tono más rudo y menos cortés.

Juana respondió con desembarazo:

—Sí, señor... ciertamente... Vos sois muy bueno.

—Yo no soy bueno—la dijo.—La bondad no entra en mis cálculos.

—Os calumniais!

—Pero soy susceptible de otros sentimientos...

Y añadió en voz baja:

—¿Sabéis que sois hermosa, señorita Aubin?

—¡Ah!—dijo Juana con el corazón oprimido.

—Muy hermosa para la tranquilidad de los demás!

—Pero... Me parece que yo no la turbo.

—¡Error! ¡Vos poneis la casa en revolución!

—¡Caballero!

—¡No hay nadie que no os encuentre arrebatadora!

—Yo no sé...

—¡Ideall!

—¡Oh!

—Un sueño!

Juana guardó su sombrero y su abrigo en un cajón.

Cuando se incorporó, estaba colorada como una amapola.

—Me confundis,—dijo á Servoz, tratando de chancearse.

—Os digo lo que siento.

Se aproximó y añadió:

—¡Menos de lo que pienso! ¡Desde que estais aquí no me conozco ya!

Juana levantó la cabeza y miró á Servoz con sus grandes ojos limpidos, sin proferir una palabra.

Servoz retrocedió un paso; tanto era lo que le turbaba aquella casta mirada llena de reprensiones.

Pero no tardó en dominarse.

—Veamos—la dijo,—no tenemos tiempo que perder. No es conveniente que nos sorprendan hablando. Acabo de declararoslo todo. No sé lo que teneis de distinto de todas las demás, pero me haceis olvidar mis asuntos. Me trastornais y es mejor que os lo diga en seguida; es preciso que esto concluya.

—¡Ah!—dijo Juana,—¿es preciso?...

—Sí; vos sois inteligente y comprendéis que para trabajar y dirigir los negocios es necesario tener la imaginación libre.

—¿Quereis que me marche?—le preguntó Juana con tono tranquilo.

—No, no.

—¿Entonces?...

—Quiero que hablemos.

—¿Que hablemos?

—Para que sepais á fondo lo que tengo en mi alma, y yo espero que usareis la misma franqueza conmigo. ¿Quereis?

Juana se mordió los labios.

¡Cómo negarse!

—Bien—dijo,—si como vos me haceis comprender es tan importante...

—Indispensable,—dijo Servoz.

Juana respondía con tranquilidad, sin parecer asustada ni sorprendida.

Servoz se sintió orgulloso.

—¡Vamos!—pensó—será más fácil de lo que yo había creído.

Y añadió muy bajo delante de las señoritas del obrador que acudían a él en tropel.

—¿De modo que consentís?

—Si es una orden...

—No, un deseo.

—Sea.

Servoz la dijo al oído:

—¿Cuándo?

—El día que digáis.

—La noche promete estar soberbia hoy.

—Entendido.

—Pues esta noche.

—Si queréis...

—A la salida del almacén.

—¿En qué sitio?

—En la administración de los ómnibus, cerca de la fuente de San Miguel.

—Bueno.

—¡Sois un ángel!

Juana meneó la cabeza.

—¡Oh! ¡cambiareis tal vez de parecer!—le dijo.—Ya vereis.

—Veremos.

Servoz se alejó.

Aquella conversacion no habia durado más que un instante, pero todo se nota.

El ojo de las mujeres es perspicaz.

—Principian los horrores—dijo en voz baja, una joven alta, colorada, bastante guapa, la señorita Cadot, á una morena ajada, pero elegante y muy bien formada.

La morena se encogió de hombros.

—Tú dirás—la dijo la otra—«Eso estaba escrito».

Servoz estaba extasiado.

Por la primera vez en su vida fué galante con su personal.

Las dependientes se preguntaban á qué obedecía aquel cambio.

En el almuerzo se contó el encuentro de por la mañana.

Servoz pasaba por ser el preferido de la rubia.

Se afirmó esto.

Nadie llamaba á Juana más que «la rubia».

Como sabían que estaba protegida por Venotte, no dejaron de contárselo todo.

La señorita Cadot se encargó de hacerlo.

—¿Sabeis—le dijo—vos, el hombre mejor informado de todo, que hay promesas de matrimonio?...

—¿Entre quienes?

—¿No me vendereis?...

—No tengais miedo.

—Es que me hariais perder mi colocacion, y la quiero, sin que por eso la juzgue buena.

—¡Hablad, pues!

—¡No vigilais lo bastante á vuestra protegida, amigo!

—¡Ah! diablo.

—¡Tratan de soplárosial!

—¿Quién? ¿el patron?—preguntó Venotte.

—¡Calla! ¡el patron tambien!—dijo la joven.—Bueno es saberlo. Pero no es él. ¡Un poquito más bajo!...

—¿Es Servoz?

—Así parece.

—¿Y ella qué dice?

—¡Dócil como un cordero! ¡No opone resistencia! ¡Pero, despues de todo, preguntadla á ella!... Ya estais prevenido.

Venotte quedó clavado en aquel sitio, mientras que la joven se alejaba, contenta de haber lanzado al inspector sobre la pista del saboyano.

Ella detestaba á los dos.

—Si pudieran devorarse el uno al otro—se decía.

Venotte estaba furicso.

¿Habria proporcionado un asunto más á aquel bergante de saboyano?

No era aquella la primera vez que Servoz marchaba sobre sus pasos y destruía sus planes.

Venotte esperaba sacar partido de su situa-

ción de protector, aprovecharse de la vecindad de sus protegidas de la calle Vizconti, pero más tarde, en el momento oportuno, cuando estuvieran dominadas por ese cansancio, ese aburrimiento, ese disgusto que paraliza y abate á los mayores ánimos.

¡Y Servoz se interponía entre ellos! Se anticipaba é intentaba acaparar el botín para sí solo.

¡Se verían!  
El inspector se propuso vigilar, y cuando él se prometía esto, no era fácil engañar su vigilancia.

A pesar de sus astucias, durante el día, en la afluencia de los clientes que llegaban en tropel, no descubrió nada de extraordinario, pero cuando llegó la noche sorprendió una mirada cambiada con disimulo entre Servoz y la bella rubia.

Servoz, que casi nunca salía hasta que todos habían desaparecido, pretestó una urgencia y desapareció antes que tocaran á la salida.

Juana se puso el sombrero sin manifestar impaciencia.

Su hermoso rostro, tan puro, no demostraba la menor turbación.

Descendió á la planta baja con su majestuoso andar, saludó con un movimiento de cabeza al inspector, que estaba cerca de la puerta, y salió; pero en lugar de tomar, según acostumbraba, el boulevard de San Germain, para subir á la calle de Sena, volvió á la izquierda y tomó el boulevard de San Miguel para llegar á la fuente.

Allí buscó á alguien con la mirada.

Un hombre se destacó de un grupo formado al pié de los omnibus y se dirigió hácia el Pont-au-Change; la bella rubia siguió el mismo camino y se unió á él.

Uno que procuraba ocultarse en la oscuridad para no ser visto por ellos, marchaba detrás, á cincuenta pasos, envuelto en un gaban color marrón.

Este era Venotte.

## VII

## Decadencia.

En el caserío de Brandes se volvía á la tristeza.

Todo marchaba allí de mal en peor.

La miseria se instalaba como soberana y el desaliento invadía hasta el alma robusta del barón.

Susana hacía vanos esfuerzos para sostenerle.

Todo era decadencia alrededor de él.

El ama de gobierno tenía los cabellos grises y su cara se arrugaba como la corteza de una encina vieja. Sus ojos se hundían en dos cavernas bajo sus espesas cejas, pero siempre vivos, brillaban como los de un gato en el fondo de una cueva.

—Os desoláis sin razón, señor—le decía.—La situación no es tan desesperada.

Santiago de Brandes pensaba de otro modo. Se creía vencido.

La suerte le había desarmado al quitarle su hija. Cuando pensaba en esto, la ira se apoderaba de él.

¡Cuán justo había sido su cálculo! Había juz-

gado bien el corazón de Germana al creer con seguridad que el amor maternal hablaría más alto que los demás sentimientos en el alma de su víctima.

Había pensado que aquel amor victorioso ahogaría hasta su orgullo; que la arrojaría á sus pies; que llegaría un día en que ella le pediría gracia, consintiendo en los más crueles sacrificios; que, por fin, accedería á todo por volver á tener su hija, por verla, por rodearla de sus cuidados y ternuras.

Aquella hora había sonado.

Germana había venido á él. Había descendido hasta á suplicarle. Le había ofrecido una fortuna en cambio del secreto.

Mucho más, él comprendía que un resto de orgullo la impedía ir más allá; que había tenido en los labios el consentimiento que él la impuso; que estaba casi sin fuerzas.

¡Y él no podía nada contra ella!...

Le era preciso, en aquel momento decisivo, confesar su impotencia y decir á Germana, á los ojos de la cual quería, á falta de virtud, de honor y de probidad, guardar al menos el prestigio de esa superioridad de inteligencia y de fuerza, esa gloria de los malvados:

—¡He cometido un crimen por poseeros! Lo he cometido, á la vez que por amor hacia vos, por odio á vuestra raza. He jurado que seríais mía y no de otro. He buscado un medio de avasallaros y lo he encontrado. Ese medio era odioso, pero el triunfo lo justifica por cobarde y vil que pudiera ser, al ser inspirado por una gran pasión. ¡Os he robado á vuestra hija! ¡Vos me la reclaims! ¡Pues bien, ya no la tengo! He sido lo bastante estúpido, lo bastante imbécil, para dejar que me la quitaran á mi mismo gentes diferentes, como el soldado que yendo al combate se duerme y se deja robar las armas en el camino. ¡Cuando os amenazaba y os hacía temblar, podía marchar con la cabeza levantada por la seguridad de la audacia y de la fuerza! Ahora no soy más que un enemigo desarmado;

no tengo derecho más que á vuestro odio y á vuestro desprecio! He perdido vuestra vida y la mía; no me queda más que la vergüenza del mal que he causado sin provecho alguno.

Desde la mañana hasta la noche andaba errante por su posesión, en la cual no quedaba ya ni un árbol en pie.

La posesión estaba saqueada como un prado seco por donde ha pasado el fuego.

Santiago había hecho dinero de todo.

Sus viajes, por económicos que fuesen, le costaban dinero, aquel dinero cuyos últimos restos agotaban la educación de su sobrino y su estancia en París.

Las rentas de la Honguette estaban consumidas con exceso por los intereses que debía á Bechard, y para colmo de miseria, el tío Rondin, su amigo, y los otros colonos, estaban tan pobres que no se atrevía á pedirles las rentas.

No conservaba más que un criado y á Susana y no les pagaba el salario.

Seguían con él por una antigua afección y por ese lazo tan fuerte, el de la costumbre, que les encadenaba, como el riquísimo señor Plesis lo estaba á la señorita Amada, cuyos encantos no debían tardar en caer en la misma decadencia de la casa de Brandes.

Después del encuentro del Pasaje de los Príncipes, Santiago había tenido un momento de esperanza.

Sabía al menos un detalle precioso.

¡La hija de Germana vivía!

Estaba seguro de ello.

En lugar de abandonar á París, Santiago había estado allí quince días, recorriéndolo de un extremo al otro, tratando de encontrar las huellas del *gentleman* y sus acólitos del restaurant.

La cara del Brasileño era de esas que se graban fácilmente en la memoria.

Sus ojos negros, su color bronceado, estaban impresos en la imaginación del barón, como lo está una cara en una placa fotográfica.

Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. En ninguna parte lo encontró. Nadie le conocía y no pudieron darle el menor indicio de su existencia.

Cansado de lucha, Santiago había vuelto á encerrarse en Brandes, abatido, asaltado por ideas de suicidio y decidido á renunciar á todo.

A la misma hora en que Servoz, abordando á Juana en el almacén, la pedía una cita, estaba el baron sentado en la cocina delante de la inmensa chimenea, en la cual se consumían con lentitud dos troneos.

Con los codos sobre las rodillas, la cabeza entre las manos, los dedos entre su espesa y roja cabellera, en la cual no se veía un pelo blanco, meditaba.

Susana iba y venía preparando un almuerzo de legumbres, mientras que el sol reía alegremente en el exterior de la casa sobre los débiles céspedes.

Y de cuando en cuando Susana decía á Santiago.

—No teneis más valor que una muchacha. ¡No érais así antes!

—Santiago, que no quiso contestar en un principio, se incomodó por fin.

—Callate—la dijo.—Todo ha concluido. ¡No me resta ni aun para arreglar esta vieja casucha que hasta ahora ha ido tirando! Está como yo. ¡Se derrumba! El tejado hace aguas por diez sitios. Las paredes se agrietan. ¡Y lo que es peor aun, dentro de un mes ya no sé á quien volver la cabeza para enviar dinero á Andrés!

—Ahí teneis á Bechard.

—¡Oh! ¡está ya cansado! y á decir verdad, no me atrevo á insistir; le debo ya demasiado.

En aquel momento se oyó en la avenida el ruido de un vehículo.

—En hablando del rey de Roma...—dijo Susana.

—Viene á reclamar su crédito.

—Tal vez.

—Después de todo, algunos días más temprana-

no ó más tarde... puesto que es necesario saltar el foso...

Y dejándose guiar por su carácter hospitalario, olvidando por un momento sus preocupaciones, añadió:

—¿Hay siquiera que almorzar?

Susana estendió los brazos y lanzó un prolongado suspiro.

—No hay gran cosa.

—¡Ah! ¡diablo!

—Si cogierais la escopeta todavía... ¡pero ni aun corazón teneis ya para eso!

—La caza está vedada.

—Eso no os preocupaba mucho antes. ¡Aquellos eran buenos tiempos! ¡No se veía uno atado para tratar á las gentes. Había siempre algún conejo colgado del gancho, chochas ó uno ó dos capuchinos.

Para los cazadores furtivos, las liebres son capuchinos, á causa de la capucha que esos cuadrúpedos tienen sobre la cabeza.

El baron sonrió. Aquellos recuerdos le reanimaban.

—Llama á Hilario—dijo,— para que coja el jaco de Bechard y mándale á casa de Rondin, que este tendrá algún pato que darnos. Y arreglalo lo mejor que puedas.

El enflaquecido jaco de Bechard llegaba, pian, pian, paso tras paso.

Era el mismo de siempre.

Debia tener lo menos veinticinco años y una infinidad de kilómetros en sus jarretes.

También el vehículo era el mismo de siempre.

El carretero lo había rehecho diez veces, pedazo por pedazo.

Bechard era en extremo conservador.

El hombre tampoco había cambiado.

Aquel hocico de garduña gozaba de un privilegio enorme:

No envejecía.

Era el mismo á los sesenta años que á los cuarenta. Es verdad que siempre era feo.

Los cabellos conservaban su color de estopa y continuaban unidos á la aplastada cabeza del usurero.

Pero Bechard prosperaba.

La felicidad le conservaba.

Y en verdad que no se hubiera podido decir que fuese un hombre tan malo.

Saludó amistosamente al baron y le tocó la mano con sus encorvados dedos, mientras que el criado metía el caballo en la cuadra.

—¿Tomareis un bocado con nosotros, señor Bechard?—le dijo el baron.

—Bueno, señor de Brandes; eso no se rehusa nunca.

—Almorzareis mal, os lo prevengo. La cocina no es abundante. No esperábamos á nadie esta mañana. Y además, ya sabeis que estamos muy en decadencia.

—¡Ta, ta, ta, ta!—exclamó el alguacil,—no os desoleis por eso. Esperanza en el porvenir si el presente es algo afflictivo.

—¡El porvenir!—replicó Santiago;—poco espero de él.

—¡Bah! ¿quién sabe? ¿Y el señorito Andrés, que es de él.

—Pronto terminará su carrera como sabeis.

—¡He ahí un mozo que puede esperar mucho! ¡Baron de Fresnayel! ¡Hará una buena boda! ¡Si yo hubiera nacido baron, me hubiera casado con un fuerte dotel

Bechard estaba sentado delante del fuego al lado de su huésped.

Susana, que acababa de entrar, dirigió una mirada á su amo, mirada que quiso decir:

—¡Ya lo veis! ¡Hilario no ha venido aún!

—Y vos, Susana, ¿seguis bien?—preguntó Bechard.

—Sí, señor, muchas gracias, señor Bechard.

—¿Siempre firme?

—Para serviros.

Bechard se encontraba á sus anchas y hablaba familiarmente. Estaba allí como en su casa,

sin molestias, sin cumplimientos. Y realmente era verdad que estaba en su casa.

Estaba en Brandes, más bien en su casa que en la del baron.

La zorra llegaba á lo que se habia propuesto, pero es preciso convenir en que no abusaba de la situación.

—¿Creeis que seria bueno ajustar cuentas?—preguntó con timidez Santiago de Brandes.

Bechard pareció admirarse mucho.

—¡Ah! mi pobre señor baron,—dijo—¡ajustar cuentas! ¿Y de qué nos serviria eso?

—Es que os debo mucho dinero.

—¡Puesto que no podeis pagármelo... Sé la cantidad poco más ó menos, y...

—¡No estais intranquilo?

—¡Intranquilo! ¿Quereis bromearos? ¿Me tomáis por un tonto?

Se sonrió afectuosamente y bajando la voz, dijo al baron confidencialmente:

—No vengo á pedir os dinero, vengo á ofrecéroslo.

—¡Más!...

—¿Por qué no?

—¿Seriais tan amable?

—Qué es lo que no haria yo por serviros? Conozco vuestra situación mejor que vos. Me debéis sesenta y nueve mil ciento veintiseis francos y sesenta céntimos, cuenta ajustada el quince del corriente. ¡Teneis por lo menos doscientos mil francos en bienes! Cuando querrais solventar esas deudas no teneis mas que vender la Honguette. Pero nada urge. Vuestro sobrino hará una buena boda, ¡os lo digo yo! ¡No faltan buenas burguesas que quieran ser baronesas! Y además, el señorito Andrés es un buen mozo.

Los ojillos de Bechard se animaban.

—Yo conozco esas cosas, y además he oido hablar á la gente—añadió.

Sacó de su vieja cartera, sucia y reluciente por el uso, dos billetes de mil francos que en estaban nada limpios, á fuerza de rodar por los



bolsillos de los chalanes, y los puso sobre una de las rodillas del baron.

—He aquí para nuestro señorito—dijo.—Es preciso no dejar que ayune. Conozco su posición. Únicamente me hareis el favor de un recibo para cubrir las formalidades. Puede uno morir...

Santiago de Brandes se conmovió.

—¡Teneis razon!—le dijo.—Sois un buen hombre. Necesitaba dinero; pero no me hubiera atrevido á pedirlo.

—¡Me causais pena!—dijo Bechard.—Mucha pena. Aceptándolos me prestais un servicio. Los he recibido esta mañana. No quiero que duerman. Ganarán su rédito. Trabajan por su amo.

Bechard se habia puesto muy alegre.

—¡Es que os desanimais!—repuso Bechard.—No lo creo.

—Nada me sale bien.

—Ya llegará el momento.

Bechard le tocó en la rodilla.

—¿No está ahí la señorita de los Essarts?

—Sí.

—Dicen que ha vuelto á París.

—Es verdad.

—¿No intentais nada por ese lado?

—No hay nada que esperar.

Santiago se levantó para cortar las enojosas preguntas de Bechard.

Roudin entró con el pato que le habian pedido.

—¿Almorzais con nosotros?—dijo el baron á su colono.

Este hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Nunca rehusaba.

Y dirigiéndose á Bechard:

—Vamos á dar una vuelta mientras que Susana pone la mesa,—dijo el baron.

Aparentemente, el usurero habia dado ánimos á su deudor, porque el almuerzo fué alegre y abundante.

En el campo, cuando uno se sabe arreglar, se encuentra siempre alguna vitualla.

Los huevos no escasean; la leche suministra manteca; la huerta las legumbres.

El tio Roudin habia traído el asado.

Todo estaba completo.

Cuando Bechard volvió á montar en su báscula, el baron estrechó sus delgadas manos con más cordialidad que de ordinario.

Le consideraba una Providencia; pero aun cuando el usurero bajaba sus pretensiones, con aquel importante deudor, era una Providencia al diez por ciento.

—No os acobardeis—le dijo Bechard.—Todo se arreglará, ya vereis, con tal de que el pequeño sea razonable. ¡Se le encontrará una novia rica! Y en el otro asunto no se ha dicho aun la última palabra. ¡Aquel es el premio gordol!

El otro asunto era la señorita de Roye.

Cuando dejó de oirse el ruido que producía el vehículo de Bechard, el baron, que le habia acompañado hasta cierta distancia, se volvió á su casa.

—Ya veis, señor baron—le dijo Susana—que no debeis desanimaros. ¡Tiene razon Bechard! ¡Una buena boda y se tapanán las brechas y tendremos aún buenos dias en Brandes!

Entró el cartero.

—Una carta para vos, señor baron.

—Traefaca.

Era del interno.

Decididamente la mañana era buena.

Santiago adoraba á su sobrino. Sus cartas hacian latir siempre con delicia el corazon del tio.

Ellas acariciaban su parte sana, las fibras que no estaban gangrenadas.

—Dad de almorzar á Louvet, ordenó el baron á Susana.

El cartero se llamaba Louvet. El pobre diablo tenia que recorrer seis leguan todas las mañanas ántes de almorzar. Devoraba de buena

gana una libra de pan con un plato de comida al fin del viaje.

Santiago de Brandes salió al parque para saborear con libertad su querida carta.

Desde los primeros renglones palideció de despecho.

¡Todo se volvía contra él!

¡Hasta Andrés, su última esperanza!

Hé aquí lo que le escribía:

«Mi querido tío:

»Vas á reírme, pero tanto peor! No quiero tener secretos para ti.

»¡Estoy enamorado, enamorado como un loco!

»Si vieras á la que amo, lo aprobarías. Léjos de ella no puedes comprenderlo.

»Es más pobre que nosotros.

»Todo lo que puedo decirte es que es admirablemente hermosa, que la adoro.

»¡Antes la miseria que todos los tesoros del mundo sin ella!

»La pobre muchacha no sabe nada. Ni aun le he dirigido la palabra. La amo de lejos, pero creo que me sería imposible olvidarla.

»Ya ves que nuestra novela no está muy avanzada.

»Todo va bien por otra parte. ¡Trabajo sin descanso porque siento que tendré dos seres muy queridos á quienes enriquecer y sobre todo á quienes hacer felices! ¡Se necesitan millones para esto!

»No me envíes dinero. ¡Necesito tan poco ahora, que tengo la mesa y demás gastos cubiertos en el Hospital! Me pasaré sin él todo el tiempo que quieras.

»¡Ánimo! El porvenir nos sonríe. ¡Ya lo verás!

»Te abraza tiernamente

»Tu hijo

ANDRÉS.»

Santiago de Brandes quedó lleno de estupor.

Aquello era la destruccion de sus últimos medios de salvacion, la ruina irremediable que caía sobre él y sobre su casa.

En su inesperienza, en su entusiasmo, ignorante de la vida, aquel hijo para quien soñaba destinos mejores que el suyo, se perdía engañándose con vanas ilusiones.

La fortuna por el trabajo, ¡qué ilusion!

¡Para un triunfo cuántas angustias!

Irritado, abatido, entró el baron en su casa con el rostro tan sombrío, que Susana se alarmó.

—¿Qué sucede?—le preguntó.

Santiago contestó con sequedad:

—Nada.

Se encerró en su habitacion y escribió la siguiente carta:

«Mi querido hijo:

»Estoy consternado.

»No hagas nada antes de tener una conferencia conmigo.

»Tu porvenir y el mio dependen de una resolucion que puede ser imprudente.

»Es preciso que sepas toda la verdad.

»Tu declaracion me obliga á revelártela.

»La miseria es nuestra mayor enemiga.

»Tu padre y tu madre se suicidaron de desesperacion.

»Para arrancarte de la miseria que nos agobia, he intentado los imposibles.

»Tu educacion ha completado mi ruina. Debo tanto como poseo, y lo que me queda no me dá para comer ni pan. Solo una boda podia restablecer nuestros asuntos, quiero decir los tuyos. Ese amor nefasto de que me hablas, es el fin de todo.

»¡Que ofrecerás á una joven pobre, al asociarla á nuestra miseria! Espera al menos á que estés en estado de ganar lo necesario, que tengas la seguridad de vivir de ese trabajo in-

grato, del cual esperas una fortuna casi siempre sorda a la voz de los que la llaman.

»Me parece que el último rayo de nuestra esperanza acaba de desaparecer.

»Te abraza con profunda tristeza tu tío

SANTIAGO DE BRANDES.»

«P. D. ¡Todo nuestro edificio reposaba sobre tí y tú lo derribas!»

Puso el sobre y bajó a las cuerdas.

—Ensilla un caballo, ordenó a su criado.

Montó y se lanzó al trote largo, a través de los bosques, hasta llegar a Rouvres, en donde puso la carta en el correo.

—La recibirá mañana—pensaba.—Tal vez sea demasiado tarde!

Por la primera vez en su vida se sentía completamente enervado, abatido, sin fuerza y sin valor.

Veía a Germana más hermosa que nunca, como se le había presentado en la habitación del interno, y rechinando los dientes, pensaba:

—¡Ah! ¡si estuvieras aquí y leyeras en mi alma, cómo gozarías!

### VIII

#### El fuego y el hielo.

El muelle de los Agustinos es un sitio que no tiene nada de encantador, sobre todo por la noche.

Casi desierto durante el día, es lúgubre cuando ha oscurecido.

Sus viejos edificios, con fachadas semejantes a las caras de los leprosos, están lejos de producir un efecto poético, y la decoración está mal elegida para hablar de amor.

La del jardín de Fausto, bajo un rayo de luna, nos parece preferible.

Sin embargo, a aquel sitio triste y lúgubre, era adonde llevaba Servoz a su compañera.

Juana sentía el corazón oprimido, tanto por el aspecto de aquella tenebrosa vía, como a la idea de lo que iba a oír.

Servoz, por el contrario, abrigando la idea de un próximo triunfo, del cual no dudaba, gozaba de antemano de la conquista de aquella adorable joven, al rededor de la cual tantas ambiciones se despertaban.

—Os doy gracias por haber venido—la dijo.—

grato, del cual esperas una fortuna casi siempre sorda a la voz de los que la llaman.

»Me parece que el último rayo de nuestra esperanza acaba de desaparecer.

»Te abraza con profunda tristeza tu tío

SANTIAGO DE BRANDES.»

«P. D. ¡Todo nuestro edificio reposaba sobre tí y tú lo derribas!»

Puso el sobre y bajó a las cuadras.

—Ensilla un caballo, ordenó a su criado.

Montó y se lanzó al trote largo, a través de los bosques, hasta llegar a Rouvres, en donde puso la carta en el correo.

—La recibirá mañana—pensaba.—Tal vez sea demasiado tarde!

Por la primera vez en su vida se sentía completamente enervado, abatido, sin fuerza y sin valor.

Veía a Germana más hermosa que nunca, como se le había presentado en la habitación del interno, y rechinando los dientes, pensaba:

—¡Ah! ¡si estuvieras aquí y leyeras en mi alma, cómo gozarías!

### VIII

#### El fuego y el hielo.

El muelle de los Agustinos es un sitio que no tiene nada de encantador, sobre todo por la noche.

Casi desierto durante el día, es lúgubre cuando ha oscurecido.

Sus viejos edificios, con fachadas semejantes a las caras de los leprosos, están lejos de producir un efecto poético, y la decoración está mal elegida para hablar de amor.

La del jardín de Fausto, bajo un rayo de luna, nos parece preferible.

Sin embargo, a aquel sitio triste y lúgubre, era adonde llevaba Servoz a su compañera.

Juana sentía el corazón oprimido, tanto por el aspecto de aquella tenebrosa vía, como a la idea de lo que iba a oír.

Servoz, por el contrario, abrigando la idea de un próximo triunfo, del cual no dudaba, gozaba de antemano de la conquista de aquella adorable joven, al rededor de la cual tantas ambiciones se despertaban.

—Os doy gracias por haber venido—la dijo.—

No podeis comprender hasta qué punto me li-  
sonjeais.

Juana levantó hacia él sus grandes ojos.

—¿Y si hubiera rehusado?—le preguntó.

—Hubierais hecho mal—le contestó termi-  
nantemente.

—Por eso no lo he hecho.

Iban el uno al lado del otro.

—Cojeos de mi brazo—la dijo;—iremos me-  
jor. ¿Quereis?

—Como vos querais.

Juana contestaba con tono tranquilo; pero  
añadió en seguida:

—Mi hermana se retira temprano. Si no me  
ve en casa estará inquieta; sed bastante bueno,  
señor Servoz, para decirme pronto lo que espe-  
rais de mí.

Esta sencilla explicacion produjo el efecto de  
una ducha en el cerebro del Saboyano, que es-  
taba en ebullicion.

—¿Tanta prisa teneis por saberlo?

—Sin duda.

—¿Y no lo habeis adivinado?

—No en verdad.

—¡Ah!—dijo Servoz algo cortado.

Le era preciso buscar el medio de empezar  
su explicacion.

En el fondo no era difícil abordarla; Servoz  
tenía práctica; pero con aquella naturaleza de  
sensitiva era preciso estudiar los términos.

—¡Diablo!—murmuró acariciando su corto y  
rizado bigote.

Y de pronto, tomando su partido, añadió:

—Veamos; ¿vos teneis talento!

—¡Lo ignoro!

—¡Si—afirmó Servoz,—lo teneis, y grandel

—¡Oh!

—Dejaos de falsas modestias. Yo no soy ni  
sordo ni ciego. He notado que lo teneis desde  
el primer día.

—Sea. Lo admito por no deteneros más tiempo.

—Sabeis perfectamente que sois muy her-  
mosa.

—Como querais.

—¿Por no hacerme perder el tiempo?—pre-  
guntó Servoz.

—Si, justamente... por eso.

—Pues con vuestro talento comprendereis sin  
trabajo que es imposible veros y permanecer  
frio como una nevera de mi país.

—¿Lo creeis así?

—Estoy seguro de ello.

—¿Cómo lo sabeis?

—¡Por mí mismo, por mis impresiones, por  
lo que veo y por lo que siento! Lo que os voy a  
decir hoy, otros os lo dirán mañana ó dentro de  
ocho días. Vamos á porfia por ver quien ob-  
tendrá lo que yo quiero para mí, para mi solo.  
¡Desde lo más alto á lo más bajo, en el almacén,  
todos los ojos están fijos en vos y os devoran!  
¿No lo estoy viendo yo? ¡Y cómo los otros, más  
tal vez, desde que estais en mi seccion, tengo  
la cabeza llena de vos! Si salgo, tengo prisa  
por volver para veros. Me escondo detrás de  
los maniquis para examinar á placer vuestro  
talle, que me hace temblar; vuestro color, que  
me dá vértigos, y vuestros asustados ojos, que  
me atraviesan el corazón. No me ocupo de los  
asuntos. Los olvido, á pesar mio; cometo tonter-  
ria tras tonteria... ¿Quereis pruebas?

—Es inútil.

—No soy yo el único que se encuentra en ese  
estado. El señor Plessis, que antes no venia á  
los almacenes dos veces al mes, pasa ahora en  
ellos todo el día. La señorita Amada se ha fija-  
do ya en esto. Tratará de haceros daño, pero  
yo os defenderé... ¡si quereis!

Se volvió hacia la jóven y la dirigió una ar-  
diente mirada.

—¡También ese odioso Venotte anda á vues-  
tro alrededor, porque os ha guiado en vuestro  
debut! Yo os daría veinte recomendaciones si  
por desgracia tuvierais necesidad de ellas. ¡Yo  
espero que tendreis bastante buen sentido y  
bastante buen gusto para no caer en sus redes!  
¡Eso sería un verdadero suicidio!

—Os figurais unas cosas!...

—No, no—repuso vivamente Servoy,—estoy seguro.

Juana tambien lo estaba, pero no entraba en sus planes dar á entender nada.

Servoz, electrizado, la oprimia amorosamente el brazo. Ella se desprendió de él sin afectacion y marchaba á su lado como al principio de aquel paseo nocturno.

En aquel momento llegaban al Puente Nuevo, por el cual pasaron, encontrándose otra vez en las soledades que se extienden en las inmediaciones del Instituto.

Aquella travesía produjo un entreacto en las declaraciones de Servoz.

Pero el telon se levantó en aquella pieza de tres personajes, cuando llegaron á la calle Guenegaud, sitio apropiado para los misterios.

Decimos de tres personajes, porque á la misma distancia que estaba de ellos cuando partieron de la fuente de San Miguel, seguia Venotte siempre á los dos principales actores y ejercia sobre ellos una esquisita vigilancia.

El jefe de la seccion de confecciones, juzgó llegado el momento de concluir.

Además, la proximidad de aquella jóven tan fresca, tan encantadora, de aquella belleza tentadora, le sacaba de sus casillas.

—Escuchadme—la dijo—y sobre todo entendeme. Si almas frias como la del patron y la de ese imbécil de Venotte, se dejan conmover por el encanto que en vos encuentran, juzgad si yo puedo permanecer insensible. Nosotros los montañeses de los Alpes tenemos pasiones más vivas que las gentes de los países de la niebla. No es leche ni agua lo que corre por nuestras venas, es lava encendida como la que corre por las pendientes del Vesubio. A los diez y ocho años, me batí á muerte por una muchacha que no valia tanto como vuestro dedo meñique, y me hubiera hecho matar por ella sin pestañear. Tenemos la cabeza caliente, y cuando los obreros de mi país están en la taberna ponen sus

cuchillos sobre la mesa para hacer uso de ellos á la menor cuestion.

Hé aqui cómo somos. Os he visto y me prometí que seriais mia, solo mia, y que nadie tocaria ni aun á vuestro cabello sin mi permiso. Estais espuesta á que os despidan del almacen cualquier dia. Necesitais una sólida proteccion para sosteneros en él. El patron no se atreve á negarme nada. He hecho mis pruebas y él sabe que en otra parte me ofrecen una posicion más ventajosa que la que tengo en su casa. ¡Yo os defenderé! ¡Pero es preciso que me deis derecho para hacerlo! Y además, yo os haré ascender con rapidez. Puedo aseguraros que en todo Paris no encontrareis una posicion que valga tanto como la que os quiero dar dentro de algun tiempo. ¡Con circunspeccion... preparando el camino!

Juana se mordió los labios, pero no se irritó.

—¡Sabeis—le dijo—que estais terrorífico! Todas esas historias de cuchillos, de asesinatos, esas amenazas de despedida, me intimidan y me hacen olvidar, os lo aseguro, la parte... sería... de vuestras declaraciones. En fin, si os he comprendido bien, me decis que me amais ¿no es eso?

—¡Si, os amo, sí, os adoro!—respondió Servoz con voz vibrante, en la cual se notaba el desseo.

Juana hizo un gesto de incredulidad, y con timidez, sin incomodarse, repuso:

—¡Preciso es que lo probeis!

—¡Pero no es eso lo que os ofrezco?

—¡Oh! nó nos entendemos. Yo no sé si en vuestras montañas hay costumbres que no comprendo, pero imagino, y esto será tal vez tontería, que el amor de un hombre por una jóven honrada, está formado por un poco de respeto y por mucha abnegacion; que un verdadero enamorado ensaya conquistar el corazon y no imponerse; que suplica y no amenaza. Me habeis pedido una cita; no os la he negado. Vale más que entre nosotros la situacion esté clara,

sin ambigüedades. Sed franco. ¿Qué queréis?  
¿Que sea vuestra querida?

—Pero....

—Respondeme con franqueza!

—Pues bien, sí, es verdad; no puedo veros sin deseáros. ¿Es esto un crimen?...

—No sin duda; y os aseguro que no os quiero mal por habérmelo dicho; pero á mi vez os pido una gracia.

—¿Cuál?

—Ignoro lo que me reserva el porvenir. Mi juventud ha sido muy desgraciada. Somos pobres. Mi hermana y yo debemos trabajar para ganar nuestra vida. Estoy dispuesta á soportarlo todo por conservar mi colocacion, cumpliendo lo mejor que pueda con mis obligaciones. No me despidais... No tendreis, me atrevo á decirlo, una empleada ni mejor ni más fiel; pero... ¡si es preciso venderme para conservar mi colocacion, no me venderé!

—¿Juana!

—Llamadme señorita Aubin!—dijo Juana con firmeza.—Tan solo al pensar en la venta que me proponéis, me avergüenzo... mi corazon se subleva, y si diera mi consentimiento creo que una hora despues vendria aquí, á este muelle en donde estamos, y me arrojaría al agua para expiar mi cobardia.

—¿Ya os suavizareis!

—¿Lo dudo!

—La esperiencia....

—No creo que me haga cambiar.

—¿Amais á otro tal vez?

Juana movió la cabeza.

—¿Quién pensará en mí?

—¿Me detestaréis acaso?...

—¿Por qué?

—Por lo que acabo de deciros.

—¿Es que las jóvenes pobres no están condenadas á cirlo todo? No, no os aborreceré. Pero ¿qué opinion formaríais de mí si yo cediese, y si por la esperanza de un favor, que otras más antiguas merecen más, pisoteará mi pudor de

mujer y comprara ese favor á un precio que no me atrevería á declarar? ¡Sed generoso! ¡Olividad esa locura!

—¡No lo esperéis!

—Pero...

—Sería preciso ser de piedra para no arder á vuestro lado. Inspirais ideas del otro mundo. ¡No seais cruel! ¿Qué es lo que os pido? Una de esas debilidades tan comunes que el secreto envuelve y el secreto absuelve. Si accedeis, ¿quién lo sabrá?

—¡Yol! ¡Y os aseguro que no me lo perdonaría!

—¿Sereis inflexible?

—Así lo espero.

—¡Oh! ¡reflexionareis!

—Está ya reflexionado.

—Sea; hablaremos de esto dentro de algunos dias. Otras muchas que han dicho lo mismo, se han vuelto atrás de su palabra.

Servoz procuraba contenerse, pero le costaba trabajo conservar su sangre fria.

Su cal eza ardía.

Jamás le habia excitado ninguna mujer hasta tal punto.

La resistencia digna y triste de la joven le exasperaba.

Sintió un furioso deseo de decirla:

—¡Yo soy el amo y obedecerás!

¡Que le hablaba de pudor ofendido y de honor! ¿Se creia por casualidad una duquesa ó de otra sangre que las demás?

Toda su brutalidad nativa, le sacudía los nervios.

Iba á estallar, cuando Juana le miro con firmeza á la luz de un farol en una de las esquinas de la calle Bonaparte.

La limpidez de aquella mirada le dominó como la de ciertas mujeres doma á las fieras de las colecciones.

Juana se dirigió hacia la calle Vizconti.

Servoz la siguió maquinalmente hasta su puerta guardando silencio.

Allí la cogió la mano izquierda, y oprimiéndola con fuerza entre las suyas, la dijo:

—¡Os amo, y de grado ó por fuerza sereis mía y no de otro!

Juana no contestó: llamó, le saludó con aire de suave reprensión, casi suplicante, y desapareció.

Cuando pasaba por delante de la porteria, el abuelo Gombault la llamó.

—Entrad—la dijo.

Colette estaba sentada al lado de un joven y conversaba amistosamente con él.

A la llegada de su hermana se calló.

Aquel joven era el vecino de enfrente, el interno del hospital Cochin, el baron Andrés de Fresnaye.

## IX

## Contraste.

Juana vacilaba en entrar.

—¿Es que os asusto yo, señorita?—preguntó el interno.

—¡No, no señor!

—¡Qué tarde vienes!—dijo Colette besando á su hermana.—¿En dónde has estado?

—Te lo diré más tarde, cuando estemos solas—dijo al oído á la mayor.

—Te esperaba hablando con el abuelo Gombault, cuando ha llegado este caballero.

Juana parecía trastornada.

Lo estaba en efecto, y hasta el fondo del alma.

Las palabras de Servoz la sonaban en los oídos. La exaltación del Saboyano no se le había ocultado.

Temía sus consecuencias. La brutalidad de sus declaraciones, de su exposición de principios, como él decía, no eran de naturaleza tal que le hicieran entrever un porvenir de color de rosa.

Si era preciso oír otro tanto todos los días y



luchar de aquella manera para conservar la colocacion, esta no era sostenible.

Tenia además a la vista el ejemplo de otras, de todas esas pobres jóvenes cuya suerte no era mejor que la suya, y quienes, a parte de algunas excepciones, de viciosas ó de astutas que ensayan acapararlo todo y no retroceden ante ningun medio para llegar á su fin, se mostraban buenas y complacientes para con ella.

Pero la pesadilla de aquellas exigencias, que previa y cuya perspectiva la habia mostrado Servoz sin miramiento alguno, pesaba sobre su espíritu.

Se sentia humillada, ofendida, casi manchada por aquellas atrevidas proporeiones.

Disfrazaba la verdad cuando afirmaba á Servoz que no le detestaria por su audacia y por el desprecio á su honradez que envolvian sus pretensiones.

Le queria mal por su cinismo.

Y verdaderamente le odiaba ya.

¡Cómo! ¿creia él que cederia á sus intimaciones y que pagaria con su honra el privilegio de permanecer á su servicio para ganar su pan!

¿Es que verdaderamente habia desgraciadas reducidas á semejante indignidad?

¿Era posible esto?

¡Eso debía ser, puesto que Servoz parecia estar tan seguro del triunfo! Porque todo en su voz y en su actitud indicaba la certeza de ser obedecido.

¿No la llamaba Juana simplemente como si hubiera sido su querida desde hacia algunas semanas?

Se habia contenido delante de él replegándose sobre si misma, con ese instinto de la defensa, tan natural en todos los seres animados; y además se alegraba de haberle dejado hablar deseosa de saber el punto en que se pararia y lo que tenia que esperar ó temer.

Pero ahora la reaccion se operaba y arranques de cólera se le subian á la cabeza y la aturdián.

—¿Qué tienes?—la dijo Colette interrogándole con una mirada.

—Nada—contestó Juana, esforzándose para sonreír.

—Es un círculo esta noche vuestra casa, abuelo Gombault—dijo.

El buen hombre guiñó un ojo y torció la boca con su malicia ordinaria.

Se prestaba á toda clase de interpretaciones aquella mueca que le era tan familiar.

—Un círculo, sí,—dijo—el círculo de la juventud, un círculo en donde hay mujeres. ¡No faltarian socios en mi círculo si supieran lo que en él se vé! ¿No es verdad, señor de Fresnoye?

El interno creyó necesario explicar su venida.

—Aubry me ha escrito—dijo. Olvidó en un armario una media docena de frascos de medicamentos. Entre ellos los hay que serian peligrosos, laudano, por ejemplo. Y queria prevenirselo al abuelo Gombault.

—Los he encontrado yo—dijo Colette,—arrestando nuestros efectos. Frascos azules.

—Justamente; ¿los teneis?

Colette mintió entonces descaradamente.

—Creo que los he tirado—dijo.

Estaba segura de lo contrario.

—Estais advertidas.

—Estad tranquilo. No somos ya niñas.

—Y me he quedado hablando—continuó el interno.—Es una antigua costumbre. ¿Qué de *soirées* hemos pasado en este jardín!... ¿No es verdad, abuelo Gombault?

—Sí, y estoy seguro de que el señor Aubry las echará de menos más de una vez. ¡Esa es la mejor época, la época de estudiante!

El hielo estaba roto.

Juana se habia sentado al lado de su hermana.

—¿Os vais acostumbrando á vuestras ocupaciones?—las preguntó Andrés.

—Sí, si señor... ciertamente.

—Sin embargo, son nuevas para vos, y penosas algunas veces.

—Sí...—dijo Juana suspirando.

—¿Habeis tenido una juventud más feliz?

—¡Sí en verdad!

Y al decir esto, sus párpados medio se cerraron.

—¡Sobre todo, antes... hace mucho tiempo... cuando éramos niñas!—añadió.

—¿Por qué antes?

—Porque éramos libres y no dependíamos mas que de un padre y una madre á quienes amábamos y quienes nos amaban. Éramos pobres, más pobres de lo que podeis figuraros; pero no es uno desgraciado porque sea pobre. Teníamos aire, libertad, el mar delante de nosotros... ¡Y se necesita tan poco para vivir!...

—¿El mar?—preguntó el interno.

—Sí, nuestro padre era pescador. Era valiente, bueno y hermoso.

Y mostrando á su hermana continuó:

—Como ésta: Colette es su retrato....

Juana se interrumpió de pronto y dijo:

—Pero no hablemos más de esto. ¡Son demasiado tristes estos recuerdos, y están ya tan lejos!

Andrés la suplicó con una mirada.

Ella habia hecho un movimiento para levantarse y salir.

La mirada era tan dulce, que se quedó.

—¿Por qué habeis entrado en esa casa, en donde la vida es tan penosa y donde hay tantos amos?—preguntó el joven.

—La casualidad. Abandonábamos la casa en donde nos habian educado para venir á buscar una colocacion en París. En el tren que nos conducia venia con nosotras un inspector de ese almacen. Nos ofreció su proteccion. Nos aprovechamos de ella. ¡Sin él, hubiéramos buscado tal vez en vano! Por otra parte, ¿qué hubiéramos podido hacer? ¿Adónde ir? ¡A quién dirigirse?

—Hubiérais podido ser señoritas de compañía

—dijo el interno para prolongar la conyersacion, pero sin conviccion.

Andrés tenia bastante experiencia para saber que no hay muchos medios de vivir para una mujer.

—¿No era eso tambien una esclavitud?

—¿Institutrices?...

—¡Para ganar cuarenta francos mensuales en un colegio, y aun esol!...

—Aprended un oficio, costureras, modistas ó floristas, y estableceros más tarde.

—No estais en lo cierto. ¿Hacer competencia al Louvre, al Bon Marché, á tantas otras casas colosales! Yo bendeciria mi suerte si me creyera segura de conservar mi colocacion, aunque es muy insignificante. Al menos por la noche vuelve una á ser dueña de sí misma, y en nuestra habitacion estamos en nuestra casa.

—¿Temeis perder la colocacion?

Juana hizo un gesto de duda.

—¿Quién sabe?—dijo.

—¡Ah! vos teneis suerte en ser rico, señor baron—observó Colette con un poco de burla—y sobre todo en ser hombre!

—¿Lo creeis así?

—¡Todas las carreras están abiertas para vos, mientras que para nosotras!...

—Cometeis un gran error desde luego—objetó Andrés.

—¿Cuál?

—Soy baron, es verdad, pero no soy rico.

—¡Bah!

—Es tan cierto que debo considerarme muy feliz en haber entrado en el Hospital como interno. Allí gano por todos estilos: primero, porque puedo instruirme curando á los enfermos.

—¿Y despues?

—¿Es necesario deciroslo todo?

—Sin duda.

—Despues, porque economizo mi manutencion, y además me pagan...

—¿Cuánto?

—Poco más ó ménos tanto como á una criada.

—¡Oh! ¡un baron!—dijo Colette.

—No tengo más parientes que un tío que me ha educado. Este no posee más que una casucha situada en medio de unos malos bosques, en el cantón más salvaje de la Normandía. Mis padres no me dejaron nada al morir. Murieron jóvenes. Ese tío me ha educado y se ha empeñado para educarme.

—¿Se llama?—preguntó Colette.

—El baron Santiago de Brandes. Lo que me pasa para que viva le pone en un apuro cada día mayor y aumenta el déficit de su pobre presupuesto. Así es que es una buena fortuna para mí poder aliviarme en parte de una carga tan pesada. Ya veis que mi baronía no me hace millonario.

Se explicaba con una sencillez extrema.

El sonido de su penetrante voz llegaba al corazón de Juana.

Esta le escuchaba sin mezclarse en la conversación, sintiendo una especie de molestia indefinible, cuando los ojos del interno se fijaban en los suyos; pero aquella molestia no se parecía en nada á la que le causaban las miradas ardientes y duras de Servoz.

Al contrario.

—¿Qué hareis despues?—preguntó Colette.

—El porvenir es dudoso. Quisiera quedarme en Paris, hacerme célebre, ganar mucho dinero...

—¡Bien os lo decia yo...—interrumpió la mayor de las dos hermanas—os gusta el dinero! Andrés movió la cabeza sonriendo.

—No—dijo—¡No por mí!

—¿Por quién, pues?

—Por mi tío, primero. ¡Que no pueda yo devolverle centuplicados los sacrificios que por mí se impone y todo lo que contribuye á que la vida sea larga y próspera!

—¿Le amais?

—¿Cómo no lo he de amar! ¡No me ha servido de padre? ¡No ha reemplazado cerca de mí á los que tuve la desgracia de perder?

—¿Por qué habeis dicho primero?—repuso Colette muy inquieta.

—¿Cómo?

—Habeis dicho: Primero por mi tío.

—Sí.

—¿Y despues?

—Despues, por la mujer á quien ame y que participe conmigo de mi buena ó mala fortuna. ¡No es la mayor de las felicidades poder colmar de bienes, rodear de bienestar á aquella á quien se ama y de la cual ha hecho uno su compañera; poder decir para sí que ella nos lo debe todo: reposo, seguridad, fortuna, lo que es nuestro orgullo y nuestra felicidad? Hé ahí por qué soy ambicioso, señorita...

—Colette—dijo la morena.

Y cambiando de asunto, añadió:

—Es muy hermoso lo que decís; pero tambien era muy bonito lo que cantaban la otra noche en vuestra casa.

El interno se puso sumamente colorado y dijo:

—¿Oisteis?

—Sí. El cantor poseia una hermosa voz.

—¿Pero la letra?

—Cogimos alguna palabra... ¡Oh! pero muy pocas.

—¿Entre estudiantes!...

—¿Era vuestra la letra?

—¡Una bromal... ¡Sabeis música?

—En otros tiempos... Juana sobre todo. Digo en otros tiempos... porque me parece que el pasado está ya medio siglo detrás de nosotros... Aquí, ni aun piano tenemos.

—¡No me atrevo á ofreceros el mío! Es horriblemente malo. Sin embargo, ¡hago tan poco uso de él!...

—Gracias, caballero—respondió Juana levantándose.

—Al aceptarlo, me complaceriais...

—Pues bien, más adelante veremos—dijo Colette—pero ahora nuestro trabajo es tan penoso y todas las noches venimos tan cansadas...

tan molidas.... Pero nos acostumbraremos a él, con el tiempo.

Colette se había levantado también.

—¿Os marcháis ya?—preguntó Andrés.

—Es preciso.

—Buenas noches, pues—dijo Andrés suspirando.

—Buenas noches—dijo Colette—y soñad con la fortuna... ¿Vienes, Juana?

—Sí.

Y como la noche de su primer encuentro con Aubry y Andrés en la portería, cambiaron dos palabras de despedida con el interno.

—¡Caballero!...

—¡Señoritas!...

Pero esta vez hubo un progreso.

Aquellos saludos fueron acompañados de un amistoso apretón de manos.

Y aun pareció a Juana que los dedos del joven temblaban al contacto con los suyos.

—¡Y bien!—dijo el abuelo Gombault, cuando las dos jóvenes desaparecieron—¡Son hermosas mis inquilinas!

—¡Demasiado hermosas!—murmuró Andrés.

—¡Es una desgracia no ser millonario!

—¿Para qué?

—¡Para sacarlas de la angustiosa situación en que se hallan!

—Otros se encargarán de eso.

—No digais eso abuelo Gombault.

—Y oid... ¿quereis saber mi parecer? Si la rubia ha entrado tan trastornada—miraba hacia atrás cuando entró—es que alguno la acompañaba.

—¿Quién?

—¿Qué se yo quien? ¡Cualquiera! ¿Creeis que las dejarán descansar? ¡Canallas! ¡Os lo digo con verdad, hay muchos de un extremo a otro de París! ¡Ah! ¡cuanto he visto y cuanto he oído! ¿Quereis tomar el fresco un rato? Podeis pasear por el jardín.

El portero encendió la pipa y se apoyó en el tronco de un castaño, mientras el interno dió

una vuelta por el *parterre*, embalsamado con los perfumes de los jacintos y de los geranios, primorosamente cuidados por el viejo jardinero.

—Todo es fresco en nuestra casa, hasta los habitantes ¿no es verdad?—dijo el conserje.

Andrés le estrechó la mano, y se marchó.

—¡Un enamorado más!—pensó Gombault.—  
¡Se engaña si cree que no se le conoce! ¡Cuántas cabezas van a trastornar estas jóvenes!... ¡Con tal de que tengan firmeza.

—Sabes?—dijo Colette a su hermana cuando estuvieron en su habitación—ha estado en la tienda...

—¿Quién?

—El señor Salvador.

—¿Le has visto?

—Estaba yo cerca de la puerta cuando entró.

—¿A qué iba.

—A pagar cuentas.

—¿Te ha hablado?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—¡Tonterías! ¡Que por qué trabajo tanto! ¡Que me es fácil ser rica y no hacer nada! Y ha añadido: «¿No estareis más tranquila en cualquier otra casa que aquí? ¡Ya lo vereis!» En todas ellas siguen la misma marcha.

Juana frunció las cejas.

—¿No te ha dicho más?—preguntó.

—Sí. Como en Montiers: «¡Os amo y sé que vendreis a buscarme! ¡Os espero! No tengo prisa, ni siento inquietud.» ¿Ves qué insolentes son los hombres?

Juana cogió a su hermana por la cintura y mirándola con cariño la dijo:

—Lo sé por experiencia.

—¡Oh! ¡también tú!—dijo Colette.

La estrechó en sus brazos y una lágrima rodó por sus mejillas.

Que la persiguieran a ella, que la tratasen con aquella audacia, no la admiraba. Y aun

quizás en el fondo no se ofendía tanto como hubiera querido. Pero que no tuvieran consideraciones con Juana, a quien ella colocaba en el fondo de su alma, por encima de todo, y cuyos grandes ojos reflejaban la belleza y el azul del cielo, era el colmo de la perversidad y la ponía fuera de sí.

—¿Es eso lo que querías decirme?—preguntó a Juana.—¡Bah, nos defenderemos!

Juana tenía para protegerla, no solo el cariño tan decidido de su hermana, sino también la ternura de otro, el amor que sentía nacer en el corazón del interno, amor que ella sentía por Andrés, y que ocupaba ya tanto sitio en su corazón, que no quedaba en él lugar para ningún otro.

BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES

"ALICIA" 1954

Apdo. 1629 MONTREY, MEXICO

X

#### El tío y el sobrino.

El interno abandonaba la casa de la calle Vizconti en un estado de turbación extraordinario.

Turbación deliciosa que todos los enamorados han conocido!

Decía para sí, que había encontrado la mujer ideal que soñaba, que ninguna otra podría reemplazarla, y que no podría olvidarla aun cuando se lo propusiera.

La imagen de Juana, estaba de tal modo grabada en su imaginación, sus facciones se imprimían tan clara y profundamente en ella, que nada podría borrarlas ya.

La había visto a satisfacción. Había oído su voz, que penetraba hasta su corazón y hacía vibrar todos sus nervios; había, por decirlo así, respirado aquel perfume de gracia, de pureza, de amor, que Juana exhalaba como una flor de primavera.

Andrés salía embriagado.

Le parecía—¿era una ilusión?—que los ojos de la joven se fijaban en él con complacencia, que existía entre ellos una corriente de simpatía y,

quizás en el fondo no se ofendía tanto como hubiera querido. Pero que no tuvieran consideraciones con Juana, a quien ella colocaba en el fondo de su alma, por encima de todo, y cuyos grandes ojos reflejaban la belleza y el azul del cielo, era el colmo de la perversidad y la ponía fuera de sí.

—¿Es eso lo que querías decirme?—preguntó a Juana.—¡Bah, nos defenderemos!

Juana tenía para protegerla, no solo el cariño tan decidido de su hermana, sino también la ternura de otro, el amor que sentía nacer en el corazón del interno, amor que ella sentía por Andrés, y que ocupaba ya tanto sitio en su corazón, que no quedaba en él lugar para ningún otro.

BIBLIOTECA DE MONTAÑEY

"ALTA MONTAÑEY"

Apdo. 1629 MONTAÑEY, MEXICO

X

#### El tío y el sobrino.

El interno abandonaba la casa de la calle Vizconti en un estado de turbación extraordinario.

Turbación deliciosa que todos los enamorados han conocido!

Decía para sí, que había encontrado la mujer ideal que soñaba, que ninguna otra podría reemplazarla, y que no podría olvidarla aun cuando se lo propusiera.

La imagen de Juana, estaba de tal modo grabada en su imaginación, sus facciones se imprimían tan clara y profundamente en ella, que nada podría borrarlas ya.

La había visto a satisfacción. Había oído su voz, que penetraba hasta su corazón y hacía vibrar todos sus nervios; había, por decirlo así, respirado aquel perfume de gracia, de pureza, de amor, que Juana exhalaba como una flor de primavera.

Andrés salía embriagado.

Le parecía—¿era una ilusión?—que los ojos de la joven se fijaban en él con complacencia, que existía entre ellos una corriente de simpatía y,

en una palabra, que habían nacido para entenderse.

—¿Por qué no había de amarle Juana Aubin?  
—¿Por qué causa le rechazaría cuando fuera á decirle?

—Estais sola; sois pobre. Yo no soy mucho más rico que vos, pero no habrá sacrificio que yo no haga para proporcionaros una existencia digna de vos. Intentaré esfuerzos sobrehumanos para conseguirlo. Si la fortuna nos es contraria, nos refugiaremos en cualquier pueblecito y nos contentaremos con una existencia honrada y modesta, demasiado favorecida por la suerte, puesto que podremos ayudarnos el uno al otro, seguros de un eterno afecto.

—¿Sí, se amarian!

—Andrés no lo dudaba.

Si algun obstáculo se levantaba entre ellos, estaba decidido á superarlo.

Cuando dos dias antes había escrito á Santiago de Brandes, la carta que destruía las esperanzas del baron, aun vacilaba. Enamorado ya de la vision encantadora del restaurant Follet y del balcon de sus vecinas, estaba bajo la influencia de uno de esos entusiasmos de la juventud que suelen desaparecer.

Pero ahora comprendía ya que su vida estaba ligada á la de Juana.

Marchaba por las aceras con la cabeza levantada hácia las nubes, el espíritu transportado á las esferas de las ilusiones y de los encantadores proyectos.

Le parecía que había crecido dos palmos y que su frente llegaba á la altura de los entresuelos.

Su amor le trasportaba por encima de nuestras esferas terrestres.

En fin, amaba, y para él Juana era el solo ser digno de atención.

Se marchó por los muelles, para refrescar sus ideas y bañarse en el aire tibio de la noche y á la vuelta volvió por la calle de Bac y llegó á su casa á eso de las once.

Cuando entró le llamó el portero.

—Señorito Andrés.

—¿Qué?

—Una carta para vos.

La cogió y miró el sobre, lo rompió á la luz de un mechero de gas, que alumbraba el patio, que era preciso atravesar para llegar á su pabellón.

Desde que leyó los primeros renglones, se contrajo su rostro; cuando leyó los últimos, temblaba de despecho y de irritacion contenida.

Se encontraba enfrente de un obstáculo que no había previsto. ¡Aquella carta le colocaba entre dos afecciones, entre la antigua y la moderna!

Jamás se había opuesto Santiago de Brandes á ninguno de sus deseos. ¡Por el contrario, el baron en su ternura exclusiva, previsor y paternal, los adivinaba!

¡Y se oponía á aquel que por sí solo podía asegurar su felicidad!

¡Sería preciso luchar con el hombre á quien lo debía todo, que le había colmado de bondades y de pruebas de cariño!

En la escalera volvió á leer la carta.

Era desoladora.

La ruina amenazaba al baron. ¡Los gastos de su educacion, de él, de Andrés, habían ensanchado la brecha por donde esta había entrado! ¡Y Santiago llamaba ilusiones á sus esperanzas!

Llegó á la puerta de su habitación, pensativo y desesperado por aquella inesperada valla que se presentaba de improviso ante él.

Por la cerradura salía luz.

Esto le llamó la atención y entró.

El tío y el sobrino se encontraron frente á frente.

Andrés dió un paso hácia atrás.

—¿Tú aquí?—dijo á Santiago.

—¿No te lo ha dicho el portero?

—Se le habrá olvidado.

—¿Te asustó?

—No lo creas—dijo el interno arrojándose en sus brazos.

Después de haber puesto la carta en el correo, el baron había pensado mejor.

Las palabras de Bechard eran demasiado expresivas, y en el fondo estaban llenas de buen sentido para no levantar la parte moral de Santiago.

Había pensado que era preciso no abandonarse al desaliento y jugar el todo por el todo, que con un rápido esfuerzo triunfaría fácilmente de lo que no podía ser más que un amorcillo sin consecuencias, que era necesario obrar con prontitud y cortar el mal de raíz.

Al día siguiente por la mañana se puso en camino; Hilario le llevó a la estación más próxima, en donde pudo tomar el tren para París.

Había llegado por la noche a primera hora.

—No esperaba verte esta noche—dijo a Andrés.—Pensaba ir mañana al hospital. ¿Vienes de allí?

—Sí.

—¿Y cuándo regresarás?

—Mañana por la mañana.

—Tanto mejor; así podremos hablar extensamente.

—Como quieras—dijo Andrés.

Se habían sentado el uno frente al otro.

—Primero toma esto—dijo el baron, dándole uno de los billetes de Bechard.—No es conveniente que un Fresnayé esté sin un céntimo.

—¡Necesito tan poco ahora!—exclamó Andrés.

—¿Lo crees así? Te equivocas. Cuando el bolsillo está vacío, no se atreve uno a levantar la cabeza y le falta corazón. Tú lo experimentarás. ¿Has recibido mi carta?

—Hace un momento.

—La escribí en un instante de impaciencia, y temo haberte disgustado. Por eso he venido.

—¡Pobre padre!—dijo Andrés, conmovido por el tono con que habían sido dichas aquellas sencillas palabras.

—Hablando puede uno comprenderse mejor; se explica uno con más claridad. Tú ya sabes cuánto te quiero.

—Sí.

—Hay algunas personas á quienes aborrezco. ¡No hay más que un solo ser á quien amo, Andrés, y ese eres tú!

—Entonces tú quieres mi felicidad.

—Nada más que tu felicidad.

El interno tuvo una inspiración.

—¡Si la conocieses!—se aventuró á decir.

El baron extendió la mano.

—¡Jamás!

—¿Por qué?

—Puesto que tú la amas, es que tiene buenas cualidades; es que es hermosa sin duda, buena tal vez...

—¿Pues bien?

—No quiero dejarme seducir. Esa joven será tu perdición.

—¡Oh!

—Tu perdición y la nuestra... el fin de nuestra raza... tu envilecimiento, sin remedio... Escúchame.

Andrés dirigió una mirada desolada al pabellón en donde dormían las dos jóvenes, de quienes acababa de separarse.

Santiago de Brandes observó aquella mirada; pero no pudo deducir nada de ella.

Los balcones de la casa de enfrente estaban á oscuras.

En la casa del abuelo Gombault todo el mundo descansaba.

—Tú no sabes lo que son los sufrimientos—dijo Santiago.—No los has conocido; á los veinte años, á tu edad, no se tiene idea de ellos. No se vé más que el sol, el espacio, la salud y el amor, el amor que nos pierde; pero que nos seduce y encanta. Son bienes con los cuales se pasa uno fácilmente sin los otros, los verdaderos, aquellos con los cuales se compra y obtiene todo lo demás. No quiero nada para mí. Viviré, sin que me importe, en un tabuco ó en



una celda, como un fraile ó como un aldeano. Pero he soñado para tí, Andrés, otro porvenir. Tengo una ambición. Quiero verte rico, que vuelvas á ocupar el rango que te corresponde, ó cuando menos que estés fuera del alcance de ese terrible mal que nos anula, que nos abate, que nos aniquila; la miseria. La miseria es relativa, no es la misma en el cuchitril de un desgraciado obrero cargado de familia, que no puede mantener, que en la derrumbada casucha de un hidalgo arruinado, que en la casa de un abogado sin causas, ó en la de un médico sin enfermos. En todas partes es fea. ¡Y cuanto más brillante es el apellido, más odiosa es la miseria, más nos aplasta la humillación! Tu lo ignoras, pero yo lo sé.

El interno sonreía.

¡Que le hablaban de miseria! ¡Existía esta si- quiera! ¡El tenía mil francos en la mano, mil francos que no esperaba ni pedir! ¡Se creía estar seguro de ser amado! Las miradas de Juana Barfleur se lo habían dicho. Con un último esfuerzo, pintándola la ardiente pasión que por ella sentía, ella misma se lo decía. Todas las melodias del amor cantaban á la sordina en su alma. ¡Eran momentos para pensar en las humillaciones, en la miseria y temores del porvenir?

El baron comprendió aquella sonrisa y sonrió también, pero con amargura.

—No me crees—le dijo—y yo no podría quererte mal. Ese amor de que me hablas te deslumbra y te ciega. Vengo a abrirte los ojos. ¿Quieres saber de dónde proviene ese dinero que te he dado?

—No.

—Del bolsillo de un usurero. Yo no encontraría diez mil francos en otras parte. Mis bienes están empeñados. Las deudas absorben las miserables rentas y aun más. No queda un árbol en pie en Brandes, á excepcion de los de la Avenida que no valen cien escudos y que no me atrevo á derribar por respetos humanos. No sé

dónde concluiré mis días y si no me veré obligado, de aquí á algunos años, á pegarme un tiro para evitarme el pedir limosna, y sin embargo, Dios sabe que no soy exigente...

—¡Oh padre mío!...

—¡Esto respecto á mí! ¡Mira el pasado! ¡Te acuerdas de tu padre y de tu desgraciada madre?

—Yo os suplico...—dijo Andrés.

—Las heridas se curan cauterizándolas. Tú eres médico y lo sabes. Mi hermana Teresa también era hermosa como la que tú amas. El baron de Fresnaye se casó con ella. El era más rico que ella. Con los ciento cincuenta mil francos que le quedaban, descontento de los medios de vida con que contaba, intentó probar fortuna. Esta fue cruel. Lo es generalmente para los hidalgos que decayendo de su categoría, corren tras de ella. Vencido, tu padre tomó una determinación heroica. Hubiera podido ir á Brandes á participar del último pedazo de pan de la familia. No quiso. Consagró su última moneda á la adquisición de un cubo de carbon. Teresa y él se suicidaron como criados, como las criadas abandonadas por sus amantes. ¡Y te ries de la miseria!

Andrés se encogió de hombros.

—¡Si, comprendo, porque esperas desafiarla, porque te crees con armas para combatirla, porque te supones más fuerte que los demás! ¡Qué error! Tu porvenir tiene sus contras. ¿Quieres conocerlas? Intentarás algún tiempo luchar con las dificultades, ganar el dinero necesario para tus principios, lo que se necesita para esperar una clientela que no cambia su curso sino con el tiempo y esfuerzos supremos. ¡Es como los ríos á los cuales se quiere cambiar de cauce! ¡Y pronto, fatigado, cansado como otros muchos, abandonarás Paris, terreno en donde crece la gloria y el dinero que la sigue, para ir á sepultarte en algun lugar aislado, sin competencia que vencer, pero sin porvenir y sin esperanzas de fortuna y te considerarás de-

masiado feliz si puedes vivir allí en paz, en compañía de aquella á quien maldecirás, como un caminante maldice la roca que le corta el paso ó la abalancha que le mata!

Santiago de Brandes se expresaba con vehemencia. Se veían en él todas las amarguras del vencido y todos los rencores de la derrota.

—Esta es nuestra última carta—repuso.—Tú la arrojas. No quiero ni obligarte ni imponerte mis opiniones y mis deseos. Hubieras debido pensar que eres de una raza que ha tenido su época de esplendor y que puedes ver aun á tu lado á algunos de los tuyos, ante los cuales te será preciso avergonzarte por la humildad de tu condición.

—Pero, en fin, ¿qué esperais, tío? ¿Que somos pobres! ¿Cómo remediarlo?

—¡Ah! ¿qué sé yo? ¡es preciso esperar! ¿Quién puede decir lo que pasará mañana?

—¡Esperar!

—Sin duda. ¿Tienes prisa por concluir! ¿Para qué comprometerte? ¿Para qué atarte las manos? ¿Adónde irás con ellas! ¿Has pensado siquiera en que es preciso alquilar una casa, aunque sea muy modesta, para vivir? ¿Puedes mantenerla esperando clientes que no vendrán á llamar á tu puerta? Si es ambiciosa ella, aunque tú no lo eres, ¿soportará la indigencia con que os será preciso luchar?

—En fin, ¿qué exigis?

—Recurro á tu razon. ¿Te llamas el baron Andrés de Fresnaye; eres el primo y el heredero, tal vez, de la señorita de Royel Libre, puedes pretender un matrimonio que te eleve á la categoría en que debes estar, dándote además seguridad y reposo. ¡Preso en las redes de esa joven, estás perdido, perdido sin remedio! Si tienes un mediano éxito, te sepultas en esa comun medianía. Llegas á ser el señor de Fresnaye, doctor en medicina á diez francos la visita. ¡Vamos! Un baron de Fresnaye puede curar á los enfermos, pero no enviarles cuentas. Es una idea mia, tal vez solo mia, pero la tengo. La

raza ha concluido. Si tus esperanzas no se realizan, si no te abres un camino, zozobras en un abismo! ¡Quiero detenerte! ¡Escucha! ¡Persigo un gran asunto! ¡Aún tengo alguna esperanzal Concédeme un plazo de algunas semanas, de algunos meses tal vez. Despues, si es preciso perecer, te suicidarás casándote con esa muchacha. Esta será un medio de concluir. Tu madre no necesitó más que un cubo de carbon. ¡Tu matrimonio te será tan funesto como aquello! Será tambien el acto de un desesperado.

Santiago de Brandes dejó caer la cabeza sobre una de sus manos.

Estaba de codos en la mesa colocada entre su sobrino y él.

—Había soñado recuperar el rango á que tenemos derecho—dijo en tono feroz, como hablándose á sí mismo. Hubiera cometido crímenes por conseguirlo, pero veo bien que estamos condenados. ¡Todo se conjura contra nosotros, hasta ese maldito amor que te liga á la cadena de miseria que he querido romper!

Andrés se levantó y le puso la mano sobre el hombro.

—¡Oh! si tú supieras—dijo á su tío.

—¡Callate! La aborrezco por el mal que te causará si no tienes valor para olvidarla.

Y como el interno abría la boca dispuesto á hablar:

—No me respondas—le dijo el baron.—Reflexiona. Soy rígido, tal vez, pero es mi cariño quien me inspira. ¡Teme la miseria! ¡Es nuestro peor enemigo! ¡Lo comprenderás más tarde si conoces los siniestros pensamientos que engendra! Vete á dormir.

Atrajo á Andrés hácia sí con un gesto brusco y le besó.

El interno pasó á su habitación.

Estuvo largo tiempo contemplando el oscuro pabellon de sus vecinas.

Comprendía que su tío tenía razon.

Sus proyectos de establecimiento, sus sueños de éxito eran inciertos.

Amar á Juana era cerrar la puerta á sus esperanzas.

Una boda podia restablecerlo todo; pero por otra parte, le repugnaba deber su posicion al dote de una mujer y no á su trabajo y á su mérito personal.

Mil confusas ideas luchaban en su cabeza.

Pero por encima de todo esto, se cernia el angelical rostro de Juana. A pesar suyo, la veia con sus grandes é inolvidables ojos azules, su color pálido y sus facciones tan delicadas y tan perfectas, en las cuales habia una expresion de inefable bondad y como una súplica que se dirigia á él.

¿No seria un remordimiento para toda su vida, porque no se lo podria perdonar, haber pasado un dia al lado de la dicha y no haber sabido apoderarse de ella?

Envió un beso á las cerradas ventanas. Una ráfaga de amor subió del corazon á los labios y murmuró como obligado por un poder desconocido:

—¡No tengas miedo! ¡No te abandonaré! ¡Y si es preciso perecer, pereceremos juntos!

---



---

 XI

## Calma engañadora.

Servoz se separaba de Juana Barfleur en un singular estado de espíritu.

No era la primera vez que sufría un descalabro.

Otras mujeres, de aquellas que la necesidad ponía bajo su dependencia, se le habían resistido.

Las que esto hacían pronto sentían el furor de su venganza.

No tardaban en oír, bajo el más fútil pretexto, la terrible orden que las ponía en la calle:

—Pasad á la caja.

Pero era la primera vez que su descalabro le llegaba al corazon.

Todas sus ideas estaban trastornadas.

¡Su orgullo feroz se sublevaba y sus salvajes deseos aumentaban por aquella resistencia, suave, pero inquebrantable!

Servoz ocupaba, en la esquina de la calle de Argel, una habitacion de soltero muy confortable, en el cuarto piso de una casa que daba por un lado á la calle de San Honorio.

Aborrecía la orilla izquierda, el barrio en donde estaba su almacén.

Sus aficiones le llevaban hacia el refinamiento de la vida oriental, y si hubiera tenido los millones de su patron, hubiera ostentado un tren de gran visir.

Entre tanto, porque él no desperdiciaría alguna buena ocasión para coger á la fortuna por los cabellos, gastaba pródigamente los quince ó diez y seis mil francos que ganaba por año.

Y aun así, la mayor parte del tiempo andaba escaso de dinero.

Al pasar los puentes iba agitado por una cólera sorda, disimulada ante Juana Barfleur, cuya tranquila arrogancia le intimidaba.

Cuando estuvo solo, su carácter violento recuperó sus derechos.

¡Cómo se había burlado de él aquella jóven! ¡Con qué fingida candidez le impulsaba á aquellas declaraciones, á aquellas amenazas, que un mayoral de un ingenio no hubiera tenido la desvergüenza de dirigir á una negra, hace un siglo, en la colonia más recóndita!

¡Con qué tranquila frialdad le había hecho contenerse!

¡De dónde salía aquella mujer!

¡Qué desdén en su voz cuando le decía!

—¡Llamadme señorita Aubin, os lo ruego!

La rabia le ahogaba.

Tenía necesidad de aturdirse, de respirar en otra parte, en medio del ruido y de las luces.

En lugar de entrar en su casa, se marchó por la Avenida de la Opera hasta el Boulevard y entró en el Eden.

Servoz concluía con frecuencia sus *soirées* en aquel teatro, en donde entonces se estaba poniendo el célebre baile *Excelsior*, cuyos triunfos borraron todos los de los demás.

El Eden gozaba de sus cortos años de éxito.

El paseo estaba lleno de mujeres, de extranjeros y de una multitud extremadamente mezclada.

Servoz, en medio de aquella batahola y de los sonidos de la orquesta, no oía más que una voz lenta y grave que le respondía sin cólera:

—¡Si es preciso venderme para conservar mi plaza, no me venderé!

¡Y con qué aire le trataba cuando se propalaba á familiaridades demasiado atrevidas!

—¡Llamadme señorita Aubin!

Estas palabras, sobre todo, acudían sin cesar á su imaginación.

Eran como una canción que le cantaban á los oídos á cada instante. Producían sobre su orgullo exasperado el efecto de una cauterización sobre una herida.

¡Pero cómo se vengaría él!

En verdad, Juana no pensaría lo que la esperaba.

Era preciso cambiar de procedimiento. ¡Vería lo que iba á suceder!

¡No tendría otro remedio más que someterse ó marchar; liar el equipaje, ó ceder!

Y trazaba, en medio de la multitud, con su bastón, el movimiento de despedir á la desgraciada.

—¡A la caja, en seguida, de prisal!

Este era sencillamente su procedimiento.

Después reflexionaba que si la despedía no la volvería á ver.

¡Pero podía resignarse á cedérsela á otro, á dejarla correr aventuras, que no la faltarian?

¡En dónde encontraría una jóven igual?

No, jamás entre las chicas del almacén, de las cuales algunas eran verdaderamente encantadoras, había visto una que ni aun se la pareciera.

Todas aquellas criaturas del Eden, espectadoras de casualidad, ó abonadas, entre quienes paseaba, y las había bonitas, le parecían vulgares horrores en comparación á su ídolo.

—¡Seré despreciado realmente yo? ¡Servoz?— se preguntaba lleno de ira.

E intentaba sacudir, arrancar de sí aquellas ideas.

—¡Vamos!—decía con cólera—¡por una muchacha! ¡Yo! ¡yo! ¡yo!

Estaba tan solo con sus pensamientos, que le absorbían en medio de aquella multitud, como si hubiera estado en un bosque.

Ivona, uno de sus conocimientos, le tocó en el hombro.

—¡Pagas un *bock*?—le preguntó con voz ronca. Servoz parecía que despertaba sobresaltado.

—Vete al diablo—la dijo sin volverse.

—¡Oh! ¡estás poco fino esta noche!

Servoz la reconoció.

De ordinario era él bastante cortés con aquellas mujeres, de las cuales algunas le honraban con su clientela.

—Dispénsame—la dijo—estaba distraído.

—Bien se ve.

Compró su perdón con una moneda de cinco francos y antes de que el baile terminara tomó la escalera y se marchó.

Fué a tenderse a su casa en una ancha y blanda butaca, guarnecida con esos espesos tapices de Oriente que los grandes almacenes han puesto en boga; encendió un cigarro, se recostó sobre el respaldo de la butaca y se puso a contemplar las espirales de humo.

¡Cosa extraña!

En cada una de las nubes de humo que se elevaba, creía ver el delicado perfil de la joven, su finísima epidermis, en la cual las venas, de una sangre purísima, formaban una ligera red azul; sus largos cabellos sedosos y sus grandes ojos, que le fascinaban al mirarle.

Arrojó el cigarro y trató de dormir.

Vino el sueño, pero agitado por aquella imagen burlona, de la cual no podía desentenderse.

Al día siguiente por la mañana, salió y se fué a pasear a las Tullerías, esperando a que abrieron los almacenes.

¡Se prometía triunfantes represalias contra aquella desgraciada que había tenido la audacia de defenderse!

—Será preciso cambiar de procedimiento—pensaba.

Las flores de los *parterres* erguían sus tallos y comenzaban a crecer con vigor, dibujando sus mosaicos en las cenefas.

Por el paseo que conduce desde la calle de las Pirámides al Puente Real, grupos de empleados se dirigían hacia las oficinas y talleres.

Servoz consultó su reloj y siguió el ejemplo de aquellos.

Salió del jardín, siguió el muelle y entró en el puente del Carrousel para ir a la calle Bonaparte.

Estaba en medio del puente, cuando vio a una joven morena vestida de negro, muy elegante, que venía en sentido contrario y pasó a dos pasos de él.

Servoz se detuvo.

—Dispensadme—la dijo,—¿no sois la señorita Aubin?

—Sí, señor.

—¿No sois la mayor?

—Sí, señor.

—¿Habeis ido a presentaros al boulevard de San German?

—Sí, señor.

Los ojos de Colette trataban de poner un nombre sobre aquella fisonomía que no le era desconocida.

Servoz lo notó y se apresuró a decirle su nombre y su empleo.

—Hubiera querido colocaros con vuestra hermana—le dijo—pero era imposible, por desgracia.

—¡Oh!—dijo Colette con aire de duda—¡con un poco de complacencia!...

—¡Los asuntos marchan tan mal! ¡Tenemos tanta gente!

—Y además—añadió viendo su incredulidad—yo no soy el amo. ¿Estais colocada?

—Sí, señor.

—¿Es en casa de las hermanas Dufrane en donde estais?

—En efecto.

—¿En la venta?

—Desde hace pocos días.

Servoz miraba con curiosidad á Colette, pero ella sostuvo aquel examen sin pestañear.

—No ofrece porvenir aquella casa—le dijo.

—Es buena para principiar. Allí aprenderéis. Pero es preciso que salgais tan luego como podáis.

—¡Salir de allí!—objetó Colette.—Eso es fácil hacerlo. ¿Pero adónde ire?

—¿Adónde? A nuestra casa, más tarde, para la buena época. Cuando se entra allí es para mucho tiempo, á menos que no se sea razonable...

Apoyó con intencion estas últimas palabras, y añadió:

—Decídselo á vuestra hermana, si ejercéis alguna influencia sobre ella.

—Mi hermana es siempre razonable—afirmó Colette con decision.—Si las hay que obren sin juicio, no es ella de esas, os lo aseguro. La conozco bien.

—¡En fin, de todos modos, decidla algo—repuso Servoz—y mucho ánimo! Me alegro haberlos encontrado. ¡Que lo paseis bien en casa de Angela!

El tono de Servoz no carecia de ironia y de segunda intencion.

Se separaron.

El Saboyano no pudo contener un gesto de satisfaccion.

—¡Diablo!—se dijo;—yo habia visto mal á ésta; es casi tan hermosa como la otra. Debimos haber tomado á las dos. Pero juntas se hubieran alentado la una á la otra y no se hubiera podido conseguir nada.

Al cabo de cinco minutos, la mayor de las Aubin estaba ya lejos, y Servoz no pensaba ya en ella.

Juana no tenía que estar presente para preocuparle.

Tomó la calle Vizconti, arrastrado por ese

instinto que nos impulsa hacia los sitios en donde respiran los seres á quienes amamos.

En el momento en que entraba en ella vió, al otro extremo á Juana que se dirigia hacia el almacén.

Apresuró el paso para alcanzarla.

En la esquina de la calle Jacob, un joven parecia esperarla.

El desconocido la saludó con gracia, cambió con ella algunas palabras y la acompañó hasta el boulevard San German.

Allí se estrecharon la mano; el joven saludó de nuevo y continuó su camino.

Servoz, que los veia desde lejos, sintió que unos celos atroces le roian el corazon.

¡Aquel era sin duda el pretendiente preferido! Apenas hacia un mes que vivian en el barrio y ya tenia conocimientos; ¡una intriga tal vez! ¡Las mujeres son todas iguales!

La siguió á treinta pasos de distancia, admirando su majestuoso andar, su talle tan bien formado y los bucles de sus hermosos cabellos, que caian sobre su cuello de deslumbradora blancura.

Cuando llegó al Tisserand, Venotte acechaba por las inmediaciones de la puerta de dorados mosaicos.

Servoz trató de evadirse, pero el inspector le cogió por los faldillines de la levita.

—¿Y bien—le preguntó con tono burlon,—lo pasasteis bien anoche?

—¿Qué queréis decir con eso?

—¡Me han contado buenas cosas!

—¿Quién?

—Ese es mi secreto.

—Guardadlo.

—Teneis mucha prisa, querido—repuso Venotte.—¡Vamos! ¡dejadla respirar un momento! ¡qué diablo!

—No os comprendo.

—Por el contrario, me entendeis perfectamente, ¿Estais contento?

—Mi querido Venotte—dijo Servoz algo in-

comodado,—no me gustan los enigmas. Cuando queráis una contestación sed claro.

—Creía serlo, en verdad.

—No lo sois bastante conmigo.

Servoz dió un paso para alejarse,

Venotte le retuvo.

Y bajando la voz, le dijo:

—¿Qué decíais á la señorita Aubin ayer noche á las nueve y media, en el muelle de los Agustinos? ¿Que queréis casaros con ella?

Servoz no se desconcertó.

Y mirando al inspector con aire de reto, le dijo:

—Aun cuando eso fuera, ¿no estoy en mi perfecto derecho?

—Sí, en verdad. ¿Qué os contestó?

—Preguntádselo. Ella os lo dirá tal vez. ¡Buenos días!

El ex-policia le dejó marcharse.

—La cosa empieza—pensó Venotte.—Será curioso. Veremos.

En el fondo, él estaba muy vejado. Aquel Saboyano era insaciable. ¡No había más que para él! No se podía recoger más que lo que él dejaba.

Dirigiéndose á su obrador, Servoz se repetía á sí mismo las palabras de Venotte.

—¡Casarse con ella!

¿Por qué nó? Era la primera vez que admitía la idea del matrimonio. Era preciso que su imaginación estuviera muy impresionada.

Y un instante despues, juzgaba ridiculo que le hubiera ocurrido solo la idea de llegar á tal extremo. Siempre sería tiempo de recurrir á este medio y tenía otros recursos á su disposición.

Cuando entró en sus salones, porque no se puede dar otro nombre á aquellos soberbios pasillos cubiertos por espesas alfombras doradas en sus cuatro frentes y en los cuales cada armario y hasta cada estante, podía pasar por una obra maestra de ebanisteria, buscó con la mirada á la jóven rubia.

Juana estaba en su puesto algo pálida y en su fisonomía se notaba alguna inquietud.

Se comprendía que la noche no había sido buena y que la pobre muchacha debía estar entregada á amargas reflexiones.

Servoz no la dirigió la palabra.

La saludó con indiferencia y pasó.

Durante algun tiempo la trató con la desprecupación y rudeza que usaba para con las demás.

—Parece que eso no cuaja—decía la señorita Cadot, á quien nada se la escapaba.

Juana pudo respirar y se creyó libre de las inoportunidades de Servoz.

Por otra parte, el mismo señor Plessis desapareció casi por completo del obrador y no se presentaba más que de tarde en tarde.

Cuando pasaba por casualidad, al lado de Juana, la dirigía algunas palabras, pero amables é insignificantes, más bien llenas de interés.

—¿Os vais acostumbrando? ¿Estais contenta?

—Sí, señor.

—Bien.

Y esto era todo.

La señorita Amada, que imperaba en la vecindad del obrador de modas, parecía no ocuparse ya de la que le había hecho sombra desde el primer día.

Venotte había contado al patron el paseo del muelle de los Agustinos, y el señor Plessis, que juzgaba las rivalidades indignas de él, dejaba á Servoz y á la jóven arreglarse, muy contento de la resistencia de la dependiente y cuya arrogante y dulce fisonomía le daba ya en que pensar. Se contentaba con hacerlos vigilar de cerca, procurándose así la distracción de una de esas novelas que se desarrollan con tanta frecuencia en medio de tantas pasiones é intereses que son contrarios.

No pensaba el desenlace que aquello debía tener.

La hija de Germana libre de las persecuciones de aquel temible admirador, se dedicaba

completamente á su mision, y aprendió en poco tiempo las delicadezas del oficio y las picardías de la venta.

Se granjeó por su dulzura y condescendencia, por la sencillez de sus modales, la amistad de sus compañeras y estinguió las celosas preveniciones que su belleza suscitó en un principio.

Pudo, pues, gozar de algunas semanas de tranquilidad, y además, por otra parte, encontró una distraccion á sus preocupaciones y á sus temores.

Una noche que se retiraba muy temprano, el abuelo Gombault, siempre muy afectuoso con las dos hermanas, la llamó diciéndola:

—¡Una carta para vos, señorital

## XII

## Declaracion.

Juana Barfleur alargó la mano.

—¿No ha venido mi hermana?—preguntó.

—Todavía no.

—Está bien, voy á buscarla.

Subió primero á su habitacion, deseosa de saber lo que contenia aquella carta.

¡Estaba agitada por un dulce presentimiento, y sin embargo te nia miedo!

¡Solo *el* podia escribirla.

¡*El!*

¡Si usaria el mismo lenguaje que los otros!

¡Qué decepcion!

Despues de haber estado quince dias sin aparecer por su domicilio, iba desde hacia poco tiempo casi todas las noches.

Y durante aquellas hermosas noches de primavera, las dos hermanas oían la voz del interno que cantaba las más apasionadas óperas italianas y francesas.

Las ventanas de los alrededores de los jardines se llenaban de aficionados, y algunas veces sonaban aplausos detrás del follaje.



completamente á su mision, y aprendió en poco tiempo las delicadezas del oficio y las picardias de la venta.

Se granjeó por su dulzura y condescendencia, por la sencillez de sus modales, la amistad de sus compañeras y estinguió las celosas preveniciones que su belleza suscitó en un principio.

Pudo, pues, gozar de algunas semanas de tranquilidad, y además, por otra parte, encontró una distraccion á sus preocupaciones y á sus temores.

Una noche que se retiraba muy temprano, el abuelo Gombault, siempre muy afectuoso con las dos hermanas, la llamó diciéndola:

—¡Una carta para vos, señorital

## XII

## Declaracion.

Juana Barfleur alargó la mano.

—¿No ha venido mi hermana?—preguntó.

—Todavía no.

—Está bien, voy á buscarla.

Subió primero á su habitacion, deseosa de saber lo que contenia aquella carta.

¡Estaba agitada por un dulce presentimiento, y sin embargo te nia miedo!

¡Solo *el* podia escribirla.

¡*El!*

¡Si usaria el mismo lenguaje que los otros!

¡Qué decepcion!

Despues de haber estado quince dias sin aparecer por su domicilio, iba desde hacia poco tiempo casi todas las noches.

Y durante aquellas hermosas noches de primavera, las dos hermanas oian la voz del interno que cantaba las más apasionadas óperas italianas y francesas.

Las ventanas de los alrededores de los jardines se llenaban de aficionados, y algunas veces sonaban aplausos detrás del follaje.

Para Juana, aquellos cánticos, que oía con delicia, eran otras tantas declaraciones que pasaban á través de las ramas de los árboles para llegar á su corazón.

Pero Andrés no iba ya á la calle Vizconti.

Permanecía solo, ó acompañado por algunos de sus compañeros, una ó dos horas en su casa. Juana veía encender y apagar las luces; oía algunas carcajadas de aquella loca juventud; observaba las largas miradas dirigidas á su balcón, y todo entraba en el silencio y la oscuridad.

Las noches que sabía que el interno estaba cerca de ellas, era feliz. Escuchaba en un éxtasis profundo aquellas serenatas cantadas á veces á media voz y que adivinaba eran cantadas para ella.

Todo lo decía, todo, pero Colette más que todo lo demás:

—Te adora—la repetía á cada instante.

Sin embargo, durante aquellas semanas de calma para su hermana, Colette perdía poco á poco su regocijo y su alegría.

A veces entraba sombría y descontenta, y cuando la otra, alarmada por aquel cambio, la preguntaba, no contestaba más que con evasivas.

Por otra parte, los fondos de las dos pobres jóvenes estaban muy mermados.

Hasta entonces no habían ganado casi nada en el *debut* de sus aprendizajes, no las quedaban más que algunos luises.

Habían tenido que pagar el alquiler de la casa, comprar algunos objetos de primera necesidad, olvidados en los momentos de su instalación y por último, la pensión de Colette, hasta que comió en casa de las hermanas Dufrane y los gastos de los días en que los almacenes estaban cerrados.

El déficit era inminente.

Aquella noche, con la carta en la mano, Juana olvidaba todas aquellas dificultades para pensar solo en lo que ésta pudiera decirle.

Cuando entró en su habitación arrojó el som-

brero sobre una silla, se sentó en otra y rasgó el sobre.

Entonces leyó con arrobamiento lo que sigue:

«Señorita Juana:

»Esta carta no os dirá nada nuevo.

»Estoy seguro de que habeis adivinado ya lo que contiene.

»Mi amor es de esos que son imposibles de ocultar.

»Desde el día en que os vi en el restaurant Follet, en donde entrásteis tan timidamente con vuestra hermana, mi pensamiento no se ha separado ni un instante de vuestro querido recuerdo.

»¡Qué amable y buena es vuestra hermana, Colette!

»¡Cuánto os quiere!

»¡Qué sencilla y encantadora ternura os demuestra, y cómo la amaría yo si no estuviérais vos para absorber todo mi afecto!

»Tendré para ella una afecion, una amistad de hermano, decidsele, os lo suplico.

»Por vos es otro sentimiento lo que me agita.

»Se llama amor; ¡y que otro nombre más encantador pudiera dársele! Pero es el amor profundo, el amor decidido, el amor que quiere vuestra felicidad más que la mía, un amor grande y vigoroso, un amor eterno.

»Comprendo que mi destino está ligado al vuestro, que no podría ser feliz más que con vos, y que si os perdiere me sería imposible consolarme.

»He dudado mucho tiempo ántes de enviaros esta declaracion.

»Veinte veces he escrito cartas que he roto en seguida.

»Un escrúpulo me detenía.

»¡Qué puedo yo ofrecer os que sea digno de vos, de vuestra bondad, de vuestra juventud y de esa suprema distincion que en vos resplandece!

- »Juana, no poseo nada!
- »Mis padres se suicidaron por la miseria que les abrumaba y no tuvieron valor para soportarla.
- »Yo era entonces muy joven.
- »Apenas les conocí.
- »Un hermano de mi madre, casi tan pobre como ellos, fué quien me recogió.
- »Demasiado reducido ya en su miserable posesión, un despoblado que apenas merece que lo cultiven, se ha empeñado cada vez más para subvenir á los gastos de mi educación.
- »¡Me llamo el baron Andrés de Fresnaye, como él se llama el baron Santiago de Brandes!
- »¡Pero qué tristes baronías!
- »Perteneceemos á una raza de hidalgos arruinados, sin recursos, y no tenemos, ni el uno ni el otro, las rentas necesarias para sostener el brillo del apellido, para lo cual sería necesario al menos un resto de opulencia.
- »Es preciso que yo os lo diga todo con franqueza.
- »Mi tío tiene la debilidad de soñar esa opulencia para mí.
- »Rudo para consigo mismo, hubiera querido evitarme las humillaciones y las penas de la miseria, ó al menos de la estrechez en que estoy, sin duda, condenado á vegetar.
- »¡Yo no me forjo ilusiones, Juana!
- »Cuando desciendo al fondo de mí mismo, comprendo toda la vanidad de mis ambiciones.
- »Para abrirme camino entre la multitud de mis competidores, de mis maestros, y conquistarme un nombre célebre y una de esas reputaciones que fuerzan la fama y dan la riqueza, me sería preciso una gran energía para el trabajo, unida á una de esas inteligencias superiores que no bastan siempre para el éxito si no van ayudadas por la casualidad y por probabilidades con las cuales yo no podría contar previamente.
- »¡No me siento ni con esa inteligencia ni con tanto valor!

- »Me creo una medianía, y aun temo que no sea gran cosa.
- »Iré, es muy probable, á sepultarme en alguna ciudad de provincias, ó tal vez á alguna villa en donde ganaré con gran trabajo, como médico de aldea, lo estrictamente necesario para mí y para los míos.
- »Al suplicaros que unais vuestro porvenir al mío, debo deciros lealmente la verdad, pero no me atrevo á proponeros el matrimonio.
- »Eso sería para mí una inmensa felicidad y no tendría nada que envidiar á los privilegiados y felices de la tierra si consintierais en concederme el único bien que vale la pena de ser ambicionado, y que iguala á mis ojos á todas las riquezas del universo: vuestra mano.
- »Que vos me la prometáis, mi bella Juana, y yo trabajaré con un ardor que tal vez venza las dificultades y triunfe de todos los obstáculos.
- »Sé que mi tío tiene otras miras, muy inciertas y quiméricas, sin duda; pero me ama y poco á poco le atraeré á la idea de que queriendo mi felicidad, no puede asegurarla más que cediendo á mis deseos y queriéndocs como á mí me quiere.
- »Además, ¿podría él veros sin comprender la pasión que me arrastra á vuestros pies?
- »Ahora ya lo sabéis todo.
- »Estamos casi aislados los dos, perdidos en esa multitud que se precipita y se aplasta para llegar antes al fin.
- »Vuestra hermana os es muy fiel. Yo he podido apreciar el corazón de mi tío.
- »Sosteniéndonos y amándonos podemos llegar á formar aun una familia feliz.
- »Nuestra unión será nuestra fuerza.
- »Decidme, os lo suplico, que consentis en lo que os pido.
- »Por ahora, lo que os pido es la satisfacción de veros alguna vez, de pasar un instante a vuestro lado, hablar de nuestros proyectos, de esa casa perdida en el verdor de los campos, adonde iremos á cobijarnos si París nos recha-

za, consolarnos y ayudarnos en esta vida de privaciones en que luchamos cada uno por nuestra parte.

»La promesa de llevar mi nombre y participar de mi buena ó mala fortuna, es para el porvenir, Juana.

»¿Cuánto tiempo debemos esperar?...

»¿Quién puede decirlo?...

»¡Un año tal vez!

»¡Pero qué nos importa ese corto espacio de tiempo, si tenemos, para abreviar las horas, la idea de que seremos el uno del otro y de que ya nuestras almas están unidas por un lazo indisoluble y un juramento que para ambos será sagrado.

»Juana, os juro amaros á vos sola, á vos siempre, á vos únicamente.

»Y aunque me ofrecieran todas las riquezas de la tierra por separarme de vos, ¡y quién pensaría en esto, gran Dios! Os juro que nada conseguirían.

»¡Os amo, os amo, os amo!

ANDRÉS DE FRESNAYE.»

Al leer estas líneas, que respondían tan bien á sus propios sentimientos, Juana experimentó una deliciosa sensación.

¡La parecía que ya no estaba sola en el mundo, que ahora podía desafiar á todas las adversidades!

Volvió á leer la carta dos veces, y el interno la parecía el más admirable tipo del honor y de la caballerosidad.

¡Que diferencia de aquel que la escribía, á Servoz!

¡Que contraste!

Andrés no la hablaba con el tono amenazador de Servoz, sino con una delicadeza que la lisonjeaba. Se arrodillaba ante ella y la suplicaba. Aquel era el amor respetuoso, lleno de abnegación, tal como ella lo comprendía y tal como lo había soñado.

Pero al mismo tiempo traía consigo la idea de un sacrificio para Andrés.

¡Podía ella consentirlo?

Indecisa, profundamente conmovida, miró hacia el exterior.

Las ventanas del interno estaban cerradas y la noche llegaba.

Se puso el sombrero y salió, queriendo reflexionar antes de contestar.

Todos los días seguían las dos hermanas el mismo camino para ir á casa, á fin de estar seguras de encontrarse cuando la una fuera en busca de la otra.

Juana tomó por el muelle y llegó al Puente Real y de allí al jardín de las Tullerías.

Llegaba al estanque, cuando vió á un hombre y á una mujer que iban hablando con cierta familiaridad.

El hombre era Servoz.

La mujer que iba á su lado, por la estatura y por el aspecto, parecía Colette.

Aunque no la veía más que por la espalda, Juana no dudó un momento.

Era ella.

¿Qué hablarían?

Protegida por un grupo de arbustos, esperó á su hermana.

Servoz encontraba á la jóven en las Tullerías con bastante frecuencia.

Era su camino común y naturalmente debían conocerse.

Resultó de aquellos encuentros una especie de amistosa intimidad entre ellos.

Siempre que pasaban el uno al lado del otro se dirigían alguna palabra.

La mayor parte de las veces la conversación recaía sobre Juana, por quien el primero de los empleados del Tisserand, tenía al parecer un vivo interés.

Colette se deshacía en elogios por su hermana.

Aquella tarde había sido muy feliz en encontrar á Servoz.

Acababa de decirle:

—Deberiais prestarme un servicio.

—¿Cuál?

—El de colocarme en vuestra casa ó buscarme una colocacion en otra.

—¿No estais bien donde estais?

—Comprendo que no me será posible continuar allí.

—¿Lo creeis así?

—¿Que si lo creo...!

—¿En este mundo se necesita valor para soportar ciertas situaciones!—dijo Servoz con filosofia.

—Lo tengo, pero el valor tiene sus limites.

—¿Ocurren atrocidades en casa de Angela?

—preguntó Servoz con tono medio serio medio jocosó.

—Esa es la verdadera palabra.

—¿Diabló! ¡contadmelas!

—¿Me guardareis el secreto? Sobre todo con mi hermana. ¡Pobre Juana, si supiera!...

—No tengais cuidado.

—Iba hablar, pero cambié de parecer.

—¿Para qué?—dijo.—Esas historias no os enseñan nada. ¿No se parecen todas? Solo que, os lo repito, procurad ocuparme en vuestra casa.

—¿Envidiais la suerte de vuestra hermana?

—No lo oculto.

—Entonces, ¿ella se encuentra bien?

—Regular.

—Esperad algunos meses.

—¿Por qué?

—Ahora se despiden empleados. No se admiten. No encontrareis colocacion en ninguna parte.

—¿Algunos meses?—murmuró Colette.

—Tal vez algunas semanas...—dijo Servoz, estudiando con detencion el rostro de la jóven.

—No es tan largo—añadió

—Eso depende de...

—Teneis prisa.

Colette se mordió los labios.

—¿Somos tan pobres!—dijo.

Servoz no respondió.

Dió algunos pasos en silencio alrededor del estanque.

—¿Dos jóvenes guapas como vosotras!—dijo al fin.

—¿Pues bien, sí! Dos jóvenes, guapas como nosotras—repitió Colette,—pueden no tener para vivir y necesitar una colocacion.

—¿Estais en ese caso?

—Absolutamente. Necesitamos trabajar para vivir y si yo tengo una colocacion me es imposible conservarla. ¡Tanto valdria ir á los Folies-Bergere ó al Elisée-Monmartre, si quereis saberlo. No creo que se oigan allí cosas más feas, y es para desesperar del todo el saber el oficio que es necesario desempeñar en Paris para ganar el pan. ¡Estoy cansada! y creo á Juana muy feliz porque está tranquila y puede vivir trabajando. Yo no tengo tanta suerte. Buenas noches, señor Servoz.

—Buenas noches, señorita Colette.

Colette se volvió á Servoz, y le dijo:

—Sobre todo, ni una palabra á mi hermana.

Se separaron.

Servoz siguió hacia la calle de Rivoli, y Colette bajó hacia el puente Real.

No habia andado veinte pasos, cuando sintió un brazo que se deslizaba por debajo del suyo.

Hizo un movimiento de sorpresa.

—No tengas cuidado, soy yo,—dijo Juana;—¿á quién hablabas?

—Al señor Servoz, tu jefe.

—¿Le ves?

—Algunas veces.

—¿Y qué te decia?

—Pretensiones; me detiene algunas veces para hablarme de ti. Sigue amándote. ¡Un enamorado más! A mí no me gusta... ¡Sus modales me ofenden! Pero le pedia...

—¿Qué?

—Que me colocara contigo.

—¿Y qué te ha contestado?

—Que ahora no, que más tarde...

—¿Quieres abandonar esa casa?

—¡Estáramos juntas!

Colette afectaba una gran libertad de espíritu. Ocultaba á su hermana sus inquietudes. Las tenía, sin embargo, graves.

Marcharon despacio por el muelle, sin hablar, escuchando, por decirlo así, sus pensamientos y mirando á las estrellas suspendidas en las profundidades del cielo.

Juana repasaba en su memoria las declaraciones de Andrés.

La otra pensaba en las aflicciones de que se veía amenazada.

Y Servoz, por su parte, entraba en su casa diciendo.

—Es tiempo de obrar.

Sin saberlo, Colette acababa de revelarle la amenazadora situación en que iban á verse.

## XIII

## Señoritas de almacén.

Las inquietudes de Colette, ó más bien sus disgustos, no carecían de fundamento.

No faltan en París, á Dios gracias, comerciantes honrados á quienes una madre puede confiar sus hijas y quienes, bajo el punto de vista de la pura moral, están en condiciones de aspirar al premio Montyon.

Pero no faltan otros para quienes todos los medios son buenos, siempre que atraigan y sostengan la clientela.

Angela Dufrane era de estas últimas.

Si Marta, la hormiga trabajadora del enjambre, de que la fastuosa Angela era la reina, había hecho un gesto de contrariedad al saber que Colette era destinada á la venta, era porque conocía las próximas consecuencias de aquella elevación.

Su gesto equivalía á esta esclamación:

—¡Una más al fondo del mar!

Pero Angela se reía de los vanos escrúpulos. Ella no había echado los cimientos de su fortuna, que estaba á punto de redondearse, más

que usando medios cuyo empleo no pone á uno en condiciones de ser canonizado.

Se le atribuía en el comercio parisiense, una larga serie de amistades onerosas para aquellos que se dejaban seducir por los encantos de su persona.

Reunió el capital necesario para la adquisición de su casa por medios equivocados, de los cuales es mejor no hablar.

Entre sus admiradores más entusiastas se encontraba algunos años antes Urbano Salvador.

Angela contribuyó á aumentar el déficit abierto en la fortuna del fogoso brasileño; pero él no odiaba á la potente matrona y continuaba protegiéndola, reclutando clientes entre sus conocimientos.

Justo es decir que la mayor parte de las veces era él quien pagaba las facturas.

Desde la muerte de su tía había recobrado su crédito, muy comprometido hacía ya años, y se lanzaba todos los días en una nueva locura.

En verdad, tenía necesidad de aturdirse.

Su hotel de la calle de Chaillot estaba más brillante que nunca. Daba con frecuencia fiestas que degeneraban en orgías, y, según la predicción de la señora Chambly, la danza de los millones volvía á empezar con más brío.

Con el rumbo con que Urbano Salvador hacía las cosas, la fortuna tan cuidadosamente conservada por su tía, no debía durar más que algunos años.

Por el momento, el heredero nadaba en plena opulencia y se entregaba á todas las licencias de una imaginación depravada.

Ahora bien, entre sus caprichos había uno que dominaba particularmente su corazón.

Al encontrar á Colette en casa de su antigua querida, se había dicho que no se le escaparía.

Colette no se parecía á esas muchachas acicaladas, demacradas, violentamente corrompidas, que constitulan de ordinario sus delicias.

Había en ella un encanto penetrante, una frescura de fruto sobre el árbol, un perfume

primaveral que no era él el único en apreciar.

Y era esto, sobre todo, lo que hacía á la desgraciada joven estar triste y lo que alteraba su humor siempre jovial.

Una continua procesion de extranjeros de todos los países entraba en casa de las hermanas Dufrane.

Era lo que se llama una casa de comisionistas.

Este punto es difícil de fijar.

En esas clases de almacenes ó de talleres en boga, que tienen el mérito de mantener, en cuestión de modas, la supremacía del gusto parisiense en el Universo entero, Berlín, Londres, San Petersburgo ó Bucharest, sin contar las otras ciudades importantes de Europa ó América, se toman los modelos de trajes, de abrigos ó de sombreros, que expiden á todas partes y los esparcen hasta lo infinito.

En el extranjero se copia un *Rembrandt* de la calle de la Paz como un cuadro de un maestro en un museo.

Pues bien, los comisionistas, que sirven de medio para estos productivos asuntos, son tratados con una deferencia extrema por los patrones como Angela, á quienes ellos favorecen y enriquecen con una clientela que pudieran llevar á otra parte.

París, para esos alemanes del Pasaje, esos rumanos ó esos industriales del Perú ó de Bolivia, no es solamente la ciudad de los negocios; es, sobre todo y por excelencia, la ciudad del festín. Con raras excepciones, ellos afrontan los asuntos y los placeres.

Una joven hermosa en un almacén como el de las hermanas Dufrane, es un atractivo muy poderoso.

Si esta joven, impulsada por la necesidad de ganar dinero, se muestra fácil; si acepta, sin hacerse rogar, una comida ó un palco en un teatro de género, se convierte en un manantial de atracciones, de beneficios para la casa.

No se niega una petición á una mujer que sa-

be pagar de cierto modo las preferencias que con ella se tienen.

Colette, al entrar en casa de las hermanas Dufrane, no estaba iniciada en esta manera de conducirse.

Hay infamias que no se adivinan, y para las cuales se necesita una educación especial.

No debía tardar en comprenderlas, comprendiendo al mismo tiempo el sentido de aquellas instrucciones de la patrona.

«La mayor complacencia es de rigor.»

La entrada de aquella joven de elegante aspecto, de educación distinguida, que se expresaba en inglés y en alemán con una perfecta pureza, y que hablaba correctamente el español, producía una verdadera sensación.

Angela estaba dotada de un ojo perspicaz.

Había apreciado a Colette desde el primer momento, y se había dicho:

—¡Vale tanto oro como pesal!

En lo cual, la patrona, a pesar de su consumada experiencia, se engañaba.

Colette tenía las cualidades apetecidas: la forma, la elegancia y la imaginación.

Pero le faltaba el corazón, el valor, si se prefiere esta palabra.

¿Qué queréis? Aun cuando existan legiones de ángeles, existen también naturalezas rebeldes, a las cuales repugnan ciertas tareas.

La desgraciada Colette era una de ellas.

Durante los primeros meses fue el objeto del interés, de las atenciones y de las preferencias de los compradores.

Los veía a menudo en conferencia con la patrona. Por ciertas miradas significativas que la dirigían, comprendía que se ocupaban de ella.

Se ocupaban demasiado, efectivamente.

Angela les contaba su historia con espirituales consideraciones, describiéndola como la heroína de una aventura novelesca, lo cual daba más interés a la historia.

Aquella joven procedía de una casa de millo-

narios. Era una desheredada. Su educación había sido esmeradísima. Estaba en sus principios. Se asistía a algo como la aurora a la salida de una estrella.

Y la parecía, por el movimiento de los labios y por la expresión de los ojos, oír cuchichear a veces frases muy expresivas respecto a ella.

Se proponían ver quién derribaría primero a aquel pájaro raro y llegaría antes al deseado fin.

Los clientes no querían tratar más que con ella.

Cuando se presentaba un comprador de distinción, se oía de un extremo a otro de los salones la aspera voz de la encargada de la tienda, que decía:

—¡Señorita Aubin!

La pobre joven se esforzaba en granjearse el afecto de todos por sus modales sencillos y dulces.

Pero se exigía más.

Después de algunos ensayos se abrió paso la impaciencia, y la consideración que se tenía a la novicia de aquel extraño convento, se agotó.

Las súplicas empleadas en un principio para vencerla, tomaron apariencia de órdenes, y con frecuencia de amenazas.

A cada instante la repetían sin ceremonia.

—¿Queréis comer esta noche conmigo?...

—Tengo un palco en Variedades; lo he tomado con intención de que me acompañéis.

Colette, después de haberse excusado, por no aceptar aquellas ofertas, invocando toda clase de pretextos, ensayaba doblegar a sus perseguidores con la gracia de su sonrisa. Nerviosa, impaciente por tantas impertinencias, negaba terminantemente los favores que se le pedían. Un día, un berlinés, después de una persecución inútil, se permitió decirle una porción de groserías, sin que se ocupara de velarlas por ninguna fórmula de estilo, y la joven le arrojó a la cara esta contestación desdeñosa:



—Decidme, ¿está incluido eso en la factura?  
Aquello fué un acontecimiento.

El berlinés era uno de los parroquianos más consecuentes.

Aunque la contestacion fué dada en el más puro alemán, las compañeras de Colette la comprendieron.

Se temia un estallido y la misma culpable esperaba ser despedida.

No hubo nada de eso.

La señorita Angela, que hablaba con Urbano Salvador, que habia vuelto á ser uno de los más asiduos concurrentes á la Plaza de la Magdalena, se limitó á hacer llamar á la rebelde Colette y la dijo:

—Señorita, espero de vuestra buena inteligencia que os conducireis mejor en lo sucesivo.

—Pero señora...

—No admito observaciones. No me mezclo en los asuntos de la dependencia. Lo que yo quiero son números, ventas. Lo demás no me importa.

—Os aseguro...

—¿Que teneis buena voluntad?... ¿Y qué me importa á mi eso?—pregunto yo.—¡Conversacion! ¡Es preciso tener acierto! El triunfo lo es todo. ¡Los medios no importan! ¿Comprendéis?

—Pero...

—Marchad.

Ciertamente era bastante claro.

Colette sintió un vehemente deseo de decir las verdades á aquella solemne matrona cuya moral era tan ancha, pero se contentó con lanzar un profundo suspiro,

Servoz le habia dicho la víspera:

—No encontrareis ninguna colocacion en estas momentos.

¿Adónde iria si la despedian?

¡Si hubiera podido pasar de pronto aquellos dos ó tres meses que la indicaban como tan penosos!

Aturdida por el golpe, se quedó inmóvil de-

lante de Angela, hasta que oyó de nuevo la voz de ésta que, algo suavizada ya, la decia:

—¿Me habeis entendido?

—Sí, señora.

—Poned cuidado. Os interesa mucho.

Urbano Salvador seguia aquella escena, bastante frecuente en ciertas especialidades de París, con un interés marcado.

Sus ojos se fijaban en el rostro de Colette intentando encontrar los de ésta, pero ella lo evitó y volvió al salon de venta colorada como una cereza.

—No haremos nada de esta,—dijo Angela cuando estuvo sola con su antiguo amante?

—¡Eh, eh!—dijo el Brasileño—Es posible. Es de una naturaleza refractaria.

—Yo esperaba... no lo oculto. Si ella quisiera... ¡Es una perla!

—¡Pero no querrá!

—¿Estais seguro de eso?

—¡Lo que me lo hace creer es que ha rechazado otras cosas mejores!

—¿A vos, tal vez?

—¡A fé mia, tengo esa vanidad!

—¡Me admirais! ¡Entonces, es una tonta!...

—Segun y conforme. Otros dirán que es virtuosa.

—¡Oh! ¡la verdad!—dijo Angela con soberano desprecio.—¡Qué reporta eso!...

—No obtendreis nada, querida.

—Tal vez.

—¡Donde yo he naufragado, vuestros comisionistas en abrigo y trajes no pasarán. ¡Tengo el orgullo de creerlo así!

—No digais mal de los comisionistas, querido. La fortuna de vuestra excelente tia, esa fortuna que os cayó de las nubes tan oportunamente, no ha tenido otro origen, al menos en sus tres cuartas partes.

—Sea. El dinero no tiene olor. ¿A qué hora salen esas señoritas?

—Cerca de las ocho.

—Bueuo.

—¿Quereis saber si sigue tan arisca?

—Es posible.

Urbano Salvador se levantó.

—¡Buena suertel—le dijo Angela.

Y añadió con gran cinismo:

—¿No soy bastante buena? Hago votos por vos. Pero no me la echeis á perder ¡eh! Aquí será una fortuna.

Angela era un tipo de corrupcion, superior. No podía uno figurarse una moral más gangrenada que la suya. Pero se salvaba por su aspecto. Se imponía por su magestuosa solemnidad y sus modales de señora protectora de obras piadosas.

Al cabo de algunos años cuando se retirara con su dinero, *honradamente* adquirido, es probable que fuera la admiracion de las buenas gentes de su aldea y que el cura la tuviese por la mas estimable de sus feligreses.

Aquella noche á las ocho, como ella habia dicho, las oficialas de las hermanas Dufrane emprendieron el vuelo.

Colette estaba más disgustada que de ordinario. Iba sola y con la cabeza baja por la calle Duphot para llegar á las Tullerías, cuando en la esquina del boulevard fué detenida por un *gentleman* que la dijo:

—Tengo que hablaros.

Colette levantó la cabeza.

Era Salvador.

Antes de que tuviera tiempo de contestar, Colette se encontró empujada hacia una portezuela abierta, levantada y sentada en el almonadon de un cupé que estaba parado á la orilla de la acera.

Salvador se sentó á su lado.

—No temais nada—la dijo.—Quiero tener una explicacion con vos. Un simple paseo para hablar.

Colette estaba tan abatida que no se resistió. Conocía de hacia mucho tiempo al sobrino de su bienhechora.

Y además, ¡qué podría decirle peor que lo que

ella oía, desde por la mañana hasta por la noche, en aquella infernal casa!

—Hablad—le dijo con laxitud—os escucho.

El caballo, un vigoroso alazan, arrastraba el coche hacia los Campos Eliseos.

El verdor es allí de una milagrosa frescura. Es imposible encontrar en otra parte jardines más magníficos, cuando una ligera lluvia ha matado el polvo y refrescado el aire embalsamado de aquel admirable paseo, que vale tanto como los más espléndidos del mundo.

—No sois feliz, Colette—dijo Urbano al cabo de un instante.

—¡Oh, no! muy lejos de eso—contestó ella con su habitual franqueza.

—Os lo habia predicho.

—Es verdad.

Colette le miró de frente y le dijo:

—¿Y bien, qué?

Al dirigir esta pregunta á Salvador, Colette habia tomado un aspecto decidido y provocativo.

Debía estar cansada del cenagal en que se encontraba y de las miserias porque estaba sitiada desde su llegada á París.

Y, en efecto, su corazón se sublevaba de disgusto pensando en esto.

La triste experiencia que habia hecho de la vida desde que estaba en el mundo, aunque era valiente, la cansaba al fin.

Sobre todo, cuando pensaba en su Juana, una violenta indignacion fermentaba en su cabeza contra los hombres y las cosas.

¡Habian nacido para verse lanzadas como una pelota y servir de juguete á todo el mundo!

¡Ah, no!

Decididamente no queria rebajarse, envilecerse hasta ese extremo.

Y aunque vagamente, comprendió por la melancolía del rostro de su hermana, que Juana debía ser presa de las mismas inquietudes.

¡La una y la otra callaban!

Juana no se quejaba jamás; pero ¡no era el

deseo de evitar un disgusto á su hermana lo que la cerraba los labios y la impedía confiar sus inquietudes?

El Brasileño observaba á Colette con atención.

Se hubiera dicho que leía sus impresiones; tan marcadas estaban en la movilidad de sus facciones.

—¿De modo—repuso Salvador—que el mundo os parece peor de lo que pensabais?

—Horriblemente peor.

—¿Y os resignais á la condicion en que estais?

—No—respondió secamente Colette.

—¿Pues qué esperais entonces?

—Nada.

—Sin embargo, es necesario vivir!

Colette hizo un gesto de indiferencia y dijo:

—¿Cuándo se puede!

—¿Tan desanimada estais?

—¡No estoy desanimada, estoy descorazonada!

No se irritó, y con el mismo acento, breve y claro, repuso:

—Puesto que me preguntais, os diré que hay momentos en los cuales me dan ganas de escupir á la cara á esos hombres que nos tratan como á objetos de venta, ó como á animales en feria. ¡Esta tarde, si no me hubiera contenido, yo no sé lo que hubiera dicho á esa miserable Angela! ¡Ella es quien más me indigna! ¡Qué mujer! ¡Si creerá que yo no comprendo su intencion!

Y Colette, con cómica verdad, imitó la entonacion de la patrona:

—«La mayor complacencia es de rigor!» «El triunfo lo justifica todo.» ¡El triunfo! ¡Su fortuna! ¡Qué somos las unas y las otras más que un medio de atraer la clientela? ¡Oh, que triste oficio el nuestro; pero qué vergonzoso el suyo! La miseria, la necesidad, pueden disculparnos; ¡pero ella que no carece de nada!

—Es preciso que la abandoneis.

—Eso se dice pronto. ¿Creeis que no lo inten-

to! ¿Y otra colocacion? Por lo demás, no me parece mal estudiar ese mundo que conocemos tan poco... ¡Quiero saber hasta dónde llega! Es una terrible leccion la que recibo; pero me servirá, os lo juro!

—¿Y cómo?—interrogó el Brasileño.

—Me preguntais demasiado. ¿Lo sé yo acaso?

—¿Qué os habia dicho yo?—repuso Urbano.—Que os forjábais ilusiones. ¡Que por todas partes seriais objeto siempre de las mismas persecuciones! Estad segura de que vuestra hermana no está más tranquila que vos.

—Sí—afirmó Colette, pero sin conviccion.

—¿Estais segura?

El Brasileño pronunció estas palabras con un tono tan irónico, que Colette se estremeció.

—No mucho—dijo turbada por algunos recuerdos que venian á su memoria.

—Juana es como vos, cien veces más bella que vos, para que esté tan tranquila como pretendéis. La paz no pertenece más que á las feas, ¡y aun esas!...

El cupé de Salvador seguia por la calzada de los Campos Eliseos.

Los mecheros de gas, resplandecian en medio del verdor violentamente alumbrado por extrañas alternativas de sombra y de luz.

—Escuchadme—dijo Salvador cogiendo una de las manos de la joven, que ésta no retiró. Seré franco con vos, porque os lo he dicho cien veces, ¡os amo! ó más bien, no quiero engañaros, no amo á nadie. No he amado jamás más que los placeres, el ruido y las diversiones; pero tengo una debilidad, un capricho violento, por vos y mucha amistad, que vale más que el amor, porque es más duradera. Hace tiempo que os temia como un obstáculo entre la fortuna y yo. Mi tia podia desheredarme por protegeros. Nuestros intereses estaban, pues, encontrados. Y vos sabeis, Colette, que los intereses son los que más nos dividen.

Urbano se sonrió á esta parodia de una celebre frase, y continuó:

—Hubiera podido evitaros penosos *debut*s, hubiera debido hacerlo. No he querido. La precipitación de vuestra hermana por marchar me lo impedía. Vuestra hermana tenía prisa por huir de Montiers. Se hubiera dicho que los pisos del castillo la quemaban los pies.

—Juana tenía razón. ¡Nuestra situación era tan falsa!

—Sea. Era bueno que conociérais el mundo. Sabiendo lo que vale, debíais ser más fáciles. Bellas como vosotras, instruidas y espirituales, las jóvenes tienen dos caminos ante sí. El del trabajo, que es arido, y el del placer que es ancho y cómodo. Con vuestro intrépido valor habéis elegido el del trabajo. Para unas cuantas privilegiadas que entran en una de esas casas, muy raras, en que son respetadas, encontrareis millares de ellas, atormentadas por esas persecuciones imperiosas que os abruma y os disgustan. ¿Cómo podría ser de otro modo? Y cuanto más descendáis, más odioso os será el espectáculo. ¿Por que quereis que vuestra hermana sea más feliz que vos? Una joven tan hermosa como ella, es una flor cuyo perfume quieren respirar los hombres, un anillo que todo el mundo quiere ponerse en el dedo. Un poco antes ó un poco despues, vencidas por el enemigo, ceden á las persecuciones de que son objeto. El provecho es para ellas ó es para nosotros, segun que sean de inteligentes ó no. Os he dejado tiempo de reflexionar seguro de que me escuchariais al fin. Sabia donde estabais. Os he vuelto á ver con alegría. Os encuentro más encantadora que nunca, más hechicera. Ya veis lo que valen los hombres. Yo no me creo mejor que los demás, pero seré al menos más generoso. Vuestra suerte está en vuestros manos, Colette, todo lo que pidais os lo daré. Imponed condiciones.

Colette movió la cabeza.

—No—dijo—aún no.

—¿Qué esperáis?

—Voy á deciros lo que espero. Espero á que

se me haya probado, á mi, Colette Aubin, resignada á todo para vivir honradamente, que en este maldito París no pueda aunque sacrifique mi tiempo, mi descanso y mi salud, subsistir con mi trabajo. ¡Entonces, pero solo entonces, será cuando me rinda!

—¿Convenio hecho?

Colette se inclinó.

—No me inquieto por el desenlace—dijo Urbano.

Y se deshizo en protestas, juramentos y promesas, alentado por la proximidad de aquella joven tan encantadora y tan deliciosa, como él decía.

Trató de darla un beso.

Ella le rechazó con suavidad.

—Adios—le dijo.

—¡Ya!

—Es preciso que os abandone. Además, ¿qué nos queda ya que deciros?

—¿Está prometido?

Colette murmuró:

—Sí.

—Hasta la vista, pues. ¿A donde quereis que os conduzca?

Al Puente Real.

—Sea.

Cuando Colette entró en su habitación, encontró á su hermana inclinada sobre una hoja de papel en la cual, con una magnífica letra inglesa, habia trazado algunas líneas.

La mayor cogió en sus manos los cabellos de la rubia y los besó.

—¿Escribes?—la preguntó.

—Ya lo ves.

—¿A quién? ¿A él?—dijo Colette para inquietarla.

No creía ella decir tanta verdad.

—Lee—dijo Juana.

Era un hermoso grupo el de aquellas dos cabezas que se tocaban, mientras la rubia continuaba escribiendo y la morena seguía con sus ojos la pluma que corría sobre el papel.

Era en efecto á Andrés de Fresnaye á quien Juana escribía.

Desde la víspera lo había estado pensando. Durante toda la noche, que pasó sin dormir, y todo el día en el almacén, no dejó de pensar en las declaraciones de Andrés.

Contenta en un principio, había pensado después que el amor de su vecino podría no ser más que pasajero; que sin duda lamentaría después el sacrificio de sus ambiciones de familia y una determinación poco reflexionada.

¿Además, para qué comprometerse puesto que ni el uno ni el otro eran libres de unirse aun, y que en su incierta situación no poseían ni un asilo en donde cobijar sus jóvenes amores?

Juana respondía á la vez, con su corazón y con su razón.

«Caballero: Mentiría si os dijera que vuestra carta no me ha conmovido.

»Estoy profundamente emocionada. La delicadeza de vuestros sentimientos responde á la idea que de ellos me había formado.

»Si fuera rica, tendría más libertad para decirlo que pienso.

»Pero soy pobre, hasta el punto de que el día siguiente no está asegurado ni para mi hermana ni para mí.

»Sin familia, sin sosten, sin amigos, me es grato saber que podemos inspirar aún alguna simpatía, y la vuestra nos es preciosa.

»Parte de un corazón noble.

»¿Pero qué podemos ser más que hermanos en medio de este París, en donde nuestra familia, esa familia de cuatro, que vos soñais, estaría condenada á una miseria cierta?

»¿Cómo aceptaríais cargas que os abrumarian y llegarían á ser para vos el más pesado de los impedimentos y el mayor de los obstáculos?

»Creed en mi inexperiencia.

»Sé poco; pero las desgracias de mi vida han madurado demasiado pronto mi espíritu.

»Seguid los consejos de vuestro tío.

»El es más perspicaz que vos, y su desinteresado afecto le da una doble vista que nosotros no podríamos tener, ni el uno ni el otro.

»Dejad correr el tiempo sobre deseos que él horrrará tal vez, y sobre un naciente afecto que no ha tenido tiempo de tomar fuerza.

»Esperad.

»Si más tarde persistís en los sentimientos que me pintais con tanto encanto, me volveréis á encontrar tal como soy, es decir, pobre y expuesta á todas las dificultades contra las cuales luchamos mi hermana y yo.

»Las almas desinteresadas son muy raras.

»No tenéis que temer peligrosas rivalidades.

»¿Quién pensará en jóvenes desgraciadas, en nuestras condiciones? Y en último caso, las buscarían para perderlas y no para salvarlas.

»No me cansaré de daros gracias, porque seáis el único, de seguro, que tendrá la generosidad de hablarnos en la forma que vos lo hacéis.

»Hablais de verme!

»Os ruego que no lo intentéis.

»Para qué alimentar una pasión de juventud —escribo esta palabra con una triste sonrisa en los labios— que no podría ser, para vos y para mí, más que origen de penas, puesto que vuestros propósitos son irrealizables.

»Os doy las gracias una vez más, y creed que si estuviera en mis manos poder daros la felicidad, no dudaría en dárosla á cambio de las simpatías que demostrais á estas dos abandonadas.

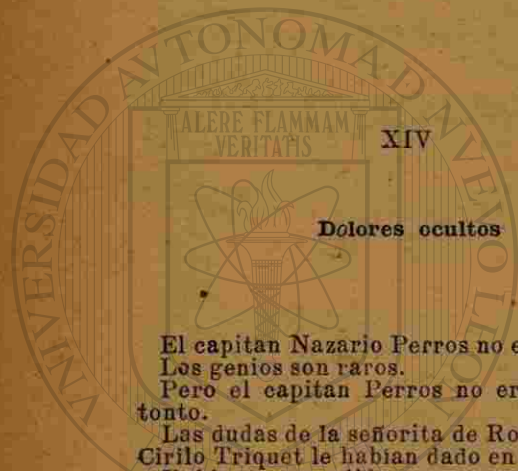
»JUANA AUBIN.»

Quando Colette hubo concluido la lectura de aquella carta llena de tanta melancolía, se sentó al lado de su hermana, y cogiéndola las manos, la dijo:

—¿Es al señor de Fresnaye á quien escribes así?

—Sí.  
 —¿Qué te decía él?  
 —No me acuerdo. Que me adora: que está apasionadamente enamorado; que te querrá á ti como á una hermana...  
 —¿Y qué más?  
 —Que quiere casarse conmigo.  
 —Toma, toma, toma! ¿Pero sabes una cosa?...  
 —¿Cuál?  
 —Que esa resolución es de un corazón bueno.  
 —En efecto; si fuera realizable.  
 —¿Que, no lo es?  
 —No.  
 —¿Por qué?  
 —¡Es tan pobre como nosotros!  
 —¿Y qué importa eso? Pues qué, mi padre y mi madre no eran felices en Barsleur?  
 —¡Ay!  
 —¿Te acuerdas, Juana, cuánto nos amaban? La rubia inclinó la cabeza sobre el pecho.  
 —El dinero no es tan necesario para la felicidad! ¿Quisiera Dios que estuviésemos como ellos allí, sin tener nada, pero libres, independientes! ¿Vas á desesperar á ese pobre joven!  
 —El se consolará, y antes de lo que tú piensas.  
 —¿Pero tú?—preguntó Colette dirigiendo sus negros ojos á los de su hermana.  
 —¿Qué quieres decir?  
 —¿Te consolarás tú tan fácilmente?  
 —De qué?  
 —De haber rehusado... porque le amas!  
 —¿Qué sabes tú?  
 —¡No mientas, querida hermana!  
 —¡Peró!...  
 —Aunque no tuviera más pruebas que esas dos lágrimas que hablan aquí—tocó con el dedo las largas pestañas de Juana—luchando por no mostrarse...  
 —¡Callate!  
 En efecto; el corazón de la pobre joven se henchía y sus ojos estaban húmedos y brillantes.

Colette la preguntó con dulzura:  
 —¿De modo que estás completamente decidida.  
 —Sí.  
 —¿Vas á enviar esa carta?  
 —Al instante.  
 —¿Y si yo se lo digo todo?  
 Juana puso la mano sobre los labios de su hermana.  
 —Guardate bien de hacerlo—la dijo.—Si Andrés me ama realmente, esa pasión de que me habla no se extinguirá tan pronto. Con el tiempo, lo que hará será aumentar. Si entonces vuelve á mí, veremos. ¡Si ese amor ha de morir por sí solo, que muera!... No merecerá entonces que yo lo sienta.



### Dolores ocultos

El capitán Nazario Perros no era un genio. Los genios son raros.

Pero el capitán Perros no era tampoco un tonto.

Las dudas de la señorita de Roye respecto a Cirilo Triquet le habían dado en qué pensar.

Había comprendido, y muy pronto, que el fiel servidor de quien él respondía como de sí mismo, había jugado un papel bastante oscuro en sus asuntos.

Hombre de imaginación, después de haber pesado el pro y el contra, había deducido de sus meditaciones esta conclusión: que Triquet le había vendido miserablemente.

Sin embargo, hacia dieciocho años que no se separaba de él.

El capitán Perros era bondadoso por naturaleza y compasivo para con las debilidades humanas.

Triquet, obligado a hablar, lo había confesado todo, y debía su absolución a la completa confesión de sus faltas.

En el fondo había pecado por ignorancia.

El capitán le disculpaba, pues, y cubría al pobre diablo con su protección y silencio, a pesar de las desgracias que había causado.

Con un adversario del temple de Santiago de Brandes, pensaba, no sin alguna razón, que no era fácil evitarlas, y que si estas desgracias no hubieran ocurrido de aquella manera, hubieran ocurrido de otra.

Triquet ignoraba casi todo lo que había pasado, y si sospechaba ciertos misterios, no sabía nada preciso acerca del nacimiento de la hija de Germana, de su robo y de las causas del duelo de Roberto con el barón de Brandes.

Esta historia era conocida tan solo por Germana, Santiago de Brandes, el general de Treville, Ursula y el capitán Perros.

Germana había desahogado su dolor confesándosele todo a su tío, que la consolaba con la ternura del abuelo por un nieto adorado.

La marquesa de Bresse, la bella Laurencia, no conocía más que una parte del drama, es decir, el embarazo de su inocente rival y su alumbramiento.

Santiago de Brandes no había tenido necesidad de decirle más.

Además, arrastrada por el mundano torbellino, en que se lanzaba cada vez con más ímpetu, apenas tenía tiempo de pensar en odios secretos, modificados por el tiempo, y que nuevas pasiones ó nuevos caprichos borraban.

Triquet suponía que no se trataba más que de rivalidad de intereses y de amor entre Santiago de Brandes, a quien quería servir, y los Beaulieu, a quienes había profesado un odio antiguo y casi legítimo.

El capitán comprendía, pues, el móvil que le había impulsado, y le conservaba a su servicio, con la idea de sacar de él el mejor partido posible en el momento oportuno.

Además, estaba interesado por el pobre muchacho, que redoblaba su celo para con él.

Fuera de este estrecho círculo de confidentes, Germana reservaba sus dolores.

Por todas partes, en sus viajes, y sobre todo, desde su vuelta á Paris, afectaba mostrar frente serena, y su fisonomía no manifestaba la menor emoción.

En su casa, cuando se encerraba en su habitación, la máscara caía y entonces era presa de desalientos y de tristezas en las cuales la mujer y la madre mostraban toda su debilidad.

El capitán Perros la sostenía potentemente, y tal vez era el único que conservaba una esperanza.

Después de la tentativa de Germana, en la calle Jacob, Perros se había dedicado á las más activas averiguaciones, para satisfacer el deseo de aquella á quien consideraba como á su ama, y á la cual profesaba un cariño sin límites.

¿Cómo hubiera podido vivir al lado de aquella criatura, tan buena, tan generosa, tan dulce en el fondo, á pesar de la arrogancia de su aspecto, sin quererla y apasionarse por ella?

No era cariño el que el Breton profesaba al general, y sobre todo á su sobrina, era un verdadero culto.

En pocos meses acababa de remover cielo y tierra. Había puesto en movimiento los mejores agentes de policía, pero ¿cómo descubrir una niña cuyo país y nombre se ignoraban y de cuya fisonomía no se poseía ningun indicio?

Hubiera sido preciso un milagro para llevar á cabo una empresa tan árdua.

Así es que el capitán, desde hacía algun tiempo, trataba de trazar otro plan.

Se repetía á cada instante que aquel secreto que se quería descubrir, estaba en poder de Santiago de Brandes, y que puesto que no se podía conocer por buenas, ni comprarlo á peso de oro, era preciso resolverse á arrancárselo.

Verdad es que en esto se encontraría en presencia de dificultades que no eran fáciles de superar.

Santiago de Brandes debía haber tomado sus precauciones. Además, no se podían negar ni su

astucia ni su valor. Por último, su obstinación estaba fuera de duda.

Pero el capitán Perros se obstinaba en conseguirlo.

¿Cómo?

Con un adversario del temple de Santiago no había muchos medios.

El capitán los buscaba, pensando en que con dinero y con una voluntad firme nada hay imposible.

Entre tanto alentaba á Germana con una confianza que el mismo no tenía.

—No hace más que tres meses á penas que hemos empezado la obra, la decía. ¡Paciencia!

Casi todas las mañanas montaba á caballo Germana é iba dar un paseo al Bosque de Bolognia seguida de un criado.

Allí encontraba á sus amigos; á la condesa de Fresneuse y su marido, que iban con frecuencia á buscarla, á la marquesa de Bresse, escoltada siempre por un grupo de adoradores, y algunas veces al vizconde de Beaulien.

El desgraciado iba á todas partes donde tenía probabilidad de encontrar á Germana.

Germana por su parte no esquivaba el encontrarse con él.

No dejaba de causar admiración, á los que estaban al corriente de las historias mundanas el ver aquellos dos esposos (que no habían estado jamás unidos y que una sangrienta catástrofe había separado, en el momento que iban á pertenecerse) hablarse como amigos en aquel magnífico paseo, mientras que sus caballos alargaban el cuello para fraternizar.

Roberto de Beaulien revivía desde la vuelta de Germana.

—¡Os veo cerca de mí—la decía—y esto es ya una dicha! Roberto no conocía la misión que tenía que cumplir Germana, y de la cual le había hablado.

Ella no le revelaba su secreto.

Pero desde hacía muchos años la defendía contra su propia razón.



¿Su conducta durante diez y ocho años, no era una prueba evidente de su inocencia?

Por su parte, Germana le hablaba con dulzura, pero evitando toda alusión al pasado.

Si Roberto trataba de hablarla de su amor, ella le retenía con un gesto.

—¿No hemos aprendido á sufrir vos y yo?—le decía un día.—Pues bien, suframos con valor.

En el fondo de su alma estaba conmovida por la creciente pasión que sentía por aquel desgraciado, cuyo amor no podía negar.

Germana le compadecía, y en realidad, ¿qué podía censurarle? ¿No había sido engañado, por mucha que fue a su fe, por apariencias que se le mostraban tan culpable? ¿No era él la segunda víctima del crimen de Santiago de Brandes?

En los primeros días de julio, después de pasar algunos días en el castillo de Roye, en Sena y Marne, se decidió, á instancias del capitán Perros, á partir para los Essarts.

Cuando dió esta noticia al vizconde de Beaulieu, al encontrarle en el Bosque, este tuvo un momento de ansiedad.

En los Essarts estaría cerca de Santiago de Brandes.

—Ya veis—le dijo Germana con amargura al notarlo—que el mal es irreparable, y que es preciso que vivamos separados!

—¡Separados!

Roberto se puso pálido como un sudario y vaciló sobre su caballo.

La señorita de Roye se vió obligada á tenderle la mano para sostenerle.

—Animo—le dijo.—Yo tengo mucho aunque soy mujer y mis dolores son mayores que los vuestros.

La mano del vizconde abrazaba.

—¿Qué teméis en los Essarts?—repuso Germana.—¿Los recuerdos? Creedme, amigo mio, cuando pienso en los días en que habitábamos allí, uno solo es el que me comueve...

—¿Y es?...

—El de nuestra amistad de otros tiempos.

—¿Y nuestro amor?—preguntó Roberto.

—Tengo un sagrado deber que cumplir. Todos los días me ocupo de esa misión y todos los días sufro una nueva decepción. ¡Ya no tengo corazón, ó más bien, mi corazón no es más que una llaga que oculto por orgullo! ¡No es amor lo que debéis sentir por mí, Roberto, debe ser compasión! Siento vuestro mal, me hace sufrir tanto como el mio. Vuestra paciencia, vuestra dulzura para conmigo, me han conmovido profundamente...

—¿Germana!

—¡Venid á los Essarts, á aquellos lugares en dónde hemos paseado tantas veces cogidos de la mano, durante nuestra feliz juventud, venid! Tal vez tenga fuerzas para deciroslo todo. ¡Y entonces sabreis quién de los dos ha sufrido más! Lejos de vos, casi os aborrecía...

—¿Y ahora?

—Ahora, Roberto, no siento más que compasión por vos y por mí, y maldigo á la fatalidad que nos ha separado.

—¡Ah!—exclamó Roberto trasportado de alegría.—¿Qué es preciso para reunirnos?... ¿Qué hay aun entre nosotros? ¡Decídmelo, Germana, y os juro que superaré todos los obstáculos!

—Vos no podeis nada ahora contra ellos. ¡Pero Dios tendrá tal vez compasión de mí, y entonces!...

Roberto la miraba con ojos que brillaban por la fiebre.

—Entonces—prosiguió Germana con temblorosa voz—entonces seré tan feliz, tan feliz, que no querré ver más dolores á mi alrededor, y os diré á vos tambien:

—¡Concluid!

—Esta palabra tan dulce... ¡Esperad!

—¡Ah! ¡Sois un ángel!—dijo Roberto.—¡Cuánto os amo!

—¡Viene gente!—dijo Germana con viveza. Y su pálido y hermoso rostro tomó su expresión altiva, casi desdeñosa.

Saludó con el látigo al vizconde, sonriendo, y puso su caballo al galope.

En efecto, una media docena de ginetes desembocaba de un paseo trasversal, detrás de una amazona de gran belleza, montada en un magnífico caballo blanco.

La dama era rubia y de suprema elegancia. Era la marquesa de Bresse.

—¿No era la señorita de Roye á quien hablabais hace un momento?—preguntó la marquesa á Roberto.

—La misma.

—¿Y qué os deciais? sin que sea curiosidad...

—Yo—dijo Roberto—la decia que la venero y que la amo!

—¿Y ella os ha contestado?...

—Marquesa, si quereis saberlo, id á preguntárselo. Es un secreto que no me pertenece.

La bella Laurencia se mordió los labios.

La ocurría una duda.

¿Iba á reunirse aquel matrimonio, tan violentamente separado hacia veinte años?

Al día siguiente por la noche, Roberto de Beaulieu llegaba á la imponente masa del castillo paternal.

Germara le habia citado en aquel país en que se habian conocido, en que se habian amado. Iba á esperarla.

## XV.

## Rivalidades.

Quien no estaba contento, en particular, en el Tisserand, era Fortunato Venotte.

Aparentando siempre bondad y buen humor, se creia en el fondo muy vejado, y cuando el expolizante se creia vejado, se ponía bilioso y se volvía tan dañino como una seta venenosa, pero sin que esto apareciera en su fisonomía.

Venotte era maestro en el arte de disimular. Además no tenia por qué quejarse de su protegida.

Juana le acogía siempre con una graciosa sonrisa, un poco melancólica ¡pero tan dulce!

Una cosa sobre todo admiraba extraordinariamente al inspector.

La novela comenzada una tarde en el muelle de los Agustinos, parecía cortada bruscamente en su primer capítulo.

Con el carácter de Servoz parecía esto completamente inverosímil.

Ahora bien, el ojo de lince del inspector, por esperto que fuese, no podía descubrir nada anormal en el taller de confecciones.

Venotte desconfiaba y redoblaba la vigilancia.

Todos los días se colocaba en punto en donde pudiera ser menos sospechoso y permanecía dos horas en observación.

Al cabo de algún tiempo dijo al patrón que le interrogaba:

—Es un fuego oculto que estallará uno de estos días.

En efecto; cuando Servoz creía que no le observaban, devoraba a Juana Aubin con ardientes ojos; la espiaba en el juego de espejos y á veces, cuando podía sorprenderla en algún rincón aislado, fijaba sus ojos en los azules ojos de la pobre muchacha, sin pronunciar una palabra.

Y los temores de Juana eran cada vez más vivos.

Ella era, sobre todo, quien preveía la explosión vaticinada por Venotte y la preveía muy próxima.

Servoz se mostraba cada día más irritado y más nervioso.

El mismo día en que Andrés de Fresnaye había debido recibir la respuesta á su declaración, Juana, completamente entregada á sus pensamientos, estaba de pie delante de un armario, cuando de pronto se encontró frente á frente de Servoz.

La joven hizo involuntariamente un movimiento de sorpresa.

—¿Os asusto?—dijo Servoz tratando de sonreír.

—No... ¿por qué?

Si se hubiera atrevido á confesar la verdad, hubiera dicho lo contrario.

Servoz examinó rápidamente los alrededores.

—No sé lo que siento al veros—la dijo.—Encendeis un horrible fuego en mí. Ni vivo ya ni pienso. Es preciso que esto concluya.

—¿Queréis que me vaya?—dijo sencillamente Juana.

Los dedos de Servoz se contrajeron de impaciencia.

—No—dijo con viveza;—seguid aquí; lo quiero. Pero tengo que hablar con vos por última vez.

—Si es para repetirme lo que ya os he oído, es inútil.

Servoz la contempló dos segundos.

Juana parecía no experimentar ninguna emoción.

—No—dijo Servoz, admirado de la serenidad que demostraban las facciones de la joven,—no, os diré otra cosa—añadió con una especie de indignación contra sí mismo,—y perdonadme. Soy un bruto en hablaros así; pero no me queráis mal. No se acostumbra uno...

—¿Pues bien!—repuso Juana, conmovida por aquel cambio—¿qué es lo que queréis decirme?

—No podemos hablar aquí... ¡Nos espían! Venotte nos vigila... Los demás están á la expectativa. ¡Concededme esta noche!

La frente de Juana se oscureció.

—Os juro que no teneis nada que temer de mí—repuso Servoz.

—Pues bien, sea; pero solo un momento. Mi hermana me esperará...

—Si queréis, iremos en su busca... Podreis reuniros en las Tullerías.

—Bueno.

—Hasta la noche.

Desde un balcón que caía encima de donde estaban, lo había visto Venotte todo.

—Esto marcha—pensaba, engañado por la aparente calma de la joven.

Y se fué, encogiéndose de hombros.

—¡Oh, las mujeres—decía para sí, apretando los puños.—¡Todas son iguales!

A la esquina de la calle Vizeconti, Juana fué alcanzada por Servoz á las ocho.

Pero ella entró en su casa diciéndole:

—Seguid adelante un momento; yo os alcanzaré.

Abrigaba la esperanza de encontrar en casa del abuelo Gombault, contestación á su carta.

Allí estaba, en efecto, la contestación.

La cogió, corrió á colocarse bajo los árboles, rompió el sobre con rapidez y leyó avidamente estas cortas líneas:

«¡Olvidaros! No lo creais, — escribía el interno, — aun cuando yo lo quisiera, ¿me sería posible esto? ¿No poseéis por completo mi corazón? Solo que teneis razon, no os volveré á ver, adorada mía, pero no me prohibireis pensar en vos, ¿no es verdad? Voy á trabajar con ardor para preparar el porvenir. ¡Renunciar á vos, Juana! Eso sería un crimen contra mi mismo. Sois mi amor y sereis mi felicidad. ¡Os amaré toda mi vida y no podré amar más que á vos!

»ANDRÉS.»

Juana leyó con delicia aquellas frases que esperaba leer.

Si se las hubiera dictado ella misma, no lo hubiera escrito de otro modo. Estaba inundada de alegría.

—Si; yo te amaré lo mismo, —decía, —y no amaré más que á ti.

Besó la carta y la guardó en el pecho como un talisman.

Después, fiel á su promesa, volvió á pasar por delante de la habitación del abuelo Gombault.

El buen hombre la llamó:

—Señorita Juana, venid que os ponga yo una flor, —la dijo. —¿Adónde vais?

—A respirar, á tomar el aire esperando á mi hermana.

Gombault la colocó en el pecho una rosita rodeada de verdes hojas.

—Así, —la dijo, —estais hermosa como la aurora.

Juana estaba muy animada.

A pesar de todas sus ansiedades, creía en la felicidad.

¡A Dios gracias! hay aun sobre la tierra buenos corazones.

Juana veía en su imaginacion las finas y arro-

gantes facciones del interno, sus francos y leales ojos, que miraban de frente, tan espresivos, que Juana había leído en ellos desde el primer día los sentimientos de simpatía y de naciente ternura que debían desarrollarse tan pronto en el alma de su vecino.

Llegaba al puente del Carrousel, olvidando su cita, absorta por aquellos encantadores sueños, cuando la voz de Servoz la llamó á la realidad.

—¡Eh, señorita! —la dijo.

Juana se excusó graciosamente.

—Me he detenido por una carta y os he hecho esperar. Y además, la noche se acerca. ¿Adónde vamos?...

—Hacia las Tullerías.

—Vamos á ver —repuso Juana. —¿Quereis hablarme?... Aquí me teneis: os escucho.

Servoz se engañaba acerca del motivo de la alegría que notaba en Juana.

Y como él vacilaba, perplejo, sin saber cómo abordar el asunto:

—No debeis estar descontento de mí —le dijo.

—Al menos hago todo lo que puedo para no merecer reprensiones.

—Es verdad.

—Espero que hagais que me den sueldo. Procuraré ganarlo.

—Vamos, con franqueza: ¿creeis que podreis vivir con vuestro trabajo?

—Sí. ¡Necesitan tan poco dos mujeres!

—¡Tan poco! ¿Y los trajes?... ¿y la ropa blanca, alquiler de casa y otras mil cosas?... ¡A menos de privarse de todo!

Juana se encogió de hombros.

—Puesto que es preciso... —dijo suspirando y tratando de llevar la conversacion á otro terreno.

Llegaron al pabellon de flora.

Juana intentaba aún entretener á Servoz y ganar tiempo.

Su hermana no debía tardar en llegar.

Juana se dirigia por la calle que atraviesa el

jardín, pero él la condujo hácia el terraplen de la orilla del agua.

—Venid,—la dijo,—por aquí estaremos más solos, y es preciso que lo sepais todo.

Ella no se atrevió á resistir.

—Vamos,—dijo resignándose.

No había más que algunas parejas aisladas que paseaban por aquella avenida, casi siempre desierta.

—Vamos á ver,—dijo Servoz animado por la semisolitud de aquellos lugares.—¿No queréis comprenderme?...

—¡Peró!...

—¡Oh! os complacéis en atormentarme y en reiros de mí; Desde que estais en el almacén me trastornais...

Y apoyó estas palabras.

—Aunque me tienen por violento. ¡No he amado á ninguna mujer y en verdad no sabía ni aun lo que era amor! Pero vos me haceis sentir una cosa que no es un capricho, es una exaltación, una locura, una demencia, absurda puesto que me quita toda libertad de espíritu. Ayer, el señor Plessis, me hizo una observación:

—¿En dónde teneis la imaginación?—me dijo con bastante sequedad.

—Tiene razón. No estoy en lo que se dice. ¡Estoy con vos! ¡Sueño con vos! Y como os he dicho esta tarde, es preciso que esto concluya.

Servoz hablaba con una rapidez febril.

—Nosotros no podemos vivir juntos bajo ese pie. Es un infierno para mí. ¡Os costaría tan poco poner término al mal que me causais!

—¡Es bien involuntario!—baluceó Juana.

—Existe y eso es lo principal,—dijo bruscamente Servoz.—¡He buscado el remedio... El grande... el soberano... la panacea!...

—Mi alejamiento, ¿no es verdad? Mañana habré abandonado la casa.

Servoz se echó á reír, pero con risa nerviosa.

—¡Es admirable, y con esa dulzura fingida irritaríais á un santo! ¡Iros vcs! ¡Si yo hubiera creído salvarme con eso, hace ya mucho tiempo

que os hubiera despedido! ¡He pensado en ello, y más de una vez! ¡Pero despediros para que entraseis en otra parte—porque siempre se coloca uno, bien ó mal, cuando se tiene vuestra cara,—y que concluyéseis por ceder, viendo que es imposible hacer otra cosa, ¡no, no, no! ¡Os tengo, os guardo! Si es preciso deciroslo todo, os diré que moriría de una apoplejía si supiera que otros podían mandaros y hablaros como yo os hablo. Si, estoy celoso, ferocemente celoso, y seré capaz de todo por vos.

Se interrumpió bruscamente.

—Escuchad—la dijo.—Gano de quince á veinte mil francos por año. ¡Pronto ganaré el doble! ¡Voy á hacerós una proposición! Me hubiera admirado mucho si me hubieran dicho hace seis meses que habría de llegar á esto. ¿Queréis ser mi querida? ¡Todo será vuestro! Abandonaréis el almacén. Os amueblaré con gusto un piso. Tendreis criados y no hareis más que lo que os plazca. Sereis la dueña, ¿lo entendeis? ¡Quién sabe lo que llegaré á ser yo más tarde! ¡Por qué no he de ser el jefe del Tisserand algún día?...

A pesar de la creciente oscuridad, Servoz vió que Juana palidecía.

—¡Caballero!—dijo—¿es para insultarme para lo que me traeis aquí?

Servoz se detuvo cortado.

No comprendía.

—¡Yo insultaros—dijo,—cuando os hago una oferta que trasportaría á todas vuestras compañeras! No hay una sola que no esté dispuesta á arrojarse al cuello si la propusiera solamente la mitad.

—Debeis engañaros.

—¡Engañarme! ¿Pero de qué barro estais formada? ¡Cómo! ¿estais condenada á vejetar en la miseria, sometida á toda clase de caprichos, quiero sacaros de esa galera, asociaros á mi vida, que no carece de cierto esplendor, y no para un momento, sino para mucho tiempo, para siempre, y decís que os insulto!

Se incomodaba y hablaba cada vez con más insolencia.

Era preciso dar una lección á aquella joven, demasiado altiva, y dar fuerte para abrirla los ojos.

Cuanto más veía él al hablar su plegada frente, su labio desdenoso, su paso tranquilo, más se irritaba, agitado por un deseo brutal, y pensando que era preciso someterla y poseerla á cualquier precio.

Pero obtenía un resultado que no esperaba.

A medida que hablaba, empleando los más groseros é indecorosos términos, Juana estaba más glacial y era más dueña de sí misma. La ola de cieno pasaba por encima de su cabeza y no la salpicaba.

—¿Sabéis—repuso Servoz—'o que me decía el otro día vuestra hermana? Me contaba que estaba cansada de su aprendizaje; que quieren que haga cosas que no la gustan. Eso es peor que lo que vos podeis suponer. Conozco la casa. La patrona no se chace; es preciso obedecer sin vacilar. Un comprador descontento os pone á la puerta de la calle. ¡Y los conozco exigentes! ¿Qué es en cambio lo que yo os ofrezco? Una vida tranquila, no más inquietudes! Seré yo quien se cuide de todo; no os cuidareis más que del placer. ¿Rehusareis? Sería preciso tener la cabeza muy dura y sé que vos no la teneis.

—¿Y si dijese que no acepto?

—Vamos, eso no es en serio!

—Sí.

Servoz se pasó la mano por la cabeza.

Sudaba, y se limpió con el pañuelo.

—Es que teneis alguna inclinacion—observó;—tal vez ese joven á quien he visto que habláis esta mañana: un estudiante, al parecer...

Juana se puso colorada: pero no se podía notar por la obscuridad. El día cedia decididamente su puesto á la noche.

—Es tarde—dijo Juana.—Permitidme que me retire.

—No. Concluyamos la cuestion. No temais.

—¡Pues bien! Volvamos, y dadme el brazo, si quereis.

No estaba tranquila encontrándose sola con él en aquel sitio tan obscuro.

—En seguida—dijo Servoz con sequedad.

Parecía que reflexionaba.

Desde que Juana Aubin se habia expresado con tanta precision, tanta firmeza y tranquilidad al mismo tiempo, habia perdido su aplomo.

Le desconcertaba con su flemma y su fria calma.

—Ya veo lo que es—repuso Servoz, pero vacilando.—Teneis escrúpulos. Venis de provincias. Sois de las que les gustan las ceremonias en la alcaldia y en la iglesia.

—Sí—dijo Juana;—justamente.

—Francamente, no he pensado jamás en condenarme. Pienso que es mejor ser libre. Mientras que se está de acuerdo, se vive juntos; el día en que se deja de estar de acuerdo, se separa uno. Voy á sitiáros en vuestras últimas trincheras. Tanto peor si se burlan de mi. Puesto que lo exigis, me casaré con vos, ¡y con todas las reglas!... ¿Qué decís á eso?

Y con estrepitosa risa, añadió:

—¿No esperábais esto, eh?

Juana no respondió.

Su corazon se sublevaba.

Esta proposicion, despues de aquella odiosa seduccion, reservada como último medio de conseguir su propósito, la heria tanto como todo lo demás.

—¿No decís nada?—la preguntó.

Juana quiso ganar tiempo.

—Ya comprendereis,—le dijo—la sorpresa...

¡No, como vos decís, no esperaba lo que acabo de oír!

—¿Y teneis necesidad de pensarlo?

—Sí... debo pensarlo. Ya comprendereis... eso es muy grave... con vuestro carácter...

Servoz tuvo en aquel instante un buen pensamiento.

—Pues bien, tomacs tiempo. No me opongo.

Sin embargo, hubiera deseado que os decidierais pronto... Pero comprendo que mi carácter os asusta. Pues bien, voy á explicaros: es brusco, es violento, es grosero...

No me he educado sobre las escaleras de un trono, he recibido más palos que pedazos de pan en mi infancia. Me han tratado como á un negro; yo trataba á los demás lo mismo. ¡Es una mala costumbre! Pero si me concedéis lo que os pido, creo poder decir que os haré tan feliz como pueda serlo una mujer. Moveré montañas por agradaos; os haré rica ó perderé mi vida. Quitaré la piel á los demás para ponerla á vuestros pies. Esto es todo lo que puedo deciros. Y ahora, si queréis, retirémonos.

Servoz estaba ahora humilde y cariñoso.

Era una metamorfosis.

—Sí, retirémonos—dijo Juana;—se hace tarde.

Salieron del jardín y atravesaron el puente Real.

Una porción de gente estaba reunida cerca del terraplen del lado del Trocadero.

Unos marineros traían en su chalupa dos jóvenes ahogadas.

—¿Veis?—dijo Servoz.—Los dramas de la miseria.

—Alejémonos—dijo Juana.—Eso es angustioso.

Continuaron su camino en silencio.

Servoz se quedaba un poco atrás, no pudiendo separar sus ojos del admirable talle de Juana.

Sus hermosos cabellos rubios se escapaban en enortijados rizos sobre su blanca nuca.

Servoz sentía una especie de vértigo que le irritaba consigo mismo.

Toda la sangre se le subía á la cabeza. Un deseo reprimido le abrasaba el corazón.

Juana era soberbia, no había que negarlo.

¡Entre todas las mujeres que él había conocido no había existido ni una que le hubiera interesado, que le hubiera trastornado como ella!

En el momento de separarse de ella la cogió la mano y la dijo:

—¿Me dais la contestación?

—Sí.

—¿Pronto?

—Sí, muy pronto... dentro de algunos días.

Servoz se mordió los labios.

—¿Dentro de algunos días! Sea—dijo con impaciencia.—Hasta mañana.

El se volvió por el muelle.

Estas palabras, «dentro de algunos días», le irritaban violentamente. ¡Cómo, dispensarla él el honor de ofrecerla su mano y necesitar algunos días para reflexionar!

¡Para que no hubiera aceptado con entusiasmo esta oferta, era preciso que hubiera un obstáculo secreto!

¡Un amante, tal vez!

El, que estimaba en tan poco á las mujeres, ¿por qué tenía tanto interés por esta?

Que, ¿no era como las demás?

Juana entretanto entraba en su casa.

Encontró á Colette medio desnuda, sentada en una silla al lado del balcón y dándose aire con un abanico.

—¿Estás ahí?—la dijo Juana.

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo?

—No, acabo de llegar. He comido en un *restaurant*.

—¿Te han despedido?

—Poco menos, ó soy yo quien se ha despedido. No estoy segura.

—¿Por qué?

—Figurate que he faltado al respecto á la señorita Angela, ¡á esa majestuosa pécora!

—¿A propósito de qué?...

—De la consigna. Ya sabes; «las complacencias que es preciso tener.» La he dicho:—«Tened las vos. Por mi parte no quiero tenerlas.» La he tirado un sombrero á la cabeza. Se puso colorada como la cresta de un pavo. Creí que iba haber una cuestión. Y salí tranquilamente. En

el momento en que salía, oí á Marta, la escualida pequeña, que decía á su hermana: ¡Caramba, tiene razon esa joven! Hace mucho tiempo que debiera haberte dicho eso mismo. Y la otra replicaba:—Ella verá lo que la vá á costar esto. Pero apenas podía hablar. En fin, ya me tienes en la calle.

La rubia cambió de traje y procedió á esa *toilette* de la noche, con ese cuidado que no abandona jamás á las jóvenes verdaderamente elegantes, ni aun á las más pobres.

Se puso un peinador y fué á colocarse al lado de Colette.

—¿Por qué has estado tanto tiempo en esa horrible casa?—la dijo abrazándola.

—Porque como tú comprendes, no se sabe.... Cree uno que se trata solo de ser diligente, activa, de hablar á las gentes con cariño y de vender todo á precios fabulosos, bajo el vano pretexto de que son objetos de arte. No se inicia uno desde luego en los misterios del tráfico.

—De modo, querida, que ya no tienes colocacion?

—No,—dijo Colette con indiferencia.

—Yo no tendré dentro de poco nada que enviarte.

—¿Vas á perder la tuya?

—Lo temo.

—¿Por qué?

—¡Esa es otra historia! Hay en la casa un hombre de más.

—¿Servoz?—preguntó Colette con viveza.

Juana inclinó la cabeza.

—Estaba segura de ello... ¡Sus preguntas!...

¡Sus encubiertas amenazas!

—¡Me ha propuesto ser su querida!

—¡Terminantemente!

—¡En pocas palabras! Y como veía que eso me disgustaba, me ha pedido que me case con él. ¡En pocas palabras también!

—De modo que—dijo Colette—los medios le importan poco con tal de que llegue al fin!

—Justamente.

—Yo no podría verle en mi casa ni aun en pintura—dijo la mayor con la despreocupacion de lenguaje que habia adquirido desde que vivia en esa sociedad especial de los talleres.—¡Me causa pesadillas ese pájaro! ¡No habla más que de poner gente á la puerta de la calle! ¿Qué le has contestado? Creo que no le querrás. Yo preferiria tragarme el láudano del frasco del doctor Aubry, á ir ante el alcalde con ese saboyano.

Colette hablaba con una especie de irritacion mal comprimida.

—Bien sabes tú que no amaré más que al hombre á quien ame con todo mi corazon,—dijo Juana con dulce acento.

—No tienes necesidad de decírmelo, hermana—dijo la mayor.—¿Pero qué vá á ser de nosotras?

—¡Ah! ¡no lo sé!

Juana añadió pasando el brazo alrededor del cuello de Colette:

—¡Lo que Dios quiera! Esperemos que él no nos abandonará.

—Procura dar largas al asunto—repuso Colette.—Procuraré por mi parte buscar colocacion para las dos. Paris es grande, encontraremos. Estáte tranquila.

Ella procuraba aparecer más tranquila de lo que lo estaba.

Apareció una luz en las ventanas del interno.

—Y el vecino—preguntó Colette—¿te ha contestado?

—Si.

—¿Qué te dice?

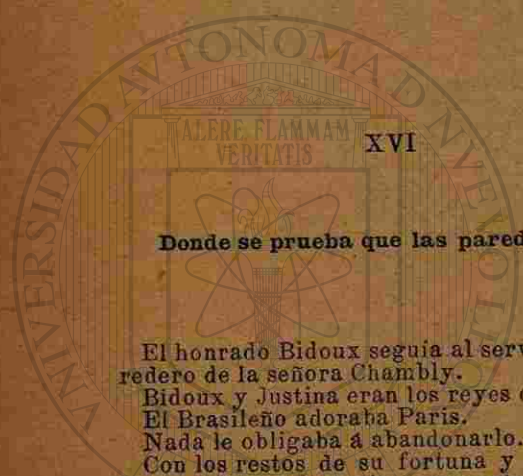
—Que me amará siempre.

—Ya lo ves, querida Juana, no debemos desesperarnos—dijo Colette, besando los hermosos cabellos de su hermana.—Puede ser que eso sea la salvacion. Ya verás.

La hija de Germana le devolvió su beso, diciendo:

—¡Dios te oiga!





**Donde se prueba que las paredes oyen.**

El honrado Bidoux seguía al servicio del heredero de la señora Chambly. Bidoux y Justina eran los reyes de Montiers. El Brasileño adoraba Paris. Nada le obligaba á abandonararlo.

Con los restos de su fortuna y los cuatro ó cinco millones de su tia, se encontraba en situacion de desplegar un gran tren y de figurar mucho, al menos durante algunos años, si era razonable, pero Urbano Salvador ignoraba el arte de contar y de establecer equilibrio en su presupuesto.

Sea de esto lo que quiera, Bidoux no había arreglado cuentas con él, y Bidoux poseía la prudencia de la serpiente.

Pasaban las semanas y el heredero no hablaba de arreglarlas.

Bidoux pensaba en esto más de una vez por día, pero retrasaba la *ceremonia* hasta el día de la entrega de los fondos.

Salvador había dado su palabra, pero hubiera sido mejor que hubiera dado la cantidad.

Bidoux y Justina estaban impacientes.

Y existía una cuestion que Bidoux revolvía en su cabeza desde hacia algunos días: la de saber si realmente debían contentarse con doce mil francos de renta.

Eso hubiera sido bueno antes del descubrimiento de Montiers; pero Justina poseía aquel testamento y Bidoux estimaba que, dados los términos del precioso papel, este valía más que la cantidad convenida.

Justina no había hablado del testamento á Urbano Salvador.

Esperaba.

Aquel testamento, una simple hoja de papei sellado, cuyo modelo había dado el notario de Noroy, el señor Pescheux, estaba en seguridad. Justina lo había depositado en casa de su padre, el jardinero de Montiers.

Este era un buen hombre, sencillo, y que se hubiera admirado mucho si le hubiesen dicho á qué criatura tan viejosa había dado el ser.

La casita en donde vivía solo, desde hacia siete años que estaba viudo, estaba escondida bajo el follaje.

Por tres de sus cuatro lados estaba á cubierto por los bosques. El otro daba frente a la verja del huerto.

El buen hombre, para quien todas las felicidades de la tierra se reasumían en la contemplacion de sus bosques, pasaba días enteros, desde la salida del sol hasta que se ponía, en los jardines del castillo, cuidados por él con mucho esmero.

Justina era la dueña absoluta de aquella casita, en donde tenía un cuarto que habitaba cuando quería.

Algunos días despues del paseo de Servoz y de Juana Barfleur por las Tullerías, á eso de las tres de la tarde, Justina, cuyas ocupaciones en el castillo eran muy pocas desde la muerte de su ama, llegaba con vacilante paso á la casa paterna.

A aquella hora no estaba en ella nunca el buen hombre.

El calor era sofocante.

Los criados que conservaba Salvador para la custodia del castillo, que se proponía vender tan pronto como tuviera comprador, dormían la siesta.

Se hubiera dicho que el parque estaba desierto.

No se sentía un soplo de aire y apenas si las hojas de los álamos experimentaban un ligero estremecimiento.

Justina se sentó en una butaca de junco y puso los codos sobre los brazos de ésta con bastante gracia.

Su vivo rostro estaba un tanto preocupado y parecía menos provocador.

Tenia alguna pena.

Tal vez si se hubiera conocido detalladamente su historia, se hubiera podido pensar que el acto que había llevado a cabo a instancias de Urbano Salvador, la había dejado alguna pesadumbre.

No la gustaba estar sola, y cuando se paseaba por algún sitio solitario del parque, el menor ruido la hacía estremecerse.

No creía en los aparecidos.

No había visto jamás ninguno; pero de cuando en cuando la figura de la señora de Chambly se la presentaba en su imaginación.

Aquello no era más que una ilusión; pero creía verla con los ojos hundidos, que se fijaban en ella, y los labios que se agitaban como para maldecirla.

La noche, sobre todo, era penosa para ella. Sin embargo, la doncella se consolaba pensando en que el tiempo haría desaparecer aquellas pesadillas.

Hacía veinte minutos que estaba allí, cuando un segundo personaje se acercó a la casa del jardinero.

Era un hombre grueso, ancho, bajito, y de una obesidad extraordinaria para su edad.

Llevaba un Panamá abollado, un traje gris, cómodo y sin pretensiones.

¡Oh! este debía tener la conciencia muy tranquila, porque su expansivo rostro, su enorme tronco, su prominente abdomen, en una palabra, todo su ser, respiraba el más perfecto contento.

Este hombre era Bidoux.

Al acercarse al pabellón, llamó con la mano é hizo dos veces:

—¡Chis! ¡chis!

Justina fué á la ventana y apareció en un marco de madreselvas y rosas de bengala.

—¿Estás sola?—le preguntó Bidoux.

—Sí.

—¿No vendrá tu padre?

—No hay cuidado.

El cochero examinó los alrededores con una mirada circular.

Los paseos estaban desiertos y la verja del huerto cerrada, para protegerlos contra la invasión de los conejos del parque.

Bidoux se aproximó y dió un vistazo al dominio del jardinero.

El buen hombre, con la pipa en la boca y un escardillo en la mano, se ocupaba en arreglar las plantas.

Entonces, tranquilo por la soledad del pabellón, Bidoux se introdujo en él y cerró la puerta.

De ordinario no tomaba tantas precauciones, pero tenía que hablar seriamente con Justina.

Al llegar le dijo:

—¿Sabes, pequeña, que es preciso concluir?

—¿Con quién?

—Con ese buen Salvador, que no se apresura á darnos la moneda.

—Nada apremia—observó la doncella.

—¿Lo crees así?

—Sí, la fortuna de la patrona es demasiado grande. No se la tragará él en ocho días.

—¿Quién sabe?—dijo Bidoux.—Con esos glotonnes, las tajadas son dobles y puede haber un déficit enorme. ¡Razonemos!

Para razonar, Bidoux se sentó cómodamente

en una butaca, igual que la que ocupaba Justina, y se puso de codos sobre una mesita colocada entre los dos.

Hemos dicho que no se sentía un soplo de aire.

Sin embargo, se hubiera podido oír fuera, bajo una ventana que daba sobre un bosquecillo de frondosos arbustos, el ligero roce de un cuerpo en las ramas.

Aquel ruido fué casi imperceptible.

—He aquí lo que hay que hacer. Irás á París,—dijo Bidoux.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Y qué diré al señorito Salvador?

—¡Ah! eso es lo que vamos á decidir.

Bidoux se interrumpió.

—¡Caramba, qué calor hace!—dijo.

La ventanita, en donde se pudiera haber oído un roce de hojas, estaba al norte del pabellón.

Justina se levantó y la abrió del todo.

Después volvió á sentarse enfrente de Bidoux.

—Son doce mil francos de renta lo que Salvador nos debe, ¿no es verdad?—repuso el cochero.

—Sí.

—Es que hay rentas de rentas. Todo el mundo lo sabe. Yo quiero doce mil francos de renta en papel del tres por ciento francés. ¡Tengo confianza en mi país! ¿Comprendes?

—Perfectamente.

—Nosotros los beneficiaremos si así nos agrada. Eso no le importa á nadie más que á nosotros. Primer punto. Esta es una precaución que tal vez no espere nuestro hombre, pero que es justa.

—¿Después?—dijo Justina.

—Esto es lo delicado del asunto. Aunque nos dé mucho más no le queda á él poca porción.

Es preciso, pues, sacarle la mayor cantidad posible.

—Sin embargo...—observó la doncella.

Bidoux la retuvo con un gesto.

—He reflexionado mucho en estos días—dijo—y cuando yo reflexiono, no es por interés de los demás, es por el mío, quiero decir, por el nuestro...

—¿Y el resultado de esas reflexiones?

—El precio convenido no era más que para impedir que se hiciera el testamento, no para hacer desaparecer un testamento que estaba hecho.

—Eso es justo—afirmó Justina.

—Oye, pues, mi parecer: ¡doble tarea, doble beneficio! ¿Es esto lógico?

—Perfectamente.

El cochero levantó el dedo como un profesor que da su lección.

—Todavía—repuso—esto es moderado, porque se podría exigir más, tanto mejor cuanto que tenemos el papel.

—Ahí está—dijo Justina señalando á su habitación.

—¿Tienes la copia?

—Aquí la tengo.

Es preciso llevársela. ¡Cómo se sorprenderá el señorito Salvador! ¡No esperará este golpe!

Bidoux tenía tal vez una conciencia, pero demasiado elástica y tan difícil de penetrar como la piel de un tiburón.

—Nuestro hombre se encabritará en el primer momento,—murmuró—pero haciendo de tripas corazón, se amansará como un cordero. Después de todo, no tiene por qué quejarse. El será quien se lleve el montón y si las pequeñas hubieran cogido las tres cuartas partes, como á ello tenían derecho, él se vería obligado á oprimirse el vientre. ¿No hay noticias de las señoritas?

—Sí—dijo Justina.

—¿En dónde están?

—Una está empleada en el almacén de ese Vennotte, que tiene una casucha aquí en las inmediaciones. Florencia es quien me lo ha dicho.

—¿Y la otra?

—En no sé que sitio, en un comercio.

—¿Qué comercio?—dijo Bidoux echándose á reír.

—No lo sé.

La doncella cortó las preguntas de Bidoux.

Evidentemente Justina estaba ménos acorazada contra sus recuerdos que Bidoux, y el recuerdo de aquellas dos víctimas vivientes, le era casi tan desagradable como el de su víctima muerta.

—Parece que no son felices—dijo.

—¿Qué nos importa á nosotros eso!—repuso Bidoux.

Separó la mesa y quiso marcharse.

La doncella carecía de valor y retrocedió sin afectación.

—Dí, Justina—repuso el cochero—creo que podremos hacer una buena casa, hija mía... ¡Veinticuatro mil francos netos! Sostén esto; no lo olvides, y, sobre todo, nada de concesiones. Mano á mano. Las rentas por el testamento. ¡Y que no ponga inconvenientes, porque dentro de ocho días será doble! ¿Irás?

—Puesto que es preciso...

—Mañana ó pasado mañana lo más tarde.

—Bueno.

—Yo te conduciré al tren. ¡Y nada de debilidades! ¿Qué son veinticuatro mil francos de renta para él? ¡Una bagatela! A nosotros es á quien debe el resto. Y si refunfuña, puedes hacerle esta pregunta.

—¿Cuál?

—Si se llevase el papel á las señoritas, ¿qué no darían por él las pobres?

—Justo.

Justina estaba evidentemente fría.

¿Era la historia de la gota de agua lo que la turbaba? ¿Era la perspectiva de casarse con Bidoux lo que no la gustaba?

No es posible saberlo.

—Vamos á dar una vuelta por las legumbres del snegro—dijo Bidoux, que no conseguía alegrarla.

Justina se levantó al mismo tiempo que él, y salieron del pabellón. Cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo.

La casa estaba vacía.

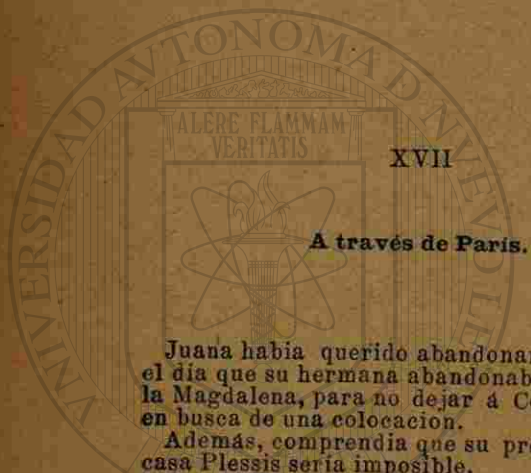
Entonces, entre los barrotes de hierro de la ventanita del fondo, una cara cubierta de vello y oscurecida por una espesa peluca de enmarañados cabellos, se levantó por grados.

Y dos ojos de una extraña viveza sondearon el interior de la habitación, en donde no se oía más que el zumbido de las moscas.

Pronto el busto de un hombre mal vestido se mostró, y dos brazos vigorosos sacudieron los barrotes, que no cedieron.

—¡Ah! los miserables—dijo—¡me lo pensaba! robaron el testamento de la señora, y está ahí, á dos pasos... ¡pero lo tendré, lo tendré!

Y se deslizó por entre la maleza.



A través de París.

Juana había querido abandonar el Tisserand el día que su hermana abandonaba la plaza de la Magdalena, para no dejar a Colette ir sola en busca de una colocación.

Además, comprendía que su presencia en la casa Plessis sería imposible.

No podía encontrarse en presencia de Servoz después de lo que había pasado.

Una voz secreta la advertía que huyera de él. Lo que Colette decía en broma, su hermana lo pensaba en serio.

Servoz la asustaba por sus arranques mal reprimidos, por sus violencias y su brutalidad de cantero piamontés, en cuya cabeza se veía siempre la embriaguez de la ciega cólera próxima a estallar.

Sin embargo, no se atrevía a confesarlo, y Colette, después de un debate para evitarla las molestias y las humillaciones que las proporcionaría la busca de una colocación, la obligó a continuar en su puesto.

—¡Y si no encontrásemos nada!—la dijo.

Ella la animaba con su ternura y su cariño.

—Bueno, paciencia. ¡Tal vez salga mejor de lo que pensamos! Esta situación pasará.

Por la mañana se abrazaron tiernamente antes de separarse. Pero había tristeza y desaliento en aquellas despedidas que las separaban por algunas horas.

El día debía ser tempestuoso.

Ellas lo comprendían.

En la calle, a dos pasos, encontró Juana a Venotte que salía de su casa.

Iba como ella, a su tarea.

—¡Eh, eh!—dijo este—¡la cosa no marcha como sobre ruedas! Es pesado el oficio ¡eh!

—Se acostumbra uno. ¿Estáis bien, señor Venotte?

—Como veis. ¡Buen pie, buen ojo! Buen ojo sobre todo—dijo con bastante fatuidad.—¿Y vuestra hermana?—añadió.

—Si tenéis una recomendación que darla, la haríais un favor, señor Venotte.

—¿Abandona su colocación?

—Ya la ha abandonado.

—¡Ah! ¡diablo! Mal negocio.

—¿Crecéis vos que?...

—Creo que siempre es difícil colocarse, pero que en el verano es imposible.

El creyó deber apoyar su dicho con algunos argumentos.

—Y más adelante—añadió—dentro de algunos años, será aún peor. Parece que este París es un sitio de delicias, una mina sin fondo que todo el mundo quiere explotar. Todo el mundo acude a él. Es una invasión, una obstrucción. De aquí la baja enorme en la mercancía. Las jóvenes caen por nada. ¿Me comprendéis?

—Perfectamente.

—Pero si ella quisiera... entre nosotros... Es muy guapa vuestra hermana... menos que vos, sin embargo... ¡oh! mucho menos... Ella se abriría camino... pero no sabéis maniobrar, no, en verdad que no sabéis.

—Y es probable que no sepamos nunca, señor Venotte.

Se acercó á ella, y bajando la voz le dijo:

—Una joven hermosa tiene siempre un medio de demostrar el agradecimiento por los favores que se le dispensan, y de dar facilidades para que se le dispensen otros.

—¿Qué quereis!—dijo Juana—nosotras pensamos de distinto modo, señor Venotte.

—Haceis mal... ya lo vereis... haceis muy mal!

Nadie oía al inspector más que Juana; pero había otra persona que les veía.

Llegaron al boulevard de San German, y en aquel momento salió á su encuentro un joven.

La actitud de Venotte y su maliciosa sonrisa, unidas á su porte, no podían dejar duda acerca de su empleo.

Venotte pertenecía á los almacenes Plessis.

Además, el interno—porque quien les había salido al encuentro era él—había visto más de una vez aquella cara en las ventanas de enfrente de su casa.

Andrés no sintió celos.

Su carácter noble no se rebajaba á desconfiar de aquella que para él representaba todas las virtudes.

! Pero se sentía molestado por la libertad con que aquel hombre hablaba á la señorita Aubin.

Sintió un malestar, y á Juana le ocurría lo mismo.

Para hacerle olvidar su despecho le saludó muy cariñosamente, diciéndole:

—Buenos días, señor de Fresnaye.

Al mismo tiempo le tendió la mano, sin ocuparse de la presencia de Venotte.

El interno se separó en seguida; pero en aquella corta entrevista manifestó su amor por la mirada que dirigió á Juana, mirada llena de ternura y de compasión.

El antiguo policía comprendió que aquella mirada era muy significativa.

—¿Conoceis á ese joven?—la preguntó siguiendo su camino con Juana.

—Mucho.

—¿Es un vecino?

—Sí, señor.

—¿Es el que tiene esa hermosa voz que se oye algunas veces?

—El mismo.

—¡Mucho talento tiene ese mozo! Si yo tuviera su garganta de ruiseñor, no estaría ganando seiscientos francos mensuales en el Tisserand. ¿En qué se ocupa?

—Es estudiante.

—¿De qué?

—De medicina.

—¡Diable, estais muy enterada!

—Es un amigo del abuelo Gombault. Uno de sus compañeros que acaba de marchar al país, ocupaba nuestra habitacion. Ha vivido en ella seis años.

—Todo tiene explicacion.

Juana contestaba con indiferencia á las preguntas de Venotte.

Parecia tan inocente como un recién nacido. Esta era al menos, la reflexion que el inspector se hacía á sí mismo.

—Es igual—la dijo al llegar á la puerta del almacén—yo quisiera estar en su lugar.

—¿Por qué?

—¡Porque parece que apreciáis á ese futuro doctor!

Se separó de Juana diciendo entre dientes, pero bastante alto para que pudiera oirse:

—¡Buena suerte tiene!

El por su parte, pudo oír la voz de Juana que, muy escitada, decia á manera de contestacion:

—Es que vale más que los demás!

Ella se impacientaba tambien por aquellas incesantes querellas y por aquellos atrevimientos de lenguaje que la molestaban, y contra los cuales no se atrevia á protestar con demasiada energía.

Venotte se fué muy irritado.

Durante el día buscó á Servoz, y á eso de las tres de la tarde, en el momento en que los compradores eran bastante raros, le llamó aparte.

—¿Qué tal van vuestros asuntos?— le preguntó.

—¿Con quién?

—Con la señorita Aubin.

—Me tiene sin cuidado.

—Como queráis—dijo Venotte con dulce tono.—¿Desearía prestaros un servicio, perol...

—¡Vamos, vamos! ¡no os incomodéis! ¿Qué quereis decir?

—Es adorable la señorita Aubin! La quereis, ¿eh?

Servoz vaciló. No tenía ninguna confianza en Venotte y comprendía su animosidad. Pero había llegado á un extremo en que lo olvidaba todo. Quería saber lo que el inspector podría decirle.

—¡Fues bien, sí, la quiero!...—afirmó.

—¡Ah! ¡vale bien la pena! Y cuando pienso que yo la he sacado del nido para los demás!...

Y con perfidia, mirando á Servoz, le dijo por lo bajo:

—¿La quereis formalmente tal vez?

El Saboyano palideció.

Aquello fué el repentino paso de una nube por el sol. Un eclipse rápido; sus facciones se contrajeron y sus ojos se inyectaron de bilis.

—¡Diablo!—dijo Venotte.—¿Estais enamorado, y más de lo que yo pensaba!

Y hablando para sí, murmuró:

—No es extraño, una jóven tan hermosa, y estos montañeses... Servoz es vivo como la pólvora.

—¡Veamos! ¿Por qué creéis que no es juiciosa?

—Lo será tal vez todavía; pero eso no durará mucho.

—¿Por qué?

—El fastidio, el aburrimiento de estar solas por la noche en su habitación, que no es alegre! ¡Y despues la ley de la naturaleza! No han nacido esas hermosas criaturas para que aquí en la tierra se las mire como á madonas. ¿Cómo quereis que no trastornen á los que las encuen-

tran? ¿Creéis que sois vos solo quien las echa flores!

—¿Es para molestarme con esas embajadas, para lo que me haceis perder el tiempo?—exclamó Servoz de mal humor, como el perro á quien le quitan un hueso.

—Marchaos si teneis prisa—dijo Venotte con malicia.

El jefe de las confecciones dió dos pasos para alejarse y volvió.

—He ahí lo que pasa—repuso el polizonte;—cuando se quiere saber algo, al bergante de Venotte es á quien hay que dirigirse. ¡Lo sabe todo, el diablo del hombre! Si teneis deseos de pescar á la señorita Aubin para vos, de una manera ó de otra, no perdais un minuto... ¡Id presto si no se os adelantaran, amigo mio!

—¿Quién?

—¿Quién? el primero que llegue; ¡pero en particular un hermoso jóven, moreno como vos, distinguido como un príncipe, que la casualidad ha hecho que sea su vecino!

—¿Cómo lo sabeis?

—Esa es cuestión mia; pero estoy seguro de que es verdad lo que os digo. He visto lo bastante. Daos por advertido.

—Está bien.

—Daos prisa. No teneis tiempo que perder. No os dejéis vencer por un estudiante de medicina.

—¡Ah! ¿es?...

—¡Pongo los puntos sobre las ies! ¡Desconfianza!

—Gracias.

Servoz quedó pensativo.

Al pasar por la seccion de modas, el inspector fué detenido por la señorita Amada.

—¿Qué hay de nuevo?—le preguntó ésta.

El inspector hizo un signo de inteligencia.

—¡Estad alerta!

—¡Oh!

—Creo que dentro de poco tendremos nuestro pequeño drama. Se prepara la tormenta.

—¿Drama ó comedia?—dijo Amada.

—¿Quién sabe? Podeis decirle al patron que teniais razon.

Amada se sonrió con malicia.

Como Venotte, ella tampoco queria á Servoz, pero no por la misma razon.

Servoz se llevaba á las mujeres que Venotte habia querido coger.

Pero se mostraba demasiado respetuoso con la favorita de Plessis, cuyos encantos, algo pasados, no le tentaban tanto como ella hubiera querido.

—Bueno,—contestó—veremos.

Servoz no dejaba de pensar en la confidencia del antiguo policia.

Estaba trastornado.

Durante algunos dias, devoró los celos que le invadian.

Siempre que Juana salia del almacen, la seguia de lejos y la veia invariablemente entrar en su casa.

Allí se quedaba Servoz clavado delante de la puerta.

¿No le habia dicho el inspector que el estudiante vivia enfrente de ella y que no les separaba más que la pared del jardin?

¿No podian verse y hablar sin necesidad de citarse en otra parte?

Durante muchas noches permaneció en observacion delante de la casa del abuelo Gombault, dudando si llamar, de centinela ante la maciza puerta que le detenia.

Hubiera querido abordar á Juana, tener con ella una última explicacion, y se marchaba avergonzado, temblando de celos, antes de haber tomado una resolucion, jurando no volver.

Una noche á eso de las nueve y media, estaba de acecho en la esquina de la calle Bonaparte, maldiciéndose á sí mismo por aquella tonta debilidad; presa de una terrible demencia que cambia al hombre en bestia salvaje, cuando oyó detrás de sí una exclamacion.

—¿Vos aquí!

Salió de su sueño.

—¡Señorita Colette!—esclamó.

—Sí, la señorita Colette Aubin, una persona desgraciada, sin colocacion y cansada de buscar inútilmente.

—¿Cómo?

—En ocho dias he visto á multitud de patrones. Por todas partes la contestacion es la misma: «Ya volveréis por aquí. No necesitamos á nadie».

—¿En dónde habeis estado? ¡Las hermanas Dufrane! Excelente casa. No debisteis abandonarla. ¿No habeis encontrado nada?

—Sí. Dos veces. ¡Colocaciones sin sueldo! ¡Y era preciso vestirse! Trajes de seda. Lo más nuevo que hay en la clase. En verdad que no vale la pena colocarse. Y creo que al fin, aunque me hubieran dado sueldo, hubiera tenido que tomar la puerta, por la misma razon que en la Magdalena. ¡Sabad el inglés, el alemán y el español, sin tener en cuenta lo demás, para ganar menos que una criada ó una cocinera de sexto orden! Vengo de un sitio donde me esperaban esta tarde.

—¿Para colocaros?

—¿Sabeis lo que ha tenido el valor de decirme el patron?

—Me lo presumo.

—Le pregunté lo que ganaría. Me contestó:—¿Con esos ojos y ese talle? Lo que queráis. Las señoritas, aun las medianas, cuando tienen buen aspecto, no estan mucho tiempo en nuestra casa. Siempre se encuentran algun cliente, maridos que acompañan á sus mujeres, por ejemplo, que se las lleven.—Entonces le dije:—¿Si es de ese modo como debo ganar mi sueldo, no tengo necesidad de entrar en vuestra casa para eso! ¡Encontraré lo mismo andando por la acera!

—Nos separamos. La acogida ha sido fria por una y otra parte, os lo confieso.

Colette se interrumpió.

—¿Qué haceis aquí?—preguntó.



- Nada, espero á un amigo.  
 —¿No hay medio de entrar en vuestra casa?  
 —Tengo orden de despedir personal. Tenemos demasiado.  
 —¿De modo, que vais á poner á algunas señoritas á la puerta?  
 —¡Puesto que es preciso!  
 —Las compadezco de todo corazón. Es muy triste tener que andar de acá para allá por estas calles de París, triste hasta el punto, de que me dan ganas de no buscar más.  
 —¿Estáis cansada de buscar?  
 —Píncipio á estarlo.  
 —¿Pero que hareis?  
 —Veré—dijo sin dar más explicaciones. Buenas noches, señor Servoz.  
 —Buenas noches, señorita.

## XVIII

Demasiado bella.

Colette Aubin tenía de su padre un alma valiente, de su madre una ternura profunda, decidida, que se olvidaba de sí misma, dispuesta á sacrificarse por lo que ella amaba.

Ahora bien, esta ternura no tenía más que un objeto definido: Juana.

Colette sentía una pasión pura y noble por aquella encantadora joven, de quien estaba segura que nunca había tenido para ella y sus padres más que palabras de reconocimiento y de animación.

Si se irritaba contra las dificultades que la cerraban el camino, por buena voluntad que tuviera de superarlas, era, sobre todo, porque aquellas dificultades eran también temibles para su hermana, y porque veía á Juana expuesta al mismo tiempo que ella.

Lo que la exasperaba, sobre todo, era la impertinencia de las gentes, que cuando se presentaba en las casas en demanda de colocación la examinaban con extrañeza, poniéndose los lentes algunos y mirándola de arriba abajo como si quisieran decir:

—¿Qué diablos quiere ésta? ¡Cuando se tiene esa cara hay muchos medios de ganar el dinero sin colocarse!

Colette comprendía perfectamente esto.

Acogida en algunas partes con verdadera benevolencia, no encontraba empleo. O desde las primeras palabras veía que tenía que temer, en un plazo más ó ménos próximo, exigencias á que no podía someterse.

Sin embargo, era necesario vivir.

Las palabras de Urbano Salvador acudían á su memoria.

El Brasileño la había dicho la verdadera situación.

Colette comprendía los obstáculos ante los cuales debía estrellarse con su hermana.

Y haciendo todo con valor, pero sin esperanza, por tranquilidad de conciencia, iba en busca de un empleo que no podía obtener, y pensaba que si después de todo, una de las dos debía sacrificarse, sería ella y no su hermana quien pronto se encontraría también sin recursos.

La idea de que Juana pudiera verse obligada á ahogarse en aquel fango en donde ella misma tenía miedo de poner los pies, la hacía temblar como si tuviera fiebre.

—Eso es imposible—se decía.

Colette hubiera preferido matarla y morir con ella.

Estaba asaltada por mil ansiedades secretas que ocultaba á su hermana; pero se disgustaba más á medida que recibía negativas, que aumentaban su desaliento.

Una de sus compañeras de la casa Dufrane le había dado una lista de los sitios donde debía presentarse; pero previniéndola que encontraría en todos ellos las mismas especulaciones que en casa de Angela y Marta.

Hizo una suprema tentativa.

Admitida sin dificultad y hasta con interés, en una casa célebre, en la casa de Tricard Valtier, de los alrededores de la Bolsa, pasó en ella dos días en una tranquilidad perfecta.

Al tercero, llamada por la mañana al despacho del patron, salió cinco minutos después, colorada de cólera y de vergüenza. Cogió su sombrero, y se fué sacudiendo el polvo de las botas á la puerta de aquella caverna.

Tenía bastante.

Estaba cansada de esos *docks* de la *toilette* refinada, en donde admiten á las jóvenes sin dadas sueldo para hacer valer la mercancía, sobre buenos hombros, ó sobre una cabeza de provocativa sonrisa, y en los cuales, cuando es necesario vestirse, vivir, comer y pagar la casa, es preciso buscar recursos misteriosos en sí mismo.

Estaba cansada de Angelas de la moda, y de sus semejantes de vestidos y abrigos.

Es cierto que se encuentran casas honradas, pero las que entran en ellas no salen.

En verdad le quedaba el recurso de esperar, de buscar aún, de seguir buscando, pero pensaba que por todas partes le sucedería lo mismo; que su cara y la de su hermana era un obstáculo para su reposo.

Había prometido á Urbano Salvador ceder, rendirse, si llegaba á la convicción de que no podría ganar su pan honradamente.

Cuando ella daba esta contestación, no creía verse reducida tan pronto á tal necesidad.

Un último patron, en casa de quien se presentó, la quitó los últimos restos de duda.

Era este un rico industrial del Norte, cuyo depósito estaba en París, y quien unía á sus fábricas una gran casa de comision.

La recibió con atención y bondad.

Padre de familia, de los más honrados, dotado de una fisonomía simpática, anciano ya, interrogó á Colette con extrema dulzura.

—¿Qué es lo que sabeis?—la preguntó.

Colette le explicó todo lo que sabía.

—¿El inglés?

—Sí. Y también el alemán y el español.

—Perfectamente.

El patron quedó encantado.

La cara de Colette, franca, sincera, casi alegre; sus grandes ojos negros, sus distinguidos modales y la sencillez con que hablaba, interesaron vivamente al industrial.

—¿Qué edad tenéis?—la preguntó.

—Veinte años.

—¿Os habéis presentado en muchas casas?

—En más de cuarenta.

—¿No os han recibido en ninguna?

—En ninguna, excepto en dos.

—¿No os habéis quedado?

—Era imposible.

—¿En dónde habéis entrado?

Colette se lo dijo.

—Comprendo.

—Me han hecho esperar que si vos no podéis admitirme, tendréis la bondad de recomendar-me... Vuestras relaciones son muy extensas...

—¿Teneis buen deseo de trabajar?

—¡Oh! sí, señor.

—¿No os asusta el trabajo?

—No.

Reflexionó y hasta tal vez dudó.

Pero su contestación fué desconsoladora.

—Quisiera servirlos—le dijo;—pero no puedo. Nosotros no tomamos señoritas: únicamente cajeras, y las que están quieren conservar sus puestos.

—¿Pero vuestros amigos!...—suplicó Colette.

El comerciante tomó un aire paternal.

—Escuchadme, pobre joven—le dijo.—Podrían tomaros en dos ó tres grandes almacenes, pero las peticiones son tan numerosas, que tendríais que esperar algunos meses para ser admitida. Os recibirán con los brazos abiertos en otras casas, pero son casas malas. En las buenas no os querrán...

—Pero, ¿por qué?

—Lo comprendéis bien! Sois [muy inteligente.

Y le mostró el espejo de la chimenea.

—¡Miraos!—la dijo.

Colette bajó la cabeza.

Era demasiado bella.

—¿Qué remedio hallar?—preguntó levantándose.

El fabricante movió la cabeza y dijo:

—No lo conozco.

—Adios, caballero, y gracias—dijo Colette, y salió de la casa.

Estaba decidida.

Al pasar por el boulevard entró en el telegrafo del Gran Hotel, pidió una tarjeta de cincuenta céntimos y, rápidamente, con mano febril, escribió estas líneas:

«Teneis razon.

»Les es imposible á ciertas jóvenes vivir en Paris honradamente.

»Yo soy una de ellas, á lo que parece. La experiencia está hecha.

»¿Estais libre?

»Ofrecedme una comida en donde querais.

»No me queda más que un recurso: ¡agradar!

»Lo procuraré.

COLETTE AUBIN.»

Puso el sobre.

A Mr. Urbano Salvador—Hotel Salvador.

*Calle de Chaillot.*

Y con sus afilados dedos, deslizó el papel azul en la caja de los telegramas.

Los empleados la miraban con ojos encendidos.

Almorzó en el *Bouillon de la Magdalena*.

Estaba preocupada.

Lo que acababa de hacer en un momento de irritación, la pesaba ya.

¡Pero qué otra salida encontrar á tan difícil situación.

Colette se decía que ocultaría su falta valiéndose de un subterfugio que la suministraría su imaginación y que evitaría á su herma-

na las tristezas y las privaciones de la miseria.

Cuando acabó su desayuno, fué á la calle de Vizconti por la plaza de la Concordia.

Cuando llegó á su casa, el abuelo Gombault arreglaba el jardín.

—Ahi hay una carta para vos—la dijo.—Cogedla.

Era la contestacion á su despacho.

Salió al jardín y leyó:

«Adorada mia.

«Sois la razon misma.

»¿De qué sirve luchar, cuando se está seguro de ser vencido?

»Me colmais de alegría.

»A las siete os espero en la esquina de la calle de Bonaparte, cerca del muelle.

»Ya sabeis que mi cupé es azul.

»Recibid mil besos.

»URBANO SALVADOR.»

El abuelo Gombault descansó un momento.

—¿Qué hay, señorita Colette, son buenas las noticias?

—No, señor.

—¿Ese papel azul no os dá alguna esperanza?

Colette movió la cabeza y respondió con voz un tanto alterada.

—Al contrario.

Estrujó el papel entre los dedos y, volviendo la espalda, se dirigió á la escalera.

El jardinero la vió un momento despues en el balcon, estaba pensativa, examinando con distraida mirada las flores y el follaje del jardín.

Hizo pedazos el papel y lo arrojó en la chimenea.

El abuelo Gombault oyó un ruido de jofaina y de armarios abiertos y cerrados.

La pobre joven se hermoseaba, pero á medida que la hora de la cita se aproximaba, se iba poniendo más sombría.

La cara de Salvador se le aparecía á lo lejos como la de una especie de Mefistófeles odioso, ó la de un horrible vampiro.

Entre tanto acababa su *toilette*.

Dudaba en la eleccion de traje.

Los armarios estaban llenos de faldas, de corpiños y de todo un ajuar de la más refinada coquetería.

Por fin se decidió.

Cogió el vestido que llevaba la noche de la representacion del *Fausto*.

Y cuando estuvo vestida, arrancó un boton de rosa de uno de los rosales trepadores que llegaban hasta su ventana, y lo prendió en el centro del corpiño.

Se envolvió en un ligero abrigo de seda, se puso una capotita encarnada muy elegante y bajó.

De lejos envió un amistoso saludo al abuelo Gombault, con quien parecia que no queria encontrarse, y volviéndose hácia él le dijo:

—Si viene mi hermana antes que yo, decidla que no se inquiete por mí, que voy al teatro con una amiga.

—Está bien, señorita.

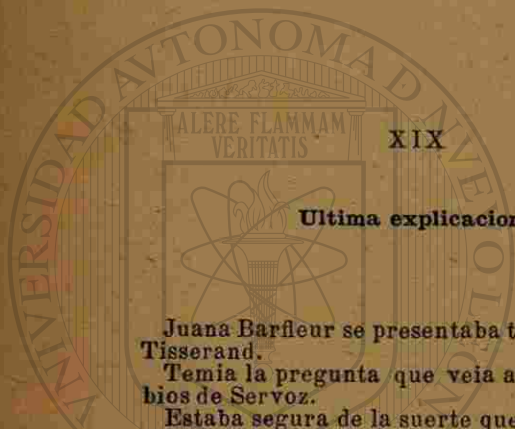
—Buenas noches, abuelo Gombault.

El buen hombre la vió partir, admirado de aquella metamorfosis.

—¿Qué amiga será?—se dijo cuando Colette habia desaparecido.—¿Puede ser que tenga bigote!

El abuelo Gombault añadió para sí:

—¡Otra que se pierde!...



### Ultima explicacion.

Juana Barfleur se presentaba temblando en el Tisserand.

Temía la pregunta que veía asomar á los labios de Servoz.

Estaba segura de la suerte que la esperaba el día en que diera su contestacion á aquel enamorado cuyo carácter la asustaba.

E instruida por el ejemplo de su hermana, que todas las noches la contaba las gestiones que hacia, procuraba contemporizar para pasar aquella estacion, que todas la pintaban con tan tristes colores para las desgraciadas que tienen necesidad de buscar un empleo para vivir.

Pero no contaba con la paciencia de Servoz.

Veinte veces por día se acercaba á ella y Juana esperaba á cada momento esta pregunta:

—¿Qué habeis decidido?

Llegó por fin.

A la hora en que Colette, muy elegante, con su traje blanco y su guardapolvo color gris, salía de la calle Visconti, Servoz abordaba á Juana en un pasillo y la decia estas dos palabras:

—¡Mi contestacion!

Juana se estremeció:

—No me acusareis de precipitado—la dijo.— Os he dado tiempo de pensarlo. ¿Qué decidis? ¿Que sí?

—¡Peró!...

—Hablad francamente...

—Es que—dijo Juana—nos observan...

—Una palabra nada más.

Por fin dijo Juana, haciendo un esfuerzo:

—No.

Servoz palideció. Todo su ser experimentó una contraccion.

Su turbacion fué tan violenta que se volvió súbitamente para ocultarla y se alejó.

Era la hora de comer.

Juana subió á los inmensos comedores situados en el último piso del Tisserand y no probó nada.

Sus vecinas de mesa lo observaron.

La señorita Cadot, la mala lengua de la casa la dijo.

—¿Qué teneis? ¿Estais enferma?

—No, repuso Juana. No tengo gana.

Sentía un malestar evidente que las otras querian interpretar sin conseguirlo.

Habian visto á Servoz acercarse á ella y hablarla; pero ignoraban lo qué.

Pero en las reuniones de mujeres se busca hasta que se encuentra.

La señorita Cadot tenía el ojo tan perspicaz como Venotte.

La alteracion del semblante de Juana, la revelaba lo que ella pensaba ya, á saber: que la calma de Servoz era fingida y que lo que acababa de decir á la joven era una amenaza de despedirla.

Quando se levantaron de la mesa la señorita Cadot se cruzó con Venotte.

—¿Sabeis—le dijo—que se prepara algo nuevo?

—¡Acerca de qué?

—Servoz ha dicho no sé qué á la señorita Aubin, y no ha comido nada la pobre.

—¡Ahl

—Lo hemos visto todo nosotras.

Venotte se mordió los labios.

Y como hombre que está muy enterado de un asunto, añadió:

—No me decís nada nuevo. ¡No se le oculta nada á Fortunato Venotte, no tengáis cuidado!

La verdad era que la señorita Cadot acababa de suministrar al inspector un precioso informe.

—Sin embargo—añadió;—gracias por la intención.

Y con su eterno parpagueo del ojo izquierdo, concluyó diciendo:

—Se vigila.

A Venotte no le hubiera disgustado ver caer á Servoz en un mal paso y hasta empujarle á él. Aquel Saboyano osado, volcánico, rico por lo que ganaba y gastador, porque contaba con el porvenir, era para el policía un rival insuperable.

No es fácil imaginarse las competencias, los rencores y los odios que se agitan, que crecen y se desarrollan en esas reuniones de millares de hombres y mujeres amontonados en esos grandes establecimientos.

Venotte se veía reducido casi siempre á tener que conformarse con los favores de Florencia, la bella criada de su casa de los alrededores de Montiers. Era un bocado que él consideraba demasiado modesto.

Al separarse de Cadot se repetía esta promesa.

—Vigilaré.

El resto del día anduvo por los alrededores del distrito de Servoz, con toda clase de precauciones.

Desde los balcones del piso de arriba veía los salones.

El Saboyano estaba sombrío, feroz; se veía en él la decepción, la cólera, el aburrimiento de una desgracia imprevista que agobia y anonada.

Juana, por su parte, estaba más pálida que de ordinario, pero tranquila y resignada.

Blanca como una azucena y con traje negro se ocupaba en colocar en los armarios abrigos y vestidos, doblaba chaquetillas, mantillas y velos, y cuando la campana dió la señal de salida, se puso tranquilamente el sombrero y los guantes y se dispuso á marchar.

Servoz no había vuelto á hablar á Juana.

Venotte estaba á la expectativa.

Vió al jefe de las confecciones lanzar á Juana Aubin una mirada profunda, que la joven no notó y á esta que desfilaba á la cabeza de un batallón de empleadas.

Juana marchaba en el centro, como si se creyera más en seguridad en medio de sus treinta compañeras que sola, y cuando la cabeza de aquella columna llegó al gran portal del almacén, Venotte se lanzó á su vez, bajó la escalera á toda prisa y ganó la acera sin perder de vista á Juana.

Esta siguió el boulevard para llegar á su casa.

Ahora estaba muy querida por sus compañeras.

En la esquina de la calle del Sena, se separó de las dos últimas, quienes se quedaron á alguna distancia y cada una marchó despues por su lado.

Se encontró sola.

Apenas había dado algunos pasos, cuando Servoz la salió al encuentro.

Instintivamente hizo un movimiento de retroceso.

—¿Os asustó?—dijo con amargura el Saboyano.—Lo siento.

Juana se excusó.

No en verdad, no la asustaba.

Ella le dijo esto procurando sonreír.

—Entonces—dijo Servoz,—no os negareis á dar un paseó conmigo.

—¡Pero!...

—Como comprendereis, yo no puedo creer que refuseis seriamente lo que os propongo. Y me permitireis defender mi causa, al menos por última vez. ¡Después, si decís que no, sabré á qué atenerme!

—¡Dios mío! si lo exigis...

—Entonces subamos hacia el Luxemburgo— la dijo.—Estaremos más tranquilos.

Juana no tuvo fuerzas para oponerse.

—¿Y qué podía temer?

Servoz aunque estaba pálido, casi lívido, parecía tranquilo.

Atravesaron el boulevard San German sin pronunciar una palabra.

En frente de ellos, del otro lado, estaba la calle Tournon, poco alumbrada.

Siguiéron por ella en el mismo silencio.

Servoz tomó por fin su partido.

—Si no he entendido mal, habeis dicho que no cuando os hablé esta tarde.

—Es verdad.

—¡Para que no me queráis, pobre como sois, porque si mañana se os priva de vuestra colocacion os encontrareis en la miseria, es preciso que me aborrezcais mucho!

—Yo no os aborrezco.

—¡O que ameís á otro!

Juana calló.

Servoz esperaba contestacion, ó un mentis.

No recibéndolo, se mordió los labios hasta hacerlos brotar la sangre.

—Que me aborrezcaís ó que sintais por mí una indiferencia que me hiere, podré tolerarlo; pero que otro obtenga de vos lo que me negais, eso no lo puedo sufrir.

Juana siguió callada.

Tenia en la mano una antuca muy ligera, con puño de marfil, que habia debido costar cien francos en casa de Verdier, y sobre su guante de Suecia, sin botones, llevaba una pulsera de oro, muy delgadita, con dos perlas, que no se parecía en nada á esas alhajas baratas que las jóvenes pobres llevan de ordinario.

Servoz las examinaba para demostrar presencia de ánimo.

Las negativas tan terminantes de Juana le ponian el cerebro en ebullicion.

Juana ni aun se tomaba el trabajo de disculpar, de atenuar, lo que su respuesta pudiera tener de desatenta para él.

—Teneis muy buenas cosas —la dijo.—¿Sen regalos?

—Sí, señor; son antiguos regalos.

—¡Oh! ¡si vos quisiérais!...

—Señor Servoz—dijo Juana— os agradezco mucho vuestra oferta...

—¿Pero la rehusais?

—No soy libre para aceptarla.

—¿Quién os lo impide?

—Todo y nada. Seré franca. Tengo el corazon enfermo. Hemos sufrido mucho mi hermana y yo. Hoy mi colocacion depende de un hilo. Mi hermana ha perdido la suya. ¡Quién sabe lo que vá á ser de nosotras!...

—¡Luego lo que yo os propongo es la salvacion! ¡Y vos no la aceptais!

—Dejadme tiempo para reflexionar, para acostumbrarme á esa vida nueva, á la idea del matrimonio... Permitidme respirar... ver...

Llegaban al jardín del Luxemburgo.

Entraron en él.

Servoz adivinaba en la limpidez de los ojos de Juana, en su pura y tranquila fisonomia, que no podria ella avenirse con su carácter duro y fiero; que existia entre ellos una antipatia de raza, por decirlo así, y que rehusaba una alianza en la cual los elementos eran tan diferentes y tan contrarios.

Juana hablaba sin incomodarse, con una dulzura angelical.

Servoz se embriagaba, en medio de los paseos cercados de flores, con el vago perfumes de los cabellos de Juana. Contemplaba á hurtadillas la esquisita forma de su blanco cuello. Bebia las palabras que salian de sus rojos labios y sentía que sus deseos tomaban más fuerza.

—Vamos, Juana.—la dijo—decidme toda la verdad. Habeis soñado en medio de esa opulencia en que habeis vivido, y os desagrada rebajaros hasta dar vuestra mano al hijo de un obrero de los Alpes.

—¡Mi padre era, tal vez, más pobre que el vuestro... ¡El hombre que me ha educado no era más que un pescador!... No tengo tanto orgullo.

—¿Entonces es desprecio lo que sentís por mí? ¿Odio? ¿Es una invencible aversión?

—No.

—Esplicadme lo, pues,—repuso con creciente irritación.

—¿Qué puedo añadir á lo que os he dicho? ¿Qué quereis? ¿Me pedís que me case con vos? No puedo. Puedo ser vuestra amiga, profesaros simpatía...

—¡Pero no me amais! ¡No me amareis jamás!

Juana le miró con ojos tan limpidos que hubieran debido enternecerle. Pero aquella mirada produjo otro efecto. Le exasperó.

—¡A mí—dijo con vibrante voz—me sucede lo contrario. Desde hace dos meses, me contengo, procuro convencerme, quiero alejaros de mi imaginación y no puedo! ¡Me muerdo los dedos de cólera y de despecho al ver que os resistís! ¡Yo que nunca he suplicado á una mujer, he descendido hasta rogaros á vos! He cambiado, hasta el punto de no conocerme á mí mismo. Cuando pienso que os he ofrecido casarme con vos y que me rechazáis con frialdad, con insultante calma, me sonrojo de vergüenza. ¡Qué admiración, qué de burlas en el almacén, si se supiese todo lo que os he dicho, todo lo que os pido, todo lo que os propongo, y vuestras respuestas frías, glaciales, de una soberbia indiferencia! ¡En verdad, hace ya mucho tiempo que dura esta comedia! ¡Vamos, os suplico por última vez! Me torturais con el aire altivo y tranquilo que afectais. ¿Consentís? ¿Rehusáis? ¿Decís que sí? ¿Decís que no?

—¿Y si dijera que no aun? ¿Qué hariais?

—Trataria de olvidaros, y como para olvidar el mejor medio es el alejamiento, como por otra parte no puedo sacrificar por vos mi colocación, se deduce...

—¿Que perderia yo la mia?

—¡Sereis vos quien lo haya querido! ¿Conocéis algun otro medio?...

Llegaban á la avenida del Conservatorio.

Aquel sitio estaba casi desierto.

Juana se detuvo, y mirándole de frente le dijo:

—¿A cuántas pobres jóvenes habeis dicho eso?

—A más de una, es verdad—contestó cínicamente.

—¿Y os admira que yo no quiera entregáros mi mano? No quiero, porque debo estimar á mi marido y porque es vil lo que vos haceis y lo que decís; porque me acordaré toda mi vida con horror de que me habeis propuesto ser vuestra querida, como si estuviese dispuesta á entregarme al primer advenedizo, ó á venderme por un favor, por una colocación ó por dinero; porque no olvido ese ultraje, que os perdono, pero sin alejarlo de mi memoria; porque es cobarde colocar á una desgraciada, que no tiene más que su empleo para ganar su subsistencia, entre la necesidad de entregarse, con la vergüenza en la frente y el disgusto en los labios, ó ser arrojada á la calle, porque, en fin, yo no amaré jamás más que á un hombre que tenga un corazón generoso y noble, aunque sea pobre como yo y esté condenado á la más penosa y trabajosa existencia. Esto es lo que no queria deciros, porque debierais haberlo comprendido. Separémonos, caballero. Podreis disponer mañana de mi plaza. No iré al almacén... Juana quiso alejarse.

—Pero Servoz la detuvo cogiéndola con violencia por un brazo.

—¡No—dijo—adios, no! ¡Quedaos!

Todos los músculos de su faz vibraban de indignación y de ira.



—¡Ah! ¡Creeis que pasarán así las cosas—re-  
puso,—que me habreis engañado con una es-  
peranza, para rechazarme despues como á un  
traje usado, como un harapo que se arroja al  
arroyo! ¡Y aun cuando me habeis tratado con  
la altanería que lo habeis hecho, como una  
alta dama que despide á un criado, pensais que  
os dejaré partir tranquilamente para que va-  
yais á reiros de mí con vuestro amante, el ser  
de corazón noble, generoso y dotado de to-  
das las virtudes, de todos los méritos y de  
todas las superioridades! ¡Ah! no. ¡Os tengo!  
¡Os guardo!

—¡Caballero!

—Gritad, si quereis. ¡Quién se ocupa de nos-  
otros! Los agentes de policia no vienen á estos  
sitios, y además no se mezclan de buena gana  
en las cuestiones de estudiantes y de jóvenes.  
¡Si quereis recurrir á alguien, llamad á vuestro  
amante! ¡Llamadle!

—¡A mi amante! ¡Estais loco!

—¡A ese aprendiz de doctor, al cual enviáis  
besos tan amorosos á través de vuestros jardí-  
nes, á ese hermoso corazón que os espera en la  
acera y os acompaña diciéndoos requiebros!  
¡Le amais, le adorais! ¡No le rechazais!

—Aun cuando así fuera, ¿no soy libre?

—Sin duda. ¡Por eso me tratáis tan duramen-  
te! ¡Confesadlo! ¡Le amais! ¡Le amais! ¡Le amais!  
¡Lo sé!

La cólera exaltaba sus palabras.

—¡Pues bien, sí, le amo á él, á ese de que ha-  
blais, y él lo ignora!—dijo Juana.—¡Le amo  
porque es bueno y generoso! ¡A vos os odio por-  
que sois bajo y vill! ¡Le amo porque habla un len-  
guaje que vos no conoceis! ¡Os odio porque sois  
insolente y cobardel! ¡Estais contento? Dejadme  
ó grita...

Desde hacía rato, Juana lanzaba rápidas mira-  
das adelante y atrás. Amenazaba una tempes-  
tad, y la lluvia, que empezaba á caer, había  
hecho retirarse á los últimos que paseaban por  
aquellos sitios.

La avenida estaba completamente desierta,  
casi oscura.

—Tú me odias y yo te amo,—la dijo—ó más  
bien, puesto que entre nosotros no puede haber  
ya amor, me gustas, y si no debo volver á ver-  
te, quiero que me dejes al menos un recuerdo.

Sus facciones estaban horribles.

Todas las iras del amor, del despecho, del or-  
gullo herido, hervian en su cerebro.

Juana levantó los ojos hácia él y se aterró.

Quiso gritar, pero, con rápido movimiento,  
la tapó la boca con un pañuelo que la ahogaba  
como una mordaza.

Y anudándolo, lo apretó tanto, que parecia  
que la iba á destrozár el cráneo.

Los dos brazos de Servoz se enlazaron des-  
pues al talle de Juana, que cayó de espaldas  
sobre el césped.

El antiguo cantero de Chamcunix, en un ac-  
ceso de locura, volvía á la ferocidad de su ju-  
ventud.

El deseo que le embriagaba se le subía á la  
cabeza y le cegaba.

Pero Juana era fuerte y se defendía con la  
energía de la desesperación.

En la lucha se aflojó el pañuelo, y un grito  
agudo y desgarrador, grito de angustia, dominó  
los sordos ruidos de aquel desierto barrio.

Servoz se creyó perdido.

Loco, en el paroxismo de la ira que se apode-  
raba de él, sin saber tal vez lo que hacía, sacó  
un cuchillo, esa arma que los saboyanos y los  
piamonteses no abandonan nunca.

Dos veces la clavó al azar en el cuerpo de  
Juana, para escapar á la responsabilidad del  
atentado, y huyó.

En el momento en que entraba corriendo en  
la calle Cassini, oyó una voz burlona que le  
decía:

—Buenas noches, Servoz. ¿A dónde vais tan  
corriendo?

Quien le gritaba era Venotte, el eterno Ve-  
notte, que acababa de asistir á aquel drama,

tan corto y tan cruel, y que llegaba demasiado tarde al socorro de la víctima.

Los dos hombres estaban solos.

Algunas sombras se agitaban á lo lejos.

Servoz se paró de pronto lleno de estupor.

Estaba á dos pasos de Venotte.

Levantó le cuchillo y dudó un segundo.

Matando á Venotte desaparecía el único testigo de aquel asesinato.

Pero oyó el estridente ruido de una pistola que armaba el inspector por prudente precaución.

—Creedme, querido—repuso Venotte acentuando más la burla—no me ataqueis. Yo soy malicioso y, si quereis un consejo, os diré que tomeis el tren y desaparezcáis. ¡Por el honor del almacén, os doy veinticuatro horas de término.

Servoz no replicó nada y desapareció.

Se aproximaban algunos agentes de policía. Sobre el talud se distinguía, á la luz de algunos faroles, muy diseminados, una masa negra informe, que yacía en tierra.

—Por aquí—dijo Venotte.—Es una mujer á quien acaban de asesinar.

—¿Y el asesino?

—¡Ya está lejos! ¡Corre como un ciervo!

—¿Le habeis visto?

—Lo suficiente para conocerle—afirmó Venotte sin comprometerse.

Juana Barfleur respiraba aún, pero había perdido el conocimiento.

—¿Adónde vais á trasportarla?—preguntó el inspector.

—Al hospital Cochin, á dos pasos de aquí.

—Pobre joven—dijo uno de los agentes,—es hermosa como un ángel.

—Ya lo creo—dijo Venotte,—es la perla del Tisserant.

—¿La conocéis?

—Como á mi hermana.

Venotte dijo á los agentes su nombre, su empleo y su domicilio.

Los agentes y Venotte llevaron á la herida. Al llegar á las puertas del hospital, el lúgubre cortejo se había aumentado con una multitud de curiosos.

Venotte y los agentes penetraron en aquella triste mansion y depositaron su carga sobre una cama de hierro en una gran sala, mientras que llamaban al interno de guardia.

Acudió éste.

Fue una escena teatral.

El interno era Andrés de Fresnaye.

Al ver á Juana inanimada, livida como una muerta, ahogó un grito y dió un paso atrás.

—¡Ella!—murmuró.

Pero se rehizo pronto.

Desabrochó con mucha delicadeza el vestido de la joven y la desató el corsé, inundado de sangre.

Las heridas, profundas, mortales tal vez, eran horribles.

La más grave la tenía en el pecho.

Por suerte el cuchillo, rompiendo una de las ballenas del corsé, se había desviado atenuando el golpe.

El arma había penetrado algunos centímetros por debajo del pecho izquierdo.

La otra herida había atravesado de parte á parte el brazo izquierdo y había tocado ligeramente aquel costado, resguardado por el brazo.

La víctima de Servoz, se encontraba entre la vida y la muerte.

Andrés, desesperado, la prodigaba los primeros cuidados, ayudado por uno de sus compañeros, á quien llamó en su auxilio, y en seguida escribió al médico jefe de la sala de cirugía del hospital, la carta siguiente:

«Querido maestro:

»Os suplico que vengais; sois tan bueno que no me negareis este favor. Han traído á una joven mortalmente herida. Hareis un milagro para salvarla porque sois el mejor de los hom-

bres. Es una joven á quien amo con el más puro y profundo amor. Os deberé más que la vida.

»ANDRÉS DE FRESNAYE.»

Jamás se acudió en vano al corazón del doctor Ánger.

Respondió á aquella súplica presentándose en seguida.

Al ver á la herida movió la cabeza en señal de duda.

—Esto es muy grave—dijo.

A las doce y media de la noche, cuando montaba en su coche para volver á su casa, le preguntó Andrés con una mirada llena de ansiedad:

—Hay que tener mucho cuidado; velad y haced lo que os he dicho,—respondió el célebre cirujano á aquella muda interrogación.

—¡Decidme que la salvareis!

—Lo intentaremos.

—¿Puede esperarse algo?

—Sí.

Recostado en uno de los rincones de su coche, que bajaba al trote largo de un hermoso caballo, por la calle de Monsieur-le-Prince, para entrar en el boulevard San German, atravesar por el Sena y entrar en la calle Penthievre, en donde tenía su hotel, el excelente señor se decía para sí:

—Tal vez la salvemos; pero en verdad que no se disputará jamás á la muerte nada más encantador ni más digno de vivir.

XX

En gabinete particular.

Urbano Salvador no habia faltado á la cita. El Brasileño era experto en materia de placeres y de belleza.

Desde que habia recibido la carta, se repetía lo que habia dicho la noche del *Fausto*:

—¡Qué deliciosa querida hará!

En el momento en que Colette, con la elegancia que daba que pensar al abuelo Gombault, llegaba al muelle Malaquais, vió el cupé del Brasileño parado cerca de la acera.

Era un tren de primer orden, de un aspecto y de un primor extremados.

Urbano hacia las cosas con magnificencia.

El ligero carruaje estaba tirado por dos alazanes soberbios que pisaban de impaciencia y llenaban de espuma el bocado.

Un *groom*, colocado al lado del cochero, saltó á tierra, abrió la portezuela y volvió á colocarse en su puesto con la agilidad de un mono.

El carruaje partió al trote en dirección al muelle de Orsay.

Colette estaba sentada en un almohadon de satin, al lado de Urbano.

bres. Es una joven á quien amo con el más puro y profundo amor. Os deberé más que la vida.

»ANDRÉS DE FRESNAYE.»

Jamás se acudió en vano al corazón del doctor Ánger.

Respondió á aquella súplica presentándose en seguida.

Al ver á la herida movió la cabeza en señal de duda.

—Esto es muy grave—dijo.

A las doce y media de la noche, cuando montaba en su coche para volver á su casa, le preguntó Andrés con una mirada llena de ansiedad:

—Hay que tener mucho cuidado; velad y haced lo que os he dicho,—respondió el célebre cirujano á aquella muda interrogación.

—¡Decidme que la salvareis!

—Lo intentaremos.

—¿Puede esperarse algo?

—Sí.

Recostado en uno de los rincones de su coche, que bajaba al trote largo de un hermoso caballo, por la calle de Monsieur-le-Prince, para entrar en el boulevard San German, atravesar por el Sena y entrar en la calle Penthievre, en donde tenía su hotel, el excelente señor se decía para sí:

—Tal vez la salvemos; pero en verdad que no se disputará jamás á la muerte nada más encantador ni más digno de vivir.

XX

En gabinete particular.

Urbano Salvador no habia faltado á la cita. El Brasileño era experto en materia de placeres y de belleza.

Desde que habia recibido la carta, se repetía lo que habia dicho la noche del *Fausto*:

—¡Qué deliciosa querida hará!

En el momento en que Colette, con la elegancia que daba que pensar al abuelo Gombault, llegaba al muelle Malaquais, vió el cupé del Brasileño parado cerca de la acera.

Era un tren de primer orden, de un aspecto y de un primor extremados.

Urbano hacia las cosas con magnificencia.

El ligero carruaje estaba tirado por dos alazanes soberbios que pisaban de impaciencia y llenaban de espuma el bocado.

Un *groom*, colocado al lado del cochero, saltó á tierra, abrió la portezuela y volvió á colocarse en su puesto con la agilidad de un mono.

El carruaje partió al trote en dirección al muelle de Orsay.

Colette estaba sentada en un almohadon de satin, al lado de Urbano.

Su rostro ofrecía una expresión de contrariedad.

Sin embargo, Urbano Salvador, tenía a los ojos de Colette el mérito de no ser un extraño. Se conocían hacia mucho tiempo.

Urbano, que había visto a las dos hermanas muy jóvenes, cuando él era ya un hombre hecho, tenía algo, para con las dos hermanas, del carácter de un tío ó de un pariente lejano.

En Colette no borraban completamente la alegría y la inclinación á la burla las impresiones más angustiosas.

—¿Adónde vamos por aquí?—preguntó, mientras que el Brasileño se apoderaba de su manos finamente enguantadas y las cubría de besos.

—¿No teneis apetito?

—No.

—Daremos un paseo de una hora por el Bosque. Además, es muy ridículo comer tan temprano.

—No hubiera creído jamás que el mundo fuese como lo he visto. El mundo está mal arreglado ¿no es verdad?—dijo Colette como hablando consigo misma.

—Sí.

—¿Pero solo para los pobres!—añadió ella con ironía.—¿Vos lo encontrareis bien?

—¿Sobre todo esta noche!—dijo Salvador, dirigiéndola una ardiente mirada.

—No me mireis con esos ojos—dijo Colette.—Me dan miedo.

—¿De veras?

—Parecen carbones encendidos en el fuego del infierno.

—Es que os amo, Colette, os amo con ardor.

—¿Por cuanto tiempo?

—Por el que queráis.

—Yo—dijo poniéndose algo pensativa—hubiera querido no amar más que á un hombre y amarle siempre.

—Esos son buenos sentimientos, pero el mundo ha cambiado. Ya no estamos en los tiempos de Filimon y Baucis.

Urbano se lanzó en las declaraciones ordinarias de los galanteadores.

¿Podía pensar en otra cosa al lado de Colette?

¿No era ella la embriaguez y el delirio?

Colette le detuvo.

—¿En dónde estamos?—preguntó por decir algo y retrasar el momento de las confianzas y de los atrevimientos.

—Ya lo veis.

El carruaje del Brasileño pasaba por el Arco de Triunfo.

No podía haber duda.

—¡Ah! Es verdad. ¿Dónde tengo la cabeza?—dijo Colette.

Lanzó un prolongado suspiro.

Su pecho se enchía de tal modo, que parecía que iba á estallar el cuerpo del vestido.

Urbano rebosaba satisfacción.

No insistió y la dejó que se entregara á sus pensamientos, contentándose con estrechar entre las suyas una mano de Colette.

No tenía prisa. Tenía toda la noche á su disposición.

La verdad era que Colette estaba realmente deliciosa.

La ardiente mirada de Urbano, se paseaba de los negros cabellos, naturalmente ondeados de la joven, á su frente mate, á sus ojos de largas cejas, á su nariz bien formada y á sus sanguíneos labios, en los cuales la risa, franca y sonora sentaba tan bien.

Y más abajo de su flexible cuello á su pecho, muy desarrollado y á su talle, que hubiera podido aprisionar entre sus manos.

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual Salvador se inclinó sobre la capotita encarnada de Colette, besó un perfumado mechón de sus cabellos y preguntó con acariciadora voz.

—¿En dónde quieres comer?

—Decid: en donde quereis—rectificó Colette, pero con acento suave como si suplicara.

—¿Lo quereis así?

—Me agrada más.

—¡Caprichosa! ¿En donde quereis comer?

—En donde querais. No tengo costumbre, no conozco estos sitios, que vos debéis frecuentar mucho.

El día desaparecía poco y poco.

El coche corría por entre dos murallas de verdor, cuyo fresco no habia alterado la canícula.

Salvador rodeó con sus brazos el talle de Colette y quiso darla un beso.

La joven se desprendió sin esfuerzo.

El cupé daba vuelta, al paso, alrededor de un lago pequeño en el cual se paseaba una legión de patos y del que salía un ligero y blanquecino vapor.

En el bosque no se veía más que alguna que otra persona.

—Si fuéramos á comer—dijo Colette por escapar de aquella soledad en que se internaban cada vez más.

—¿A dónde?

—Elegid.

—¿Iremos al pabellon Armenonville?

—¿Habrá allí gente?—preguntó Colette asustada.

—Con seguridad, y mucha.

—¿Pues vamos allí!

Urbano dió órdenes al cochero; el coche partió al trote largo y muy pronto, después de haber recorrido algunos paseos sombríos, llegó ante una especie de chalet muy concurrido y en donde reinaba la mayor animación.

Una orquesta de *tziganos* con sus trajes húngaros tocaba valeses y *czardas*, bajo un improvisado cobertizo, con la viveza que les caracteriza y les hace tan atractivos.

El Brasileño era muy conocido en aquel establecimiento.

Cuando bajó del cupé, el dueño del chalet se precipitó á su encuentro.

—Augusto—le dijo Urbano,—¿teneis algun cuarto desocupado?

—Si no lo hubiera se inventaria,—respondió el dueño.—¿Tenemos el salon rojo!

—Bueno.

—Está pedido, pero si llegan los que lo han comprometido, ya nos arreglaremos.

Salvador no tenía necesidad de que le guiaran al salon rojo. Lo conocía desde hacia mucho tiempo.

En el patio, examinó Colette con curiosidad aquel espectáculo nuevo para ella que se ofrecía á sus ojos.

En las ventanas se veían mujeres con llamativos trajes, resplandecientes de diamantes y de alhajas.

Muchos carruajes, con sus faroles encendidos, estaban estacionados en las avenidas vecinas. Se oían por todas partes carcajadas, que ahogaban el ruido producido por el choque de los vasos, el movimiento de los platos y las botellas al descorcharse. Y las alegres conversaciones, el encantador ritmo del *Danubio azul*, ó el de la marcha de *Ra-Koczy*, que le sucedía, producían una especie de apasionada animación que convidaba al placer.

Salvador arrastró, por decirlo así, á Colette consigo.

—¿Que halagüeño es esto!—dijo Urbano.

—¿Cual?

—El murmullo de admiración que se ha producido al verte.

—¿Lo habeis notado?

—Sí, ¿y tú?

—Yo tambien—dijo Colette;—esas gentes de todo se admiran.

Salvador la quitaba la capota.

Colette, quitándose el abrigo, apareció en toda su juventud y su hermosura á los ojos de Urbano.

—¡Ideai!—dijo éste retrocediendo dos pasos para admirarla más á su sabor.—¿Cuántos envidiosos voy á tener!

Colette no le escuchaba. Examinaba aquel singular sitio en que se encontraba.

Era estrecho y muy íntimo, y á sus ojos mucho más.

Colette hizo una observacion. La ventana estaba abierta. Esto la tranquilizó.

Dos cubiertos sobre una mesa redonda, bajo una bonita araña de bronce, dos sillas, un ancho divan de seda encarnada, bastante deteriorado, y grandes cortinones de damasco.

Esto era todo.

En el espejo leyó cifras entrelazadas, nombres grabados con los diamantes de las sortijas: Octavio y Marieta; Angela y Gontran; Guys y Matildes, Enriques, Luisas, Dianas, Teresas, todo un calendario de las gentes galantes de Paris.

Salvador pidió la comida.

Cuando hubo dado sus órdenes, fué al espejo y recorrió aquel martirologio profano.

—No hay ninguna Colette—observó.

Y se dispuso á escribir.

La hija del pescador le detuvo.

—No quiero figurar ahí—le dijo.

Urbano se contentó con reir, y cogiéndola la mano, la dijo:

—Mañana podrás grabarlo tu misma, tendrás brillantes en tus orejas y diamantes en tus dedos.

Calculó el efecto de lo que acababa de decir.

En aquella cálida atmósfera, impregnada de tan variados perfumes; en aquellos sitios en donde el ejemplo de las demás podía ser un poderoso atractivo, contaba además con la embriaguez, que debía aturdira y acabar su derrota, quitándole hasta el sentimiento de la falta.

Era preciso dar tiempo para que se produjera aquella embriaguez.

Urbano no hablaba ya de su amor á Colette. La dejaba recobrar toda su confianza en sí misma y sólo se mostraba solícito y atento para procurarla una de esas noches que nunca se borran de la imaginacion.

La hizo á grandes rasgos la descripción de

los que solian concurrir al sitio en donde estaban.

De cuando en cuando, servía á Colette un poco de vino de España ó de Borgoña, en el que esta humedecía sus labios.

Después tocó el turno al Champagne, que estaba metido entre el hielo en un cubo de plata.

Salvador llenó el vaso de Colette.

—¿Quereis embriagarme?—le dijo ésta.

Pero ya se le iba la cabeza.

Aquel espectáculo tan nuevo para ella, tan aturdidor, aquella música, cuyas vibraciones conmovian sus nervios; aquel ruido incesante de coches que llegaban ó que partian, y hasta las sofocadas risas de los gabinetes vecinos, la sumergian en ese letargo que es el principio de la embriaguez.

Los criados se habían eclipsado.

Salvador fué á cerrar la ventana y atrajo á Colette hacia el divan.

Entonces trató de dormir tambien su razon con ayuda de estas frases, tan viejas como el mundo y tan potentes sobre un espíritu turbado:

—¿Es un crimen amar? ¡Los manantiales corren para apagar en ellos la sed, las frutas maduran para que se las coja, las flores crecen para que respiremos sus perfumes, y las mujeres para que se las ame!

Colette tenía la cabeza muy pesada. La voz de Salvador le mecía como el canto de una nodriza. No comprendía bien el sentido de aquellas frases; pero veía sus chispeantes ojos inflamados que la envolvian en sus osadas miradas.

Colette, medio recostada en el divan, estaba verdaderamente irresistible.

Llegaba para Salvador el momento deseado.

Se inclinó sobre su victima.

Colette le dirigió una mirada suplicante, entendiendo al mismo tiempo el brazo como para alejarle.

Pero trastornado por aquella encantadora

cabeza, por aquellas jóvenes y escelentes formas que se ofrecían á su vista, la desató el cabello, cuyo perfume acabó de embriagarle.

Y Colette sintió que la rodeaba el talle un nervioso brazo y que unos labios buscaban los suyos.

Intentó incorporarse.

En aquel momento una voz de mujer, ronca por las orgías, se hizo oír en el gabinete inmediato.

Entonaba una innoble cancion, que entonces estaba muy en boga en los cafés-cantantes de las afueras de Paris.

Colette hizo un enérgico esfuerzo y se desprendió de los brazos de Urbano.

Un violento sonrojo invadió su rostro.

Sus ojos espresaron una especie de cólera y de disgusto.

—¡Oh, ¡no—exclamó.

Y desprendiéndose completamente del Brasileño, con un vigor de loca, corrió hacia la ventana y la abrió.

Salvador estaba furioso, pero se contuvo.

—Sois extravagante, querida—la dijo—y me llenaríais de ridículo si esta escena tuviera testigos.

Colette se acercó á Salvador y cogiéndole las manos le dijo:

—¡No me habeis dicho que me amais?

—Sí, y os lo repito.

—¡Pues probádmelo!

—¿Cómo?

—Dejándome partir.

—¡Y despues?—dijo con ironía Salvador.

—¡Despues? Si me quereis...

—¡Si os quiero!—exclamó el Brasileño.

—¡A fe de joven honrada—es singular lo que digo—os juro ser vuestro!

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿En dónde?

—En vuestra casa si quereis.

—¿Me lo prometeis?

—¡No os lo he dicho ya? Bajo palabra de joven honrada.

—¡Sea, pues! Pero qué papel tan tonto me habes desempeñar.

Colette se abrochó con prontitud, delante del espejo, se arregló precipitadamente el pelo, se puso su capota, se envolvió en su abrigo y se dispuso á salir de aquel gabinete maldito.

Salvador llamó.

—La cuenta—dijo.

—No me acompañeis, iré sola—le dijo Colette.

Y con una sonrisa en que pedia perdon:

—Debo pareceros muy insensata, ¿no es verdad?—añadió.

—¡Un poco!

—¿Qué quereis? Esto es más fuerte que yo; no puedo. ¡Pero os amaré por este sacrificio! Os lo prometo.

Con tanto abandono y tanto encanto, no había medio de incomodarse.

Salvador suspiró.

Pagó la cuenta y bajó á Colette del brazo.

La acompañó hasta un coche de punto y se volvió al pabellon.

Colette iba confusa por la abyeccion en que caía, pero casi decidida á rendirse á Urbano por su complacencia.

El coche se dirigió á buen paso hacia Paris.

Colette pensaba en que iba á encontrar su casa y se alegraba.

Allí al menos se pertenecía y podia respirar con libertad.

A las once y media se detuvo el coche en la esquina de la calle Bonaparte.

Colette se apeó y corrió á su casa.

Al pasar por delante de la portería, entró.

—¿Está en casa mi hermana?—dijo.

El abuelo Gambault dijo que no con la cabeza, añadiendo despues.

—No, señorita Colette.

—¿Cómo? ¿No ha venido?

—Aun no... ¡Yo creía que estaba con vos!



Colette se creyó casi feliz por aquella ausencia.

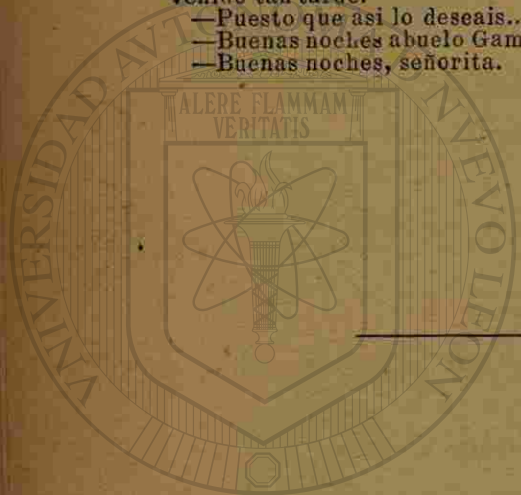
No tenía que sufrir ningún interrogatorio y no necesitaba mentir, cosa que la repugnaba.

—Esta bien—dijo— Juana debe estar en el teatro con alguna amiga. No la digais que he venido tan tarde.

—Puesto que así lo deseais...

—Buenas noches abuelo Gambault.

—Buenas noches, señorita.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE LIBROS

## XXI

### Sala número 1.

Colette al entrar en su habitación se arrojó en una silla y con los codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, repasó los acontecimientos de su existencia entregada a tantos caprichos y azares.

Barfleur con la casita, en la cual su madre componía las redes que se secaban al sol; la Tumba de las Langostas, a donde iban a vender lo que había pescado Aubin; los Cloquard y Genoveva, quienes les acogían tan bien.

Habían seguido, casi uno tras de otro, dos féretros, el de su padre y el de su madre, a quienes amaban tanto.

Un aldeano les había echado de su quinta, Roguet, su tío; no había olvidado esto.

¿Qué sería de él?

¿Si al menos la hubiera quedado aquel apoyol?

¿Qué felicidad para ellas!

¿Cuan felices hubieran sido en aquel tranquilo retiro.

Colette suspiraba pensando en la granja, en los dorados frutos, en el lagar lleno de uva, en

los establos llenos de vacas, que satisfacían su apetito con heno y verde trebol.

Y la pequeña iglesia de Landemer con su puntiagudo campanario, alrededor del cual revoloteaban las gaviotas, cuando sonaban las campanas.

¡Qué diferencia entre aquella paz y la triste vida que ella llevaba!

Había sido preciso marchar, sin embargo.

Las dos habían sido trasportadas como por un golpe de varita mágica a un país lejano cuya existencia, en su ignorancia de niñas, ni aun sospechaban.

En aquel país había una vegetación desconocida, un calor tórrido, frutas, árboles y pájaros que no se parecían a los que ellas habían visto hasta entonces.

Allí estuvieron rodeadas de gentes desconocidas. Se estrechaban la una contra la otra, como contra el único sosten que poseían y con el que podían contar.

Entonces temblaban casi ante aquella mujer, a quien era preciso obedecer sin murmurar, y cuyo apoyo echaban ahora tanto de menos.

Un día habían arregiado el equipaje: las criadas habían cubierto con funda y amontonado en medio del salón, los muebles de la casa de Río.

Se embarcaron de nuevo para atravesar el Atlántico, pero aquella vez fué para volver a Francia.

Allí se habían encontrado en un parque, triste como un cementerio, pero grandioso. Trabajaban en silencio, llevando una vida metódica, como la de las pensionistas de un convento, separadas del mundo y desconociéndolo lo mismo que si su juventud se hubiera deslizado en una isla desierta.

Apenas si salían de Montiers por casualidad una ó dos veces al año para ir a París, severamente guardadas por sus institutrices, inquietas, como si algún presentimiento las hubiera advertido que su existencia entraría un día en

una nueva fase y que súbitamente serían lanzadas en aquel torbellino que entreveían y cuyo ruido no oían más que de lejos.

Había llegado aquel día.

Se veían lanzadas en una mezcla de gentes desconocidas para ellas, y les parecía que la tranquilidad de que habían disfrutado en el castillo triste y solemne de que salían, no había tenido más que un propósito: el de hacerlas más crueles la incertidumbre y las adversidades de su vida presente.

¡Y este sería su porvenir!

¡Merecía la pena de vivir si así era? Vivir para servir de juguete a los demás, para ser traqueteadas como una miserable barca de un pescador y concluir por destrozarse a la orilla ó ir a pique. ¡Bonito porvenir!

Pensaba con disgusto en la escena del pabellón de Armenoaville.

Desde lejos, Urbano Salvador le causaba el efecto de un ave de rapiña que se cierne sobre un bando de perdices concluyendo por devorarlas.

Con su cara tostada por el sol de los trópicos y aquellos ojos en que brillaba el rayo, le parecía horrible. ¡Y sin embargo, había estado a punto de entregarse a él!

¡Le había concedido una cita con este fin! ¡El trato estaba hecho, la palabra estaba dada! Preciso era confesarlo. ¡Qué abyección! Venderse friamente, sin amor, para salvarse de la miseria; ¿era posible esto? ¡La necesidad la obligaba! ¡O la sería preciso comenzar de nuevo las correrías en busca de una colocación quimérica, solicitar al azar con la perspectiva de recibir mil desaires y las contestaciones irónicas que con frecuencia había recibido!

Y de cuando en cuando miraba por entre los espesos árboles las fachadas de las casas del otro lado del jardín, en las cuales brillaban aun acá y allá las lámparas de alguna habitación de estudiantes encorbados sobre los libros.

¡Y donde estaría Juana que no venía!

En el teatro sin duda.  
Era tambien para estos establecimientos la estacion muerta, el verano, la estacion en que se reparten billetes de favor.

Habian dado las doce.

Juana iba á llegar.

Colette vió que en la confusion de sus ideas se habia olvidado de desnudarse.

Estaba con su traje de seda todo arrugado, como lo habia dejado Salvador; se lo quitó y lo guardó, temiendo ser sorprendida por su hermana, y se quedó medio desnuda con su corsé de satin blanco, ligera falda de seda encarnada y una camisa muy fina con encajes.

Se sonrió con amargura.

¡Toilette de joven rica, en una habitacion de obrera sin recursos!

Era bella. Se lo repetian con frecuencia y se veia obligada á reconocerlo, ella que pensaba tan poco en eso y que no tenia vanidad por aquella belleza nefasta y peligrosa, puesto que hacia que no la admitieran en ninguna parte y la cerraba todas las puertas.

Más bien estaba tentada á maldecirla.

Y cada vez se le hacia más apremiante el recuerdo de su hermana, y su intranquilidad era mayor.

Habian salido del teatro hacia mucho tiempo. Puso el reloj sobre la mesa y contó los minutos.

¡Iba á ser la una!

No pudo contenerse, se envolvió en un peina-dor y bajó.

La porteria estaba á oscuras.

Llamó primero despacio, despues más fuerte. El portero dormia profundamente el primer sueño; pero al ruido se despertó.

—¿Qué ocurre? —gritó.

—Quisiera hablaros.

—¿Quién sois?

—Colette.

—Entrad.

—¡Mi hermana no ha venido aún!

—No os inquieteis.

—No puedo estar tranquila. ¿No os dijo nada?

—Nada.

—¿Es extraño!

A la luz de la bujía que habia traído, sorprendió un gesto de duda en la cara del portero.

—¡Jóvenes que á tales horas no están en su casa!...

Y con viveza dijo Colette:

—Vais á sospechar mal, abuelo Gombault, y eso es natural; pero os juro que no teneis razon.

—¿Qué imagináis vos?

—Una desgracia.

—¿Qué desgracia! ¿Quereis un consejo?

—Sí.

—Id á dormir, hija mia. Y como se suele decir, ¡mañana será otro dia, y veremos!

Colette se quedó en la porteria inmóvil, tan trastornada, que el viejo jardinero tuvo compasion y la dijo con cariño:

—Os alarmáis sin razon. Puede estar en casa de algunas de sus amigas en alguna broma.

—No, me lo hubiera advertido.

El abuelo Gombault intentó en vano tranquilizarla.

Colette volvió á subir por fin á su habitacion y pasó una noche horrible.

Entonces fué cuando comprendió los estrechos lazos que la unian á aquella hermana de afecto, el único ser en el mundo cuyo corazon latia al compás del suyo.

Esperaba el dia con mortales ansiedades. Cuando este llegó, acababa de dormirse vencida por la fatiga y las emociones de aquella noche terrible.

A las ocho entró el abuelo Gombault en su habitacion.

Ella, en su turbacion, habia dejado la llave puesta.

La encontró con la cabeza apoyada en los brazos y la frente sobre la mesa, sumergida en un sueño turbado por pesadillas.

Tenia el abrigo sobre los hombros, los que

tenia mal cubiertos, y sus cabellos caían sobre su nuca, de una admirable pureza de líneas.

El buen hombre se quedó parado.

Lo que tenia que decirle era horrible.

Sin embargo se decidió.

Con su arrugada mano la tocó en el hombro.

—Señorita Colette—la dijo:

—Eh!—dijo ella despertando sobresaltada.

—Es preciso que os vistais y vengais conmigo.

—¿A dónde?

—A ver a vuestra hermana.

—¿En dónde está?

—Voy a acompañaros—dijo el jardinero con aire triste.

Colette se había levantado, y mirando al abuelo Gombault con mirada estraviada, le dijo:

—Os decía que ocurriría alguna desgracia. Ha ocurrido, ¿no es verdad?

—Sí.

Colette lanzó un grito como el que Magdalena Aubin había lanzado al ver la barea del pescador en el puerto de Barfleur.

—¡Ah!—dijo;—¡está muerta!

—No.

—¿Herida?

—Sí.

—Vamos—repuso poniéndose un sombrero sobre sus cabellos, recogidos con mano febril y vistiéndose con precipitación un traje negro;—os sigo.

El abuelo Gombault acababa de recibir de Andrés de Fresnaye un aviso, en el que le decía lo que había ocurrido.

Tomó un coche de punto y dió las señas al cochero.

Cuando Colette oyó estas palabras «Hospital Cochín», fué presa de un temblor nervioso.

El abuelo Gombault no podía darle ningún consuelo; él mismo estaba aterrado.

Las últimas palabras de la carta del interno eran desesperantes.

«¡Se muere! ¡Venid pronto!»

A las ocho y cuarto se detenía el coche a la puerta del hospital.

Se necesitaba un permiso especial para entrar en él.

El interno había allanado todas las dificultades.

El portero tenia órdenes.

—¿Sois la señorita Aubin?—la preguntó.

—Sí, señor.

—Pasad. Sala núm. 4. En el fondo. Os acompañarán.

Gombault y la joven entraron en una sala grande, alumbrada por altas ventanas con pequeños cristales y con las paredes encaladas.

A los dos costados, á lo largo de las paredes, había camas con cortinas de percalina blanca, formando filas.

Desde que se ponían los pies en aquella habitación, se percibía ese olor del ácido fénico, que persiste aun cuando se ha abandonado aquel asilo del sufrimiento y que se lleva consigo en la ropa sin que ni el aire libre pueda disiparlo.

Todas las camas estaban ocupadas.

—Seguidme—les dijo una enfermera.

Al extremo de aquella sala había una habitación estrecha que se comunicaba con ella por un hueco sin puerta.

Allí estaba Juana, tendida sobre una cama de hierro, sin pabellón.

Desde aquel lecho se veía la larga fila de las demás, y las enfermas cuyas cabezas se volvían hacia los recién llegados.

Sabían que ocupaba aquella habitación, en la cual estaba sola, una joven que habían traído por la noche mortalmente herida.

De cuando en cuando se oía en la sala algún gemido arrancado por el dolor y detrás de las corridas cortinas se percibía el estertor de los moribundos.

Colette estuvo á punto de ponerse enferma.

Pero el abuelo Gombault que la seguía, la alentaba.

—Animo—la decía.

De pronto Colette vio a Andrés de Fresnaye sentado a la cabecera del lecho, y se dirigió a él.

El interno lloraba.

Puso un dedo sobre sus labios y detuvo a la joven con un gesto.

—¡Cuidado!—la dijo.

Juana, blanca como un sudario, con una camisa del hospital, de tela gruesa, reposaba con los ojos cerrados sobre la almohada que sostenía su cabeza.

Sus hermosos cabellos formaban una rubia aureola. Los descoloridos labios dejaban descubiertos sus blancos dientes, y el brazo derecho caía sobre la orilla de la cama.

Colette se arrodilló al lado del lecho y cogiendo la mano de su hermana la llevó a los labios.

Aquella mano estaba fría.

La pareció sin embargo que la había sentido estremecerse casi imperceptiblemente al sentir su beso.

Entonces se levantó y aproximando su rostro al de su hermana, la dijo:

—Juana.

Los ojos de Juana continuaron cerrados.

Su respiración era fatigosa.

—Juana—repetía Colette—soy yo, tu hermana. ¿Me oyes?

Los párpados de Juana se entreabrieron.

Miró a Colette con sus velados ojos y se dibujó una sonrisa celestial en sus labios.

Al mismo tiempo sintió Colette una ligera presión en la mano que la atría hacía sí.

Los labios de las dos hermanas se unieron y de las largas pestañas de la mayor cayeron ardorosas lágrimas sobre el rostro de la moribunda.

Las otras enfermas, para quienes en aquellos largos días de sufrimiento todo es un motivo

de distracción, atentas a aquella escena, se comunicaban de una cama a otra sus impresiones.

Colette oía las lúgubres palabras de una horrible vieja, cuya cabeza, con mechones grises pegados a las sienes, y de una delgadez extrema, ofrecía una odiosa expresión de maldad.

—Bien concluida está; ¡bah! no conseguirás nada.

La hermosa joven está muerta.

Así se decía por allí, en efecto.

La noche había sido mala.

Andrés, asustado, sufriendo mil torturas, con el alma desgarrada por terribles ansiedades, no tenía valor para animar a los demás.

Permanecía allí desalentado, casi sin ideas, esperando los acontecimientos.

La ciencia no tenía más que hacer.

El doctor Anger, con su golpe de vista frío y penetrante, comprendía el peligro.

Había vuelto al amanecer. Había hecho él mismo la cura y ordenado lo que debía hacerse.

Sus prescripciones estaban cumplidas.

Había marchado meneando la cabeza.

A la naturaleza correspondía obrar. A la juventud de Juana, a la pureza de su sangre a sus fuerzas vivas, hacer un milagro y salvarla.

El célebre cirujano callaba. ¡No podía decir nada antes de dos ó tres días.

Andrés había escuchado esto con la actitud de un hombre herido por el rayo.

Aquello era casi una sentencia, sobre todo para él, cuyo amor centuplicaba las inquietudes.

El interno sufría todos los tormentos que puede sufrir un amante a quien la muerte va a arrebatarse el ser a quien ama.

—¿Cómo hubiera podido consolar a los demás?

—Eso es imposible, ¿no es verdad?—le preguntó Colette al oír la horrible exclamación de la vieja.

—Yo espero....

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—No se sabe aún; Juana no ha podido pronunciar una palabra. La han dado dos cuchilladas.

—¿Cuándo?

—Ayer noche, á eso de las diez, cerca de aquí. El asesino huyó.

—Vos la salvareis, ¿no es verdad?

—Daría mi vida por ella—dijo Andrés.

Colette bajó la cabeza.

Al mediodía estaba sola con Andrés al lado de su hermana.

Una enfermera se presentó.

—No podeis permanecer aquí—dijo á la joven.

—¿Yo separarme de Juana!

—¿Es preciso!

—Os suplico que me permitais quedarme—repuso Colette uniendo las manos.

—No puede ser. Volvereis. Además, la menor emoci6n puede matarla. Es preciso que esté sola.

—¡Ah!—exclamó Colette—¡lo comprendo, no hay esperanza!

Andrés la estrechó las manos.

—Os enviaré noticias cuando haya algun cambio. Os llamaré. No tengais cuidado, yo no la abandonaré un segundo.

Colette se levantó.

¡Su hermana, su muy querida hermana, espirando en aquel lecho de miseria en medio de aquella podredumbre del hospital, esto la desgarraba el corazon! Aquel espectáculo de todos los sufrimientos y todas las pobrezaas reunidas, la causaban profundo horror.

Se inclinó sobre la frente de la herida.

—¡Adios, Juana mia, adios!—la dijo.

Al entrar en la calle Vizconti, la encontrarse frente al abuelo Gombault, se deshizo en lágrimas, y el portero la oyó repetir en medio de sus sollozos.

—No nos volveremos á ver.

A las dos salió de nuevo á pié, y siguiendo los muelles subió hácia los Campos Eliseos y la calle de Chaillot.

## XXII.

## Entre ladrones.

Bidoux era un hombre de palabra, que cumplía con puntualidad las promesas que se habia hecho á sí mismo.

Quería ser pagado y tenía razon.

Cuando se ha ganado *honradamente* un salario se le puede reclamar, ó no habria ya justicia.

Al día siguiente al de su conferencia con Justina, condujo á esta á la estacion de Compiègne y la hizo tomar el tren express que pasaba para Paris.

El coche del castillo de Montiers llegó á la estacion momentos ántes de la salida, y Bidoux, desde el pescante, vió á la doncella, á quien habia dado sus instrucciones, pasar al despacho de billetes y tomar el suyo y no la perdió de vista hasta que en marcha ya el tren, Justina le dijo adios con el pañuelo.

Justina estaba en camino para la conquista del Toison de Oro.

Bidoux se frotó las manos diciendo:

—Por fin va á marchar el asunto.

Puso en movimiento á los caballos y se fué á un hotel, en donde los colocó, y se dispuso á pasar el tiempo lo más cómodamente posible.

—No se sabe aún; Juana no ha podido pronunciar una palabra. La han dado dos cuchilladas.

—¿Cuándo?

—Ayer noche, á eso de las diez, cerca de aquí. El asesino huyó.

—Vos la salvareis, ¿no es verdad?

—Daría mi vida por ella—dijo Andrés.

Colette bajó la cabeza.

Al mediodía estaba sola con Andrés al lado de su hermana.

Una enfermera se presentó.

—No podeis permanecer aquí—dijo á la joven.

—¿Yo separarme de Juana!

—¿Es preciso!

—Os suplico que me permitais quedarme—repuso Colette uniendo las manos.

—No puede ser. Volvereis. Además, la menor emoci3n puede matarla. Es preciso que esté sola.

—¡Ah!—exclamó Colette—¡lo comprendo, no hay esperanza!

Andrés la estrechó las manos.

—Os enviaré noticias cuando haya algun cambio. Os llamaré. No tengais cuidado, yo no la abandonaré un segundo.

Colette se levantó.

¡Su hermana, su muy querida hermana, espirando en aquel lecho de miseria en medio de aquella podredumbre del hospital, esto la desgarraba el corazon! Aquel espectáculo de todos los sufrimientos y todas las pobreza3 reunidas, la causaban profundo horror.

Se inclinó sobre la frente de la herida.

—¡Adios, Juana mia, adios!—la dijo.

Al entrar en la calle Vizconti, la encontrarse frente al abuelo Gombault, se deshizo en lágrimas, y el portero la oyó repetir en medio de sus sollozos.

—No nos volveremos á ver.

A las dos salió de nuevo á pié, y siguiendo los muelles subió hácia los Campos Eliseos y la calle de Chaillot.

## XXII.

## Entre ladrones.

Bidoux era un hombre de palabra, que cumplía con puntualidad las promesas que se habia hecho á sí mismo.

Quería ser pagado y tenía razon.

Cuando se ha ganado *honradamente* un salario se le puede reclamar, ó no habria ya justicia.

Al día siguiente al de su conferencia con Justina, condujo á esta á la estacion de Compiègne y la hizo tomar el tren express que pasaba para Paris.

El coche del castillo de Montiers llegó á la estacion momentos ántes de la salida, y Bidoux, desde el pescante, vió á la doncella, á quien habia dado sus instrucciones, pasar al despacho de billetes y tomar el suyo y no la perdió de vista hasta que en marcha ya el tren, Justina le dijo adios con el pañuelo.

Justina estaba en camino para la conquista del Toison de Oro.

Bidoux se frotó las manos diciendo:

—Por fin va á marchar el asunto.

Puso en movimiento á los caballos y se fué á un hotel, en donde los colocó, y se dispuso á pasar el tiempo lo más cómodamente posible.

Bidoux entendía bien la vida.

Urbano Salvador, tranquilo en su lujoso hotel de la calle de Chaillot, no sospechaba lo que le esperaba.

Tenia otras ideas en la cabeza y no pensaba en sus cómplices.

Se olvidaba hasta de su difunta tía, la señora Chambly, y se hubiera sorprendido mucho si le hubieran dicho que no había muerto de muerte natural.

Además, la pequeña fiesta de la noche anterior le había electrizado prodigiosamente.

Estaba á la vez lisongeado y vejado.

Vejado por la resistencia de Colette Aubin, por su brusca negativa, por su repentina partida, ó más bien por su huida en el momento en que él iba á llegar al colmo de la felicidad.

Lisongeado, porque se prometía un desquite de primer orden.

Colette le había hecho una promesa y no dudaba de que la cumpliría, tanto más, cuanto que la pobre joven no estaba completamente libre para poder faltar.

Salvador conocía su precaria situación. Sus víctimas tenían ante sí, á menos de uno de esos prodigios que no ocurren jamás, un porvenir de angustias que no las permitiría larga resistencia.

Colette iría á su hotel como le había prometido. Esto no lo dudaba Salvador.

El Brasileño había dado sus ordenes á su ayuda de cámara.

El ayuda de cámara debía pasar á Colette á un delicioso gabinete japonés que comunicaba por un lado con el dormitorio de Urbano y por el otro con su cuarto de trabajo, en donde el Brasileño no entraba diez veces por año.

En aquel gabinete había una hermosa biblioteca, cuyos estantes estaban llenos de libros primorosamente encuadernados y un escritorio de todo lujo, en el cual hubiera podido escribir los billetes amorosos para su real amante una querida de un rey. ¡Por qué aquel día Salva-

dor, que se disponía á salir, no esperando la visita de Colette hasta la hora convenida, á eso de las cinco, había entrado en aquel gabinete para escribir dos ó tres cartas á su agente de Rio-Janeiro, en donde tenía intereses, cuando casi siempre fechaba la correspondencia en el círculo en donde pasaba las tres cuartas partes del tiempo?

¡Capricho hijo de la ociosidad!

Estaba sentado en aquel escritorio con remates de bronce, admirablemente cincelado y dorado; tenía una pluma en la mano y con ella se acariciaba la barba pensando en lo que iba á decir, cuando oyó, en el salón que precedía al gabinete en que estaba, ruido de pasos acompañado del roce de un vestido; se levantó un portiers, y una voz de mujer, muy clara y muy familiar al mismo tiempo, preguntó:

—¿Se puede entrar?

Salvador se volvió hacia la parte de que provenía la voz. Su rostro expresó una viva contrariedad, su frente se plegó y sus nervios se contrajeron; pero la propietaria de la voz no había esperado su permiso para entrar en el gabinete.

—Soy yo—dijo.

Y demasiado inteligente para no comprender que no era recibida con los brazos abiertos, añadió:

—Veo que no me esperábais.

—En efecto, iba á salir.

—Si os molesto...—dijo.

—No por cierto. Lo que tengo que hacer puedo diferirlo.

Salvador no preguntó qué era lo que le proporcionaba el gusto de aquella inesperada visita.

Lo presumía.

Su memoria se había refrescado de pronto.

Justina, pues se habrá comprendido que era ella, tomó una butaca, la colocó con familiaridad al lado de la de Urbano y entró en seguida en materia.



—Vengo por nuestra cuentecita—le dijo.—  
Me envía Bidoux. Yo por mi no tengo prisa.

—Pero Bidoux la tiene—dijo Salvador.

—¡Caramba! Comprenderéis que hace ya tres meses largos que cumplimos nuestro compromiso y él dice que estamos perdiendo intereses.

—Sabe calcular Bidoux—observó el Brasileño con irónico tono.

—¡Oh! perfectamente, vais á verlo.

Aquello era una amenaza.

Salvador lo comprendió y no contestó.

Esperaba poniéndose á la defensiva.

Además su situación era mala. No podía disimularla.

Era peor que lo que él podía suponer.

Pero Justina era bastante buena persona y atenuaba los golpes que se veía obligada á dar, á un hombre á quien habia concedido sus favores.

—Ha sido una desgracia que nos háyamos visto obligados á mezclar á Bidoux en el asunto—dijo Justina,—porque no es fácil de manejar; y una desgracia también el que se le haya metido en la cabeza la idea de casarse conmigo. No es que él me desagrade más que otro, pero con su carácter y sus exigencias no sé lo que vá á ser de mí. En fin, está convenido... no hay que volverse atrás, pero es triste. ¡Bidoux es duro hoy para con vos, lo será mañana para conmigo! ¡Me lo temo!

—¿De modo que Bidoux tiene exigencias?—preguntó Salvador.

Justina fué muy clara.

—¡Sí, las tiene, ya lo creo, mi querido señor; las tiene inverosímiles, enormes, insensatas!...

—¡Ah!

—Y lo peor es que no hay medio de contenerle.

—En fin, ¿qué es lo que quiere?—dijo el Brasileño con impaciencia.

—Vais á saberlo. En cuanto á los doce mil francos de renta de que se habló en el Pasaje

de los Principes, estamos conformes, ¿no es verdad?

—¿Son doce mil?—dijo Salvador aparentando no dar importancia á su pregunta.

—Sí. No hay duda. Estoy segura. Lo recuerdo bien.

—Bueno.

—Bidoux los quiere en rentas del Estado, del tres por ciento, porque segun él dice, eso es muy seguro.

—¡Diablo! Son trecientos cincuenta mil francos.

—Un poco ménos. Pero la cifra no importa, puesto que el convenio está hecho. Además, no teneis más que tomarlas de las vuestras. No necesitáis comprar. La señora poseía una gran cantidad.

—¿No habria medio de arreglarse en menos? preguntó Salvador.

—¡Oh!—dijo Justina—conmigo hubiérais hecho lo que hubiérais querido, pero Bidoux es muy testarudo. ¿Por qué le buscásteis? No teniais necesidad mas que de mí, y no me veria obligada á casarme con él.

—Es verdad.

—¿Qué es lo que decidis?

Salvador vaciló un segundo, pero no era hombre que resistiera mucho tiempo.

—Queda convenido—dijo.

—¿Dareis las rentas?

—Sí.

—¿Puede venir Bidoux á recogerlas?

—Cuando quiera.

—Está bien.

Salvador esperaba que Justina se marchara. Dirigió una mirada al reloj.

Era un medio de indicar á su visita que la sesión habia durado demasiado tiempo.

La aguja marcaba las tres.

Pero Justina no se movió.

—¿No habeis concluido?—la preguntó el Brasileño con alguna inquietud.

—No—respondió Justina;—ahora comienzo.

A Salvador principiaba á subírsele la sangre á la cabeza.

—¿Qué más hay?—preguntó.

—Los doce mil francos de renta, ¿eran para impedir que vuestra tía hiciese testamento?—preguntó Justina.

—Sin duda—dijo Salvador.

—Para esto, la tarea no fué divertida. Aun- que me dierais el triple no volvería á hacerlo. ¡Por más que me digan que no se trata más que de echar una gota de agua en un vaso! Es muy duro envenenar á una mujer. Mirad, tengo siempre á vuestra tía ante mis ojos.

—¡Silencio!—murmuró Salvador incorporán- dose.

—¡Bah! nadie nos escucha, y además, es ne- cesario que hablemos claro para dilucidar per- fectamente el asunto. Bidoux es quien lo quiere así.

—¡Acaba!

—Los doce mil francos eran, pues, por echar la gota de agua. Los he ganado. Era tiempo. Al día siguiente iba á hacer el testamento el señor Pescheux, y ese señor es un hombre honrado á quien no se hubiera podido comprar tan fácil- mente como á nosotros.

Justina se hacia justicia.

—¿Qué más?

—Pues bien, mi querido señor, he dicho que era tiempo, y esto es un error, era demasiado tarde.

—¿Por qué?—dijo Salvador, poniéndose lí- vido.

—Porque el testamento estaba ya hecho. Vuestra tía lo había escrito por sí misma. El señor Pescheux lo sabía bien, por eso lo buscó tanto en los cajones.

—¡Pero no lo encontró!—observó el Brasi- leño.

—No... porque lo había cogido yo.

Justina al decir esto se había levantado.

A Salvador le pareció de diez codos de alta.

—Ese testamento—repuso Justina—lo tengo

yo. El os deshereda. Da casi todo á esas dos se- ñoritas que viven ahora miserablemente en Pa- ris, y que serian cuatro veces millonarias si yo quisiera. Los millones que la señora Chambly las dá, los teneis vos. Yo quiero mi parte. Me casaré con Bidoux, porque es preciso, porque dependo de él, como vos dependeis de mí, pero quiero ser rica. Tendremos cada uno nuestra fuerza. El lo sabe todo y nada puede temer, porque nada ha hecho él y podría vendernos. Yo tendré dinero y con esto le contendré.

—Está bien—dijo Salvador muy preocupado.

—¿Qué exigis vos?

Justina sacó de entre el corpiño un papel y lo puso sobre la mesa.

—Enteraos ántes—le dijo.—Hablaresmos cuan- do sepais lo que eso vale.

Y con insultante sonrisa añadió:

—Es una copia. El original está bien guar- dado.

Y mientras que Salvador recorría aquel ter- rorífico documento, añadió:

—Estoy incomodada con vos por haberme obligado á ese matrimonio que me desagrada. Necesito al menos una compensacion. Hubiera preferido tres mil libras de renta y mi liber- tad, á llamarme la señora Bidoux. Pero si ten- go un millon, nadie se reirá de mí y podré dar- me buena vida.

—¡Un millon!—dijo Urbano.

—Vuestra tía tenía cinco ó seis, por lo menos. Os quedais con la mayor parte. ¿A quién se lo debeis? Bien veis que todo pertenece á las se- ñoritas.

Y recordando la leccion que Bidoux le había dado, añadió:

—Si yo las llevara el papel, ¿cuánto me da- rian ellas? os pregunto. No tendria ni aun que hablar. Son generosas. Despues de esto—argu- yó cínicamente—si preferis arreglaros con Bi- doux, él no desea otra cosa. Os lo enviaré.

Urbano se levantó.

—Está bien—dijo—lo pensaré.

—No mucho tiempo. Bidoux se impacienta. Ha tomado sus medidas. Es hombre que no me gusta, pero tiene buena imaginación. Eso no se le puede negar.

Salvador se paseaba de un lado al otro de su gabinete, muy pensativo.

—No estais contento—prosiguió Justina—y lo comprendo. Esperabais despacharnos con menos. El golpe os parece duro, pero poneos en nuestro lugar. Esos son negocios que no se hacen dos veces.

Justina estaba muy contenta y hablaba con mucha familiaridad. Estaba satisfecha de su misión y de la manera como la había cumplido.

El Brasileño no se resistía tanto como ella hubiera creído.

Ella esperaba gritos, violencias, arrebatos, y Salvador estaba inmóvil, sombrío, aniquilado ante ella.

Decidamente, Bidoux era hombre que lo entendía.

Había visto el partido que podía sacar de la situación, y Justina, que en efecto se hubiera alegrado de permanecer libre, no veía ya su boda con él bajo tan triste aspecto, desde que se consideraba elevada por aquel millón objeto de la codicia de tantas gentes, millón que consideraba ya definitivamente conquistado.

—¿Cuándo quereis que vuelva para arreglar cuentas?—le preguntó.

—Dentro de dos ó tres días.

—Reflexionad. Nosotros ya lo hemos hecho. Se os entregará el documento á cambio del dinero. Toma y daca.

Justina salió del gabinete.

Salvador se sentó y volvió á leer el fatal papel, que estaba extendido sobre la mesa.

¡Su tía daba, en efecto, las dos terceras partes de su capital á sus hijas adoptivas!

El las despojaba, pues, con más cinismo que había creído.

—¡Bah!—dijo al fin con cólera;—¡qué me im-

porta! Después de todo, ¿no era mía esa fortuna?

¡Pero aquel millón!

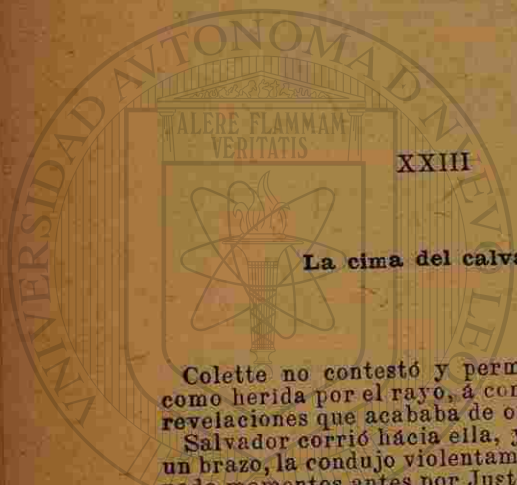
Lo daría si no podía menos.

Justina tenía razón. Aun era un buen trato.

En aquel momento volvió los ojos hacia la puerta y quedó petrificado.

Colette, en pie, con una mano colocada en el portier, le miraba con desprecio.

—¿Estabais ahí?—la dijo levantándose asustado.



La cima del calvario

Colette no contestó y permaneció inmóvil, como herida por el rayo, á consecuencia de las revelaciones que acababa de oír.

Salvador corrió hacia ella, y cogiéndola por un brazo, la condujo violentamente al sitio ocupado momentos antes por Justina.

—¡Estabais ahí!—repitió con voz ahogada por la cólera.

—Sí.

—¿Habeis oído?

—Todo.

Los ojos de Salvador manifestaron una expresión tan terrible, que Colette le dijo con frialdad:

—¡No ireis á asesinarme á mi también!

Salvador apretó los puños y se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—Si—repuso Colette, siempre con frialdad y demostrando en su tono una gran indiferencia á todo lo que pudiera ocurrirle,—he oído vuestra conversacion con esa muchacha que ha asesinado á su ama, cumpliendo vuestras órdenes, y robado un testamento que condena á la mise-

ria á dos desgraciadas que os estorbaban sin saberlo y, sobre todo, sin quererlo. No me acuséis de curiosa. ¡Dios sabe que no trataba de enterarme de tan odioso secreto! Tenia necesidad de pedir os un favor. No sabiendo á quién dirigirme, recurría á vos. Un criado me introdujo en el salon vecino. Las alfombras ahogan el ruido de los pasos. Las puertas están abiertas. El criado me dió: «El señor va á venir. Os espera.» En efecto, os hice una promesa ayer. No es la promesa la que me trae. ¡Han pasado despues tantas cosas! El metal de vuestra voz, y sobre todo el de la de Justina, que hablaba muy alto, vinieron á distraerme de los tristes pensamientos á que estaba entregada. Nada os preservaba de esta indiscrecion involuntaria...

—¿De modo que sabeis?...

Colette repitió, fria como una estatua de mármol, la palabra que ya habia pronunciado:

—Todo.

El Brasileño la examinó admirado de su calma aparente.

El rostro de Colette no expresaba ni cólera ni indignacion.

Salvador permaneció un instante con la frente apoyada sobre una de sus manos, indeciso, preguntándose si no debia recurrir al asesinato para hacer desaparecer aquel nuevo testigo de su crimen, testigo tanto más temible, cuanto que era víctima de él.

Levantó los ojos hacia Colette, que continuaba inmóvil.

—Somos decididamente enemigos. ¿Qué vais á hacer?

Colette movió lentamente la cabeza y dijo:

—¿Yo? Nada.

Salvador hizo un gesto de sorpresa.

—¿Qué podria yo hacer? ¡Aunque os acusara, quién me creería? Me conocéis mal si pensáis que yo he de ir á molestar con mis quejas á la justicia. Sin embargo, cuando se tienen secretos como los vuestros, se toman más precauciones. Pueden caer en oídos indiscretos. Yo no os

venderé, y preferiría no saber nada. Me cuesta trabajo creerlos culpable de crímenes tan odiosos, y pensar que hubiera podido, en un momento de cobardía, entregarme á vos y llegar á ser vuestra querida. ¡Me sonrojo de vergüenza! Juana y yo estamos agradecidas á vuestra tía por lo que quiso hacer. Sois su sobrino. Obraré como si nada hubiera oído... Os he hablado de un favor. Voy á deciros cual es.

Salvador la contemplaba con estupor.

Estaba de tal modo cambiada, que no la conocía ya. A su encantadora vivacidad había sucedido un profundo abatimiento, una gran languidez.

¿Qué había ocurrido?

Urbano no encontraba una palabra de réplica y no intentó defenderse, como si no se le acusara.

Colette continuó:

—Somos, como sabéis, dos pobres jóvenes criadas lejos de aquí, en Barfleur, en las inmediaciones de Cherbourg. Allí es donde vuestra tía nos recogió durante la guerra. Nuestros padres habían tenido un fin trágico. Mi padre se había ahogado. Era pescador. Se acusaba á un miserable de su muerte. Hay muchos crímenes ocultos—añadió dirigiendo á Salvador una mirada significativa. Mi madre no pudo soportar aquella catástrofe. Estamos predestinadas. La desgracia está sobre nosotras. Mi hermana Juana, un ángel de dulzura y de bondad, ha sido asesinada ayer.

Un sollozo la cortó la voz.

—¿Asesinada Juana?—exclamó Salvador.

—¡Sí, mientras yo estaba con vos!

—¿Pero por quién?

—Lo ignoro, y aun cuando lo supiera, ¿para qué delatar al culpable?

Parecía que Colette estaba ya en el otro mundo y desprendida de los intereses de este.

—¿Asesinada?—repitió Salvador.—¿Cómo!

—Le han dado dos cuchilladas. Ya veis, jóvenes como nosotras, solas en París, pueden te-

ner un mal encuentro. Va á morir; tal vez esté muerta á estas horas, sobre el lecho del hospital, adonde la han trasportado. Os necesitamos. Al abandonar Montiers éramos pobres y no hemos ganado nada aun. No nos queda ya dinero. Cincuenta francos lo más.

Salvador abrió el cajón de su escritorio.

Colette le detuvo.

—Dejadme concluir. Si no hemos ganado nada, es muy natural. Comprenderéis que en los principios, ó no se tiene sueldo, ó este es muy corto. Esto es justo, puesto que no se sabe hacer nada, y los sueldos son proporcionados á los servicios que se prestan. Ahora bien, yo no quisiera que mi pobre Juana fuese arrojada en la fosa común, con desconocidos, en un rincón de esos odiosos cementerios de París. De este París que nos es tan funesto, ni que su cuerpo sirviese de estudio en un anfiteatro. Solamente de pensar en eso me estremezco de horror. Vos podéis evitarnos esta última desgracia.

—¿Cómo?

—Haciéndola trasportar á Barfleur, al cementerio que domina el mar. Allí descansará bajo el florido césped que cubre á mi padre y á mi madre. Esto es todo lo que os pido para ella.

Colette estaba muy pálida. Sus grandes ojos negros, tan vivos la vispera, parecían casi moribundos.

—Para ella, sea—dijo Salvador;—¿pero para vos?...

—Para mí—repuso Colette con visible esfuerzo—no os pido nada más. Si muero... concededme la misma gracia.

—¡Vos morir, tan joven, tan fuerte y tan llena de salud!

—¿Quién sabe? Hoy ó mañana... ¡Un poco más tarde ó un poco más temprano!... ¿Qué me importa eso?... Mientras que me quede un ser á quien amar, á quien consolar, á quien sostener... desearé vivir. ¡Sola, puede ocurrir que el valor me falle, é ignoro lo que me reserva el

porvenir! Hé aqui por lo que he venido á veros. ¿Me habeis comprendido? ¿Qué decidis?

—¿Es eso todo lo que queriais decirme, Colette?

—Todo.

Salvador tendió la mano hacia ella como para atraerla hacia sí.

Colette le miró sin colera, pero con frialdad.

—No puede haber nada de comun entre nosotros dos—le dijo.—Vos sois el verdadero autor de la muerte de Juana. Nos habeis juzgado mal, caballero. Necesitábamos muy poco para ser libres. ¡Si temiais perder una herencia, que no os hubiéramos disputado ¡por qué no os dirigisteis á nosotras y no á seres tan despreciables, á asesinos? Vuestra conciencia estaria tranquila y hubierais conservado la fortuna de vuestra tia. ¡Respondedme!

Colette se levantó.

Salvador obedeció maquinalmente, vencido por la dignidad con que acababa de expresarse la jóven y por el ascendiente de aquella arrogancia del honor y del desinterés, que la agobiaban.

Cogió una pluma y se dispuso á escribir.

—¿Habeis dicho Barfleur?—preguntó.

—Sí, Barfleur, en el departamento de la Mancha.

—¿En donde está vuestra hermana?

—En el Hospital Cochin, arrabal de Santiago, sala núm. 1.

—¿Bajo que nombre está inscrita?

—En el Hospital no se la conoce más que bajo el nombre de Juana Aubin.

—¿Tiene otro?

—En nuestro pueblo, la llamaban algunas veces Juana Barfleur. Fué bautizada con este nombre.

—Puede ser que Juana se salve.

—Si lo creyera, no estaria yo aquí.

—Colette—dijo Salvador levantándose;— os juro hacen lo que deseais; pero en cambio vais

á jurarme guardar secreto acerca de lo que habeis oido.

—¿No os lo he prometido ya?

—Sí, yo queria esa fortuna—repuso Salvador aproximándose mucho á ella y con acento amenazador—porque, así lo comprendeis vos, ahora con el dinero es con lo que se domina el mundo. ¡Sin él se cae en la categoria de los esclavos y de los parias! Y yo no podria aceptar tal vida. Yo no podia sospechar todo lo que existe de noble y de bueno en vos y en vuestra hermana, y os consideraba como enemigas. Para comprar vuestro silencio os daré parte de esa fortuna. Vos fijareis la cantidad.

—Es demasiado tarde.

Urbano cogió de su pupitre un paquete de oro.

—Aceptad al menos esto—la dijo.

Colette, lo rechazó.

—Gracias. Ya no tengo necesidad de dinero. Adios. Acordaos de vuestra promesa.

Y se dirigió hácia la puerta.

Urbano no intentó retenerla.

Comprendió que en efecto nada tenia que temer de ella.

—¿Hé aqui—pensaba,—una desesperada á quien no habrá que temer mañana!

Colette atravesó el gabinete japonés de mamparas de seda con fantásticos pájaros y caprichosos bronceos; despues bajó la gran escalera de madera de encina con elegante balaustre, atravesó el vestibulo de la suntuosa morada y se encontró en la calle.

Salvador, desde la ventana de su gabinete, la siguió con la vista mientras que subia por la avenida de los Campos Eliseos, con incierto y cansado paso.

Estaba agobiada de fatiga, bajo una profunda desesperacion y un disgusto más profundo aún.

Ni aún la admiraba el secreto que acababa de sorprender.

Desde su llegada á Paris habia luchado con

tantas dificultades, con tantas infamias y miserias, que ya no tenía fuerzas para irritarse ni indignarse.

Todos estos dolores la dejaban fría.

Estaba aturdida, como si un golpe la hubiera alcanzado, pero insensible.

Al prometer á Salvador guardar el secreto, lo hacía de buena fe. Renunciaba sin pena á aquella fortuna, con una parte de la cual se hubiera creído algunos días antes muy feliz, para gozar de ella con su hermana y librarla de la esclavitud en que se encontraba.

Pero ahora, ¿para qué quería las riquezas!

—¡Juana iba á espirar! ¡Tal vez ya no existiese!

Al pensar en esto, un dolor agudo la torturaba el corazón!

¡Y muerta cómo! ¿De qué funesta muerte? ¿Qué bandido, qué fiera había podido herir á aquella criatura tan buena, tan encantadora y tan pura?...

Demasiado lo adivinaba.

¡Había sido Servoz, aquel hombre cuyos ojos de fuego la asustaban, y quien la perseguía desde su entrada en el Tisserand.

¡La había asesinado en un acceso de ira provocada por los celos, ó de furor escitado por la resistencia de Juana á sus brutales deseos!

Pero ni aun resistencia para el odio la quedaba á la pobre jóven.

No sentía ni resentimiento, ni deseo de venganza.

¡No sentía más que un gran abatimiento y un inmenso desprecio á la vida y á todo!

Marchaba con paso lento, al azar, con los ojos extraviados y sin ver nada.

Temía entrar en su casa. Una mala noticia debía esperarla en ella.

Y sin embargo entró.

No quería más que entrar un momento, al pasar para ir al arrabal de Santiago y quedarse al lado de su hermana todo el tiempo que se le permitiesen.

¡Hasta recoger su último suspiro, tal vez!

Era un favor que no la negarian.

Así lo esperaba ella al menos.

Cuando llegó al pié de la escalera de su casa, el abuelo Gombault la llamó.

—Señorita Colette—la dijo con tono paternal.

Ella le interrogó con una mirada.

—Nada aun. ¿Subis á vuestra habitación?

Colette dijo con la cabeza que no.

—Es preciso que subais.

—¿Por qué?

—Hay dos caballeros que os esperan.

—¿Ah!

—Es la policía—dijo el buen hombre.—Acaban de llegar.

Colette bajó la cabeza.

¡Era una nueva molestia! La justicia que iba á molestarla, cuando ella estaba tan desesperada.

Subió.

Fué sometida á un interrogatorio que la retuvo dos horas en su casa, cuando era presa de las más vivas inquietudes.

La fué preciso decir como había empleado el tiempo la noche anterior. Confesar que venía de la calle Chaillot. Que había estado en el Pabellon de Armenonville en el momento en que herian á su hermana.

La jóven sorprendió risas irónicas, insultantes, en los labios de los agentes.

Ni aun intentó protestar y sincerarse.

¿Para qué?

Tenía prisa por encontrarse libre.

Por algunas palabras que se le escaparon al juez, comprendió que el estado de su hermana no ofrecía esperanza y que no se conocía al criminal.

Venotte cumplía su palabra.

No había denunciado á Servoz, y le dejaba el plazo prometido.

A pesar de su tacto, el magistrado se mostró mordaz, discutiendo las causas probables del asesinato, y dejó entender, que las jóve-

nes honradas no se esponen á sufrir cuchilladas en los barrios desiertos á las diez de la noche.

¡Como si las obreras y las empleadas, obligadas á volver á sus casas, pudieran hacerse escoltar por una escuadra de municipales ó de Guardias de Corps, para atravesar los parajes peligrosos!

Colette escuchaba con indiferencia y respondía con brevedad.

Concluyó el interrogatorio oficioso, en el cual los testigos están siempre sentados en el banquillo de los acusados, y la joven quedó mas desalentada aun, mas cansada que á la salida del hotel Salvador, y cuando por fin las gentes de justicia la devolvieron su libertad, bajó y pasó de nuevo por delante de la portería.

El buen Gombault la habia preparado una ligera comida.

Por más que insistió, con el mayor cariño, Colette rehusó.

—¡No tengo gana!

Esta fué su única contestacion.

No habia tomado nada desde la comida del Pabellon Armenonville.

Y con paso pesado volvió á tomar el camino del hospital.

Allí no se entra como se quiere.

Cuando la maciza puerta se ha cerrado detrás de un huésped de esos lugares del dolor, forma una infranqueable barrera entre él y los suyos, y únicamente con ayuda de recomendaciones se la puede atravesar.

Cuando Colette llegó al hospital, á las siete de la tarde, el portero se negó á dejarla entrar.

—¿Qué quereis?—la preguntó.

—¡Ver á mi hermana!

—¿Quién es vuestra hermana?

—Juana Aubin.

—Volved el jueves.

Era la noche del martes.

—Habrá muerto, tal vez...

El llavero se acordó.

—¿La herida de la noche pasada?—dijo con menos dureza.

—Sí.

—¿Teneis un permiso?

—No.

—Pedidlo y volved mañana.

Colette, uniendo las manos, le dijo:

—¡Dejadme entrar, os lo suplico!

El portero no tenia el corazon más duro que otro cualquier hombre; pero su cargo le acorazaba contra todo exceso de sensibilidad.

Sin embargo, el dolor de aquella hermosa joven le conmovia é iba tal vez á ceder.

Colette se acordó de pronto de Andrés de Fresnaye, á quien habia olvidado en su turbacion, y pronunció su nombre.

Aquello fué un talisman.

Obtuvo un permiso de dos horas.

Entonces atravesó de nuevo la sala que habia recorrido ya por la mañana, por entre dos filas de enfermos.

Andrés no se habia separado de la cabecera de su amiga.

Allí estaba más abatido, más desesperado que la misma Colette.

Se levantó en silencio, cogió las manos de la joven y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Juana no hacia un movimiento.

Cuando los labios de su hermana tocaron su abrasadora frente, los párpados permanecieron caidos sobre sus ojos, que no veian ya la luz.

Colette murmuró varias veces en sus oídos este nombre tan dulce, con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Juanal! ¡Juana mia! ¡Soy tu hermana! ¡Me oyes?

No recibió contestacion.

Se arrodilló cerca del lecho, cubriendo de besos la blanca mano que Juana tenia extendida sobre la colcha.

Y allí permaneció abismada en su dolor hasta el momento en que la enfermera vino á advertirla que era tiempo de retirarse.



Obtuvo aun por compasion una hora más de permiso.

Transcurrida ésta, dió un último beso á su hermana y se retiró sin pronunciar una queja.

Andrés no habia tenido valor para consolarla.

El mismo no esperaba ya nada.

Todos los síntomas anunciaban un fin próximo, y nadie conservaba más que esa sombra de esperanza que desaparece con el último suspiro.

En el momento en que Colette atravesaba por la puerta del Hospital, se detuvo en ella un coche de punto.

Si se hubiera vuelto, hubiera reconocido al amigo de Andrés de Fresnaye, al doctor Aubry, que se apeaba de él y entraba sin dificultad en el Hospital, del cual habia sido mucho tiempo alumno interno.

El doctor Aubry llegaba de Tours y habia ido á la calle Vizconti. El abuelo Gombault le habia contado las desgracias que ocurrían á sus dos jóvenes inquilinas, y el Tourenés iba al Hospital para ayudar, en caso de necesidad, á su amigo, cuyo amor habia adivinado el viejo jardinero, y tal vez tambien á la hermana de la infortunada victima de aquel drama.

Pero Colette, completamente entregada á su desesperacion, ni aun volvió la cabeza cuando sintió el coche.

Bajaba con pesado paso y la cabeza trastornada por la calle de Santiago.

Cuando llegó á la calle Soufflot, se metió al azar en el primer ómnibus que pasó y llegó á su casa á eso de las once de la noche.

Al pasar por delante del abuelo Gombault no tuvo valor para contestar á su muda pregunta más que con lágrimas.

Le estrechó la mano y subió á su habitacion.

Allí se puso á escribir, y cuando concluyó dobló dos cartas, metiéndolas en los sobres y puso en el de la una estas señas:

«Al Sr. D. Andrés de Fresnaye, interno en el hospital Cochin.»

Y en el de la otra:

«Sr. D. Urbano Salvador, en su hotel, calle de Chaillot, París.»

Hé aquí lo que decía la primera:

«Mi querido Andrés:

»Permitidme que os dé este título. He comprendido desde hace mucho tiempo vuestra delicadeza y el afecto que os inspira esa cuya pérdida me desespera.

»Ella es todo lo que amo en el mundo.

»Abandonadas las dos, sin padres, sin familia, nos habiamos refugiado en una tierna y mútua adhesion. Hubiera dado mi vida por Juana sin vacilar, y estoy segura de que ella hubiera hecho otro tanto por mí.

»Ella os amaba, Andrés, y hubiera sido feliz en poseer una fortuna para dársela al elegido de su corazón.

»Esa fortuna hubiera debido tenerla. La señora Chambly, nuestra bienhechora, nos la habia dejado.

»Una casualidad me ha hecho saber hoy mismo qué crimen nos la ha arrebatado.

»No quiero acusar á nadie.

»No me agrada sobrevivir á mi muy querida hermana.

»¿Qué haria yo, por otra parte, de una vida espuesta á todos los azares y á todas las tentaciones de la miseria, cuyos peligros he podido apreciar á pesar de mi corta experiencia?

»No quiero permanecer aquí expuesta.

»He ahí por qué he decidido morir.

»Y además me es grato pensar que no habiéndome separado nunca de mi hermana, la volveré á encontrar en la tumba, y que nos reuniremos á aquellos que nos han amado en la tierra

bendita en donde duermen desde hace doce años.

»E escuchadme, y en recuerdo de esa desgraciada Juana que va a morir en vuestros brazos, cuidad del cumplimiento del último deseo de vuestras pobres vecinas.

»He ido a ver al señor Salvador, el sobrino de la señora Chambly.

»He obtenido de él una promesa: la de hacer trasportar nuestros restos a Barfleur, al lado de los de Aubin el pescador y de Magdalena Roguet, mi padre y mi madre.

»El señor Salvador vive en el hotel Salvador, calle de Chaillot.

»Os encargo de esta penosa misión, segura de que no me negareis el favor.

»Y ahora, adiós, amigo mío.

»Cuando haya muerto, dad por mí un beso en la helada frente de ese ángel que no ha conocido a su madre y que fué bautizada un día por un sacerdote anciano en la iglesia de nuestro pueblo, bajo el dulce nombre de Juana Barfleur.

»Si algún día quieren calumniar nuestra memoria, decid con energía que hemos muerto sin que pudieran decirnos que habíamos causado ningún mal a nadie y perdonado el mal que a nosotras nos causaron.

»No me queda más que un pariente.

»Se llama Roguet, como mi madre, y vive en Landemer, cerca de Barfleur.

»Nos arrojó de su casa porque su sobrina Magdalena Roguet, mi madre, había cometido el crimen de amar a un pescador con un amor casto y fiel, y porque este pescador, Aubin, era pobre.

»Decidle que le perdono como a los demás y que siento no verle antes de morir.

»Adiós por última vez, Andrés, y gracias.

»Si el ruego de una moribunda es atendido, seréis feliz.

»COLETTE AUBIN.»

La otra carta estaba concebida en estos términos:

«Caballero:

»Os he dicho que no teniais nada que temer de mí.

»Si habeis podido temer que falte a mi promesa, tranquilizaos.

»Cuando recibais esta carta ya no existiré.

»Muero de pena por haber perdido todo lo que amaba en el mundo, y me sustraigo, cobardemente tal vez, a los disgustos y a las vicisitudes de una existencia, para la cual no me creo suficientemente fuerte.

»Sin embargo, poco hubiera necesitado para ser feliz y habíamos forjado muchas veces Juana y yo un sueño que os diré.

»El os probará hasta qué punto estábamos lejos de codiciar una herencia, que era inútil arrebatarlos por medio de un crimen.

»Nos regocijábamos al pensar en que tal vez algún día la señora Chambly separaría de sus millones algunas rentas, aunque modestas, que nos permitieran vivir, cuando ella hubiera faltado, lendiciendo su memoria, en una casita desde la cual veríamos aquel mar, que nos fué en otro tiempo tan funesto, y del cual los que le han conocido no se separan sin sentimiento.

»Este sueño era bien humilde, ya lo veis. Jamás hemos pensado en otra cosa.

»Adiós, caballero; acordaos de vuestra promesa y nosotras rogaremos por vos en la otra vida. Que Dios os perdone como yo lo hago de todo corazón.

»Voy a reunirme a Juana.

»COLETTE AUBIN.»

Cuando hubo acabado estas dos afectivas cartas, la hija del pescador respiró. Abrió la ventana y contempló por última vez

el sombrío jardín en donde había pasado tan buenos ratos al lado de Juana.

Su gracioso rostro recobró su serenidad.

Había tomado su decisión.

Se dispuso con serenidad á su último sueño.

Hizo su *toilette* con refinamiento y coquetería.

Y dispuso con gran calma el lecho en donde se iba á tender para no levantarse más.

Cuando lo hubo preparado todo, puso las cartas sobre la mesa de modo que se las viera al primer golpe de vista.

Entónces se acordó de que el abuelo Gombault había sido muy bueno para con ellas y escribió dos líneas en las cuales le daba las gracias y le dejaba las alhajas que poseía para distribuir las en partés iguales con Andrés de Fresnaye, como un recuerdo.

Después cogió del armario, en donde lo había ocultado, el frasquito de láudano olvidado por el antiguo estudiante de medicina.

Colette se acordaba de la advertencia del Turénés.

—«Con treinta gotas se duerme uno para siempre.»

Las hechó en un vaso y humedeció en ellas sus labios.

Un perfume de vino de España se esparció por la habitación.

Entónces se tendió en el lecho, puso las almohadas bajo su cabeza y de un trago bebió el fatal licor.

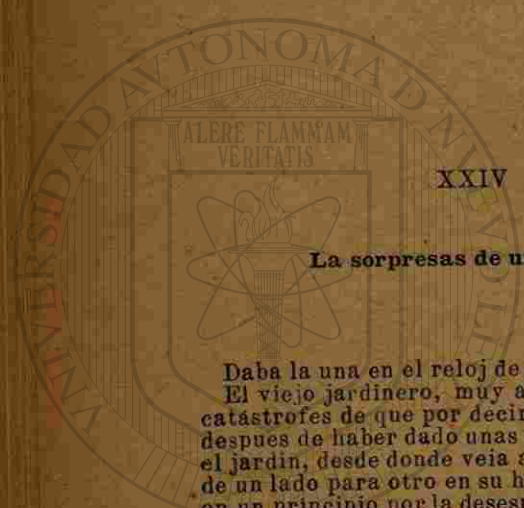
Colocó el vaso sobre la mesa, en la cual ardía una bujía, sus brazos cayeron á los lados; su cabeza se hundió en la batista del lecho y muy pronto un extraño letargo se apoderó de ella.

La parecía que todo giraba en rededor suyo en la habitación; dedicó un último recuerdo á lo que había amado, á lo que había sufrido; vió á Juana en una ráfaga de luz, y dulcemente, por grados, sin agitaciones, descendió á un abismo sin fondo lleno de silencio y de tinieblas.

Aquel cuerpo admirable, joven y robusto, formado para el amor y para recreo de la vista, volvía á la nada.

Colette no había cerrado la ventana.

La bujía continuaba ardiendo sobre la mesa.



### La sorpresas de un portero.

Daba la una en el reloj de la portería.

El viejo jardinero, muy atormentado por las catástrofes de que por decirlo así era testigo, después de haber dado unas cuantas vueltas por el jardín, desde donde veía a su inquilina andar de un lado para otro en su habitación, inquieto en un principio por la desesperación de Colette, y más tranquilo después respecto a ella, había concluido por meterse en su cuarto.

El portero conocía con detalles el asunto de la avenida del Observatorio.

Aquella noche le había puesto Venotte al corriente de lo que había pasado, con esa vanidad propia de las gentes que están mejor informadas de un asunto que las demás.

La reputación del inspector aumentaba muy a las claras, y de aquel asunto del que únicamente sus celos habían sido causa de que se enterara, sacaba para el patron del Tisserand un partido enorme.

Todo el día se había paseado por los inmensos almacenes, dándose aires de hombre que sabe más de lo que dice, contestando a los que le

preguntaban, con tono misterioso y haciendo una mueca especial:

—¡Mañana lo sabreis todo! ¡Hoy no... lo he prometido!

Y los empleados se decían entre sí:

—¡Oh! ¡ese Venotte! Nada se le escapa.

Por otra parte Servoz se condenaba por sí mismo.

No había parecido por el Tisserand.

Llegada la noche, Venotte fué a ver al abuelo Gombault, a quien conocía de larga fecha, y le contó todo lo que había visto.

El buen hombre, gracias al inspector, estaba mejor informado que la justicia, la cual en todos tiempos ha avanzado con mucha lentitud, a tientas y cojeando.

Gombault no ignoraba ni los más pequeños detalles del asunto; las persecuciones de Servoz, la resistencia de la desgraciada joven, y finalmente, la agresión del Saboyano, su ciego furor y su acto de ferocidad tan cobardemente cometido.

Pero a despecho de su verdadera consternación, no perdía el sueño.

Acababa de entregarse en brazos de Morfeo, cuando sonó violentamente la campanilla.

Se incorporó en el lecho sobre uno de sus brazos, y creyendo haberse equivocado, dejó caer de nuevo la cabeza sobre la almohada.

Un nuevo y más violento campanillazo resonó.

El abuelo Gombault se sentó en el lecho y tiró del cordón del picaporte, pero refunfuñando.

¿Quién sería el importuno que llamaba a semejante hora?

El buen hombre oyó pasos en el portal y saltó del lecho.

Sin duda era que le traían la fatal noticia.

Pero mientras que se vestía con precipitación, se abrió la puerta del cuarto y entró una persona, y sin ceremonia se sentó en el sillón

que estaba pegado al lecho, encendió una cerilla y con esta dió luz al mechero del gas.

—¡Uf!—murmuró—¡triste tarea!

Gombault abrió desmesuradamente los ojos para reconocer á aquel nocturno visitante.

Pero por el sonido de la voz se tranquilizó.

—¡Ah! ¡sois vos, señor Aubry!—dijo.

—Sí, soy yo—repuso el doctor Aubry con tono casi alegre.—Os pido perdon por haberos molestado, mi buen Gombault.

El portero se ponía la chaqueta.

—Vengo por un acto de caridad.

Y añadió haciendo un cigarro:

—Espero que me sea tenido en cuenta en el cielo, si lo hay.

—¡Y os creéis un sabio!

—¡Tomal Yo no he visto á nadie que venga de allí; pero he pensado muchas veces en que hay infinidad de canallas que serían muy felices si todo concluyera en este mundo: ¡Eso me da que pensar!

—¡Y la pequeña?—le preguntó el portero.

—Por causá de ella vengo. El doctor Anger acaba de salir del hospital. ¡Se le ha metido en la cabeza sacarla adelante, y á fé mía que hay probabilidades de que lo logre! Se ha podido hacerla salir de su síncope, y el mal no es tal vez tan grande como se temía. Por eso es preciso tranquilizar á la otra. ¿Está en su cuarto?

—Sí, señor Aubry, y tan deseconsolada que da lástima. Me ha hecho derramar lagrimas. Y sin embargo, soy duro de corazón; ¡pobre ángel!... ¡De modo que vos creéis!... Yo no tenía ninguna esperanza.

—Vamos, no habéis tanto. ¿A qué hora ha venido la señorita Colette?

—Cerca de las dos.

—He debido encontrarla cuando salía de Cochin.

—No ha tomado nada durante el día.

—¡Vamos! ¡Venid conmigo! Como comprendéis yo no puedo entrar solo á estas horas en la habitación de una jóven.

El jardinero concluía de vestirse.

Aubry fumaba su cigarro sin ocuparse de él, y recostado en un sillón hablaba consigo mismo.

—La costará trabajo salir adelante á la rubia—se decía—pero en donde hay vida hay esperanza. El cuchillo defese salvaje ha entrado por entre dos costillas, sin penetrar tan profundamente como se hubiera creído. Indudablemente el golpe fué amortiguado ó parado tal vez con el brazo. ó ese bruto de Servoz tuvo un remordimiento.

—Servoz—dijo el abuelo Gombault.—¡Sabeis, pues?

—El comisario ha estado en Cochin hace un momento... ¡No quería hacer hallar á la moribunda! ¡Verdugo! Pero ya lo sabía todo. Quien la ha herido ha sido un Saboyano de su almacén que estaba loco por ella... Un enamorado. ¡Estrafío amor el que mata! ¡El amor es la vida! Juana le rechazó. ¿Estais dispuesto?

—Sí—respondió el abuelo Gombault.

—¡En marcha!

—Va á ser muy feliz con la noticia—dijo el jardinero, proveyéndose de una luz.

—¡Oh! es preciso no exagerar nada—repuso el jóven doctor. Hay probabilidades y hasta ahora se la creía perdida. Eso es todo.

La casa estaba completamente á oscuras.

Los dos hombres llegaron sin inconveniente á la puerta de la jóven.

Aubry llamó, regocijándose de antemano al considerar la alegría que causaría á Colette Aubin la noticia que la llevaba.

Nadie respondió.

—¡Duerme!—dijo el abuelo Gombault.—¡La atiga!

Pedro Aubry llamó de nuevo.

Hubo el mismo silencio.

Gombault se acercó á la cerradura.

—No tengais cuidado, señorita Colette—dijo.

—Es el doctor Aubry, que viene á hablaros.

No recibió contestacion.

No se oía ruido alguno en la habitación.  
—¡Toma!—dijo el joven.—Y la llave está puesta.

—Es extraño—observó el portero.

—Extraño, pero cómodo—dijo el doctor.—  
¡Entremos! La buena intención nos excusa.

En cuanto puso los pies en la habitación se plegó su frente.

La bujía, casi consumida, seguía ardiendo.

La joven, tendida en el lecho, livida y sonriente, con los brazos desnudos, la garganta apenas cubierta por los finos encajes de su camisa, las cartas colocadas de cierta manera estudiada, el vaso vacío, le hicieron temblar.

Temía comprender.

Se acercó con rapidez, cogió el vaso y lo olió.

—¡Se ha envenenado!—exclamó.

Y mirando desde más cerca la cara de Colette:

—Aun respira—añadió.—No hay que perder un minuto. ¿Teneis café en vuestro cuarto, Gombault?

—Sí, señor.

—¡Calentadle! ¡Pronto, agua caliente!... ¡al galope! ¡Café muy cargado!... ¿Ois?... ¡Mucho!

Y empujó al portero para que saliera, repitiéndole!

—¡Pronto! Un minuto perdido, y todo puede haber acabado.

Cuando quedó solo, cogió á la desgraciada entre sus brazos.

Su hermoso y flexible cuerpo le hizo estremecerse. Aun estaba caliente.

—A Dios gracias, llego á tiempo—se decía.—  
¡Y pensar que yo no creía en los milagros! ¡Suicidarse! ¡Pobre muchacha, tan joven y tan hermosa, porque es verdaderamente hermosa! ¡Andrés tenía razón! ¡Mi tipo! ¡Y soy yo quien la ha suministrado el veneno!

Felizmente Gombault trajo casi en seguida lo que el doctor le había pedido.

Pedro Aubry extendió de prisa una receta de tres líneas: «Ipecacuana, seis decigramos. Emé-

tico, cinco centigramos». Y se la entregó al portero, diciendo:

—Corred á la farmacia más próxima y traed lo que os entreguen. Llamad fuerte.

El café es el antídoto más activo del opio. También es el que se encuentra con más facilidad.

Colette había tomado la dosis de láudano justa para morir.

Con algunas gotas se duerme uno; con medio vaso se toma una embriaguez triste; con lo que ella había tomado, se muere con seguridad.

Pedro Aubry llegaba á tiempo.

Hasta las tres de la mañana, gracias á la enérgica acción de los medicamentos que la había suministrado el doctor, no pudo conseguir que volviera á la vida.

Cuando Colette abrió los ojos lanzó un ahogado gemido.

—¡Vos!—dijo.

—Sí, yo que acabo de salvaros! ¡Desgraciada criatura, ¿por qué morir?

Colette murmuró cerrando los ojos:

—¡Juana!

—Está mejor. ¡Eso es lo que venía á anunciaros!

—¿Vivirá?

—Las heridas no son tan graves como se pensaba. Tened esperanza.

Y añadió sonriendo:

—¡Vivireis las dos! ¡Vos también! ¡Os he salvado! No os dejo morir.

—¿Para qué vivir?

—Para ser feliz. ¡Para ser amada!

Colette le dirigió una mirada tan llena de ternura que inundó su alma.

Aquella mirada fué una revelación para Pedro Aubry.

—No habéis—la dijo.—¿Sentís molestias?

—Sí, muchas. Aquí—dijo Colette indicando el estómago.

—¿Y antes?

—No, no sentía nada. ¡Dormía!

El doctor pasó el resto de la noche á su lado, sentado en una silla y prodigándola los más atentos cuidados.

El abuelo Gombault había instalado un colchon en la habitación inmediata.

—No os abandonamos ya—dijo á Colette.

Y dirigiéndose á Pedro Aubry, añadió:

—¡Quién hubiera pensado hace tres meses, el día en que las seguisteis por la calle, que muy pronto habiais de ser los enfermeros de estas dos jóvenes!

Era singular en efecto; pero la vida tiene sus azares.

Todo llega en este mundo, y no es en las novelas donde se encuentran las situaciones más inverosímiles, es en la vida real.

La dos cartas escitaban en el más alto grado la curiosidad del doctor.

Al amanecer salió Colette un instante del le-targo en que estaba sumergida. Y vió que Pedro Aubry miraba con atención los sobres de las cartas.

—Una es para vuestro amigo—le dijo.—Tomadla y leedla. Vos se la entregareis despues.

Aubry obedeció.

Deseaba saber por qué había querido envenenarse. Colette le interesaba ya á pesar suyo.

Con verdadera sorpresa leyó aquella carta tan conmovedora y de tan elevados sentimientos; pero con desagrado é irritación supo que Andrés, su amigo, á pesar de sus consejos, había hablado de amores á la herida del hospital Cochin.

A las seis de la mañana se encontraba Colette casi fuera de peligro.

El sol entraba alegremente por la ventana y los pájaros cantaban en los árboles.

Pedro Aubry se aseguró de que su enferma dormía con tranquilo sueño, observó un momento sus facciones, que habían vuelto á tomar una espression natural, y fué á acostarse en la cama que le había improvisado el abuelo Gombault.

A las nueve y media subió éste por segunda vez y despertó al doctor.

—Señor Aubry—le dijo.

—¿Qué ocurre?

—Una visita para la señorita Aubin.

—¿Qué visita?

—Un caballero... que parece un notario.

—Está bien, voy á levantarme.

Se arregló en un momento y se dispuso á salir.

Colette, con la cabeza pesada, completamente destrozada por las consecuencias de su envenenamiento, examinaba una tarjeta que Gombault acababa de entregarla.

—¡El señor Pescheux!—balbució.—¿Está ahí?

—Ese caballero espera en el portal.

—¿Quiere verme?

—Para un asunto grave.

—Que suba.

Y como Pedro Aubry la estrechaba la mano despidiéndose de ella, Colette insistió para que se quedara.

—Os debo la vida, y no tengo secretos para vos—le dijo.

Pero el doctor se disculpó con discrecion.

—¡Volveré! ¡Os lo prometo!

Cuando salió, tuvo que pararse en el descanso para dejar pasar al abuelo Gombault que precedía á un hombre correctamente vestido con levita negra y corbata blanca.

Aquel hombre era el señor Pescheux.

Todos los habitantes de Compiègne conocian la fisonomía de aquel digno notario.

De estatura regular, bastante delgado y de temperamento sanguíneo, el señor Pescheux, era, cerca de los cincuenta años, de una vivacidad extrema, atemperada por la gravedad de sus funciones.

Era un tipo de honor y de probidad.

Ejercía su sacerdocio con una exactitud modelo y un orden escrupuloso.

May al corriente de los propósitos de la señora de Chambly, no había podido triunfar de su

apatía de criolla, que difería para siempre la confección del testamento auténtico para el día siguiente.

Pero él conocía tanto más el documento preparatorio, cuanto que él le había dictado.

Añadamos á esto que tenía un profundo interés por las dos huérfanas, cuyos encantos habían conquistado su cariño hacía mucho tiempo.

—¿Qué es lo que me han dicho, señorita Colette?...—princípio diciendo el notario—¿que habeis estado á punto de morir?

El abuelo Gombault quiso retirarse.

La jóven le retuvo.

—Es un amigo de nuestra pobreza—dijo al notario.—Podeis hablar delante de él. Hemos tenido grandes desgracias. Tengo la cabeza débil. Quería escapar á mis penas....

—¿En el momento en que van á concluir!

—¿Qué decis?

—Hé aqui lo que me trae.

El abuelo Gombault acercó una silla al señor Pescheux, quien sentándose continuó:

—La repentina muerte de mi cliente la señora Chambly, me causó una penosa sorpresa; pero lo que me admiró más fué no encontrar por ninguna parte un documento importante que yo sabía que existía. Yo había suministrado el papel y dado una minuta para su redacción. Lo sentía tanto más, cuanto que sin tener una avidez extraordinaria perdía con aquella desaparición la gestión de un negocio considerable y veinticinco mil francos que mi cliente me señalaba como honorarios por mi trabajo.

El notario añadió sonriendo:

—Yo no desprecio el dinero honradamente adquirido.

El abuelo Gombault abrió extraordinariamente los ojos.

Aquel *debut* le interesaba prodigiosamente.

El señor Pescheux hablaba con cierta alegría.

—Para mí—continuó—estaba claro que había habido fraude y que una mano criminal había

sustraído aquel documento, que era el testamento, la noche de la defunción de la señora Chambly.

¡Pero qué hacer y qué decir!

¡Yo no tenía derecho á quejarme!

Creí que se había cometido el hecho criminal, que se había consumado el robo y que estábamos perdidos. Sin embargo, me quedaba una esperanza.

La curiosidad de Gombault llegó á su apojeo.

—Una indiscreción de los culpables, una de esas casualidades que pierden á los malhechores, podría descubrirnos algo; era preciso esperar. Tenía á mano un agente, un pobre agente, quien en su reconocimiento por vos y por vuestra hermana, sufría las mismas decepciones y abrigaba las mismas sospechas que yo. El es quien lo ha hecho todo.

—Matías—murmuró Colette.—¡Pobre muchacho!

—Ese testamento que yo suponía robado, y que lo estaba en efecto, ha sido cogido al ladrón. Ese testamento lo tengo yo. ¡Aqui está!

El señor Pescheux presentó, cogido entre el índice y el pulgar de su mano derecha, con delicadeza, casi con respeto, el papel que Justina había sustraído del secreter de su ama, y lo depositó sobre el lecho de la enferma.

Y concluyó diciendo con la satisfacción del triunfo:

—Ese documento vale veinticinco mil francos para mí, señorita Colette; pero yo creo, y estoy seguro de ello, que para vos y para vuestra hermana vale más.

—¿Cuanto?—preguntó el abuelo Gombault electrizado.

—Cuatro millones lo menos—contestó el notario.

El portero, como si hubiera sido herido por un rayo, se apoyó en la pared para no caerse de espaldas.

—¿Qué pensais hacer?—preguntó á Colette el señor Pescheux.



Esta, por toda contestacion, le presentó la carta que habia escrito para Salvador.

El notario la leyó y la hizo mil pedazos.

—¡Cómo! ¿sabiais?... Esto es sublime—dijo,—pero es insensato. No hay que hacer locuras. El derecho es el derecho.

El notario habló largo rato con Colette y se retiró.

El abuelo Gombault quedó solo con su enferma.

—¡Sois feliz!—la dijo.

—Lo seré dentro de algunos días—dijo Colette, pensando en su hermana.—Pero tengo una súplica que haceros.

—¡Hablad!

—Por razones que me reservo, deseo que esto sea un secreto.

—¡Ah!

—Ese es mi deseo, y creo que no puede perjudicar á nadie.

—Es verdad.

—Prometedme, pues, el silencio.

—Bueno.

—¿Para con todos?

—Para con todos.

—Nuestra situacion no ha cambiado en nada.

—¡Puesto que así lo quereis!...

—¡Y somos pobres como antes!

—Está comprendido.

Colette estrechó la mano del portero, y dulcemente cerró los ojos, contenta de esperar, pensando en que aun hay gentes honradas en este mundo.

Hé aquí lo que habia pasado la vispera.

## XXV

## Astucia de indio.

Matias era un propietario que podia disponer de su tiempo.

Esta clase de gente son enemigos peligrosos. Tienen tiempo de preparar un plan, de madurarlo y de ejecutarlo.

Los ciento cincuenta francos que recibia del gobierno generoso con los bravos que se inutilizan en su servicio, no le daban ni aun cincuenta céntimos por día; pero el producto de su pequeño campo le suministraba una provision de patatas, que compensaba el déficit.

Matias era, pues, libre como el aire.

Dueño del secreto de Bidoux y de Justina, se habia prometido apoderarse del documento que éstos habian robado, arruinando a aquellos dos pobres seres á quienes el, por el agradecimiento que las profesaba, llamaba sus pequeñas, cuando hablaba consigo mismo, lo cual ocurría casi todos los días.

Matias pasaba las tres cuartas partes de su vida solo como un lobo en su madriguera ó en los bosques de Montiers.

Desde que habia oído la conversacion de Bi-

deux y de Justina, no se separaba ya del parque de la señora Chambly.

Se deslizaba como una culebra por los matorrales; se pegaba á los troncos de los árboles como una ardilla; se tendía en las altas hierbas como se tiende una liebre sobre el vientre cuando la persiguen los perros.

Así oculto, veía todo lo que pasaba en el castillo.

No salía de él ni un criado, ni una criada, á quien dejara de espiar hasta conocer el propósito de su salida.

Una mañana, Matías, emboscado detrás de unos lilos, al lado de la verja de Montiers, había visto á Bidoux seguir con Justina hacia la estación de Compiègne, en un elegante faeton que el grueso cochero aplastaba con su excesivo peso.

Bidoux se inclinó amorosamente hacia la doncella y la repitió sus instrucciones.

Matías temblaba de inquietud pensando en que podría desaparecer el papel que él quería coger.

Había intentado varias veces introducirse en la casa del jardinero, en donde estaba guardado el precioso documento; pero siempre encontraba la puerta cerrada con llave; además, los barrotes de las ventanas eran fuertes.

Pero Matías no se desanimaba y acechaba la ocasión, con la paciencia de una pantera que espera á una manada de gacelas entre los juncos del lago, en el cual deben beber, so pena de morir de sed.

El testamento estaba allí, en el pabellon que él no perdía de vista.

Era preciso que Justina viniera á cogerlo, y Matías estaba resuelto á todo.

Robar á un ladrón le parecía una obra piadosa, sólo que hubiera sido funesto errar el golpe y dar la vez de alerta á la doncella.

La casualidad debía servir á las miras del pobre diablo.

A eso de las siete y media de la noche, estan-

do de acecho, sintió el faeton, que volvía de Compiègne, rodar en las avenidas de Montiers.

Muy pronto apareció Bidoux, sudando y muy encendido.

Aprovechando su descanso en la ciudad, había estado de francachela, y cuando su asociada estuvo de vuelta, se había apresurado á regresar al castillo.

Estaba impaciente por saber qué era lo que contestaba Salvador á su *ultimatum*.

Habían hablado en el camino.

Las noticias eran buenas.

El Brasileño, desarmado por la lectura del testamento, cedía.

Bidoux no tenía más que presentarse en el hotel de la calle de Chaillot para recoger los valores y encauzar su fortuna.

A quinientos pasos de la casa de su futuro suegro, rodeando con su brazo el delgado talle de Justina, la besó, en acción de gracias por su buen acierto.

Matías, desde su escondrijo, observaba aquella escena con el corazón palpitante.

El faeton se detuvo.

Justina se apeó y vió al coche describir una curva en un paseo y entrar en la cochera, mientras que ella se dirigía hácia la verja del huerto.

El antiguo soldado se acercó con precaución á la verja y vió á Justina acercarse al jardinero y hablar con él.

El viejo, que fumaba tranquilamente su pipa en medio de sus verduras y sus frutales, artísticamente arreglados, sacó una llave gruesa del bolsillo de su mandil y se la entregó á la joven que se dirigió á la casa paterna y abrió la puerta, entrando en ella.

En los ojos de Matías brilló un relámpago.

Aquella vez Justina estaba sola.

Se acercó con cauteloso paso á la verja del huerto y la echó la llave é fin de entorpecer el socorro en caso de alarma.

Después escuchó hacia la parte de las cuerdas y no sintió a nadie.

Matias comprendió que era preciso aprovechar el tiempo.

Entró en el pabellón, cuya puerta estaba completamente abierta, y la cerró.

Justina, que estaba en la habitación inmediata a la cocina, creyó sin duda que el que entraba era alguno de la casa y ni siquiera miró.

Estaba sentada delante de una mesita y arreglaba unos papeles.

Matias se vio obligado a advertirle su presencia, dirigiéndola la palabra.

—Buenas tardes, señorita Justina—dijo con la humildad del hombre que teme ser mal recibido.

La doncella levantó la cabeza.

—¡Ah! eres tú, Matias—dijo con dureza.—¿Qué es lo que quieres?

—Prestaros un servicio.

La doncella se rió con desden.

—¡Tomal! hubiera creído más bien que venias á pedirme que yo te lo prestara á ti—dijo.

¡Matias prestarla un servicio á ella, Justina Perron, que iba á ser millonaria!

—Sí—repuso Matias—vengo á prestaros un servicio positivamente.

—¡Tú desvarías!

—Circulan rumores por el país...

Justina se puso livida; pero aquella transformación no duró más que un momento.

Se rehizo y con tono de burla preguntó:

—¿Y qué pueden importarme á mí esos rumores, mi buen amigo Matias?

—Es que son graves.

—¡Hablarás!—dijo animándose.

El ex-soldado se acercó á ella y dijo bajando la voz.

—Yo no quisiera molestar—la dijo—ni á vos ni al señor Perron, vuestro padre, que es muy buen hombre, pero se afirma que la señora de Montiers no murió de muerte natural.

La doncella fué presa de un temblor nervioso.

—Se añade que alguno, durante la noche, derramó en su vaso una gota de veneno y que la justicia se ocupa de eso.

Los dientes de Justina rechinaron.

Bajó de nuevo la cabeza y se volvió para ocultar su turbación.

—El veneno se encuentra siempre, es fácil averiguar si una persona ha sido envenenada, según parece. Los sabios tienen medios para conocerlo... Pero no es esto solo.

—¿Qué más dicen?—preguntó Justina.

—Se asegura que Bidoux puede encontrarse comprometido... que la señora de Montiers tenía un testamento escrito; que ese testamento estaba guardado en un escritorio, y que el señor Salvador, el sobrino de la señora Chambly, ha dado ó prometido á Bidoux una gruesa cantidad para hacerle desaparecer y despojar á las dos pequeñas de Montiers.

—¿Y quién cuenta esas invenciones?—preguntó Justina con simulada audacia; pero aterrada en el fondo.

—¿Quién? Mañana lo dirá todo el mundo. Hoy no lo dicen todavía más que algunas personas, pero personas influyentes...

—¡El señor Pescheux! ¡Es él!—exclamó Justina.

—¡El señor Pescheux es un hombre honrado, incapaz de una maldad! Hay otros en el país que están celosos de vos y tratan de perjudicaros.

La asociada de Bidoux estaba asustada.

Su crimen surgia de la tierra, por decirlo así, para presentarse ante ella en el momento en que lo olvidaba.

—Así es que he querido venir á advertiroslo—prosiguió Matias con tono patético—porque, como todo el mundo sabe... sois la amiga de Bidoux.

Justina, de codos sobre la mesa y con los dedos entre su cabellos, devoraba su terror y pe-

saba las palabras antes de hablar. Se retorcia aturdida, despavorida por aquella imprevista revelación.

Matias juzgó el momento favorable.

La echó al cuello un lazo que llevaba preparado y la tapó la boca con su ancha y huesosa mano.

Justina intentó gritar; pero la cuerda medio la estrangulaba.

—Ya te tengo—la dijo—echándola al suelo. Ese papel eres tú quien lo ha robado. Está ahí. Lo quiero. Te mataré antes que irme sin él. Entrégamelo y callaré. Asesinaste á tu ama, lo sé. Pero no gozarás de tu crimen.

Justina echaba espuma por la boca.

Hubiera querido poder matar á aquel Matias, pero él era el más fuerte. Se ahogaba, la cuerda se la introducía en la carne.

—Despachemos!—repuso el exsoldado—¡Pueden venir! Tu no ganarías nada con eso, porque, por mi alma, os haré guillotinar á ti, y á tu horrible Bidoux. ¡El papel! ¿En donde está?

Y como Justina callará aún, Matias añadió:

—¡El papel ó acabo contigo, maldita!

La doncella no podía hablar.

Medio muerta, indicó con el dedo un pequeño escritorio con esquinas de bronce.

Matias, sin soltarla, abrió el cajón que ella indicaba, y en el fondo, bajo un montón de cintas y de pedazos de lienzo, vió un papel timbrado, que desplegó con una mano mientras que con la otra tenía medio ahogada á Justina.

Leyó la firma: Juana Salvador, viuda de Chambly; su cara de fiera, cubierta de pelo, se se iluminó por intensa alegría.

Iba á poder demostrar su gratitud á sus jóvenes protectoras.

—Esta bien—dijo dejando á la concella.—Tengo lo que necesitas.

Justina se levantó furiosa, toda convulsa, cubierta de polvo y rechinando los dientes.

Dió un paso hacia la puerta, pero Matias la rechazó con tanta fuerza que volvió á caer en

el suelo, dando con la cabeza en una esquina de un mueble. Brotó sangre de ella.

—¡Me harías matar como á un perro si pudieras—la dijo—pero no te temo! Tú eres quien debes temerme. Solo que Matias no causa el mal por el placer de causarlo.

Se lanzó fuera de la casa y dió vueltas á la llave que estaba en la cerradura.

No había andado aun cien pasos, cuando oyó gritos de furor detrás de él; era Justina que llamaba en su auxilio por la ventana en un verdadero acceso de locura.

Matias era delgado y ágil.

—¡Muerde si puedes, vivora!—la dijo.—¡Ya no tienes dientes!

Y la enseñaba el papel, que agitaba en señal de desafío, burlándose al propio tiempo de Bidoux, que acudiendo se lanzó en su persecución.

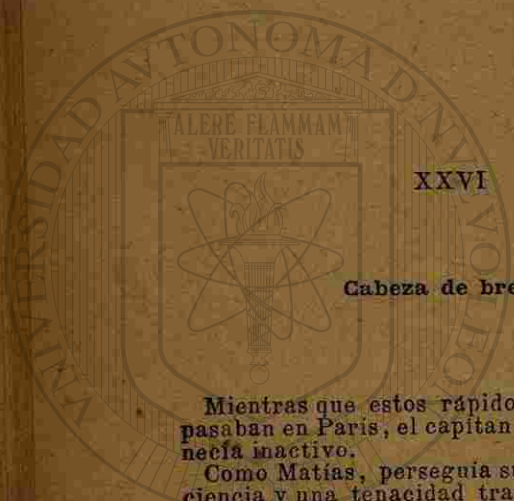
Dos minutos despues atravesaba de un salto las paredes del parque, mientras que el honrado Bidoux, desesperado y faltar de aliento, se dejaba caer sobre un banco.

Matias estaba radiante.

Corrió sin detenerse á través de los campos, hasta Noroy, en donde estaba el señor Pescheux.

El notario escuchó con mucha alegría el relato de la expedición de Matias, escribió é hizo llevar dos líneas á Bidoux, prometiéndole el silencio si no daba ningun aviso á Salvador, y tomó aquella misma noche el tren para Paris.

Ya sabemos lo demás.



XXVI

Cabeza de breton.

Mientras que estos rápidos acontecimientos pasaban en París, el capitán Perros no permanecía inactivo.

Como Matías, perseguía su idea con una paciencia y una tenacidad tranquilas y perseverantes.

Pero su misión era terriblemente ardua, por no decir imposible.

Se necesitaba una circunstancia completamente extraordinaria para atraer a Santiago de Brandes a un lazo y hacerle caer en él.

Nada más difícil que encontrar el punto vulnerable de Santiago.

El capitán Perros estaba a la expectativa.

Corrían en el país malas noticias respecto al barón.

El estado de sus asuntos empeoraba de día en día.

Se afirmaba que se sostenía aún gracias a la condescendencia de Bechard, lo cual era verdad, y que Bechard concluiría por perder la paciencia y apoderarse de los bienes de su deudor,

de quien no le quedaria, como se suele decir, ni un pedazo de pan.

A fuerza de frecuentar Brandes, sin perder de vista sus intereses, Bechard profesaba a Santiago cierto afecto. Su cordialidad le había seducido, como a todos sus inferiores, leñadores ó jornaleros, que con él trataban.

Bechard demostraba una extrema ternura por la casa y sus habitantes y hacia votos por una restauración del amigo que le daba, aun en medio de su miseria, las mejores comidas que él había hecho en su vida.

En suma: es probable que ajustando cuentas hubiera arruinado a su deudor, pero sintiéndolo y derramando una lágrima sobre aquella ruina que él no deseaba.

Así es que a la hora en que el señor Pescheux salía de la habitación de Colette, Bechard experimentaba una verdadera satisfacción.

Hé aquí por qué.

A medida que la deuda de Santiago aumentaba, él frecuentaba más Brandes.

No dejaba pasar una semana sin ir dos ó tres veces a visitar al barón, como si temiera que los bienes que afianzaban su crédito, se convirtieran en humo.

Aquel día había llegado muy de mañana y estaba sentado a la mesa con Santiago, cuando entró en la casa el peatón.

La vieja Susana, que llevaba una gran cazuela llena de anguilas, pescadas por Hilario, entregó al mismo tiempo a su amo una carta cuyo sobre leyó Santiago con diligencia.

Se quedó suspenso.

Desde hacia algún tiempo, el estudiante escribía de tarde en tarde, y cuando lo hacía sus cartas contenían cuatro renglones.

Evidentemente, la oposición del tío había entristecido y herido al sobrino.

No entendían la vida de la misma manera.

Para Santiago de Brandes el dinero, la opulencia, los millones, ocupaban el primer lugar.

Para Andrés el amor estaba sobre todo.

Santiago de Brandes creía que su sobrino se sometía, pero no sin pesadumbre.

Pasado el primer momento de mal humor, el baron dijo á Bechard que saboreaba abriendo mucho su nariz, los buenos olores del humeante plato;

—Con vuestro permiso.

Y abrió la carta.

Llevaba el sello de correos de Barfleur.

Cuando la hubo leído, exclamó:

—¡Buenas noticias!

—¿Qué ocurre?—preguntó Bechard.

El baron entregó la carta á su huésped, diciéndole:

—Leed; esto os interesa tanto como á mí.

Bechard se puso los anteojos y leyó:

—¡Holal! ¡holal! ¡Buen negocio! ¡excelente negocio, en fecho! Nacisteis de pié, baron.

Santiago de Brandes hizo un gesto negativo.

—¡Oh!—dijo.

—¡Si, palabral! Hé aquí un negocio que os viene como llovido del cielo: un negocio con el cual yo no contaba.

La carta era del notario de Barfleur.

Era una carta de negocios, y decía:

«Señor baron:

»Me apresuro á daros cuenta de la visita que acabo de recibir y que os interesa en el más alto grado.

»Un inglés, Mr. John Clarkson, de Liverpool, sale en este momento de mi despacho, despues de haber visitado vuestra posesion, cuya venta habia anunciado yo en los periódicos de Cherbourg.

»Busca una propiedad en la cual pueda construir una villa proporcionada á su cuantiosa fortuna.

»Dice que solo la Honguette puede convenirle, porque linda con el mar en una gran estension, y porque sus playas son muy pintorescas.

»Ha venido entusiasmado.

»Mr. Clarkson está en relaciones con varios negociantes de Cherbourg, quienes me han dado los mejores informes respecto á él.

»Bastante caprichoso por naturaleza, no es dudoso que pagará vuestra posesion el doble de lo que vale, y tal vez más, puesto que, segun él mismo dice, llena completamente sus deseos.

»Os ruego que vengais á Barfleur, á más tardar el viernes próximo, porque él espera una solucion que parece interesarle mucho.

»Si teneis verdadero interés en deshaceros de la quinta, creo poder afirmar que esta es la única ocasion.

»Recibid...» etcétera.

—Cuando yo os decia—repuso Bechard, saboreando la anguila—que no debe uno desesperarse por nada...

—¿Qué me aconsejais?

—¡Que vayais allá, pardiez, y que saqueis el mayor número posible de guineas y de libras á ese inglés que tan rico debe ser!

Bechard estaba muy colorado.

—Desplumar á un compatriota es bueno—dijo;—pero trasquilar á *John Bull* es mejor. No desperdieis la ocasion.

El baron contó por los dedos.

—Miércoles, jueves... Tengo tiempo de ir á Paris—repuso.—Puedo estar allí esta noche.

Llamó:

—¡Hilario!

El criado, que almorzaba en la cocina con el cartero, acudió en seguida, diciendo:

—Presente.

—Prepara la *charrette*. Vamos á tomar el tren á Laigle.

—Sale á la una y veinticinco, señor.

—¡Diablo! ¡No vamos á tener tiempo para llegar.

—Si, llegaremos á tiempo—afirmó Hilario.

Santiago consultó su reloj.

—Las once y cinco—dijo.—Si podemos llegar.

En efecto, pocos minutos despues el baron

montaba en su vehículo, acompañado del fiel criado.

Desde la puerta de la casa le despedía Susana sonriente, y Bechard, en pie al lado de la *charrette*, tendiéndole la mano le decía:

—¡Buena suerte! Sangrad á vuestro hombre... Esas ocasiones no se presentan más que una vez.

Los ojillos del usadero despedían chispas.

Hubiera deseado encontrarse en el negocio para despojar al insular y arrancarle hasta la piel.

Santiago aflojó las bridas y la yegua blanca partió al trote largo por medio de la avenida de encinas.

Tomó el camino de travesía de los bosques del Perche y de la Trapa.

Santiago vió á lo lejos, dominando las olorosas masas de los bosques, el tejado con cubierta de plomo del castillo de los Essarts.

Allí era donde devoraba sus penas ella, la víctima de sus ambiciones y de su salvaje amor.

La frente de Santiago de Brandes se oscureció.

En los Essarts, como enfrente de la Trapa, un remordimiento le hizo avergonzarse y se sonrojó.

Los Essarts estaban cerrados para él.

En el convento no se atrevía á entrar más que raras veces.

Los ojos del exoficial de granaderos de la guardia, se fijaban en él con una dolorosa reprensión que le llegaba al alma.

El hermano Anselmo había pensado más de una vez en el duelo del día de los desposorios. El baron no confesaba nada.

Pero el mayordomo se acordaba de la insistencia con que su discípulo había hecho que le enseñara la estocada del mayor Cavalcanti.

Con ella había herido Santiago al vizconde de Beaulieu.

A pesar de que el trapense le había dicho:

—¡Esta estocada es digna de un canalla y no de un hidalgo!...

El hermano Adselmo veía en esto una de esas infracciones del honor que repugnaba á sus nobles y leales sentimientos.

Santiago de Brandes, con la cabeza baja, continuaba su camino.

¿Qué había conseguido con sus cobardías, con sus crímenes?

En el momento en que la *charrette* salía del bosque para entrar en los áridos campos, cruzó á su lado una victoria tirada por dos magníficos caballos.

Se le oprimió el corazón y se le crisparon los dedos.

En aquella victoria había visto á una mujer que estaba en toda la plenitud de su belleza, recostada sobre los almohadones de satén, al lado de un anciano de cabellos blancos y delicadas facciones.

La mujer era Germana de Roye, el anciano el general de Treville.

Santiago de Brandes llevó instintivamente la mano á su sombrero.

Pero en seguida se apoderó de él una rabia sorda.

La señorita de Roye no hizo el menor movimiento, el general de Treville permaneció inmóvil.

¡Aunque los dos carruajes habían pasado con rapidez el uno al lado del otro, Santiago tuvo tiempo de ver en el frío, en el casi helado rostro de la mujer, esa rigidez del mármol que el constante dolor imprime sobre sus víctimas, y al mismo tiempo una especie de altivez despreciativa para el autor de tantas penas, que redoblaba la violencia de una cólera exasperada ya por su impotencia!

Cuando el baron tomó el *express* de Granville á Paris, en la estación de Laigle, se recostó en un rincón y durante las tres horas de viaje se entregó á las más amargas reflexiones.

¡Cuando bajó del tren se fué á la calle Jacob,

atormentado siempre por aquella cólera impetuosa que no se calmaba!

La cantidad que había recibido de Bechard algunas semanas antes, le hacía rico para mucho tiempo aun.

El baron era económico y hacendoso como una hormiga.

Esto era lo que le había permitido tardar quince años en arruinarse, cuando había llegado ya á un extremo en que un vividor del *boulevard* no hubiera necesitado mas que seis meses.

Aun le quedaba con qué intentar probar fortuna.

Y esa fortuna le sonreía.

Esto es lo que él se decía comiendo solo en el celebre *bouillon* de la calle de Montesquieu, en donde había entrado bastante melancólico, después de haber expedido á Andrés un telegrama citándole para aquella noche, á las nueve en su casa.

Aquel inglés excéntrico que se presentaba tan á punto para sacarle de la miseria, sería su bienhechor.

La suerte se lo enviaba.

Las necesidades del baron eran muy limitadas.

Si podía sacar de la Houquette una cantidad suficiente para solventar su deuda con Bechard y guardar algunos miles de francos, su salvación estaba asegurada.

Brandes, aquella vieja casa casi derruida y á que tanto cariño tenía, le quedaria, y por poco que poseyese, viviria en ella como un ermitaño, sin quejarse.

A las ocho, saltó Santiago de Brandes del restaurant y se dirigió á la calle Jacob.

Al llegar á casa de su sobrino, el portero le entregó la contestación á su telegrama.

El interno le escribía:

«Estoy de guardia. Ven á verme. Imposible salir. Te espero. No tienes más que dar tu nombre al portero.»

Tenía que emprender una nueva caminata, pero agradable, puesto que iba á ver á Andrés, al único ser á quien profesaba un puro y sólido afecto.

Nos engañamos.

Había otro ser que hacía latir su corazón.

Del mismo modo que Germana, sentía él en el alma una llaga que se encontraba á causa de los largos sufrimientos y de las inútiles pesquisas que había hecho durante los trece últimos años.

Santiago también pensaba sin cesar en su hija.

Aquella niña era su constante remordimiento.

¡Aquella criatura perdida era su sangre, mezclada á la de la señorita de Roye!

Aquel corazón de granito no curaba la llaga tan profundamente abierta en el de la madre.

Todos los días en medio de sus devastados sotos; todas las noches en su habitación, saturada aún para él del perfume de la que la había ocupado la funesta noche del 17 de diciembre de 1863; la agradable, la angelical visión de la niña descalza de Barfleur, pasaba ante sus ojos.

¿Volvería á encontrarla?

¿Con qué intrigas lucharía ella en aquellos momentos?

¿Por qué mientras él subía por la calle de Tournon, se le presentaba este recuerdo con más precisión, más claridad, con todas sus circunstancias y detalles?

Le parecía que la pequeña Juana, la niña de Barfleur, marchaba delante de él y que la guiaba como una estrella en aquel paseo que debía terminar fatalmente en las sombrías y funebres paredes de un hospital.

A las nueve llegó ante la puerta y llamó.

El portero, con su gorro negro puesto, sacó la cabeza por el ventanillo de la puerta.

—¿Por quién preguntáis?—dijo.

—Por Andrés de Fresnaye.



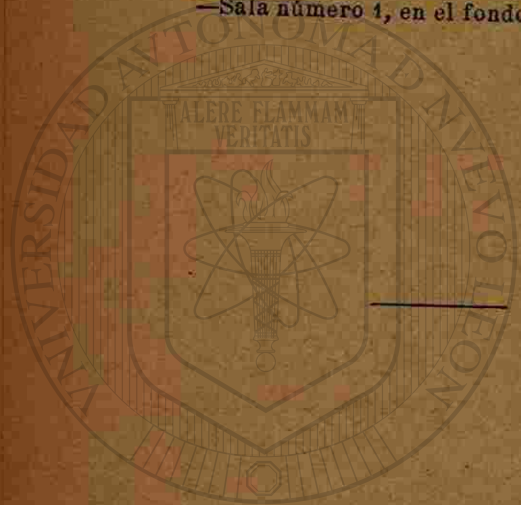
—¿Quién sois?

—El baron de Brandes.

—Entrad.

Y cuando Santiago subía las escaleras, le gritó el portero:

—Sala número 1, en el fondo.



## XXVII

## Luz

Santiago de Brandes conocía la casa en donde entraba.

Pero era la primera vez que penetraba en ella a aquella hora de la noche.

Se sobrecogía al pasar por entre las dos filas de camas, con cerradas cortinas, de donde salían quejas, gemidos ó algún grito agudo arrancado por el dolor á los moribundos, jóvenes ó viejos.

El portero había dicho:

—Sala número 1, en el fondo.

Muy pronto, al resplandor de una lámpara de gas casi apagada cuya débil luz estaba además atenuada por una pantalla verde, lujo desconocido en el hospital, que el interno se permitía en favor de su querida enferma, vió en una especie de gabinetito, al extremo de aquella larga sala, á Andrés tendido en un sillón al lado de una cama de hierro, cuyas colgaduras de tela blanca estaban medio cerradas.

Al aproximarse su tío, Andrés, que medio dormitaba, rendido por la fatiga de las noches

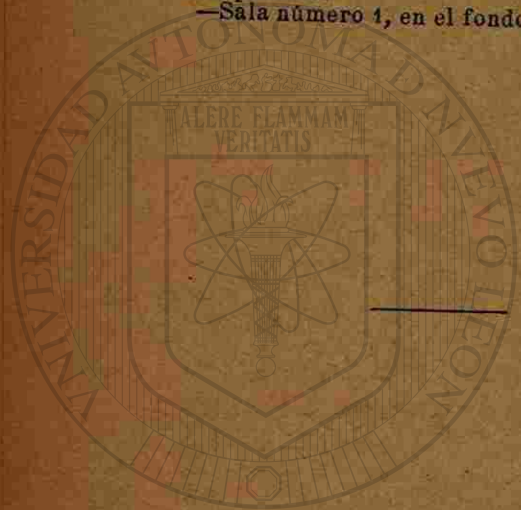
—¿Quién sois?

—El baron de Brandes.

—Entrad.

Y cuando Santiago subía las escaleras, le gritó el portero:

—Sala número 1, en el fondo.



## XXVII

## Luz

Santiago de Brandes conocía la casa en donde entraba.

Pero era la primera vez que penetraba en ella a aquella hora de la noche.

Se sobrecogía al pasar por entre las dos filas de camas, con cerradas cortinas, de donde salían quejas, gemidos ó algún grito agudo arrancado por el dolor á los moribundos, jóvenes ó viejos.

El portero había dicho:

—Sala número 1, en el fondo.

Muy pronto, al resplandor de una lámpara de gas casi apagada cuya débil luz estaba además atenuada por una pantalla verde, lujo desconocido en el hospital, que el interno se permitía en favor de su querida enferma, vió en una especie de gabinetito, al extremo de aquella larga sala, á Andrés tendido en un sillón al lado de una cama de hierro, cuyas colgaduras de tela blanca estaban medio cerradas.

Al aproximarse su tío, Andrés, que medio dormitaba, rendido por la fatiga de las noches

que había pasado en vela y de las angustiosas emociones que había sufrido, se levantó.

Desde que habían llevado á Juana con el pecho herido y el brazo desgarrado por el cuchillo del monstruo saboyano, no vivía.

Completamente entregado á sus angustias, no veía más que un punto en el universo: la cama en que sufría la pobre joven.

Durante algunos días había sufrido todas las torturas de los corazones desesperados.

Ahora estaba algo más tranquilo.

Momentos antes de la llegada del barón, el doctor Anger, su confidente, le había dicho estas palabras, palabras que el sabio doctor no pronunciaba jamás á la ligera:

—¡Respondo de ella!

Santiago de Brandes estrechó en silencio entre sus brazos á su sobrino.

En esos asilos de los heridos de muerte, de los que con frecuencia no vuelven á salir, se habla siempre en voz baja.

El barón, retrocediendo dos pasos, miró al interno un instante.

—¿Qué tienes?—le preguntó con inquietud.

—¡Yo!—dijo Andrés.

—¡Te encuentro muy cambiado.

Una duda pasó por la mente de Santiago.

Aquel amor contrariado debía vivir aún.

¡Era á esto, á la lucha que Andrés sostenía sin quejarse, á lo que debía atribuirse aquel abatimiento, aquella tristeza que se notaba en la cara del interno?

Este adivinó la suposición de su tío y se apresuró á disiparla tratando de desechar su tristeza.

—Es la fatiga—le dijo,—la falta de sueño; desde hace algunos días estamos estenuados. Los enfermos llegan en tropel... Faltan camas...

—¡Ah!

—Siéntate—repuso dando una silla al barón—aquí, muy cerca de mí; estaremos mejor para hablar... pero habla bajo.

—¿Por qué?

—Porque comprenderás que de noche... En medio de estas desgraciadas... Esta mañana han operado á once... y además hay... ahí... en esa cama... una joven gravemente herida.

El corazón de Andrés se oprimió al pronunciar estas palabras.

—¿Y por Brandes—preguntó á su tío,—¿no hay nada de nuevo?...

—Sí... una buena noticia.

—¡Pobre padre!—dijo el interno estrechando la mano de su tío,—son tan raras para ti.

—Parto mañana.

—¿A dónde vas?

—A Barfleur. Un inglés quiere comprarnos la Hongette y tal vez esto sea nuestra salvación. ¡Hablan de un buen precio!...

—¿La venderás?—dijo maquinalmente Andrés.

El hubiera dado todas las riquezas del mundo por la seguridad de la salvación de Juana, de su Juana adorada, que le había dirigido una mirada tan tierna cuando por fin había recordado la vida, al encontrarle á su lado con las manos entre las suyas y mirandola con ojos brillantes por las lágrimas.

—Si puedo—respondió Santiago de Brandes,—puesto que es preciso. No te ocultaré que me dá pena venderla. Es la posesión que nos ha suministrado medios para vivir. Y ella será la que nos salve tal vez...

—¿De modo que marcharás?...

—Por la mañana... Llegaré á Barfleur por la tarde. Veré aquella Tumba de las Langostas, en donde tanto he gozado en otros tiempos. Geneveva Bruccourt impera allí como ama.

—¿Está contenta?

—Sí. Se ha casado con un buen muchacho, un primo de Jeannin, el administrador de Roville, la posesión de la señorita de Roye.

Santiago pronunció este nombre con contenido furor.

Sentía en su corazón la injuria, demasiado

merecida, del viejo general de Treville y de su sobrina.

—El mozo que se ha casado con ella, continuó, hablando de Genoveva, ha hecho un buen negocio.

Un débil gemido que salió del lecho interrumpió la conversacion.

El interno se levantó con viveza y entreabrió las cortinas.

La pálida cabeza de la herida, reposaba sobre las almohadas, pero el baron no podia verla.

Andrés observó un momento á la enferma, se inclinó sobre ella, escuchó su respiracion, que ya era casi regular, y volvió á cerrar las cortinas.

—No es nada—dijo volviendo á sentarse al lado del baron—duerme.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó Santiago en voz baja.

—Una joven á quien dieron dos cuchilladas hace ocho dias.

—¿Graves?

Andrés inclinó la cabeza.

—¿Que edad tiene?

—Diez y ocho años.

—¿Es hermosa?

—Puedes juzgarlo.

Andrés puso un dedo sobre sus labios.

—Mira—dijo á su tío.

La luz de la lámpara era muy débil.

El interno había entreabierto las cortinas. Santiago de Brandes no distinguía bien las facciones de la herida las veía muy confusamente.

Juana dormía con agitado sueño, presa de las visiones que siguen á las grandes agitaciones.

Pronunciaba algunas palabras confusas.

—¿El mar!... Barca... ¡Ahogado!

—Delira,—dijo Andrés,—pero le ocurre pocas veces. Está bastante mejor, la fiebre disminuye.

Santiago de Brandes permanecía inmóvil como clavado en el suelo, conteniendo su respiracion.

Una extraña emocion se apoderaba de él. Se hubiera creído que trataba de fijar en su imaginacion un recuerdo que se le escapaba.

El interno quiso cerrar las cortinas.

El baron le contuvo.

—Espera un poco,—le dijo.

De pronto, un recuerdo acudió á su imaginacion como si una luz hubiera iluminado su memoria.

—La niña de Barfleur,—murmuró con voz ininteligible.—¿Es posible!

Andrés se admiró á su vez.

—¿Qué tienes, padre?—preguntó.

—Nada.

—¿Sin embargo, parece que!...

—Un extraño parecido, con una persona que he conocido...

Santiago de Brandes hizo un potente esfuerzo sobre si mismo y repuso:

—¿Cómo se llama esa joven?

Su voz era tranquila, casi indiferente.

—Juana...—dijo el interno.

Ni un músculo del rostro de su tío se movió.

—Juana Aubin,—concluyó Andrés.

Un involuntario estremecimiento agitó al baron, pero tuvo la duracion de un relámpago. Ya no dudaba.

¡La herida que yacia sobre aquel lecho, era aquella niña á quien él había besado hacia trece años por primera vez en Barfleur, y cuya huella había perdido!

¿Era su hija y la hija de Germana; aquella á quien buscaba desde hacia tanto tiempo, con rabia, con obstinacion, pero en vano; aquella por quien él había registrado Paris y la Francia; Londres y Bruselas!

La reconocía.

La joven recordaba á la niña que iba con las piernas desnudas y los cabellos flotando al viento con sus miserables harapos, á vender lo que había cogido Aubin el pescador.

—¿No tiene parientes?—preguntó.

—Sí, una hermana...

—¿Que se llama?...

—Colette Aubin.

—¿Sabes su historia?

—Han sido educadas en un castillo... despues, á la muerte de una señora anciana, el heredero las ha despedido, y han tenido que venir á París á buscar colocacion...

—¿Hace mucho tiempo?

—Unos tres meses.

Santiago de Brandes dejó caer las cortinas. Se tranquilizó y afectó la más profunda indiferencia.

—¿Y esperais salvarla?—dijo.

—Lo esperamos, sí. Si hubiera debido morir, habria muerto ya. ¡El profesor responde de su vida!

De pronto pareció que el baron se acordaba de algo.

—¿Puedes procurarme lo necesario para escribir?—preguntó.—Tengo que subsanar un olvido.

—Sí,—dijo Andrés levantándose y saliendo.

Entonces Santiago de Brandes se acercó al lecho, descorrió las cortinas, é inclinándose sobre la blanca frente de la herida, la dió un beso rápido y lleno de pasión.

Su impasible rostro no dejaba traslucir nada de la inmensa alegría de que estaba poseído.

Juana vivía, aquella Juana que era su hija y su pesadilla.

Y estaba, por decirlo así, entre sus manos.

Sólo él conocía el misterio de su nacimiento.

El lazo roto entre Andrés y Germana acababa de reanudarse.

—¿Cómo la trajeron aquí?—preguntó cuando el interno volvió con el papel y los sobres.

—Fué herida en las inmediaciones... Este hospital era el más cercano.

—¿Y el asesino?

—Huyó.

Andrés se expresaba con cierta laxitud y casi con aburrimiento.

El tío y el sobrino guardaban su secreto.

El interno colocó todo sobre la mesa, que con el lecho, el sillón y una silla formaban el mobiliario de aquella sala de paredes blancas, sobre las cuales se destacaba la madera negra de la cruz de un crucifijo.

—Ya lo tienes todo preparado, padre,—dijo Andrés.

Santiago se sentó al lado del lecho de su hija y mientras que su sobrino, vencido por la fatiga, dormía en el sillón, escribió lo siguiente:

«Germana:

»Hasta ahora os habeis resistido.

»Vuestra altivez os ha sostenido.

»Os debo una confesion.

»Esa hija que llorais, esa hija del crimen, la que os robé para ocultarla en un lugar, en donde la creia al abrigo de las visicitudes de la vida, me la habia arrebatado una fatalidad.

»Hace mucho tiempo de esto.

»Desde entonces, más desgraciado que vos misma, consagré mi tiempo y el poco dinero de que podia disponer, á buscarla por todas partes!

»Acabo de encontrarla....

»Está en el lecho de un hospital.

»Y en él morirá tal vez.

»¿Permanecereis inflexible?

»¡Más bella que nunca, pura como los ángeles, ha sufrido ya terribles pruebas! Ignora por completo todo lo que se refiere á su nacimiento, y no conoce aún al hombre cuya perversidad le ha dado la vida, ni á la mujer cuya existencia envenena con su pérdida.

»Morirá víctima de vuestro inflexible orgullo?

»¿A vos os toca decidir en esto; á vos sola; á vos, su madre!

»SANTIAGO DE BRANDES.»

Dobló la carta y puso el sobre.

«Señorita Germana de Roye, en el Castillo de los Essarts, por Rouvres, Orne.»

Y guardándola en el bolsillo se levantó. Andrés se despertó al ligero ruido que hizo su tío.

—¿Te vés?

—Es preciso.

—¿No te volveré á ver mañana?

—No, dentro de algunos días, lo antes posible.

—Procura arreglar el asunto, padre, — dijo

Andrés. —¿Deseo tanto verte tranquilo!

—Esperamos que se arreglará.

—Buena suerte.

En el momento en que iban á separarse, el baron se volvió y dijo:

—Es interesante esa joven.

—¿No es verdad?

—Y tú crees que efectivamente vivirá?

—Estoy seguro de ello.

—Bueno, adios, —dijo el baron.

Tío y sobrino se abrazaron.

La maieza puerta se cerró tras de Santiago.

Eran cerca de las diez y media.

En lugar de dirigirse hácia la calle Jacob, se fué á la estacion Montparnasse.

Poniendo allí la carta debia partir con el primer tren. Se ganaba medio dia, teniendo, como tenian los Essarts, un servicio especial en cada estafeta por cuenta del castillo.

El baron marchaba con la cabeza erguida mirando á las nubes.

Veia ya á Germana á sus piés, humillándose de nuevo y cediendo al fin á sus condiciones, por crueles que estas fuesen.

En el momento en que él llamaba á la puerta de la casa de su sobrino, el doctor Aubry hacia lo mismo en la del hospital Cochin.

—Querido—dijo á Andrés,—vengo á decirte adios.

—¿Te marchas ya á Tours?

—Si, mañana.

—¿Y Colette?...

—Fuera de peligro.

—Gracias á tí.

—Gracias á Dios. Ha hecho un milagro por ella. Hay momentos en los cuales, por materialista que sea como médico, no puedo resolverme á negar que existe.

—¿Quédate aun?

—¿Por mi fe que nó!

—¿Temes enamorarte?

—Tal vez. Esa Colette es la gracia en persona. Es un encanto, una alegría, sencilla y comunicativa á despecho de todo. ¡Es una perla! Así es, que por miedo á caer en sus redes, marchó á toda velocidad, es decir, por el primer express; ¡á las ocho y diez! Aquí para entre nosotros, yo creo que esa criatura está en una terrible situacion monetaria. He dejado doscientos francos á Gombault para ella.

Y mostrando el lecho de Juana, preguntó:

—¿Y la tuya?

—Sigue muy débil, pero continúa la mejoría.

—Saldrá adelante, amigo mio. ¡Tú la amabas y se lo decias! ¡Bandido! Ella te adoraba y se lo callaba. ¡Era más cuerda que tú! Colette es quien la ha vendido y sin embargo, no me desdigo; eso es una locura.

—Locura de amor, locura de felicidad, —murmuró Andrés.

Pedro Aubry se sonrió.

—¿Vas á pasar la noche en ese sillón?—preguntó.

—No la abandonaré hasta que no esté como la tuya... fuera de peligro.

—Eres el angel de la abnegacion.

—¿Y tú?

—Yo lo he sido, ya concluí de serlo. Adios, querido, y hasta muy pronto.

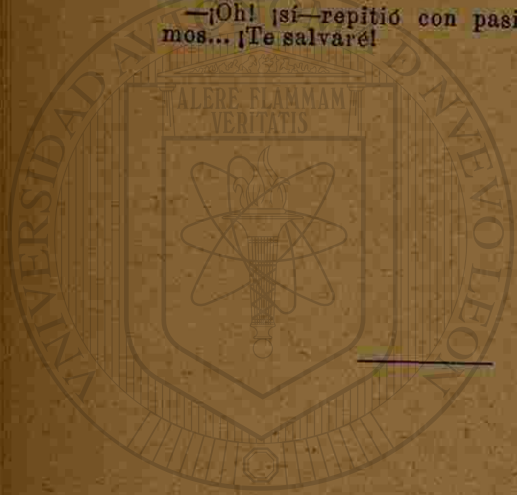
—¿Dices que hasta muy pronto?—preguntó el interno.

—A fe mia, —dijo Aubry con su ruda franqueza,—que eso es tanto como decirte todo. Esto es tal vez una debilidad... voy á intentar olvidarle á mi enferma, pero no estoy seguro de conseguirlo... ¡Y me desespero! ¡He ahí como se vé

uno cogido, en el momento en que menos lo piensa!

Cuando Andrés estuvo solo al lado del lecho de la herida, la cogió una de las manos que tenía extendida sobre la colcha y tocándola con sus labios.

—¡Oh! ¡sí—repitió con pasión,—te salvaremos... ¡Te salvaré!



## XXVII

## En las montañas.

Servoz no había tardado en recobrar su sangre fría.

Cuando se serenó, comprendió todo el horror de su crimen, y al mismo tiempo el peligro que le amenazaba.

Acababa de herir cobardemente en un acceso de ciega cólera, á una joven sin defensa que tal vez estuviera ya muerta y que no había cometido otra falta que la de haberse resistido á sus innobles persecuciones.

Iba á ser traqueteado por la policía y la veía ya sin descanso en su persecución.

Se creía perdido.

Apenas había dado algunos pasos corriendo, cuando se detuvo, comprendiendo que él mismo iba á venderse.

En un abrir y cerrar de ojos abarcó todas las fases de su situación. Era desesperada.

¡Imposible negar su culpabilidad!

El crimen estaba patente. Había tenido por testigo un hombre, un rival, que iba á vengarse, con verdadera delicia, de las humillaciones que había sufrido durante los años que habían

vivido juntos en el almacén, en perpétua y sorda animosidad.

Servoz, bajando hacia el Sena con tranquilo paso, como si fuera dando un paseo, oía aun el tono burlón con que el antiguo polizonte le había saludado, diciéndole:

—¡Buenas noches, s. fior Servoz!

¡Aquel Venotte le vigilaba!

Asistía á aquella odiosa escena. ¡Lo había visto todo!

¡Diez años de odio cuidadosamente reconcentrado se habían revelado en aquellas pocas palabras!

Servoz siguió por el Sena hasta el puente Real, atormentado por la idea del suicidio; pero en el momento en que iba á lanzarse en aquellas turbias aguas que le atraían, se presentó á su imaginación aquel país de montañas en que había nacido, en donde había pasado la juventud, tan diferente de su vida actual, y, atravesando el jardín de las Tullerías, entró en su casa.

Su plan estaba trazado.

Sólo en su habitación, examinó el arma con que había herido á Juana. La hoja estaba cubierta de sangre, ya seca.

Una gran mancha encarnada se extendía sobre la manga y el puño de su camisa.

Se horrorizó y permaneció un momento suspenso.

Pero muy pronto se rehizo su enérgica naturaleza y salió de aquella postración.

Disponía de toda la noche para preparar su huida.

Reunió todo lo que podía llevar en una maleta de mano, esperó el día con impaciencia, y cuando amaneció se dirigió á la estación de París-Lyon, en donde tomó un billete para Nancy.

Tenia el aspecto de un *touriste* que parte para hacer una excursión por Suiza ó uno de esos países tan visitados en el verano. Nadie le inquietó.

Aunque Venotte dió su nombre á los agentes

que le ayudaron á trasportar á la víctima de Servoz al hospital Cochin, cuando fueron á interrogarle, el expreso que conducía al asesino estaba ya en las inmediaciones de Dijon.

En aquel momento estaba ya Venotte desligado de la promesa hecha á Servoz.

Además, aun cuando el no lo hubiera dicho, la voz pública, la de todos los empleados de la casa Plessis y compañía, le hubiera acusado por unanimidad.

Al huir se condenaba.

Desde por la mañana se había oído un grito constante de indignación contra él,

El suceso, como se supondrá, había producido en el Tisserand vivísima emoción.

Cuanto más se elogiaba á la infortunada joven, cuya rivalidad ya no temían, tanto más se desataban en maldiciones contra su asesino. Todas las enemistades, todos los rencores que el Saboyano se había acarreado por su brutalidad y su trato de negrero, sacaban la cabeza y tomaban el desquite.

En todos los rincones se hablaba del drama de la Avenida del Observatorio, y salían á relucir una multitud de anécdotas y de recuerdos que no honraban al jefe de las confecciones.

El patron estaba consternado.

El señor Plessis, bondadoso en el fondo, se entristecía por el espantoso desenlace que él no había previsto.

Enfrente de aquella consternación, triunfaba la señorita Amada, pero con modestia, como cumple á una reina que no quiere abusar de su poder.

Al contrario, ella sostenía al señor Plessis, prodigándole consuelos y redoblando su ternura.

—¡Qué podeis hacer en eso vos?—le decía.—Nada. Esa señorita era demasiado bella para estar en un almacén. ¡Eso ya lo había yo pensado; pero ni vos, ni yo, ni nadie, podíamos adivinar este fin.

Y como argumento decisivo, añadía:



—En el fondo, este es un famoso reclamo para la casa. No se hablará más que de nosotros. Desde el momento en que el nombre del culpable era conocido, no era difícil apoderarse de su persona.

Los trenes expres marchan con rapidez; pero el telégrafo los adelanta.

Sin embargo, Servez pudo llegar á Annecy sin dificultad.

Cuando se bajó en la estación, eran cerca de las cuatro de la mañana.

El día, dudoso aún, le permitió distinguir á la luz del gas á cuatro gendarmes que estaban cerca de la salida completamente armados.

Un repentino terror se apoderó de él.

Abandonando su maleta, saltó del vagón al otro lado de la vía, se deslizó por entre los coches de los trenes de mercancías que estaban sobre los rails, paso inadvertido, gracias á la soledad de los empleados y desapareció.

Los gendarmes, admirados de la ausencia del personaje que les estaba señalado, perdieron el tiempo en interrogar á los escasos viajeros que bajaron de aquel tren nocturno y no sospecharon la evasión del criminal, hasta que registrando los vagones encontraron la maleta que Servez había dejado en su puesto.

Entonces comenzó una persecución que se ha hecho legendaria en los fastos de las brigadas de la Alta-Saboya.

Servez, con la increíble energía de un bandido, se lanzó á las montañas casi inhabitadas, e inaccesibles, que se extienden entre Annecy y Mont-Blanc, ese gigante de la Europa.

Durante diez días, perseguido por todas partes, no descansando ni de día ni de noche, subía las más agrestes cuestas, las gargantas más horribles, caminaba por senderos de cabras y desafiaba á la jauría que venía en su persecución y que ponía tanto empeño en cogerle como él en huir.

En la garganta de la Aiguillette, á pocas leguas de Chamounix, se encontró frente á fren-

te de un gendarme que intentó cerrarle el paso.

Servez con el traje hecho girones, descalzo, con los pies echando sangre, se arrojó sobre él cuchillo en mano, aquel mismo cuchillo con que había herido á Juana Barfleur, empapado aun en la sangre de la infeliz joven, le hirió gravemente y huyó dejándole en tierra medio muerto.

A la noche siguiente llegó á casa de su padre.

Era media noche.

La luna brillaba en el cielo, salpicado de estrellas y de todos lados se elevaban las cimas de los Alpes con luminosos reflejos.

La choza del viejo cantero estaba adosada á una roca escarpada, en donde terminaba un sendero que subía en espiral al pico del Aguila, distante de Chamounix unas dos leguas.

El cantero no se había acostado aún. Desde hacía algunos días corrían siniestros rumores, que habían llegado hasta él.

Los gendarmes de las brigadas de San Gervasio, de Sallanches, y de Chamounix, recorrían las inmediaciones.

Le pedían noticias de su hijo sin explicar la curiosidad, y él se fijaba en que registraban su pobre vivienda con los ojos.

El sargento de Sallanches fué más explícito que los otros.

Advirtió al padre que corrían malas noticias respecto á su hijo; que se hablaba de una joven asesinada...

El desgraciado padre comprendió.

Conocía á Miguel, la insensatez de sus arrebatos y su furor.

El anciano, rudo y honrado, no veía con buenos ojos las ambiciones del Parisiense, como él le llamaba.

Hubiera querido que Miguel, siguiendo el camino emprendido en el seminario de Annecy, se hubiera hecho sacerdote.

Sin embargo, esperaba á su hijo.

—¿Eres tú?—le dijo simplemente cuando Miguel se presentó en la puerta, tostado por el

aire, enflaquecido y con el traje hecho girones.

—¡Entral!

Desde el dintel de la puerta observó el exterior, y no oyendo ruido alguno, echó el cerrojo.

Servoz se había sentado en un banco de madera, con la mirada feroz, extraviada.

El padre se acercó a él y le dijo:

—Te esperaba. ¡Se habla de ti en el país!

—¡Ya?

—Se dice que has dado muerte a una joven.

—Es verdad.

—Tienes la mano muy ligera. Tu pobre madre te lo dijo mil veces. ¡Cuán feliz es con estar en el cementerio!

—No me reprendais—dijo Servoz.—Es demasiado tarde. Dadme de comer. ¡Tengo hambre!

—¡Desgraciado!

Entonces se enterneció el corazón del padre. Se acercó más a su hijo, y viéndole tan abatido, le estrechó contra su pecho sin pronunciar una palabra.

Después sacó de un cajón un pan y un trozo de tocino y los colocó sobre la mesa, sirviéndole en seguida una botella de vino.

Servoz se arrojó sobre aquellos groseros manjares y los devoró con el apetito de una fiera hambrienta.

Al cabo de algunos minutos reposó el padre:

—¿De modo que has cometido un asesinato y comparecerás ante la justicia?

—No,—dijo Servoz.

—¿Qué harás?

—No lo sé.

—No había concluido de decir esto, cuando sonó un culatazo en la puerta.

—¡Ahí están—dijo Servoz dando un salto.—Me buscan. Pero no me cogerán vivo.

Y poniéndose bruscamente de rodillas delante del anciano:

—¡Abrazadme—le dijo—para darme valor, padre, y perdonadme!

El cantero puso las manos sobre la cabeza de su hijo, y dijo solamente:

—¡Vete y muere bien!

Los culatazos redoblaban.

Servoz abrió una ventana que daba hacia la parte de atrás, sobre la roca, casi cortada a pico, y desapareció.

—¡Abrid!—ordenó una voz.

El anciano obedeció.

—¿Está aquí vuestro hijo?—dijo el sargento de gendarmería de Chamounix.

—Puede ser.

—Está acusado de asesinato.

—Lo ignoro.

—Venimos a prenderle. ¿En dónde se oculta?

—No soy yo quien debe entregároslo.

El sargento había entrado en la casa.

Seis gendarmes estaban delante de la puerta.

Los cañones de las carabinas brillaban a la luz de la luna.

En el fondo, por la abertura de la ventana, se distinguía la lejana perspectiva de las gargantas del Pelerin y los horribles barrancos, abiertos por los torrentes, que se precipitan de la cima de las neveras del Geant y de la Argentiére.

—¿No quereis decirnos dónde está?—repuso el sargento.

—Buscad.

El anciano se arrodilló y oró mientras que los gendarmes registraban los rincones de la choza, operación que no era difícil, porque la choza era pequeña.

De pronto, un gendarme que se había colocado sobre la chimenea, dió un grito.

—¡Alerta!—dijo,—el hombre se nos escapa.

Servoz, por un esfuerzo sobrehumano, había trepado por la escarpada roca a que la choza estaba adosada, y su negra silueta se veía destacarse de la cima, a la cual acababa de llegar, a unos doscientos pasos por encima del tejado.

Entonces dió principio una horrible caza.

Otros gendarmes de la brigada de San Gervasio, emboscados a la vuelta del sendero que rodeaba, por decirlo así, los costados de aquel desnudo pico, cortaban la retirada al fugitivo.

A las dos de la mañana, en aquella soberbia noche, clara como un día del Norte, Servoz, atrincherado en una meseta estrecha que tenía debajo un abismo de trescientos metros de profundidad, abismo en el fondo del cual rugía un torrente engrosado por el deshielo de las nieves, se vio cercado en este último asilo y en la imposibilidad de dar un paso más.

En el momento en que los gendarmes iban a apoderarse de él, hizo la señal de la cruz sobre su frente y se clavó en el pecho el cuchillo con que había herido a Juana Barfleur, cayendo de cabeza al abismo sin exhalar un grito.

## QUINTA PARTE.

### EL FARO DE ROVILLE

#### I

#### El último golpe.

Santiago de Brandes había calculado bien. No ignoraba que en los negocios, los detalles más insignificantes aseguran muchas veces el éxito.

Su carta salió por la mañana de la estación Montparnasse, una hora antes de que él tomara el tren de Cherbourg.

A las dos la recibía el cochero de los Essarts, en el correo de Rouvres, con un paquete de correspondencia y periódicos, y emprendía la marcha hacia el castillo.

La contestación no era urgente.

Otros gendarmes de la brigada de San Gervasio, emboscados a la vuelta del sendero que rodeaba, por decirlo así, los costados de aquel desnudo pico, cortaban la retirada al fugitivo.

A las dos de la mañana, en aquella soberbia noche, clara como un día del Norte, Servoz, atrincherado en una meseta estrecha que tenía debajo un abismo de trescientos metros de profundidad, abismo en el fondo del cual rugía un torrente engrosado por el deshielo de las nieves, se vió cercado en este último asilo y en la imposibilidad de dar un paso más.

En el momento en que los gendarmes iban a apoderarse de él, hizo la señal de la cruz sobre su frente y se clavó en el pecho el cuchillo con que había herido a Juana Barfleur, cayendo de cabeza al abismo sin exhalar un grito.

---

## QUINTA PARTE.

---

### EL FARO DE ROVILLE

---

#### I

#### El último golpe.

Santiago de Brandes había calculado bien. No ignoraba que en los negocios, los detalles más insignificantes aseguran muchas veces el éxito.

Su carta salió por la mañana de la estación Montparnasse, una hora antes de que él tomara el tren de Cherbourg.

A las dos la recibía el cochero de los Essarts, en el correo de Rouvres, con un paquete de correspondencia y periódicos, y emprendía la marcha hacia el castillo.

La contestación no era urgente.

El baron se creia ya seguro del éxito.

Así era que su fisonomía, de enérgicas facciones, manifestaba una gran alegría; sus ojos brillaban de una manera singular, con la llama de todas sus esperanzas reavivadas, mientras, que el expres que le conducía atravesaba, en el momento que su carta llegaba á los Essarts, los accidentados terrenos que se estienden entre Valognes y la punta de la admirable península del Contentin.

No le parecia mal dejar á la señorita de Roye tiempo para reflexionar y descansar el mismo de las poderosas emociones por que acababa de pasar.

¡Por qué singulares fases de fortuna pasaba!

Desesperado pocos dias ántes, perseguido por la miseria y la ruina, abatido, como un herido olvidado sobre un campo de batalla, se levantaba por medio de un triunfo seguro.

Germana cederia.

El baron estaba seguro de ello.

El pensaba que el amor maternal del cual tantas pruebas le habia dado ya, vencería su orgullo, y que si al pronto se resistia como un caballo que retrocede, resistiéndose á la espuela y al látigo, concluiria por doblegarse, por declararse vencida y someterse.

Santiago de Brandes se engañaba.

Y se engañaba en perjuicio suyo.

Germana no sintió la rebelion del orgullo que él preveía.

Se rindió en seguida.

Ya no tenia fuerza, ni amor propio, ni aun dignidad, podíamos decir, si aquella mujer tan orgullosa y tan altiva hubiera podido perderla.

La larga lucha que habia sostenido, las torturas que habia sufrido, agotaban su valor.

Estaba agitada por una sola idea: su hija. Y no tenia más que un deseo: ¡encontrarla!

Todo lo demás desaparecia ante aquel reflejo que la cegaba.

Desde que habia vuelto á los Essarts, ni aun intentaba distraerse de ese pensamiento.

Se complacia en él y á él se abandonaba completamente.

Pero al menos allí, en medio de aquellas soledades, en donde habia tantos recuerdos de su infancia, ya no se veía obligada á reprimirse.

Los dias se deslizaban en una perpétua monotonia, pero no sin cierta dulzura.

Desde por la mañana montaba á caballo, sola la mayor parte de las veces, porque el general no estaba ya en edad de entregarse á tan violentos ejercicios, y se lanzaba al galope en pleno bosque para aturdirse, buscando los sitios más desiertos y los más salvajes.

Cuando volvía, despues de aquellas furiosas escursiones, prodigaba á su tío los más atentos y cariñosos cuidados,

El general sobrellevaba su ancianidad con un resto de vigor.

Solo que su vista, muy debilitada, no le permitia leer sus cartas y periódicos. Germana era quien desempeñaba el oficio de lectora.

El anciano no era, por lo demás, difícil de satisfacer.

En pocas palabras hubiera podido su sobrina ponerle al corriente de las noticias; pero ella queria pagarle con atenciones y cuidados los servicios que de él habia recibido y las pruebas de cariño que aquel excelente hombre no cesaba de prodigarla.

Era un conmovedor espectáculo el de aquellos dos privilegiados seres, tan decididos el uno por el otro, tan desgraciados en su opulencia como Juana y Colette lo eran en su pobreza.

En el momento en que la carta de su primo llegaba á los Essarts, Germana estaba sentada en la habitacion del anciano, una vasta celda en la cual el único mueble notable que habia era una gran cama de retorcidas columnas.

Ursula entró llevando en una bandeja los periódicos y la correspondencia del señor de Treville y de su sobrina.

Germana interrumpió una lectura que habia

comenzado y dirigió los ojos á los papeles que su doncella acababa de entregarla.

Al descubrir entre algunos otros un sobre en el cual reconoció la letra del baron, palideció y lo rasgó con viveza.

A las primeras líneas, vió el general que su rostro se contraía.

Germana apoyó una mano sobre el pecho como para comprimir los latidos de su corazón, y pasó la mano por los ojos como para conjurar un deslumbramiento.

—¿Qué es eso?—preguntó el general incorporándose.

—Escuchad.

Germana leyó en alta voz, en presencia de Ursula, lo que el baron había tenido la audacia de escribirla.

Y cuando hubo acabado:

—¡Siempre este hombre!—murmuró dejando caer la cabeza sobre el pecho.

El general no encontró una palabra de consuelo que decirle.

Desde hacia mucho años había juzgado á Santiago de Brandes.

Aquel carácter indomable, no dejaba abrigar ninguna esperanza.

Seguía el plan que se había trazado con inflexible rigor.

Dueño de su secreto, le había puesto un precio, y no se volvería atrás de su palabra.

Germana se acercó al anciano, su refugio en sus grandes dolores.

Y como el día del duelo al pié de la Encina Hueca, se arrojó en los brazos del general, murmurando entre sollozos:

—¡Ah! ¡tío!

Ursula permanecía inmóvil, muda espectadora de aquella escena, parecida á tantas otras de que había sido testigo.

—¿Qué vas á hacer?—dijo el general cogiendo las manos de su sobrina.

—¡Yo!—exclamó extraviada.

Y sin vacilar un segundo, añadió:

—Lo que exige.

—¿Y Roberto?—observó el anciano.

—Iré... le pediré que rompa, de acuerdo conmigo, nuestro matrimonio... que no se oponga al divorcio... ¡Me ama!... Tiene un corazón noble... ¡Consentirá!... Quiero que lo sepa todo al fin...

Germana se había sentado á los piés del general en un taburete.

Se levantó en un estado de exaltación que contrastaba con la calma que afectaba ante las gentes.

—Sí, he sufrido demasiado. Se me agotan las fuerzas... ¡Quiero mi hijo! ¡Poco me importa el resto! Pero saber que se encuentra en la miseria, lejos de mí, sin una mano que la sostenga, sin una persona amiga que la consuele... ¡puedo consentir esto?... ¡Me volveré loca! ¡No es verdad que lo aprobáis? ¡No es verdad que tengo razón, que no puedo conducirme de otro modo? ¡Mi hija debe ser ante todo! ¡Está enferma en el lecho de un hospital! ¡Tella, la hija por quien daría mi sangre!... ¡Ah, el miserable! ¡Es preciso rendirse, obedecer! ¡Ursula!

—Señorita.

—Di que enganchen en seguida.

—¿Adónde vas?—preguntó el general.

—¿Adónde? Es muy sencillo. Acabo de decirlo. A Beaulieu. ¡Quiero ver á Roberto! ¡Quiero ver también al conde!

Germana se expresaba con una pesadumbre singular. Todas las heridas de su orgullo se volvían á abrir. Consideraba el paso que iba á dar como una rehabilitación y como una venganza para ella. Como una derrota para el viejo hidalgo.

—Supongo que se admirará cuando yo se lo diga todo—añadió.—Todo, sin rodeos y sin reticencias. Se arrepentirá de habernos tratado con tanta dureza. Es de esperar que me escuchará cuando sepa por qué me conduje de aquella manera, por que seré la mujer, sí, ¡la mujer! ¡de ese ser á quien tuve por amante! ¡Ah,

él me creyó embustera, vil, odiosamente criminal! ¡Me parece que mi falta está suficientemente espiala! ¡Tal vez, al saber lo que he sufrido durante veinte años, me perdonará el mal involuntario que he causado á su hijo y el que voy á causarle! ¡Venid vos conmigo, tío, os llevo!

Y como Ursula no había salido aun de la habitación:

—Pero id pronto—ordenó Germana con impaciencia.

Ursula intentó hacer una tímida objecion.

—El capitán Perros está en Barfleur—dijo.

—Y bien, ¿qué?

—El capitán tiene buenas esperanzas.

La señorita de Roye se encogió de hombros.

—Ilusiones—dijo.—Ese pobre Perros hace lo que puede, pero conoce mal al hombre con quien tiene que luchar. Santiago es el hombre de todas las astucias y de todas las audacias... Nos lo ha probado bien. Y además—añadió golpeando el suelo con el pie—¿tengo tiempo que perder? ¡Mi hija está enferma, espirando tal vez en el hospital! ¡Id, Ursula, id pronto!

Ursula salió.

—¡En el Hospital! ¿lo entendeis, tío? ¡Ah, qué monstruo!

Se volvió á sentar á los piés de su tío.

—¡Que la recobre, que la vuelva á ver, que la tenga—dijo,—y el resto no me importa!

Germana miraba al anciano, buscando en sus ojos un consejo, un signo de consentimiento, una muestra de aprobacion.

El señor de Treville la cogió la cabeza entre sus delgadas manos.

—Y yo, mi pobre martir—la contestó con la agradable bondad de los abuelos,—que la sonrísala vuelva á tus labios; que esos bellos ojos no derramen ya más que lágrimas de alegría, en lugar de los torrentes de tristeza que de ellos he visto salir, es todo lo que pido!

Se oyó el ruido de un carruaje que rodaba

por la arena de los paseos y que se colocaba delante de la puerta del castillo.

—Vamos, tío—dijo Germana—¡cogeos á mi brazo y sostengámonos el uno al otro! ¡Con vos allí seré fuerte, ya lo vereis!

La habitación del general estaba situada en el piso bajo del castillo.

Atravesaron una serie de salones y llegaron á la puerta.

El cochera y el lacayo oyeron con gran admiracion la orden que se les daba.

—¡A Beaulieu!

Desde la lúgubre jornada de la boda, no se habían vuelto á encontrar jamás los dos antiguos amigos.

Pero la orden era clara.

La victoria emprendió la marcha por la avenida secular, en una extension de media legua corta y una soberbia linea recta de bosque de los Essarts.

Despues rodó á través de una serie de bosques y sotobosques, dependientes de los bosques de la Trapa, y pronto se distinguió, por encima de las ondulosas y verdes pendientes, la masa solemne y triste del castillo de Beaulieu.

La victoria atravesó una avenida más corta, pero tan bella como la otra. Dió vuelta en un patio de honor y se detuvo en un ancho pórtico de magnífica piedra de Alenson.

Un lacayo que dormitaba en una banqueta del vestibulo, se levantó.

Su cara expresó una admiracion parecida á la que había expresado la del cochera y el lacayo cuando recibieron la orden, al oír que Germana le decia, con segura voz:

—Hacedme el favor de anunciar al señor de Treville y su sobrina.

El criado abrió las dos hojas de la puerta del vestibulo y se separó diciendo:

—Si el señor general y la señora quieren entrar en el salon?... Voy á prevenir al señor conde y al señorito Roberto.

su infancia, a los tiempos en que eran casi hermanos, felices de verse, de hablarse y de consolarse el uno al otro por aquella discreta simpatía.

Tan luego como Roberto vió llegar la victoria, salió precipitadamente de su habitación.

Es inútil decir que el interior de una casa, en donde viven dos hombres, divididos por un sentimiento tan profundo, carecía de alegría.

El padre y el hijo guardaban, el uno para con el otro, las mayores consideraciones, una actitud afectuosa y digna por ambas partes, pero el inflexible cazador, no perdonaba á su heredero la decadencia de su raza y su debilidad para con una mujer, á la cual el conde, austero y rígido como decía irónicamente Germana, profesaba odio y desprecio, tanto más profundos, cuanto que su ternura por ella había sido muy viva.

Desde que Roberto se negó á romper los lazos que le unían á Germana, fué evidente para el padre que el apellido de Beaulieu estaba fatalmente condenado á desaparecer.

La casa parecía una tumba.

Durante las temporadas de caza, el viejo monterero, siempre robusto, corría los bosques detrás de sus perros y descargaba sobre los ciervos, los jabalíes y las liebres de los bosques vecinos, el furor que concentraba en sí, pero los meses de verano eran penosos.

Roberto tenía á cada instante esplosiones de cólera que no estallaban jamás.

Aquel día Roberto, tuvo un momento de temor.

El choque era inminente.

La llegada del general y de su sobrina no podían menos de provocar un estallido.

Así es que bajó con precipitación la escalera para acudir al salón en donde sus vecinos esperaban.

El general y Germana conocían bien aquella inmensa pieza, completamente artesonada, cuyo principal adorno consistía en retratos de

## II

## El sacrificio.

La promesa hecha en París por la señorita de Roye se realizaba en los Essarts.

Germana había encontrado con frecuencia á Roberto desde su vuelta.

En la sombra de aquellos lugares, en donde había nacido y se había desarrollado su intimidad, se dulcificaban los sufrimientos que la separación causaba al exoficial.

Le parecía que se borraban veinte años de su vida y que volvía á los hermosos días de su juventud.

Poco á poco se olvidaban las miserias del pasado.

Aquellos dos seres, tan mal tratados por la suerte, se reunían casi todos los días en el paseo. Una hada bienhechora les conducía el uno hacia el otro.

Entonces los dos, evitando la presencia de testigos, como si su reunión hubiera sido un crimen, caminaban el uno al lado del otro hablando del pasado, sin hacer alusión alguna á las causas de su separación, ni aun á su amor de otros tiempos, limitándose á los recuerdos de



—Y cuando en el momento en que en medio del aturdimiento de un duelo, me hubiera querido impedir á costa de mi vida, intenté defenderme y explicároslo todo, ¡me rechazasteis! Os negasteis á oírme, uniendo á las torturas que sufría, la de verme despreciada por los dos hombres cuyo afecto apreciaba yo por encima de todo, vos, á quien profesaba un cariño filial, y Roberto, á quien mi corazón se había entregado libremente y sin cálculo, espero que me dispenseis al menos el honor de creerlo.

Su tono se había vuelto acerbo.

La rudeza del conde, le crispaba los nervios. El orgullo de su raza se reanimaba.

No se trataba ya de una confesión sino de una lucha.

Germana quería desquitarse de los desdenes y de la actitud hostil del viejo castellano.

Y entonces, á grandes rasgos, contó los nefastos acontecimientos de la noche del 17 de diciembre de 1863, las mortales inquietudes que la siguieron, su alumbramiento en Jersey, la desaparición de su hija y los esfuerzos que había hecho para defender su reputación comprometida.

—Era mi honor y el de vuestro hijo lo que yo defendía,—dijo al fin—su vida amenazada, lo que yo quería proteger, evitando al mismo tiempo un odio de familia cuyo desenlace no podía menos de ser funesto con un adversario resuelto á todo como Santiago de Brandes. Esperaba que vuestra amistad me permitiera, al menos, el honor de una explicación; que me concederíais el derecho de defenderme si alguna calumnia llegaba á vuestros oídos. Me engañé. Sufrimos el castigo cruelmente y tal vez tuviérais razón hace un momento. ¿Para qué remover cenizas, frías desde hace ya tantos años?

El conde parecía presa de una emoción de la cual procuraba en vano defenderse por las tenaces dudas que le dejaban las explicaciones de Germana.

—Os lo he dicho todo—continuó Germana.—Me ha costado mucho. Y comprendo que no me creéis. Sé que hubiera debido hablar antes. Pero debéis pensar que hay confesiones que no se hacen más que á un sacerdote, en la soledad y en el secreto del confesionario, y en aquellos tiempos os hubiera encontrado más incrédulo aún. El orgullo ha cerrado mis labios, y callaría hoy como entonces si no tuviera que defender mis intereses y los vuestros y si el verdadero culpable, el único culpable, no me hubiera suministrado, en la alegría de su triunfo, la prueba de mi inocencia.

Germana sacó la carta de Santiago de Brandes y se la presentó al conde, diciéndole:

—Leed.

El conde la leyó con atención.

Cuando llegó á la firma: Santiago de Brandes, escrita con todas sus letras, se mordió los labios y sus ojos se fijaron en los árboles del parque con obstinación, como si esperara ver surgir una idea que huía de él.

—Ya veis, caballero—continuó Germana—que he sido víctima de un lazo, de una indigna traición, y que, después de haber sido la más desgraciada de las mujeres, soy la más desgraciada de las madres. Puede ser que aún abriguéis alguna duda. Si hubiera amado verdaderamente á Santiago de Brandes; si en un momento de debilidad, de cobardía ó de locura, hubiera accedido á sus deseos, ¿creéis que hubiera vacilado un momento en reparar aquella falta, entregándome á él para siempre después de haberle pertenecido voluntariamente un instante? Eso sería conocerme mal. Inocente, no teniendo nada que censurarme, me creía fuerte. Pensaba que podía conservar á la vez á la que él llama tan justamente la hija del crimen y el amor del hombre que tan libremente había escogido. He perdido los dos. Cuando Santiago de Brandes me decía á dos pasos de Roberto moribundo: «¡Volverás á ver á tu hija el día en que seas mía!», vos, caballero, con un

gesto que no olvidaré jamás, me arrojábais de vuestra familia como indigna, y, sin la ternura de mi tío, que me ha salvado de mi propia desesperación, no me veriais hoy aquí.

Germana se expresaba con una gran vivacidad, casi agresiva.

—Germana...—suplicó Roberto.

Ella repuso con frialdad:

—No me juzguéis mal, amigo mío; estoy cansada de todo, cansada de ser mal juzgada y de soportar un castigo que no he merecido, lo digo muy alto. Huí de miedo a ceder á los deseos de ese hombre, cuya tenacidad no conocéis. Poco á poco todas mis heridas se han cicatrizado. Amaba á Roberto con toda mi alma, no lo oculo. Largo tiempo, la idea de sus penas, la del desprecio que le merecía, me atormentaron sin dejarme un minuto de reposo. Despues el olvido descendió á mi como un sueño. Me he acostumbrado á la idea de mi soledad y de todas esas ruinas del pasado, una sola imagen se ha elevado atrayéndome de nuevo á este país del cual había desertado. Esa imagen es la de la niña de Jersey, cargada con tantas maldiciones, puesto que me deshonraba y cuyo recuerdo me perseguía sin cesar, más vivo á medida que los años pasaban. Era para mí una idea fija; una verdadera alucinación. Veía á mi hija crecer sin madre, sin consejos, sin apoyo, entregada á todas las vicisitudes de la vida y de la pobreza. Nada podía descubrir sin él; volví decidida á todo, á comprar el secreto del baron á cualquier precio que fuese. Fui á buscarle á su casa en París, á una triste habitacion de estudiante. Estaba arruinado, casi sin recursos. Pensé obtener facilmente lo que queria, sobre todo á causa de su sobrino á quien sabía yo que amaba. Le ofrecí todo. Me respondió:—¡Mi precio sois vos!—Se mostró inflexible. Le abandoné amenazándole. He recurrido á toda clase de medios. ¡Pero en vano! Entónces intenté resistir aun. Venis á encontrarme cobarde, sin orgullo, sin corazon, tal vez. ¡En el momento en

que he recibido esta carta, estaba resuelta á someterme... á ceder... ¡estaba vencida!

Se detuvo.

Lo que tenia que decir para terminar, la costaba trabajo.

Levantó los ojos hácia Roberto.

Estaba aterrado.

Tal vez preveía lo que Germana iba á decir por conclusion.

Ella se acercó á él.

—Roberto,—le dijo—somos víctimas de una estraña fatalidad. ¡He apreciado, creedlo, la nobleza de vuestros sentimientos y la estension de vuestro cariño, y si tuviera necesidad de un consejo á vos es á quien se lo pedi íal! ¡Esa criatura, que lloro, que busco desde hace tantos años, no puedo dejarla morir sin volverla á ver! ¡No quiero que espire sin recursos, maldiciéndome, en el lecho de un hospital! Es imposible, ¿no es verdad? ¡Ese hombre exige mi fortuna! Se la daré. ¡Quiere que lleve su apellido! ¡Lo llevaré! ¡Me mataré antes que ser suya! ¡Pero lo demás que lo coja! ¡Estoy destrozada! He luchado años, muchos años... Ya no me quedan fuerzas para seguir luchando.

Se dejó caer en una silla y se cubrió el rostro con las manos.

Roberto, con los ojos medio cerrados, livido como un aspecto, apoyado en la pared, no se atrevia á mirarla.

El conde se aproximó á ella.

—Germana, hija mía,—la dijo—he sido muy injusto con vos. Perdonadme.

Germana le tendió la mano y el conde la besó.

—¡Habeis hablado de un servicio?—la dijo.

Germana inclinó la cabeza.

—¡Queréis ser libre?

—¡Ay!

—¡No hay otro medio de salvaros?

—Lo he intentado todo, no me queda ya esperanza alguna.

—¡Germana,—murmuró el vizeconde—lo que me pedis es mi vida!

—¡Me creéis más feliz que vos! ¡Os lo he dicho, Roberto, os amabal... Os amo aun... ¡Pero es preciso romper el último lazo que nos une!

—Obrad, pues, como os plazca. ¡Quereis ser libre? lo sereis.

Germana murmuró con voz tan débil que apenas se oyó:

—¡Gracias!

—Cuando se separaron, Roberto cogió la mano de Germana y la estrechó contra su pecho con pasión.

—Adios—la dijo.

—¡No, hasta la vista—respondió ella—y si la amistad de una hermana puede suavizar vuestras penas, aquí estoy yo!

El vizconde movió la cabeza y no contestó. Cuando montaron en la victoria, la siguió con la vista hasta que desapareció, y subiendo después á su habitación, escribió lo que sigue:

«GERMANA:

- »Os devuelvo vuestra libertad.
- »Es tanto como daros mi vida, os lo he dicho y no me habeis comprendido.
- »Os perdono.
- »Vuestros sufrimientos son terribles.
- »Los míos son insoportables y voy á ponerles fin.
- »Adios.
- »Nos hubiéramos amado con un amor eterno, puesto que tantas fatalidades y tantos años no han podido extinguir este amor.
- »Vuestras últimas palabras me han colmado de alegría.
- »¡Soy amado!
- »¡Soy feliz!
- »Bendita seáis y pensad alguna vez en el que muere por vos,

ROBERTO DE BEAULIEU.»

Dieron las siete, la campana de las cocinas anunció la comida.

Guardó la carta en un cajón y bajó.

El padre y el hijo estaban solos en el inmenso comedor. El uno y el otro estaban abismados en sus reflexiones.

Antes de retirarse, el padre le estendió los brazos y le estrechó contra su pecho.

Roberto salió un instante al parque, encendió un cigarro, y se paseó bajo los grandes árboles de aquella estancia slemne y triste.

Se aproximaba la noche, estrellada y tibia, después de un día de calor sofocante.

Roberto examinó una vez más aquellos lugares apacibles, tristes ahora, pero que hubieran sido tan encantadores animados por el rayo del amor que alegra hasta los más horribles desiertos.

Volvió á entrar en el castillo.

Ya en su habitación leyó de nuevo la carta, la metió en un sobre y puso las señas.

Estaba sentado ante un viejo pupitre de marquetería, muy antiguo, sujeto á la pared entre dos grandes ventanas que daban sobre el parque.

El retrato de su madre cubria el lienzo de pared por encima de aquel pupitre.

La miró un instante y la envió un beso.

Y, con mano segura, cogió una pistola, introdujo en ella dos cartuchos é hizo jugar los muelles.

Aquellos dos paquetitos de pólvora y plomo eran la libertad para Germana y el descanso para él.

No vaciló, dirigió una última mirada al parque, al retrato de su madre, una mujer rubia de aspecto sencillo, dulce y bueno, que contrastaba con la severa fisonomía del conde, y levantando lentamente el arma, dirigió el cañón hacia sus sienas y oprimió el gatillo.

La bala se perdió en el techo.

Una mano nerviosa acababa de asir la mu-

neca de Roberto haciendo que variara la puntería.

Al mismo tiempo una voz ruda y casi imperiosa exclamó:

—¡Desgraciado!

Roberto se levantó bruscamente.

El padre y el hijo se encontraron frente á frente.

—¿Sabes—repuso el conde—que esto que haces es cobarde é indigno de un hombre y de un cristiano? Cuando no se puede soportar la vida, se sienta plaza y se hace uno matar al frente del enemigo por una buena causa, ó se hace uno fraile y espera la muerte á pie firme en el claustro, que es una muerte anticipada... ¡Estaba yo aquí! Te vigilaba, comprendi tu desaliento... Hubieras debido alegrarte de la confesion de esa desgraciada jóven... Germana no ha desmerecido... ¡En una palabra: nó te ha hecho traicion! ¿Y tú desesperas por su pérdida? ¡Espera á que se haya consumado! ¡Yo la aborrecia, y vuelvo a quererla como antes? ¡La detestaba, y la admiré! ¡Ella te dá el ejemplo! ¡Ha sufrido más que tú! ¡Se ha suicidado!... Desde tu venida te observo... Abrigaba temores, pero te creia más fuerte. ¡Crees que yo no tengo penas? ¡Tengo muchas y las soporto como hombre y como cristiano!

El conde levantó la mano hacia el retrato de la madre de Roberto, y añadió:

—¡Tu madre fué la única mujer á quien he amado! ¡Ella murió y yo vivo!

Y el alma de aquel robusto anciano se enterneció: una lágrima asomó á sus ojos; atrajo á Roberto hacia su pecho y le abrazó.

Después, separándose de pronto, añadió:

—¡Júrame renunciar á ese proyecto.

—Me es imposible vivir sin ella—dijo el vizconde.

—¡Tan débil eres?

—Veinte años de lucha os probarán lo contrario.

El conde apretó los puños.

—¡Pues bien, espera aún!—repuso después de un momento de silencio.

—¡Para qué?

—Germana quiere sacrificarse. Yo creo que ese sacrificio es inútil y que no se cumplirá. ¡Espera, pues, hasta el fin! ¡Te ama, te lo ha dicho! ¡No es esto bastante para sostenerte, si el cariño de tu padre no te es suficiente? ¡Me lo prometes?

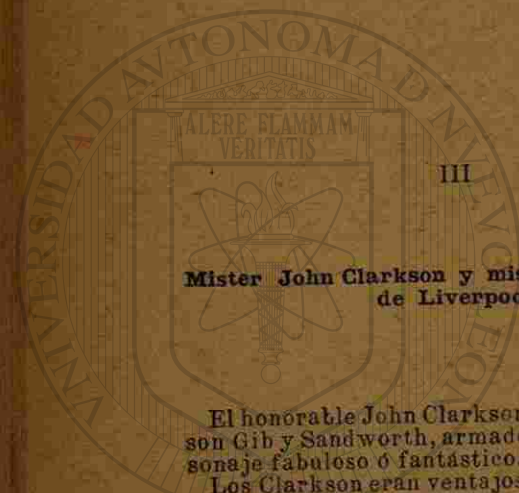
—¡Puesto que lo exigís!

—¡Tengo tu palabra?

—¡Si, padre mio!

—¡Después serás libre! Podrás obrar como quieras.

Y dicho esto, se separaron, abrumados por su impotencia ante un enemigo á quien no podían herir sin que el golpe alcanzara á Germana, puesto que al morir él se llevaria consigo su secreto.



III  
Mister John Clarkson y miss Betty Clarkson  
de Liverpool.

El honorable John Clarkson de la casa Clarkson Gib y Sandworth, armadores, no era un personaje fabuloso ó fantástico.

Los Clarkson eran ventajosamente conocidos, á Dios gracias, en todos los mares en donde flotaba el pabellón de la libre Inglaterra.

La casa *Clarkson and C.<sup>o</sup>* poseía una escuadra más numerosa que la del célebre *Ango de Dieppe*, que tenía á raya á todas las potencias marítimas de aquel tiempo, y depósitos de carbon en todos los puntos en donde había probabilidades de abastecer á un vapor amigo ó enemigo.

El capitán Perros había conocido en otros tiempos, en una circunstancia grave, á John Clarkson, hijo, circunstancia grave para el inglés, cuyo *yahi* había chocado contra un arrecife desconocido, en los alrededores de Borneo y se había abierto el vientre como un mandarín que cae en desgracia para con el hijo del cielo.

La situación del isleño era más que crítica.

Algunos instantes más y hubiera servido de pasto á los tiburones con su tripulación.

El capitán Perros le recogió á bordo, mientras que el *yahi* se sepultaba solo en aquel peligroso mar.

De aquella aventura resultó una buena amistad entre el Breton y toda la casa *Clarkson hijo Gib Sandworth and C.<sup>o</sup>*

John Clarkson, había perdido á su padre después de su naufragio y se encontraba al frente de los negocios, que continuaban prosperando.

En la época en que le presentamos era un hombre de cuarenta y siete años, de rígidos modales, muy tieso; de un inverosímil color rubio, con largas patillas, ojos verde claro; llevaba un extraño traje de color claro también, á cuadros, como los trajes de los *clomcs* y sombrero de anchas alas que recordaba los de los cuáqueros.

Dadas las seis de la tarde, se veía á John Clarkson de frac y corbata blanca y entonces se trasformaba en un *gentleman* perfectamente correcto.

Si el capitán Perros hubiese necesitado cualquier suma de libras esterlinas, ó de guineas, no hubiera tenido necesidad más que de presentarse en Liverpool, en Londres ó en Portsmouth en la casa Clarkson, y el digno inglés hubiera saldado con alegría y dinero contante y sonante, su deuda de reconocimiento.

En el colmo de la incertidumbre, no sabiendo como arreglarse para capturar al temible adversario que tenía en la persona de Santiago de Brandes y obligarle á un arreglo, el capitán Perros había tenido una idea.

Después de haberse enterado de los negocios del barón, de su precaria situación y de la necesidad en que estaba de vender su posesión del Cotentin, la Honguette, cuya venta estaba anunciada en el despacho del notario de Bar-le-Duc, el capitán tomó el vapor y desembarcó en Liverpool.

Allí confió sus penas á su amigo Clarkson,

así como la trágica historia de la señorita de Roye.

Les expuso al mismo tiempo su plan, que no carecía de cierta astucia.

John Clarkson se frotó la manos diciendo:

—Voy á poder desquitarme con este bravo Perros.

Algunos días despues desembarcaba en compañía de su hija, Betty Clarkson, en Cherbourg, de un *steamer* en miniatura que tenia para su uso particular, y valia bien, por lo menos cuarenta mil libras esterlinas.

A John Clarkson le parecia casi una humillación que su salvador le pidiese tan poco.

No se trataba más que de visitar la Honquette y de hacer ver que le convenia, para obligar al baron á ir dos ó tres días á Barfleur, con el fin de tratar de la venta.

El armador habia dicho á Perros:

—La compraremos, amigo mio, la compraremos realmente y el canton entero si es preciso.

Durante dos días, recorrió el pais acompañado de Perros y se mostró estuasiado por los pintorescos paisajes que en él se encuentran á cada paso y por el proyecto que abrigaba de hacer construir sobre la costa una sorprendente villa.

Por lo demás, su entusiasmo no se manifestaba mas que por monosilabos y exclamaciones que repetia en seguida su hija Betty, una encantadora *miss*, con la cual no habia medio de que le pareciera á uno largo el tiempo.

—¡Mentífo!—decia—¡Completamente curioso! ¡Admirabell!

El notario de Barfleur, que recibió su visita, se alegró muchísimo de aquella entusiasta admiración.

Clarkson era un comprador como no habia otro y era preciso darse prisa á aprovecharse de sus buenas disposiciones.

El baron, hostigado por las cartas de su notario, acudió tentado por la ocasion.

Al llegar á Cherbourg encontró en la estacion

un despacho que le citaba á *La Tumba de las langostas*, en donde le esperaba el inglés y un coche que le condujo allí en hora y media.

El capitan Perros se habia eclipsado.

La venta de los Cloquart no habia perdido nada de su reputación con los nuevos dueños que la dirigian.

Exteriormente seguia siendo la misma taberna, con su emparrado y sus plantas trepadoras que cubrian las paredes bajo el manto del abundante y vigoroso verdor de aquellos privilegiados lugares, en los cuales son desconocidos los hielos.

Pero los antiguss propietarios estaban á la sombra en el bonito cementerio de Barfleur.

*La Tumba de las langostas* habia pasado por legado á poder de Geneveva Brucourt, á la cual los Cloquard habian tomado mucho cariño.

Y rica por este donativo, Geneveva se habia casado con un sobrino de los Jeannin, los servidores de la señorita de Roye.

Geneveva tenia treinta y tres años y con su alegría y su frescura de normanda, sana y robusta, lo animaba todo.

Su marido no la cedia mucho en esto.

Como todos los Jeannin, era alto, de seis piés de altura, un mozo robusto y de buena raza.

Era una pareja adecuada.

Los asuntos prosperaban.

El interior de la casa era casi lujoso.

La cocina gozaba de merecida reputación.

El Jeannin de *La Tumba de las Langostas* era un discípulo aventajado de su primo el cocinero del hotel de Roye.

En una palabra, la venta pasaba por la mejor casa de cinco leguas en contorno.

Pero no se hablaba mal del ama. La fama de Geneveva desafiaba toda crítica.

Cuando el coche que conducia á Santiago de Brandes se detuvo delante de la posada, Geneveva estaba á la puerta, resplandeciente, con su traje de indiana de una frescura primaveral, con su cofia cuyas cintas flotaban sobre los

—La misma, aquella que se ahogó por haber perdido a su marido... la madre de las pequeñas...

—¡Es verdad!

—Antes de arrojarle al agua había llevado las dos niñas a casa de su tío, y éste las echó de allí encolerizado. Y desde entonces bebe para olvidar. La quinta marcha bien. La vendieron. La compró el viejo y la pagó al contado. Es uno de los mayores propietarios del país. Está cosido de oro. Daría todo su capital por encontrar a su sobrina. Se llama Collette Aubin... Pero nadie sabe lo que ha sido de ella. No se ha vuelto a ver a la señora que se las llevó. ¡Todo esto es muy extraño, señor baron!

Del emparraado de enfrente salían en aquel momento dos hombres que habían estado bebiendo. Al verlos, Genoveva hizo un gesto de disgusto.

—¡Oh, el canalla!—dijo.—El día menos pensado le voy a echar de aquí. Jeauvin no quiere; pero me hierve la sangre cuando veo a ese infame.

Genoveva golpeaba el suelo con el pié con visible cólera.

Uno de aquellos dos hombres eran Juan Perrinot, el hombre del drama de los Reniers.

¡Juan Perrinot, el cobarde asesino, el innoble seductor, la fiera!

Estaba más feo, era más vil y más odioso que nunca.

Al pasar por delante de Genoveva, la saludó, mirándola con disimulo. Esta no contestó a su saludo.

Le acompañaba Juan Launay, el patron de su balandra.

—Juan Launay tiene una hija de diez y seis años—dijo Genoveva en voz baja,—y si él supiese...

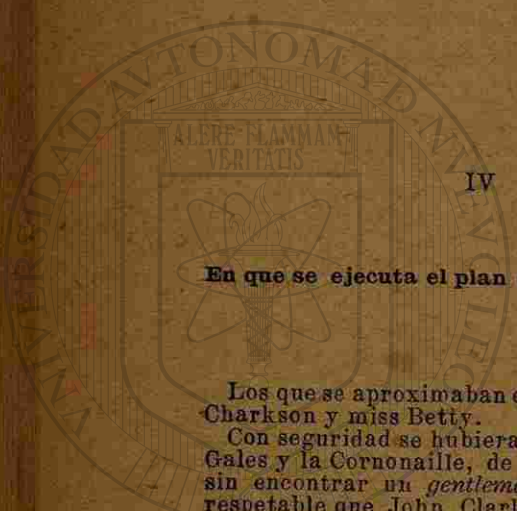
Pero cambió de asunto.

—Mirad, ahí viene vuestro inglés, señor baron—le dijo.—No desperdiciéis la ocasión, pues-

to que por desgracia queréis vender esa finca. Yo voy a dar un vistazo a la cocina.

E inclinándose añadió con cariñoso acento:

—Y buena suerte. Ya sabéis que yo deseo vuestro bien, aunque vos no hayais querido nada conmigo.



IV

En que se ejecuta el plan del capitán Perros.

Los que se aproximaban eran, en efecto, John Clarkson y miss Betty.

Con seguridad se hubiera recorrido el país de Gales y la Cornonaille, de un extremo al otro, sin encontrar un *gentleman* de aspecto más respetable que John Clarkson, y una *miss* tan inquieta y tan jovialmente escéptica como Betty Clarkson, su hija.

A Santiago de Brandes le agradaron desde luego aquellas francas fisonomías.

Miss Betty se expresaba muy correctamente en francés, con un acento que realzaba su gracia.

Tan luego como vió al baron, dijo á su padre:

—Ahí está el *gentleman*.

Y dirigiéndose a Santiago, le dijo:

—¿No es verdad, caballero, que sois el baron de Brandes?

Santiago se inclinó.

—Soy el baron Santiago de Brandes, en efecto, señorita.

—Y yo—repuso el armador—soy John Clark-

son, de Liverpool, de la casa *Clarkson, Gil, Sandworth and Co.*

—Celebro tanto tener el gusto de conoceros—dijo la joven *miss*.

Las presentaciones estaban hechas.

Genoveva intervino.

—La comida está servida—dijo.

Jeannin, el hostelero de La Tumba de las langostas, se había excedido.

Sin poseer el talento refinado de su primo el cocinero del hotel de Roye, merecía la estimación de su escogida clientela.

Los dos criados del inglés servían en silencio. John Clarkson había llevado sus vinos, como había llevado sus criados.

Sobre los aparadores, en el fondo de la sala, había media docena de botellas de buen aspecto.

Pasado el primer momento, ese instante solemne durante el cual las gentes que comen están completamente entregadas á tan agradable ocupación, John Clarkson había abordado de frente la cuestión y *miss Betty Clarkson* declaraba, con la boca llena, que la *Houquette* era á sus ojos el retiro más encantador del mundo.

Santiago de Brandes sentía una alegría interior, que comprenderán los que han pasado por las angustias de la ruina, y que ven de pronto, en medio de sus desastres, caer sobre ellos como por encanto, el premio mayor de la lotería ó la herencia de un pariente.

Y por encima de aquella herencia y de aquel dinero que se esparcía sobre él, veía, dominándolo todo, á cien pies sobre aquellas mezquinas, y sin embargo, interesantes cuestiones de la vida, la cabeza palida de su hija, tendida sobre el grosero lecho del hospital Cochin.

John Clarkson, comía y bebía de veras, sin perder nada de su respetable gravedad.

Miss Betty le imitaba lo mejor que podía y con la mayor inocencia y la más graciosa sonrisa, decía al baron:



—Estais distraído, caballero. Bebed. Este es vino de las islas Canarias, en donde mi padre tiene depósitos de carbon de Cardiff ó Newcastle, a elección. O, bebed de este del Cabo que es muy buscado, os lo aseguro.

El mulato servía aquellos vinos distinguidos, con el religioso cuidado que merecen.

Pero miss Betty Clarkson tenía razon. El baron estaba distraído. Se encostraba en una de esas circunstancias graves de su vida.

Se preguntaba, sobre todo, con obstinacion:

—¿Qué hará Germana? ¿Qué habrá decidido? ¿Con qué angustias debe luchar!

Lo cual no le impedía corresponder á las atenciones de miss Clarkson, y empapar sus labios en el vaso que los criados del armador tenían buen cuidado de llenar.

Entonces miss Clarkson lanzaba á su padre una mirada en la cual había algo de malicia.

Aquella jóven inglesa, era una graciosa criatura cuyas delicadas facciones, recta nariz, labios burlones, ojos inocentes y dientes bien formados, en nada se parecían á los retratos grotescos que se hacen con frecuencia de las señoritas del Reino-Unido, y que ellas justifican... algunas veces.

Santiago de Brandes salía á veces de su ensueño y se preguntaba, examinando con disimulo á John Clarkson, que podia sacar de un armador cuyas apariencias eran tan bondadosas.

Las entradas y el asado, habían desfilado por la mesa.

Las dos terceras partes de las botellas estaban vacías; llegaban á los postres.

Sir Clarkson abordó la cuestion.

—Necesitamos vuestra propiedad—dijo—de-seamos comprarla.

Y volviendo hacia su hija añadió:

—¿No es verdad Betty?

Miss Clarkson confirmó aquella asercion.

—¡Oh, sí!—contestó.

—¿Tendreis, sin duda, pretensiones razonables?—repuso el armador. ¿Cuánto?

Y como Santiago de Brandes vacilase, apretando los labios, como si temiera ser demasiado moderado ó demasiado exigente, el inglés añadió:

—Pagaremos al contado.

La Honquette no valía gran cosa, los tres mil francos de renta tendían á bajar.

La agricultura estaba en decadencia.

El baron no ignoraba tampoco que la cuerda se rompía tirando mucho de ella.

Estaba, pues, perplejo.

Desde hacia algunos instantes sentía la cabeza pesada y juzgaba que los vinos de Canarias y del Cabo, eran demasiado fuertes, sobre todo, para los que no están acostumbrados á ellos.

No obstante, respondió despues de haberse consultado una vez más:

—Ciento veinte mil francos.

Sir John Clarkson contempló un segundo su vaso.

Algunos días antes el gesto de John Clarkson hubiera hecho temblar á Santiago de Brandes; pero entonces estaba indiferente.

¿Le había agradado ó desagradado á John Clarkson la pretension de Santiago?

Esto es lo que no se podia saber.

Sin embargo, cogió con delicadeza el vaso entre el indice y el pulgar, lo elevó á la altura de su nariz, hizo una pequeña indicacion, que queria decir que bebia á la salud del baron y le invitaba á hacer lo mismo, y de un trago vació el vaso, que colocó sobre el mantel.

Santiago de Brandes comprendió y correspondió á la galantería de sir John, vaciando también el suyo.

Sir John no tenía los ojos en los bolsillos.

Hizo una seña imperceptible á los dos criados, que desaparecieron, cerrando tras de sí las puertas, despues de haber colocado sobre la mesa recado de escribir.

—Hablabamos del asunto hace un momento, ¿no es verdad, Betty?

Miss Betty se inclinó y dijo:

—El *gentleman* ha dicho ciento veinte mil francos. ¿Habeis dicho ciento veinte mil francos, sir?

—Sí.

La inglesa contaba por los dedos.

—¿Cuatro mil ochocientas libras?

Sir John se rascó la nuca, con el aspecto de un hombre que va á tomar una determinacion, pero que vacila en tomarla.

Miss Betty, siempre calculando con sus dedos, miraba á Santiago de Brandes con atencion, como si hubiera querido magnetizarle.

Parecía que decia para sí:

—¡Este *gentleman* me sorprende mucho en verdad!

Miss Clarkson estaba á la vez maravillado é inquieta.

El baron debia haberse dormido hacia ya gran rato. Pero luchaba aun. Luchaba con desesperacion contra aquel extraño sueño que le dominaba.

Por sobrehumanos esfuerzos que hizo lo veia todo turbio; su cargada cabeza se inclinaba hacia adelante y de cuando en cuando se erguia, gracias á sus esfuerzos, pero para volver á caer en seguida.

Intentó levantarse de la mesa, pero fué en vano.

—¿Necesitais aire?—preguntó miss Betty con interés, mientras que sir John Clarkson pronunciaba estas palabras:

—Veo que podemos entendernos.

Miss Betty abrió la ventana que daba á la carretera, y dirigió al exterior una mirada satisfecha.

Volvió adonde estaba el baron con la frente sobre la mesa y le gritó:

—¡Ciento veinte mil francos! ¡Ois!

Santiago de Brandes no contestó,

Había puesto los brazos sobre el mantel y sobre ellos descansaba muellemente su cabeza.

Miss Betty le tocó en un hombro.

—¡Señor baron!—le dijo.

Habian concluido su tarea.

—Creo que el *gentleman* duerme—dijo volviéndose hacia á su padre. Los polvos del doctor Cook producen su efecto.

Santiago de Brandes dormia profundamente.

—He aquí al pájaro en las redes—dijo sir John, sin inmutarse.

Miss Betty volvió á la ventana.

Antes echó cuidadosamente el cerrojo de la puerta.

—Entrad—dijo con voz débil como el murmullo de la brisa.

Tres cabezas aparecieron en el hueco de la ventana.

En el interior de la posada se oian las carcajadas de Genoveva, á quien entretenian el mulato y el otro criado de sir Clarkson, que comian con ella.

De las tres cabezas que aparecieron en la ventana, la del medio nos es conocida.

Pertenecia al capitán Perros.

El capitán estaba muy alegre.

Entró en la habitacion y fué á estrechar la mano del armador.

—Gracias á vos tenemos al canalla—dijo.

Ahora era fácil manejarse.

Santiago de Brandes no estaban en estado de defenderse.

Las otras dos cabezas eran las de René Jeanin, el administrador de Roville y de su hermano Gregorio Jeanin el guarda del Faro.

Aquellos dos colosos no tuvieron más que echar la pierna para encontrarse al lado de Santiago de Brandes.

—Sin ruido—dijo el capitán dirigiendo la maniobra.

Los dos hermanos cogieron cada uno por una estremidad á Santiago, salieron de nuevo por la ventana y depositaron su carga en un carrito que estaba parado á cuarenta pasos de allí, en una revuelta del camino.

Después montaron en el carro y se dirigieron por un camino de travesía hacia el lado del mar.

En la sala, alrededor de la mesa, no quedaron más que el armador, miss Betty, que estaba más contenta que si la hubieran presentado un futuro marido de su gusto, y el capitán Perros, que daba las gracias calurosamente al inglés, siempre tan flemático.

## V

## El secreto.

Los *touristes* que han visitado el Monte de San Miguel, han podido ver en una sala de aquel sorprendente monumento, que ha sido monasterio, fortaleza ó prisión, en el fondo de un reducto abovedado, cuyas paredes de granito tienen tres metros de espesor, una especie de jaula de hierro enclavada en la pared y cuyos barrotes se parecen á los de las jaulas en que los domadores de fieras se entregan á sus ejercicios.

Es la prisión fabricada por los herreros del rey Luis XI para el cardenal La Balue.

El capellán del rey había sostenido culpables intrigas con el duque de Borgoña, Carlos el Temerario.

Al menos así lo dice la historia.

Sea de esto lo que quiera, el opulento príncipe de la Iglesia, el capellán del rey, el obispo de Evreux, el ex-favorito del señor, estuvo once años encerrado en aquella prisión, demasiado baja para poder ponerse en pie.

Cuando á la mañana siguiente, á eso del medio día, salió Santiago de Brandes del letargo

en que había estado sumido desde la víspera, se encontró prisionero en una jaula que se parecía a la del cardenal La Balue, al menos por las dimensiones y la solidez.

Sólo que era de granito.

Se creyó juguete de un sueño. Se frotó los ojos y pudo examinar el sitio en que se hallaba.

Era un cuadrilátero alumbrado por una tronera abierta en el interior y que terminaba en el exterior en una abertura en forma de aspillera, de manera que era imposible sacar la cabeza por ella.

Un colchón, colocado sobre un jergón de gruesa tela, guarnecía el suelo, que, como las paredes, era de granito.

Santiago de Brandes vió cerca del colchón dos servilletas, un escabel y dos grandes jarros de barro, de los cuales uno estaba lleno de agua clara.

Intentó levantarse, pero su cabeza tocó en la bóveda.

Fué a la puerta; era maciza, estaba forrada de hierro y cerrada con una enorme cerradura.

Aquel reducto era un calabozo.

Un ancho ventanillo, con sólida reja, permitía comunicar con el exterior, de un espesor de tres pulgadas.

Aproximándose a la tronera, pudo ver el prisionero, a lo lejos, una inmensa extensión de agua verde, extensión sin límites, agitada, y cuyo tumultuoso ruido impediría de seguro que se oyeran sus gritos si hubiera querido pedir auxilio.

Un espíritu débil se hubiera entregado a amenazas ó a quejarse en vano. Santiago de Brandes no era de esos.

Se reconcentró en sí mismo. Poco á poco se encauzaron sus ideas. Se acordaba, confusamente al principio y con más claridad después, de los acontecimientos de la víspera; recordaba la bondadosa fisonomía de John Clarkson, á la sutil Miss Betty y sus seductoras invitaciones:

—¡Bebed esto! Es vino de Canarias, y este otro procede del Cabo.

La conclusión fué que se había dejado engañar como un tonto.

No existen situaciones nuevas bajo la capa del cielo.

Las palabras de Buridan, arrojado al fondo de un profundo foso por una astucia de su enemiga la reina adúltera, acudieron á los labios del baron y no pudo menos de repetir:

—¡Bien jugadas, Margarita!

Se contentó con una simple modificación. El nombre de Margarita fué sustituido por el de Germana.

Este fué el solo punto en que se equivocó.

El capitán Perros lo había hecho todo el solo.

La lucha se continuaría en lo sucesivo entre el fiel Breton y Santiago de Brandes.

La cosa cambiaba de aspecto.

Se encontraban frente á frente dos hombres.

El marino se ponía por su propia autoridad en el lugar de su ama.

Esta ni aun le animaba.

Desesperada, no confiando en nada, le había dejado libertad de acción.

Tan luego como el baron se durmió, á consecuencia de las pérdidas libaciones que le servía el mulato de John Clarkson, había sido transportado, como vimos, al carrito parado en el camino.

El vehículo rodó durante un cuarto de hora por un camino vecinal, despues por un sendero que conducía á la aldea de los Pantanos.

El traqueteo del carrito no podía despertar al prisionero.

En Inglaterra los químicos farmacéuticos entre nosotros venden sus drogas libremente.

La que la hermosa Betty Clarkson vertió á su convidado en el excelente vino, era enérgica y segura.

Una salva de artillería no hubiera podido sacar al baron de su letargo.

El honrado sir Clarkson había podido garantir á su amigo Perros, quince á diez y ocho horas de respiro, tiempo más que suficiente para llevar á cabo sus proyectos.

Del otro lado de la aldea de los pantanos, situada á dos pasos de la Houquette, el terreno descendiendo rápidamente y va haciéndose cada vez más agreste y pintoresco. Se circula por él á través de rocas á flor de tierra y de lagunas, de las cuales toma su nombre la aldea, hasta una especie de cabo ó promontorio que avanza en el mar, dominando una extensión de peligrosos arrecifes y de bancos submarinos, conocidos con el nombre de Bajos de Sen ó de los Reniers.

Para alumbrar aquellos peligrosos pasos han construido en la extremidad de la playa, un faro, dominado por el coloso de Gatteville, situado en la punta del llano de Barfeur, pero cuya elevación es todavía de cerca de cuarenta metros.

Gregorio Jeannin era entonces el guardian de aquel faro.

Al poniente de este faro existía otro, abandonado desde la construcción del nuevo, construcción que no se remontaba á más allá de unos treinta años.

El antiguo media una altura de unos sesenta pies y ha sido abandonado, pero no destruido del todo.

Es una torre de granito, cuyo coronamiento está derruido, y cuya linterna ha desaparecido; pero los primeros pisos están garantidos por una bóveda interior que, si los hombres no se proponen echarla á tierra, resistirá muchos siglos á la intemperie de las estaciones y á los ataques del viento y de la lluvia.

El capitán Perros, al examinar el país, había comprendido en seguida el partido que podía sacarse de aquel antiguo monumento, y no le costó trabajo procurarse el concurso de los Jeannin, aquellos viejos servidores de la casa de Roye y del general de Treville.

El Breton trazó desde luego su plan. Los Jeannin lo ejecutaban.

El carro se detuvo á unos quinientos metros del viejo faro, cuya silueta, negra como la tinta, se dibujaba en la oscuridad de la noche.

Los Jeannin cogieron al baron, que no había hecho movimiento alguno, y lo trasportaron, evitando encontrarse con los aduaneros, hasta el pie de la torre.

Los dos hermanos atravesaron una puerta baja, de la forma de una poterna de ciudadela, y se encontraron alumbrados por una linterna sorda, en una escalera de piedra, que en forma de caracol, daba vuelta alrededor de aquella extraña columna.

Subieron sesenta y tres escalones y se detuvieron.

El mayor abrió con una enorme llave una puerta de encina, y el administrador, que llevaba sin esfuerzo, como lo hubiera hecho con un saco de trigo, al baron sobre sus hombros, lo depositó sobre el lecho que estaba preparado.

Se oyó el ruido de los cerrojos y de la llave que giraba en la cerradura y los dos hombres se retiraron.

Perros les había puesto en pocas palabras al corriente de la historia de la señorita de Roye, y los dos hermanos encontraban el castigo de algunos días de prision y de hambre, demasiado leve para el culpable.

Por lo demás, la revelación no les admiró.

El administrador dijo simplemente:

—Me lo sospechaba.

Y el guardian del faro:

—La cara del primo no me gustaba.

Al obrar como lo hacían, creían realizar un acto de justicia.

Santiago de Brandes ignoraba aquellos detalles, preguntándose cómo saldría de allí.

Todo era confusión en su cabeza.

Estaba como si hubiera recibido en ella un culatazo.

La situación no era nada tranquilizadora y se habían tomado muchas precauciones contra él.

—¿Quién? ¿Qué mano andaba en el asunto? ¿Qué participación tenían en él John Clarkson y aquella miss Betty, a quienes no había visto jamás?

Intentaba reconocer el sitio en que se encontraba y no lo conseguía.

Por la estrecha tronera no descubría más que el mar y su inmensidad.

—¿Cuánto tiempo habían empleado en el camino para llevarle allí? ¿A qué distancia se encontraba de Barfleur? ¿Desde cuándo estaba encerrado en aquel calabozo?

Las contestaciones á estas preguntas eran otros tantos misterios para él.

Su reloj se había parado en las doce.

No sabía ni qué hora era.

Muy pronto, sin embargo, por las ansiedades que sentía en el estómago comprendió que la comida del inglés estaba ya muy distante.

Esperaba que alguna persona se presentara, pero su esperanza se vio frustrada.

Llegó la noche y nadie se presentó.

Los últimos resplandores del día desaparecieron.

Refrescó el viento y una fuerte y ruidosa lluvia comenzó á caer.

El baron no se desalentó.

Se tendió en el colchon, después de haber bebido un poco de agua fresca, se envolvió en una manta de lana, que formaba parte de los efectos que allí había, y se durmió diciendo:

—Mañana veremos.

Vino el día, y con el día un hambre violenta que le destrozaba las entrañas.

Debía ser cerca de mediodía, y el sol había disipado las nubes de la mañana, cuando el prisionero oyó abrirse una puerta en la parte baja de la torre y pesados pasos en la escalera.

Aquel ruido sonoro en el interior vacío, le alegró.

Los pasos se acercaron y el ventanillo de la puerta se abrió.

Una cabeza de cabellos rubios, cubiertos con un gerro de lana, un gorro de marinero, se mostró en la estrecha abertura.

—¡Toma! ¿Sois vos, Gregorio?—dijo, reconociendo al guardian del faro.

—Sí, soy yo—respondió el hombre muy tranquilo.

—¿Venís á saber si me ocurre algo?

—Justamente.

—¿Qué hora es?

—La una de la tarde.

El baron sacó su reloj, le dió cuerda tranquilamente, y lo puso en hora.

—Es muy aburrido—dijo—no saber en qué hora se vive. ¿Hace mucho tiempo que estoy aquí?

—Dos días, señor baron.

—¿Estamos en el faro viejo de Roville?

—Sí, es el faro viejo de Roville donde estais.

—Me lo sospechaba. ¿Y puedo saber cómo me han traído aquí?

El guardian movió la cabeza, y respondió sin comprometerse, como viejo y astuto normando:

—Puede ser que haya quien lo sepa, pero yo no os lo puedo decir.

—¿Piensan tenerme aquí mucho tiempo?

Gregorio Jeannin abrió mucho los ojos y apretando los labios, contestó:

—No me han confiado sus proyectos las personas que tienen interés en que esteis aquí, y tengo por costumbre no hablar de lo que no sé.

—No ignorareis que yo podré pedir cuentas del lazo que se me ha tendido.

—Me lavo las manos en este asunto, señor baron—declaró el guardian.

Y añadió con malicia de aldeano:

—Y además, los que lo han hecho son gente influente, y me parece que si hubiera un proceso saldrían bien de él con facilidad.

—¿Y qué razón tienen para tenerme encerrado?

—Respecto á eso, diré al señor baron lo que se cuenta. Parece ser que habeis hecho cosas que no son buenas y que si se supiesen os perjudicarian mucho. Pero estos asuntos no me interesan, ¡entendeis!... Yo estoy encargado de ver si careceis de algo.

Esto era una horrible ironía. Jeannin abusaba de la situación. Su prisionero carecia de todo.

Pero Santiago de Brandes sonrió.

—Sois demasiado bueno—dijo.—Estoy alojado como un príncipe.

El rústico le pagó en la misma moneda.

—Es verdad—dijo,—el edificio es magnífico, muy sano, y limpio como una taza de plata. No estareis mal aquí. ¡Y además, teneis una buena ventana para la estación, que no es fría! ¿Teneis agua?

—Para mucho tiempo.

El guardian se volvió diciendo con tono tranquilo.

—Hasta la vista, señor de Brandes.

El ventanillo de la puerta volvió á cerrarse.

—¿Es que estas gentes habrán jurado dejarme morir de hambre?—pensaba el baron, bastante desconcertado.

Volvió á abrirse el ventanillo.

—¡Qué aturdido soy!—repuso Gregorio Jeannin, que reapareció en él.—Olvidaba entregarme una carta, señor baron.

—¡Ah! ¡dámela! ¡Aquí hay de todo, hasta correo!

Un sobre cayó en el suelo por debajo del ventanillo.

Gregorio Jeannin era prudente y se había mantenido á cierta distancia.

—Ahí la teneis—dijo.—Vuelvo á mis asuntos.

El baron no intentó detenerle.

Comprendia que no habia nada que esperar de aquel Jeannin.

Abrió la carta, sin apresurarse, adivinando,

poco más ó menos, lo que iba á encontrar en ella.

Era del capitán Perros.

«Un servidor de la admirable mujer á quien tan indignamente tratais, y de quien os convertis en verdugo, se promete arrancaros el secreto que quereis obligarla á compraros á un precio tanto más inaceptable, cuando ella no puede sentir por vos más que horror y odio, y que ama á un amigo de la infancia, cuya adhesión é inalterable cariño la han interesado siempre.

»Si quereis decirme en dónde está la niña que habeis robado, saldreis del sitio en que os hallais y se asegurará para vos y el señor de Fresnaye, cuyo honor está intacto—lo sabemos,—un porvenir honroso.

»Si os negais, por mi honor que os dejaré morir de hambre como á un miserable y arrojaré vuestros restos al mar.

»Acepto la responsabilidad de mis actos, y firmo.

»NAZARIO PERROS.»

«Ex-capitán de la marina mercante.»

»Postdata.—La persona, cuyo nombre no pronuncio, no toma parte alguna en lo que os sucede. Ignora hasta que estais en ese lugar, y si se procede sin conocimiento suyo, es por que se teme el desfallecimiento de una desgraciada mujer, minada por veinte años de sufrimientos.

PERROS.»

Santiago de Brandes se quedó pensativo.

¡Había esperado ver aparecer al enemigo, Germana tal vez ó el capitán Perros, á quien jamás habia visto; pero de quien habia oido hablar como de un carácter enérgico, resuelto, indomable, casi como el suyo; y este hombre, á quien Triquet le habia descrito como tipo de

honor y de obstinacion, le mandaba este amenazador *ultimatum*!

El baron no se intimidaba tan fácilmente.

Sabía que no se encontraban asesinos entre las gentes que rodeaban á la señorita de Roye y al general de Treville.

Pero podian tenerle encerrado mucho tiempo en aquella situacion ridicula, en medio de sus tan embrollados asuntos, y estando, como estaba ademas Juana, en peligro, necesitaba estar libre.

¡Y ya era el segundo dia de su cautiverio.

Llegó de nuevo la noche.

Le pareció de una duracion interminable y la pasó muy agitado.

Llegó la mañana y con ella Gregorio Jeanin.

El guardian del faro le pasó una botella de agua y le preguntó simplemente:

—¿No teneis nada que decir?

El baron hizo un esfuerzo, y con voz muy tranquila respondió:

—Nada.

Cuando estuvo de nuevo solo, bebió la mitad de aquella agua para apagar la sed que le producía la fiebre y descansó un instante.

Peró pronto se renovaron sus torturas.

Tendido en el colchon, agobiado de fatiga y de necesidad, con la cabeza llena de confusas imágenes, cayó en un estado de postracion próximo al aniquilamiento.

## VI

## Jaula vacía.

Al entrar en su casa, despues de la entrevista con Roberto y el conde de Beaulieu, la señorita de Roye sentía una extraordinaria emocion.

La muda desesperacion de Roberto, le probaba una vez más la grandeza de su amor.

Era preciso escoger entre aquellos dos seres. Se preguntaba á cual de ellos debía sacrificar.

Desde hacia muchotiempo sentía la contes-tacion en su alma.

Peró casi se censuraba á sí misma por preferir aquella criatura desconocida, indigna tal vez de tanto afecto y de tantas penas, al amigo de su infancia, á aquel hombre de honor que desde hacia muchos años guardaba en el fondo de su corazon un amor que no era para él más que origen de pesadumbres y de penas.

Por un instante, su odio contra Santiago de Brandes, aquella aversion calmada por el tiempo, se despertó tan violenta, tan exaltada como antes.

No hay ternura comparable á la de las madres.



honor y de obstinacion, le mandaba este amenazador *ultimatum*!

El baron no se intimidaba tan fácilmente.

Sabía que no se encontraban asesinos entre las gentes que rodeaban á la señorita de Roye y al general de Treville.

Pero podian tenerle encerrado mucho tiempo en aquella situacion ridicula, en medio de sus tan embrollados asuntos, y estando, como estaba ademas Juana, en peligro, necesitaba estar libre.

¡Y ya era el segundo dia de su cautiverio.

Llegó de nuevo la noche.

Le pareció de una duracion interminable y la pasó muy agitado.

Llegó la mañana y con ella Gregorio Jeanin.

El guardian del faro le pasó una botella de agua y le preguntó simplemente:

—¿No teneis nada que decir?

El baron hizo un esfuerzo, y con voz muy tranquila respondió:

—Nada.

Cuando estuvo de nuevo solo, bebió la mitad de aquella agua para apagar la sed que le producía la fiebre y descansó un instante.

Peró pronto se renovaron sus torturas.

Tendido en el colchon, agobiado de fatiga y de necesidad, con la cabeza llena de confusas imágenes, cayó en un estado de postracion próximo al aniquilamiento.

## VI

## Jaula vacía.

Al entrar en su casa, despues de la entrevista con Roberto y el conde de Beaulieu, la señorita de Roye sentía una extraordinaria emocion.

La muda desesperacion de Roberto, le probaba una vez más la grandeza de su amor.

Era preciso escoger entre aquellos dos seres. Se preguntaba á cual de ellos debía sacrificar.

Desde hacia muchotiempo sentía la contes-tacion en su alma.

Peró casi se censuraba á sí misma por preferir aquella criatura desconocida, indigna tal vez de tanto afecto y de tantas penas, al amigo de su infancia, á aquel hombre de honor que desde hacia muchos años guardaba en el fondo de su corazon un amor que no era para él más que origen de pesadumbres y de penas.

Por un instante, su odio contra Santiago de Brandes, aquella aversion calmada por el tiempo, se despertó tan violenta, tan exaltada como antes.

No hay ternura comparable á la de las madres.

La de Germana triunfó de todo.

Escribió, suspirando, al autor de sus miserias. Más de una lágrima cayó de sus ojos antes de decidirse a hacerlo.

Por fin, trazó estas líneas que consagraban su derrota:

«Santiago:

»Lo que exigis es la desgracia de mi vida.

»No debo engañaros; amo á Roberto.

»Amo tambien á mi hija, á esa desgraciada criatura, inocente de los crímenes de su padre; ¡crímenes contra el honor y contra mí!

»Entre esos dos amores mi corazón no vacila.

»He ido á ver al señor de Beaulieu.

»¡Se lo he confesado todo! Le he rogado que me devuelva mi libertad.

»Me ama con un amor constante y decidido hasta el sacrificio; ha consentido y esta es la mayor prueba que podía darme de su ternura.

»Hago un último llamamiento á vuestro corazón.

»No creais que os he condenado exaltada por la injusticia de las desgracias por que he sido tan cruelmente perseguida y cuyo dolor extra-  
vía el juicio.

»Concebi contra vos en un principio una irritación y un odio que explica lo que me habeis hecho sufrir, pero uno y otro se atenuaron pronto.

»Y sin embargo, ¡cuántas penas os debo!

»Entré en la vida con todo lo que puede hacerla envidiable.

»¡En lugar de esa existencia con que yo contaba, he pasado por angustias de las cuales vos mismo no teneis tal vez idea!

»Mi honor, mi dignidad de mujer, han estado comprometidos, perdidos.

»El amigo de la infancia con quien debía casarme, me ha supuesto infame, vil, embustera...

»Su padre, ese hombre á quien vos podreis

detestar, pero que es tan recto y tan digno de estimación, me ha despreciado por una falta que yo no he cometido.

»Habeis causado la desesperación de dos familias que no tenían para vos más que sentimientos de amistad.

»¡Todavía no os he hablado más que de la joven y de la mujer!

»Si os hablo de la madre, no sé cómo expresar los dolores, las penas y los terrores por los cuales la habeis hecho pasar.

»¡Cuántas veces me ha ocurrido la idea de recurrir al suicidio para librarme de ellos!

»Si he resistido á esta tentación ha sido sostenida por la ternura de este venerable anciano, tan cariñoso para conmigo, que lo ha sacrificado todo, sus gustos, sus costumbres, su reposo, para consagrarme sus últimos días. Guardaba tambien una fé misteriosa en el porvenir, y la esperanza de que al fin sentiriais remordimientos por vuestras crueldades y seriais compasivo.

»Me he engañado.

»¡Seguis inflexible como el primer día!

»¡Ya no tengo valor y me rindo!

»Seré vuestra esposa, puesto que así lo exigis.

»Es decir, consiento en llevar vuestro apellido, en dáros mi fortuna, en devolveros, gracias á ella, el rango de nuestro comun abuelo.

»Esto es, yo así lo creo, todo lo que vos quereis obtener de vuestra víctima.

»Mi sacrificio no podría ir más allá.

»Sois, pues el dueño de mi destino.

»En vuestras manos está.

»Tal vez tengais algun rasgo de generosidad y comprendais que son miserables cadenas las que quereis unir.

»Pero yo quiero mi hija.

»¡Devolvedmela, y si es preciso, que se lleve á cabo ese odioso trato!

»Si me la hubiéseis devuelto sin imponerme

condiciones, á pesar de todas las lágrimas que me habeis arrancado, os hubiera bendecido.  
»Mi corazón no ha nacido para el odio.

GERMANA.»

Permaneció largo tiempo pensativa.  
Daban las diez cuando puso el sobre.

«SEÑOR BARON DE BRANDES

*Calle de Jacob. 20*

PARIS.»

Dejó la carta sobre el escritorio.  
No urgía su expedición.  
¿No debía estar el baron ausente dos ó tres días?  
La carta no salió hasta la mañana siguiente.  
La señorita de Roye pasó todo el día en el más profundo abatimiento.  
No podía recibir contestación hasta cuarenta y ocho horas despues.  
¿Con que lentitud pasaba el tiempo!  
¿Como hubiera querido ella poder acudir al lado de su hijal  
Pero era preciso esperar.  
No fué la contestación del baron la que llegó a los Essarts.  
Fue una carta del capitán Perros.  
El Breton escribía:

«Señorita:

»Tenemos encerrado á nuestro hombre! No temais que se nos escape. Se le ha depositado en lugar seguro.  
»Espero vuestras órdenes.  
»¿Le dejamos incommunicado hasta que se decida á hablar? El hambre doblaga á las naturalezas más rebeldes.

»¿Le embarcamos y le paseamos de un extremo al otro del Océano, bien custodiado?  
»Tengo un excelente barco á mi disposición.  
»Espero contestación, pero no urge. Imagino una pequeña tortura que dará buena cuenta de su testarudez.  
»Vuestro servidor.

»PERROS.»

Al leer esta carta, Germana dejó caer los brazos bajo la impresión de la más viva contrariedad.

Creía estar segura de que no se obtendría nada por la violencia; que, por el contrario, no se haría más que exasperar al baron y hacerle más intratable.

Para decirlo todo en dos palabras, no despreciaba á su primo, le temía.

El capitán esperaba obligar por hambre á Santiago de Brandes.

Segun Germana, esto era una ilusión.

Santiago de Brandes permanecería inflexible hasta la muerte.

Además, era demasiado tarde.

Había contraído un compromiso con su carta y no era mujer que faltara á sus palabras.

¡Y su hija, qué se moría tal vez!

Cada minuto de espera le parecía una eternidad. Era preciso concluir.

Llamó precipitadamente á Ursula.

—Partamos—la dijo.

—¿Acompaño á la señorita?

—Sí, vienes conmigo. Apresúrate, pronto. No necesitamos nada.

—¿Volverá la señorita á los Essarts?

—Lo ignoro.

El trayecto la pareció de una interminable longitud. Hasta la mañana siguiente no se detuvo el tren en la estación de Cherbourg.

Germana se metió en el primer carruaje que encontró y se hizo conducir á Roville.

El capitán Perros había establecido su cuartel general en casa de Genoveva, so pretexto de

estar más libre; pero en realidad lo había hecho para vigilar más de cerca al enemigo.

La señorita de Roye fué en su busca.

Cuando llegó Germana, el Breton, de codos en la ventana, fumaba su pipa, y de cuando en cuando lanzaba una mirada inquieta al faro de Roville.

El prisionero principiaba á causarle serias inquietudes.

El baron debía sufrir dolores muy violentos. Desde hacia cuatro dias no había tomado nada.

Apenas si algun vaso de agua para calmar la fiebre.

Y no dejaba escapar ninguna queja ni hablabá de capitular.

¿Es que verdaderamente seria de un temple tan resistente?

Nazario Perros sentia sacudidas de nervios y una fria cólera le dominaba. Se decia que, en el fondo, no seria tan mala accion como pudiera creerse, la de someter á Santiago de Brandes á todas las antiguas torturas de la inquisicion para obligarle á hablar y en el caso de una negativa final arrojarle al agua con una bala á los piés, á fin de evitar el sacrificio de Germana que se hacia acaso inevitable.

No era necesaria una gran imaginacion, para comprender que la desgraciada mujer llegaria á ese estado de aniquilamiento en que se está á merced del enemigo, dispuesto á aceptar todas sus condiciones, aun las más deshonrosas.

Y francamente, no se podia pedir más valor á la señorita de Roye, que el que había demostrado.

Perros se proponia tener una entrevista con Santiago de Brandes, una de esas conferencias en las cuales se arregla definitivamente un asunto, y no respondia de su sangre fria.

El pequeño *steamer* de su amigo John Clarkson, estaba aún en el puerto de Cherbourg.

No era difícil embarcar á un hombre de fuerza á bordo de aquel hermoso navio, y ¡caram-

ba! un accidente en el mar ocurre con facilidad.

El honrado Breton llegaba hasta admitir como buenas las ideas más feroces.

La tenacidad del baron estraviaba la suya.

Así es que, cuando vió llegar el coche que conducia á la señorita de Roye á *La tumba de las langostas*, y que descendia de él, esperiméntó una súbita opresion en el corazon.

¿Qué iba á hacer allí?

¿A desautorizarle y someterse?

Esta suprema tentativa no hubiera dado mejor resultado que las otras.

¿Qué iria á decirle?

El marino, consternado, retorcia su rudo bigote entre los dedos cuando entró Germana.

—¿Qué hay?— le preguntó alargandole la mano.

—¡Ay de mí! nada decisivo; pero podrá haberlo.

—¿No habeis conseguido nada?

—Hasta ahora, no.

—Lo mismo sucederá en lo sucesivo.

—Tal vez...

—Mi pobre Perros,—repuso la señorita de Roye,—creed que vuestros esfuerzos me conmueven. Mi tio y vos sois acreedores á todo mi afecto, sabéis que disponeis de él sin reservas. Pero unos y otros nos estrellamos contra un imposible. ¡Seria tanto como intentar ablandar una roca con súplicas ó con amenazas, el proponerse conseguir nada del baron sin acceder á sus deseos!

—¿Qué quereis hacer? ¿es que podeis rendiros?... ¿Llegar á ser la mujer de vuestro verdugo? Todo ántes que esa humillacion.

—¡Yo no sé nada, amigo mio; yo no quiero saber nada; solo sé que mi hija se muere en una cama de un hospital, y que es preciso que yo la vea, que la recobre!

—¡Vuestra hija... moribunda!... ¿Quién os lo ha dicho?

—El.

—¿Cuándo?

—Después de que os marchasteis. He recibido esta carta hace tres días... Leed.

—¿Y entonces?— preguntó el capitán aterrado.

—Entonces vi á los señores de Beaulieu. Roberto lo sabe todo. No se opondrá á un divorcio, puesto que la ley me deja ese refugio.

—¿De modo que aceptais?

—Todo.

El capitán Perros, con los dientes oprimidos, lanzó uno de esos suspiros que nos ahogarian si se les contuviera.

—Teneis razon. ¡Soy cobarde, pero qué importa lo demás— exclamó Germana. — Quiero salvarla sobre todo. Hay angustias á las cuales puede resistir el orgullo de un hombre. ¡Ah, el orgullo!... Le he escuchado demasiado... El mio ha muerto. ¡Es preciso que yo lo sepa! Conozco á Santiago. Se conformará con mi palabra, seguro de que la cumpliré con la muerte en el alma. Conducidme á donde está.

¡Confesar su derrota!

Aquello era terrible para el orgullo del Breton, que lo tenia muy grande.

Pero en el rostro de Germana se veía un dolor tan intenso, que Perros se resignó.

Se acercó á la ventana y llamó:

—¡Triquet!

—Señor.

—¡El coche de la señorita!  
Y volviéndose hacia ella la dijo lanzando un nuevo suspiro:

—¡Vamos!

Eran las nueve y media de la mañana cuando el coche se encontraba frente á los faros de Roville.

El capitán Perros guiaba á Germana por entre las lagunas y las rocas de la orilla del mar.

Mientras que Triquet iba por las llaves del viejo faro á casa de Jeannin, el Breton intentó un último esfuerzo.

—¿Estais completamente decidida?— preguntó.

Germana inclinó la cabeza.

La marea estaba baja.

Germana y su guía pudieron llegar á pies enjutos, pasando de una en otra roca, hasta al pie del viejo faro.

Triquet no tardó en aparecer.

En cuanto el capitán Perros le vió, conoció por la confusion de su criado que pasaba algo extraordinario.

Después de haber empleado algunos segundos en serenarse, el pobre diablo se explicó, temblando como el perro que espera un castigo.

El guardian del faro se habia ausentado desde por la mañana. Estaba en Roville, en casa de su hermano el administrador. Su mujer, una buena aldeana, habia buscado las llaves y no las encontraba. Sin embargo, era fácil verlas, porque estaban siempre colgadas en un enorme clavo en la campana de la chimenea.

Tal vez se las habria llevado Gregorio Jeannin consigo... para mayor seguridad.

El capitán Perros frunció las cejas, y cogiendo á Triquet por el cuello de la chaqueta, mirándole de frente y clavando su mirada en los ojos de aquél, le dijo:

—¡Nos has engañado ya una vez y hoy!...

Triquet se apresuró á decir con acento sincero:

—¡No, yo no, os lo juro!

Perros le dejó y se dirigió con paso rápido hasta la puerta baja del faro.

Estaba abierta.

Se lanzó por la escalera en espiral y llegó al calabozo del baron.

Germana le seguía.

La puerta estaba abierta como la de abajo.

La grosera y pesada llave estaba todavia en la cerradura.

No habia quedado huella alguna del prisionero.

El pájaro habia volado.

—¿No sabes nada?—preguntó el capitán Perros á su criado.

—Nada, señor.

Y con una admiración que no podía disimular, añadió Triquet:

—Ese hombre es el diablo, señor. Vale más ser su amigo que su enemigo. En esto hay alguna mano de mujer.

Triquet no se engañaba.

La mano era la de Genoveva.

Genoveva adoraba al baron de Brandes.

La tarde de la comida del inglés había preparado, como sabemos, para el dueño de la Honguette la mejor habitación de su casa.

Pero aquella habitación la había tomado el capitán Perros.

El capitán explicaba la ausencia del baron de una manera muy natural.

Había tenido que partir repentinamente para Cherbourg, á fin de procurarse los documentos indispensables para cerrar su trato con *mister* John Clarkson, y tal vez no volvería á Barfleur si el asunto no se ultimaba.

Genoveva desconfiaba.

La desaparición del baron había ocurrido mientras ella comía en la cocina con Jeannin y los criados del armador.

Triquet era también de la partida.

Triquet no brillaba por su listeza y Genoveva era mujer.

La interesaba prodigiosamente todo lo que se refería á Santiago de Brandes.

Y la parecía imposible que el baron, por preocupado que estuviese, hubiera abandonado su casa sin haber dado señales de vida.

Sorprendió sonrisas burlonas, cambiadas entre los servidores del inglés, que parecían contarse algo extraordinario, en un lenguaje del cual no comprendía más que algunas palabras por la frecuencia con que las había oído.

Genoveva conocía la historia del duelo de Santiago de Braudes, con el prometido de la

señorita de Roye y las disensiones que existían entre la rica heredera y su primo.

Por último, había sorprendido en aquellos días conciliabulos entre el Jeannin de Roville y el del faro.

A fuerza de reflexiones y de estudios hechos sin despertar la atención del capitán Perros, que seguía viviendo en su casa, consiguió adivinar una parte del secreto.

Una visita de Gregorio Jeannin, que fué una noche á buscar al Breton, le suministró la clave de aquella pequeña conspiración de familia.

Un rayo de luz iluminó su imaginación y la reveló lo que intentaba saber, esto es, que tenían alguna concesión que arrancar al baron, que había sido cogido en las redes y encerrado en alguna parte, acerca de lo cual guardaban el más profundo secreto.

Aquel sitio no la costaría á ella gran trabajo descubrirlo.

Criada en la Honguette, había tenido siempre ante la vista aquella vieja torre aislada, construida en el mar y que parecía haber sido construida á propósito para servir de prisión.

No la costaría trabajo asegurarse de ello.

La astuta aldeana acechó la ocasión, que no tardó en presentarse.

La mañana del mismo día en que Germana debía llegar á *La Tumba de las langostas*, Genoveva, siempre á la expectativa, vió pasar á Gregorio Jeannin, que iba á Roville á casa de su hermano.

El guarda del faro le habló un momento al pasar.

Supo que no volvería á su casa antes de mediodía.

Sin decir una palabra á nadie corrió al faro. Oculta en un accidente del terreno, vió á la mujer del guarda que salía de su casa y se iba á alguna distancia, á un cercado que la servía de jardín.

Por librar á su amigo Santiago de Brandes,

hubiera hecho frente Genoveva á un puesto de aduaneros ó á una brigada de gendarmes.

No tenia necesidad de tanto heroismo.

La bastaba deslizarse diestramente en la casa de Gregorio Jeannin, que no estaba cerrada, y apoderarse de las llaves del faro viejo.

Esto fué lo que hizo.

En posesión del precioso llavero, cuya autenticidad estaba garantida por una etiqueta de pergamino, la jóven, con la alegría en el alma, descendió á la playa y llegó al faro.

Su corazón palpitaba.

Introdujo la llave en la enorme cerradura y gritó:

—¡Señor baron!

Nadie respondió.

Subió las escaleras con precaucion.

Llegó por fin adonde estaba Santiago.

Se detuvo ante la puerta de encina.

Era el último piso.

Entonces llamó.

Preguntaron desde dentro:

—¿Quién está ahí?

Todo su ser se conmovió de alegría.

Habia reconocido la voz de Santiago de Brandes.

—Yo—dijo temblando de placer,—yo, Genoveva.

Y con viveza abrió la puerta que les separaba.

No tuvo necesidad de explicarse.

El baron lo comprendió todo.

La atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos.

Se creyó con esto más que pagada por sus servicios.

—¡Pobre Genoveva!—murmuró el baron.—  
¡Pensabas en mí!

—¡Venid pronto, huyamos!—dijo ella.

No preguntó nada al baron acerca de las causas de la lucha que sostenian.

—¡Cuánto habeis debido sufrir!—le dijo con dulzura.

—¡Es verdad; pero todo ha concluido, gracias á tí!

Santiago de Brandes habia cambiado poco.

Las privaciones de aquellos dias de hambre, apenas si habian disminuido sus fuerzas, tan enérgica era la resistencia de aquella robusta constitucion.

Una vez en la playa, volvió á abrazar otra vez á Genoveva, dándola un estrecho abrazo lleno de pasión.

—Eres una buena muchaacha—la dijo—y á tí es á quien debería amar. Pero la vida tiene sus caprichos. Adios, Genoveva mia.

No debían volverse á ver.

Tres cuartos de hora despues, la aldeana, muy pensativa, estaba de vuelta en su casa.

Nadie sospechó su expedicion.

Solo Triquet tuvo sus dudas; ¿pero para qué manifestarlas?

Que Genoveva tuviese una debilidad por Santiago de Brandes, no era para admirarle á él, cuyo afecto fluctuaba entre sus nuevos amos, el capitán Perros, el general de Treville y el pobre baron, á quien hubiera querido servir con el mismo celo.

Triquet pensaba en sí mismo viendo los efectos de las divisiones de aquella familia, en la cual tenia, de una y otra parte, sus simpatias.

¡Que no se entiendan!

El baron se dirigió hacia Cherbourg á través de los campos.

Ahora ya no temia nada.

Estaba prevenido y no se irritaba por la mala pasada que el capitán Perros, ó la señorita de Roye, le habian jugado.

Le parecia de buena lid.

Pero respiraba á pleno pulmón el aire libre de que se habia visto privado desde que le metieron en el faro.

El cansancio se hizo sentir cerca de Maupertus.

Estaba casi á la mitad del camino.

Se le doblaban las piernas y millares de estrellas pasaron ante sus ojos.

Entró en una posada y se hizo servir un frugal almuerzo, despues del cual continuó su camino.

A las cuatro llegó á Cherbourg; se fué directamente á la estacion y salió para París en el primer tren que pasó.

—Ahora nos veremos—pensaba.—Llegó la hora del desquite.

Agobiado por sus tres dias de ayuno y de insomnio, se tendió en una banqueta y, mecido por la trepidacion del coche, se durmió profundamente para no hacer más que un sueño durante el viaje.

Cuando se despertó, se detenía el tren bajo una bóveda de cristales, el dia comenzaba á apuntar y un empleado gritaba:

—¡París!

## VII

En que la casualidad se presenta bajo la figura de un viejo aldeano

El capitán Perros entró en *La Tumba de las Langostas* en un estado de contrariedad que no se manifestaba más que por su silencio.

No encontró una palabra de esperanza para tranquilizar á la señorita de Roye.

Decididamente, la suerte se ponía en contra de ellos.

Germana quería volver á París sin dilacion.

La señorita de Roye, menos sorprendida de la evasion del baron que el capitán Perros, se habia sentado en un banco, enfrente del emparado de la posada, y meditaba.

El Breton, muy pensativo, no turbaba sus meditaciones, cuando un anciano, con traje de aldeano acomodado de los alrededores, se detuvo ante ellos y preguntó:

—¿Sois de París?

El capitán le miró, bastante admirado de la pregunta.

El buen hombre tendria unos setenta años.

En sus acentuadas facciones, su nariz aplastada, su colorado rostro, sus ásperos cabellos.



grises, su ancho busto y sus cortas piernas, era fácil reconocer al antiguo arrendatario de Landemer, el mayor de los Roguet.

A pesar de los trece años trascurridos desde el día en que con tanto furor arrojó de su casa a Magdalena y a sus dos pequeñas, su fisonomía no había variado en nada.

—Si, señor—dijo el Breton.

—Vos podreis tal vez informarme.

—¿De qué?

El aldeano sacó del bolsillo un periódico, de fecha ya atrasada, que había ido á parar, en lamentable estado, á Landemer, y se lo presentó al capitán, que lo rechazó con suavidad.

Genoveva, que estaba á la puerta de su casa, atravesó la carretera y se acercó á ellos.

—¿Sois vos, tío Roguet?—le dijo.

—Si, yo soy.

—¿Qué es eso?

—Un periódico que el maestro me ha enviado hace un momento.

—¿Y qué dice vuestro periódico?—preguntó Genoveva muy complaciente.

El aldeano puso un dedo en un sitio del periódico que estaba marcado con lápiz, y dijo:

—Leed.

El capitán Perros y Germana principiaban á interesarse en aquella escena, que en un principio miraban con indiferencia.

El aldeano parecía muy excitado.

Genoveva se apoderó del periódico y leyó en alta voz lo que sigue:

«Dimos cuenta, hace pocos días, del singular atentado de la Avenida del Observatorio. Ese asesinato, cuyas causas permanecen en el misterio y que prueba una vez más, á qué terribles consecuencias conduce la detestable costumbre que tienen algunas gentes de servirse del cuchillo para ventilar hasta las más triviales cuestiones.

»El autor de ese acto de salvaje ferocidad,

cuyo movíl han debido ser los celos, acaba de hacerse justicia.»

Seguía una conmovedora y dramática relación del fin de Servoz en las montañas de su país.

El artículo terminaba con estos informes:

«Nos hemos informado con frecuencia del estado de la simpática víctima que se encuentra en el hospital Cochin.

»Juana Aubin, parece fuera de peligro y nuestro eminente cirujano T. Anger, responde de su vida.

»Hemos tenido el honor de verla y podemos decir que su gran belleza explica la feroz pasión que había inspirado y cuyo desenlace ha sido tan trágico.

Al oír la palabra Hospital, un involuntario temblor se apoderó de Germana.

¿No le había dicho Santiago de Brandes que su hija estaba en una de esas tristes y caritativas casas, sufriendo?

Pero Germana se resistía á esta idea.

¿En qué podía fundarse para creer que lo que acababa de oír leer pudiera referirse á su hija? ¿Qué relación podría haber entre ella y Juana Aubin?

—¿Juana Aubin?—dijo Genoveva tratando de reunir sus recuerdos.

—¡Eh!—dijo el tío Roguet—ya sabeis que mi sobrina Magdalena Roguet—el pobre hombre se eternizó,—mi pobre sobrina, aquella desgraciada que se casó con el pescador, se llamaba Aubin, despues de su matrimonio de miseria.

—Justo.

—Y que tenía dos hijas—¡dos!—una que era la suya y otra que había venido de París, ó de otra parte, no se sabe de dónde.

La atención de Germana aumentaba y también su emoción.

—Si...—dijo Genoveva procurando recordar. El aldeano continuó:

La mayor tendría ahora veinte años; esa es mi sobrina. ¡Se llamaba Colette Aubin! Cuando pienso que hubo un tiempo en que ni aun quise saber su nombre y que ahora me ha sido preciso ir á la alcaldía para informarme!

El aldeano se dió un puñetazo en el pecho y se apostrofó á sí mismo.

—¡Viejo monstruo!

Y dirigiéndose á Germana y al capitán Perros, añadió:

—¡Tal vez no me creáis, pero desde que eché de mi casa á esas pequeñas con su madre, porque Magdalena me había desobedecido casándose con el pescador contra mi voluntad, no he tenido un momento de reposo. Me parece que las veo siempre en el camino, á las tres, cogidas de la mano; mi Magdalena tan buena y tan honrada, y las niñas una rubia y la otra morena, dos ángeles! Dicen en el país que tengo la cabeza extraviada... Eso no es verdad. La tengo muy firme. El sentimiento es el que me atormenta. Soy rico... ¡Soy dueño de Landemer, que es la mejor posesión del país y no sé donde meter el dinero! Y tan cierto como que existo, por mi desgracia, y que me llamo Roguet, daría todo, finca y dinero, por volverlas á ver antes de morir.

Y añadió con ronca voz, bajando el tono, como si temiera despertar á un muerto:

—No, á Magdalena, porque la pobre ya no existe. Se arrojó al mar para ir á reunirse con el otro...

El tío Roguet se detuvo.

Genoveva reflexionaba.

—La rubia se llamaba Juana, en efecto—dijo ella.—Juana Aubin... ¡Podría haber algo de común entre ellas y lo que ese periódico refiere, tío Roguet!

—¡No es verdad?—repuso el viejo con una alegría que iluminó de pronto su rostro.—Esto es lo que ha pensado el maestro de escuela...

que es un buen hombre... La rubia no era su hermana verdadera; pero como no se separaban y se querían tanto, llevarían ambas el mismo apellido: Colette y Juana Aubin. Además, en el país no se las llamaba de otro modo.

Y concluyó diciendo:

—¡Ah! si las encontrara, qué fiesta en Landemer, en la vieja casa.—¡Yo quiero ir á París á enterarme!

Y dirigiéndose de nuevo al capitán Perros:

—Puesto que sois de allí—le dijo,—¿podreis darme informes de ese hospital? ¡El hospital Cochin! No las tratarán mal allí, ¿verdad?

—No tengais cuidado.

—¿Y vos creéis que hay probabilidades, Genoveva?

—Caramba, es muy posible. Confíad en ello, tío Roguet.

Aquel día el aldeano no pidió el vaso de ron ni ningún líquido para aturdirse.

Se volvió á su casa á hacer los preparativos para su viaje, sintiendo que el corazón le decía:

—¡Juana Aubin es la rubia de ojos azules que arrojaste de tu casa, que se pegaba á las faldas de su madre adoptiva para defenderla cuando tú la amenazabas con tus perros!

Y Roguet se irritaba contra sí mismo mientras atravesaba por medio de los campos un sendero entre dos filas de manzanos.

—¡Viejo monstruo! ¡Bruto! ¡Avaro!

Y repetía:

—Si fueran ellas, mi Colette y su hermana la pequeña Juana, ¡qué fiesta en Landemer!

La señorita de Roye permanecía inmóvil en su sitio y muy agitada por lo que acababa de oír.

La parecía entrever confusamente la verdad. Barfleur está á dos leguas de la Houguette.

Aquella niña rubia, confiada á un pescador, que tendría diez y ocho años, la edad de su hija; aquellas dos hermanas, perdidas desde hacia trece años y que llevaban el apellido Aubin; la

casualidad, que acababa de revelarla una parte de su historia, en el momento en que menos lo pensaba, la lanzaba en un caos de dudas y de presunciones.

El capitán Perros no estaba menos sorprendido que ella de aquella extraña coincidencia, cuyo sentido intentaba comprender.

La dueña de la casa parecía estar al corriente de lo que había pasado.

Podría obtenerse de ella, a no dudar, alguna aclaración.

Germana y Perros pensaron en esto al mismo tiempo.

—Señora—dijo Germana a Genoveva: ¿me haríais el favor de concederme un momento de conversación?

—Con mucho gusto—contestó Genoveva.

Ella presentía también que algún misterio, una especie de drama, se desarrollaba en silencio á su alrededor, en su propia casa.

—Venid—dijo la señorita de Roye,—y vos también, Perros.

Genoveva la siguió. Cuando estuvieron sentados alrededor de una mesa, dijo Germana.

—Si no he comprendido mal, lo que acaba de decir ese aldeano es que ha perdido una niña, sobrina suya.

—En efecto, señorita.

—¿En qué año?

—Lo recuerdo perfectamente. En 1870.

—¿Cómo explicais vos esa pérdida?

—Muy sencillamente. La sobrina del tío Roguet se había casado con un pescador á quien amaba. Ese pescador no tenía nada. El tío Roguet quiso impedir ese matrimonio, pero Magdalena Roguet abandonó la casa de su tío y se fué á vivir con el pescador á Barfleur.

—¿El pescador se llamaba Aubin?

—En efecto, Simon Aubin.

—¿Qué fué de ellos?

—Simon Aubin se ahogó una noche. Se dice que no fué por accidente.

—¡Ah!

—La opinion pública acusó á un hombre del país, de haber cortado las amarras de su barca mientras que él pescaba en los Reniers. El desgraciado trató de ganar la costa á nado, pero pereció en el camino.

—¿Por qué ese crimen?

—Magdalena Aubin era hermosa y aquel hombre la cortejaba, sin conseguir nada de ella. Esperaba ser más feliz en sus pretensiones cuando ella no tuviera ya quien la sostuviera.

—¡Eso es horrible!

—¿No es verdad que lo es?

—¿Se conoce á ese hombre?

—Sí—dijo Genoveva con decision;—pero es rico y hace mucho tiempo que pasó eso. Además, no hay pruebas; sin embargo, nadie duda de que las cosas pasaron como os he dicho.

—¿Y la viuda?

—Amaba con locura á su marido. No pudo resolverse á vivir sin él. Entonces llevó á las niñas á casa de su tío, quien las puso á la puerta de la calle. Pasó por aquí, nos dejó á las dos pequeñas y fué á arrojar al mismo sitio en donde se había encontrado el cadáver del pescador.

—¿Habeis dicho las dos?

—Sí.

—¿Tenía, pues, dos hijas?

—Dos encantadoras niñas: una morena, la mayor, Colette, y otra rubia, Juana, la más joven. Pero solo la mayor era de ella.

—¿Y la otra?—preguntó la señorita de Roye visiblemente agitada.

—La otra era una niña abandonada.

—¿De dónde había venido?

—Jamás se supo. Había en aquel tiempo en Barfleur un viejo sacerdote, el abate Hubert, que vivía en una casa aislada con su ama de gobierno llamada Mariana... Una mañana, un día de una tempestad horrible, cuando salía de su casa para ir á decir misa, encontró á la criatura en una canastilla que colgaba de la puerta de la verja.

—¿Habeis dicho...—preguntó el capitán Perros—que era un día de tempestad?

—Y el abate Hubert, qué hizo de ella?—interrogó Germana.

—El abate Hubert no podía criar á la niña, como comprendereis—dijo Genoveva—la llevó á casa de sus vecinos, los Aubin, con una cantidad que habían colocado en el fondo de la canastilla, setecientos u ochocientos francos.... Y una carta que habia tambien en ella. Mariana, la sirvienta, fué quien me contó todo esto.

—¿Y qué decia la carta?

—La escribia una criada, y decia que se volvia á Paris para colocarse; que era muy desgraciada.

—La sirvienta del abate... ¿cómo habeis dicho?

—Hubert.

—¿Vive aún?

—El abate murió hace mucho tiempo, pero Mariana vive. Habita en Canteloup, en casa de unos parientes. Pero no os dará más informes que los que acabo de daros. Lo que os he contado, lo sabe todo el mundo en Barfleur.

El capitán Perros reflexionaba.

—¿Un día de tempestad! ¿Una mañana! Durante un huracan habia sido cuando Struth habia robado la niña de Germana y habia perecido en el mar; pero lo mismo podia haber encontrado la muerte al volver de Barfleur que al intentar ir á él.

—¿Y esa mujer que habia depositado la criatura á la puerta del anciano sacerdote, no ha vuelto á aparecer?—preguntó Germana.

—Jamás.

—¿Que estraña historia!

—Ocurrió como os lo he dicho. Desde entonces las dos niñas de Aubin se criaron sin separarse. Se querian mucho. Yo las conocia bien. Todos los dias venian á esta casa á vender la pesca de su padre, se la comprabamos por lo que nos interesaban ellas. En 1870, á la muerte

de su madre, la mayor tenia siete años cumplidos.

—¿Y la otra?

—Unos dos años ménos. ¡Si hubiérais visto qué tristes estaban con sus trajes negros cuando quedaron solas! Los Cloquart, que eran buenas gentes, quisieron encargarse de ellas, pero como una señora muy rica que pasó por aquí quiso llevárselas, creyendo que aseguraban su porvenir, se las dejó marchar. Hubiera sido mejor no haberlas dejado ir. El tío Rognet, no hubiera podido menos de quererlas. Él no es malo, no es más que obstinado. ¡Mucho ha sufrido por su testarudez! ¡Pero le ha sido imposible volverlas á encontrar!

Germana escuchaba, inmóvil, con los ojos fijos en Genoveva, la angustiada historia de aquellas dos huérfanas abandonadas, que no tenían más recursos que la caridad de las gentes.

Poco á poco entraba en su alma la conviccion de que aquella abandonada era su hija.

Casi estaba segura de ello.

—¿Y el señor de Brandes—preguntó—no venia al país en aquella época?

—¡Al contrario, venia con mucha frecuencia!

La señorita de Roye se estremeció.

Aquel movimiento fué tan visible, que Genoveva la preguntó con interés.

—¿Qué teneis?

Germana se dominó.

—Nada—dijo.—¿De modo que venia con frecuencia?

—Sí, señora, pero ¿no era esto natural? Tenia que cuidar de su posesion...

—¿Y conocia á esas niñas?

—Como todo el mundo.

—¿Las veia?

—Algunas veces y las queria mucho. Y hasta me habia encargado á mí que le avisara si alguna desgracia ocurría á los Aubin.

Germana se puso densamente pálida. Estuvo á punto de desmayarse.

El capitán Perros se inclinó y la dijo al oído en voz baja:

—¡Animos! ¡Dios os salva!

—¿Y cuándo desaparecieron?—preguntó Germana con voz ahogada.

—Se lo escribí; pero estaba en el ejército y no recibí mi carta hasta la conclusión de la guerra.

—¿Y por qué tenía tanto interés por aquellas niñas?

—El no tenía hijos y no quería casarse... Además, no explicaba el por qué.

Las dudas que podía abrigar Germana, desaparecieron una a una.

El barón no había mentido.

Había perdido y vuelto a encontrar a aquella niña.

Una fecha y todo estaba aclarado.

Germana hizo temblando, la suprema pregunta a Genoveva, quien adivinaba ahora lo ocurrido entre Santiago de Brandes y la heredera de Roye.

—¿Se sabe—la dijo—el día en que fué llevada a Barfleur esa niña?

—Sí, señora.

—¿Cómo?

—El abate Hubert la bautizó la misma noche. La partida de bautismo da fe de ello.

—¿Con qué nombres?

—Juana Barfleur.

—Perros,—dijo la señorita de Roye—¿quereis ir a ver?... Yo no tengo fuerzas para hacerlo.

El coche estaba preparado a la puerta de la posada.

En pocos minutos fué a la iglesia y volvió.

—¿Qué hay?—preguntó Germana.

El Breton la cogió la mano, y pálido de emoción, la dijo:

—El diez y seis de setiembre de mil ochocientos sesenta y cuatro.

Y añadió más bajo:

—¡Vuestro corazón no os engaña; es vuestra hija!

## VIII

## Calle Vizconti

El señor Pescheux era un notario activo, exacto y positivo.

No desperdiciaba ni sus pasos, ni sus gestiones: iba derecho y seguro al fin.

Adoraba los honorarios; pero ganaba lealmente su dinero.

Era muy honrado en sus funciones; honrado como no se es ya en nuestra época. Triste es confesarlo; pero es necesario ser sincero... algunas veces.

El señor Pescheux no había perdido el tiempo. Se había propuesto probar a Urbano Salvador que su situación era falsa en extremo, porque su conducta había sido un poco dudosa.

El Brasileño, impresionado ya por los acontecimientos; la herida de Juana Barfleur; su propia aventura con los dos Malvados de Montiers y la sorpresa de su secreto por Colette Aubin, tuvo miedo y propuso él mismo un arreglo que fué aceptado sin discusión.

El señor Pescheux había manejado el asunto con destreza.

El capitán Perros se inclinó y la dijo al oído en voz baja:

—¡Animos! ¡Dios os salva!

—¿Y cuándo desaparecieron?—preguntó Germana con voz ahogada.

—Se lo escribí; pero estaba en el ejército y no recibí mi carta hasta la conclusión de la guerra.

—¿Y por qué tenía tanto interés por aquellas niñas?

—El no tenía hijos y no quería casarse... Además, no explicaba el por qué.

Las dudas que podía abrigar Germana, desaparecieron una a una.

El barón no había mentido.

Había perdido y vuelto a encontrar a aquella niña.

Una fecha y todo estaba aclarado.

Germana hizo temblando, la suprema pregunta a Genoveva, quien adivinaba ahora lo ocurrido entre Santiago de Brandes y la heredera de Roye.

—¿Se sabe—la dijo—el día en que fué llevada a Barfleur esa niña?

—Sí, señora.

—¿Cómo?

—El abate Hubert la bautizó la misma noche. La partida de bautismo da fe de ello.

—¿Con qué nombres?

—Juana Barfleur.

—Perros,—dijo la señorita de Roye—¿quereis ir a ver?... Yo no tengo fuerzas para hacerlo.

El coche estaba preparado a la puerta de la posada.

En pocos minutos fué a la iglesia y volvió.

—¿Qué hay?—preguntó Germana.

El Breton la cogió la mano, y pálido de emoción, la dijo:

—El diez y seis de setiembre de mil ochocientos sesenta y cuatro.

Y añadió más bajo:

—¡Vuestro corazón no os engaña; es vuestra hija!

## VIII

## Calle Vizconti

El señor Pescheux era un notario activo, exacto y positivo.

No desperdiciaba ni sus pasos, ni sus gestiones: iba derecho y seguro al fin.

Adoraba los honorarios; pero ganaba lealmente su dinero.

Era muy honrado en sus funciones; honrado como no se es ya en nuestra época. Triste es confesarlo; pero es necesario ser sincero... algunas veces.

El señor Pescheux no había perdido el tiempo. Se había propuesto probar a Urbano Salvador que su situación era falsa en extremo, porque su conducta había sido un poco dudosa.

El Brasileño, impresionado ya por los acontecimientos; la herida de Juana Barfleur; su propia aventura con los dos Malvados de Montiers y la sorpresa de su secreto por Colette Aubin, tuvo miedo y propuso él mismo un arreglo que fué aceptado sin discusión.

El señor Pescheux había manejado el asunto con destreza.

Habia tomado posesion de una suma líquida de tres millones, y del dominio de Montiers, que valia por lo menos de quinientos á seiscientos mil francos.

Además de esto, Urbano Salvador se habia comprometido por escrito, á abandonar la Francia y á residir durante un plazo de seis años consecutivos en su pais natal.

Gracias á la transaccion consentida por el señor Pescheux y al secreto que Colette, para preparar una sorpresa á su hermana, habia tenido interés en guardar acerca de aquel cambio de fortuna, Urbano Salvador continuaba disfrutando considerables rentas, que le permitian ostentar en Rio un tren de príncipe.

Colette reservaba tambien una sorpresa á otra persona.

Habia adivinado el amor que inspiraba á su salvador y le queria ageno á todo cálculo.

Las jóvenes más sencillas, y Colette no lo era, tienen para estos descubrimientos un instinto superior.

Al partir Pedro Aubry, habia dejado comprender á su amigo Andrés, que huia por no comprometerse en una aventura que podria llevarle más allá de lo que él esperaba.

En camino para Tours, pensaba en esto.

Sus reflexiones fueron las de todos los enamorados.

Conocia la interesante carta escrita por la enferma al interno, carta que habia colmado de alegría á Andrés.

Pensaba que Colette no poseia nada, puesto que la miseria, su cariño á su hermana y la imposibilidad de vivir honradamente, la habian arrastrado á la desesperada resolucion que habia tomado.

Colette era, pues, bajo el punto de vista del matrimonio, un abominable partido del cual un hombre del siglo debia alejarse con horror como de un abismo.

No se casa uno con una joven sin dote, á menos que no se sea ó un héroe ó un tonto.

Pero el doctor Aubry no era completamente un hombre del siglo.

De su primera educacion en casa de sus padres, los cosecheros, le quedaba una vieja levadura de principios hostiles á las costumbres modernas.

Y además... cuando se ama surgen en tropel las objeciones á los principios más sabios.

Pedro Aubry se persuadió de que Colette Aubry realizaba á la perfeccion su tipo, su ideal; que en ninguna parte encontraría una muchacha tan admirablemente formada.

Jóvenes que tomen con decision un frasco de láudano, por no perder su honra, son terriblemente raras, hay muy pocas, poquisimas.

La garantia era de las más serias.

El doctor Aubry tenia demasiado buena imaginacion, para ignorar que Colette, tal como él la conocia por haberla curado, tenido en sus brazos y examinado con su libertad de médico, valia tanto oro como pesaba.

¡Y qué carácter más amable! ¡Qué bondad! ¡Qué valentia! ¡Qué cariño por los suyos, puesto que este cariño la llevaba hasta la muerte, último límite que se puede humanamente imponer.

La conclusion de estos razonamientos es fácil de deducirse...

Si al tomar el tren en Paris el doctor Aubry vacilaba aun, en Orleans estaba ya ganado y al llegar á Tours queria volver atrás sin tardanza.

Bien pensado todo, corrió á exponer el caso á su tío el viejo doctor, sin ambages y sin reticencias.

El excelente hombre le obligó á emprender de nuevo el camino de Paris, y se encargó de anunciar la noticia á los parientes de Santa Rodegunda.

Pedro Aubry siguió el consejo de su tío sin hacerse rogar, despues de haber abrazado cordialmente al viejo patricio por su bondad y cariño.

De vuelta en París, el Turenés fué directamente á la calle Vizconti y, so pretexto de visitar á la enferma, subió á la habitacion.

Colette estaba ya restablecida.

La juventud tiene inagotables manantiales de vigor.

Estaba un poco pálida por las terribles emociones que habia sufrido; pero en el fondo se consideraba feliz.

Veía ya la vida bajo alegres colores.

Por débil y fatigada que estuviera aun, llegaba en aquel momento del arrabal de Santiago, en donde acababa de pasar dos horas al lado de la enferma, y esto la animaba.

El medio era enormemente eficaz para hacerla olvidar sus pasadas penas.

Juana se encontraba fuera de peligro.

Su curacion no era más que cuestion de tiempo.

Andrés de Fresnaye no ocultaba su alegría.

Colette estaba radiante.

Después de la serie de días malos que habian pasado, iban á comenzar los días felices.

Pedro Aubry se sorprendió de aquella metamorfosis.

Aquella á quien amaba le pareció más seductora aun.

—Aquí me teneis de vuelta—la dijo cuando entró en la habitacion.

—¡Yal—dijo Colette con tono un poco burlesco, pero tan dulcemente, que aquella burla era en ella un encanto más.

—¿No adivinais el motivo de mi vuelta?

—Sí.

—¿Cuál es?

—Que sois bueno, habeis pensado que puedo tener aun necesidad de vuestros auxilios; que no estoy completamente restablecida, ó que con mi cabeza, un poco loca, muy exaltada, soy capaz de todo y que es prudente velar por mí.

—No.

—Entonces ya no comprendo...

—Vais á comprender.

—Os escucho.

El doctor Aubry respiró como el tenor que se dispone á dar principio á la parte difícil de su partitura.

Es siempre un momento grave el en que se franquea el Rubicon del matrimonio.

El amor no se encarga como un traje en casa del sastre, ó un sombrero en casa de la modista.

—¡Vamos!—dijo Colette dirigiéndole una mirada bastante burlesca.

Esto fué un estímulo.

—Pues bien, señorita Colette—dijo el joven.

—Creo que el azar que me ha traído á casa del abuelo Gombault tan oportunamente, después de haberos traído á vos misma á esta casa con vuestra hermana, no es ciego... ¡Tenia sus razones!... ¡Sois pobre!...

—¡Oh! sí—dijo Colette con conviccion.

—Tanto mejor. Esto me permitirá ofreceroslo todo y hacerme más tarde yo mismo la justicia de que si os he amado, el dinero, tan útil sin embargo, pero tan vil á mis ojos, no tuvo la más minima parte en mi pretension. Os pregunto sencillamente: ¿quereis casaros conmigo?

—¡Yo!—exclamó Colette.

—¡A menos que os desagrade!

—¡Oh!

—No soy guapo, lo sé, pero en un hombre la belleza no es indispensable...

—En efecto.

—Todo lo que yo puedo prometeros es que os amaré mucho y siempre. No soy voluble. No os ofrezco una fortuna, pero si una modesta posicion. Entrareis en una familia honrada y de gentes muy sencillas en la cual sereis bien recibida, estad segura de ello. Mis padres son vinitores. Si la filoxera entra en sus viñas, no les arruinará completamente, pero no faltará mucho. Tengo un tío en buena posicion y soy su único heredero. En fin, tenemos de qué vivir, y espero que las enfermedades no desaparecerán súbitamente y me proporcionarán algunas ren-



tas. Estais al corriente de todo. ¿Qué decís á esto?

—Estoy muy conmovida... ¡Os lo aseguro!...

—¡Pero me rechazais!... En verdad que me desesperaría, porque cuanto más os veo, más comprendo que os amo y que mi felicidad está en vuestros ojos llenos de malicia y de fuego.

—¿Y si acepto?...

—Me colmariais de alegría.

—¿Es cierto eso?

—Os lo juro.

—¿No lamentaríais la fortuna que otra podría aportar al matrimonio?

—Jamás.

—Se dice eso, y despues se reconoce que uno se ha engañado. Se piensa que las herederas que tienen la suerte de nacer en la opulencia, no son peores que las otras y que se ha hecho mal en un momento de ilusion en unirse á una pobre jóven sin familia y sin recursos... Se la censura esto aunque no sea suya la culpa y la division entra en la casa para no volver á salir de ella...

—Lo sé; pero creo poder garantiros un porvenir más tranquilo.

—En fin, ¿habeis reflexionado bien?

—Sí.

—¿Nos conocéis de hace tan poco tiempo!...

—No os ocupeis de mí. Yo he profundizado el asunto. Pensad en vos.

—Vos me creéis, sin duda, mejor de lo que soy. Voy á deciroslo todo. Nos habeis visto trabajando. Yo no tengo tanto valor como podéis suponer. Hubiera podido ocurrirme cometer una falta grave por horror á la miseria, tan dura de soportar y que iba á agobiarnos. Yo no valgo más que las demás.

Colette añadió con aquella jovialidad que no podía abandonar:

—¡Ya lo vereis!

Aubry la estrechó la mano en un acceso de alegría.

—¿Aceptais, pues?—exclamó.

Colette se puso colorada.

—¿Lo he dicho?—preguntó.

—Sí.

—Entonces, ¡sea! No me desdigo.

Y tomando un aire grave, añadió:

—Señor Aubry, habeis hecho lo que vuestro amigo de Fresnaye. Habeis venido á nosotras cuando éramos muy desgraciadas. Me dais la mayor prueba de estima que puede dar un hombre á una mujer al ofrecerla unir á ella su suerte. ¿Pedis mi mano?... Tomadla. Os juro ser una buena y honrada esposa.

El doctor Aubry no era galante.

Era un joven honrado, un trabajador de corazon firme y de modales cordiales, sin exceso de protexas y fórmulas de cariño.

Pero aquellas sencillas palabras, le conmovieron profundamente. Inclino su cabeza sobre la de Colette.

La joven le presentó la frente y él apoyó en ella sus labios, mientras que una lágrima de enternecimiento asomaba á sus ojos.

El convenio estaba hecho.

—¿Cuándo nos casaremos?—preguntó el Turcnés despues de un instante de silencio.

—Cuando Juana pueda venir á nuestra boda—respondió Colette que se levantó y se fué á la ventana á respirar.

Su pecho se dilataba.

Estaba segura de ser amada y sabia que á Pedro Auvry no le movía el interés.

El abuelo Gombault la habia mostrado los doscientos francos que el doctor Aubry le habia dejado para ella y su hermana, recomendándole no revelar su indiscrecion.

¡El joven doctor las creía pues realmente pobres!

Fué para ella una gran satisfaccion pensar en la sorpresa que experimentaría más tarde.

—¡Tomal!—dijo Colette—Hay gente en casa de vuestro amigo.

—¿Allí enfrente?

—En su ventana.

—Es su tío—dijo Aubry.—¡Un excelente y pobre baron que vive en una landa y que se arruina por suministrar recursos á su sobrino para que se haga hombre!

Era en efecto Santiago de Brandes, que acababa de llegar y tenía una carta en la mano.

La carta que leía y releía, era la que Germana de Roye le había escrito algunos días antes.

Una sonrisa entreabría sus labios. Un relámpago de alegría brillaba en sus leoninos ojos. La victoria que esperaba la tenía entre sus manos, completa y más pronta que él podía esperarla.

Además, su sobrino acababa de prevenirle por escrito que la herida estaba fuera de peligro, que él no podía salir del hospital por atenderla y que le esperaba para revelarle un secreto.

¡Qué secreto?

Santiago de Brandes se encogía de hombros y sonreía pensando en esto.

Los términos del billete de su sobrino dejaban presentir la naturaleza del asunto. Andrés se anticipaba á excusarse y preparaba á su tío para la indulgencia. ¡Evidentemente su misterioso amor no estaba extinguido!

¡Pero en dónde estaba el mal, puesto que, gracias á la señorita de Roye, el baron podía asegurar una verdadera opulencia á aquel á quien consideraba como á su hijo?

¡Que Andrés se casase con la jóven de su elección y que nada le hiciera variar de sus propósitos! Santiago de Brandes daría su consentimiento de todo corazón.

En el colmo de sus deseos, él mismo, porque esperaba ganar más tarde completamente á aquella mujer que se entregaba por fin, ¡que podía negar á aquel cuya felicidad deseaba ante todo.

—¡Qué feliz parece!—dijo Colette al doctor Aubry.

—A fé mia—dijo el Turenés abrazando á Colette,—que le desafío á que lo sea más que yo.

Fué preciso separarse.

Eran cerca de las once de la mañana.

Pedro Aubry quería que Colette, á la cual consideraba ya como á su prometida, le acompañara á almorzar; pero ella se excusó.

Esperaba al señor Pescheux y expresó el deseo de estar sola para recibirle, excusándose además con su debilidad y su necesidad de descanso.

El doctor se retiró.

Al pasar por delante de la portería fué detenido por el abuelo Gombault.

—¡Qué habeis dicho á esa jóven para estar tanto tiempo con ella?—le preguntó el buen hombre.

El Turenés respondió con franqueza.

—No debo ocultaros nada, abuelo Gombault. La he propuesto casarme con ella.

El jardinero quedó completamente sorprendido.

—¡Con la señorita Colette!

—¡Sí, con la misma!

—¡Casaros! ¡Es una epidemia en los médicos!

¿Qué os ha contestado?

—«Gracias, consiento gustosa.»

—¿De veras?

—¡Como os lo digo! ¡Qué alegría!

—¿Cuándo será la boda?

—Cuando su hermana esté buena.

—¡No me canso de admirarme!

—¿No os gusta esto, abuelo Gombault?

—Muy al contrario, á fe mia. ¡Y adónde vais!...

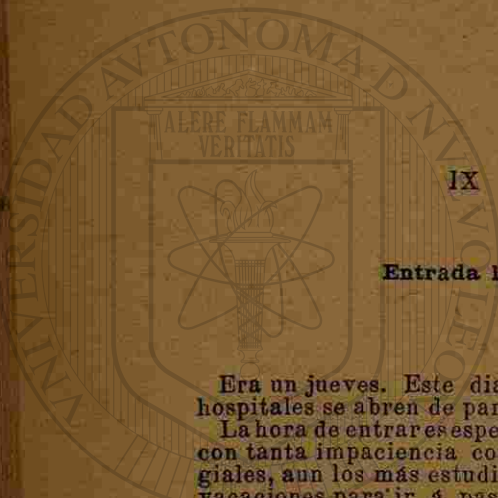
—A dar la noticia á mi amigo de Fresnaye.

—¡Mis recuerdos! Una buena persona, como hay pocas, ¡y cómo os envidiarán las gentes de Tours!

—¿No es verdad que me envidiarán!

El doctor Aubry salió con el corazón inundado de alegría.

A las doce entraba en el hospital Cochin.



### IX Entrada libre

Era un jueves. Este día las puertas de los hospitales se abren de par en par.

La hora de entrar es esperada por los enfermos con tanta impaciencia como esperan los colegas, aun los más estudiosos, la llegada de las vacaciones para ir a pasar unos días con sus familias.

Desde las doce a las tres de la tarde hay libertad de acceso en esos asilos de la miseria y del sufrimiento.

En el fondo de la sala número 1 del hospital Cochin, en la habitacioncita en que Juana Barfleur estaba aislada, cuidada con mil atenciones que se adivinaban por la vigilancia, por el interés de los internos, por los cuidados del cirujano en jefe y por la obstinacion de Andrés de Fresnay en pasar los días y las noches a la cabecera del lecho de la herida, se encontraba el sobrino de Santiago de Brandes tendido en la butaca, que apenas había abandonado desde la entrada de la víctima de Servoz en el hospital.

Pero sus inquietudes se habían disipado.

Con la cabeza recostada en las almohadas,

rodeada por sus magníficos cabellos rubios, Juana hablaba en voz baja con su enfermero.

—¿De modo que ya no hay cuidado?—le decía.

—No.

—¿Estoy salvada?

—Sí.

—¿Y podré abandonar esta casa?

—Aun no... ¿No estais bien en ella?

—¡Sí... os debo la vida, Andrés!

—A mi no—se apresuró a decir el interno.

—No trateis de engañarme... ¡Lo sé todo! Aun cuando no podía hablar os veía cerca de mí y vuestra presencia me daba ánimo. ¡Que bueno sois!

—Lo ignoro...—dijo sonriendo Andrés;—pero lo que sí sé, Juana, es que os amo con toda la fuerza de mi alma, que me sería imposible vivir sin vos, y que si hubierais muerto os hubiera seguido!

—¿Qué locural

—¡No habéis! Estais tan debil aun....

—¡Por el contrario... me siento fuerte!

—¿Teneis dolores?

—No.

Callaron.

La blanca mano de la joven se destacaba de entre las ropas de cama.

El interno puso su mano sobre la muñeca de la de Juana.

—¡Ya no teneis fiebre!—la dijo con los ojos llenos de alegría y de amor.

Ella le respondió con una de esas miradas puras como el cielo, que penetraban hasta el fondo del corazón de Andrés.

En la sala inmediata se oía el ruido de las visitas, los besos dados y recibidos, exclamaciones de alegría y a veces ahogados sollozos.

En la puerta de esta sala, que comunicaba con la habitacion en que estaba Juana, se presentó un hombre.

Aquel hombre era Pedro Aubry.

El Turenés tenía la cara expansiva, como la de las personas a quienes cae de las nubes una

herencia de un primo á quien no han visto jamás y por el cual no pueden llorar por lo tanto.

—¡Eh!—dijo acercándose de puntillas y dando un amistoso golpe en la espalda de Andrés, —parece que se ama aquí.

Y viendo que el rostro de Juana se ponía ligeramente colorado:

—No os ruboriceis, querida hermana,—añadió,—el ejemplo es bueno de seguir. Yo lo he comprendido así y os imito.

—¿Qué quieres decir?—preguntó el interno.

—Que hay personas tan seductoras que no puede uno acercarse á ellas sin ser cogido en la red, y que he quemado mis naves. Me caso con Colette. Vengó á participároslo.

Se inclinó hácia la herida y cogiéndola la mano la dijo:

—¿Me permitireis besarosla con tal motivo? Dos lágrimas de silenciosa alegría se deslizaron por las mejillas de Juana.

Y su mano estrechó la del Turenés, quien repuso:

—¡Ya veis que es peligroso para un médico tratar á enfermas que se os parezcan! Ejemplo: vuestro servidor. Yo quedé prisionero desde el primer día. Si me marché fué solo para ir á pedir el consentimiento á mis padres. Es preciso ser respetuoso con los ancianos. Aquellos viejos quieren ya con locura á Colette, á quien no conocen. Yo la quiero con locura porque la conozco. En fin, está decidido. ¡Tengo su palabra y como es una joven honrada, espero que no la retirará!

Un tercer personaje se presentó en la puerta.

—¡Mi tío!—dijo Andrés, corriendo á abrazarle con la efusión de la felicidad.

Pedro Aubry se separó para cederle el puesto. El interno le retuvo.

—Quédate con nosotros—dijo, cambiando con su amigo una mirada de inteligencia.

Y dirigiéndose al baron, que estaba absorto contemplando la encantadora fisonomía de su hija.

—Tío—dijo con voz que temblaba ligeramente,—el doctor Aubry me da valor para ser franco. Teníamos por vecinas en la calle Jacob á dos pobres jóvenes, dignas de todas las consideraciones y de todos los respetos. Valen más que todas las ricas de la tierra. La más joven es Juana, mi enferma, al lado de quien acabo de pasar tantos días y á quien no hubiera podido perder sin la más profunda desesperación. Nos amamos y os ruego que no os opongais á este amor que hará nuestra felicidad y la vuestra.

—¡Ella!—murmuró el baron lleno de estupor.

—¡Sí, padre!

—¡Cómo! ¡aquella joven de quien tú me hablabas?..

—Era ella.

—¿Y tu secreto... el que debias revelarme?

—Ya lo conoceis.

Por la primera vez, desde hacia veinte años, se enterneció el corazón de Santiago de Brandes. Cerró los ojos, deslumbrado un instante por una nueva claridad.

La Providencia le trazaba su camino.

Cogió la mano de Juana y la colocó en la de Andrés.

—¡Amaos—les dijo—y quiera Dios que seais felices!

El interno se arrojó en sus brazos.

—¡Ah, padre!—le dijo,—¡cuánto te amaremos los dos!

Santiago de Brandes no contestó.

Se inclinó sobre la cabeza de Juana y la cubrió de besos.

Ella oyó que decía con voz conmovida:

—¡Hija mía! ¡hija mía!

Un carruaje se detenía en aquel momento á la puerta del Hospital.

Una mujer, joven aun, de rara belleza, y un anciano de cabellos blancos, bajaron de él.

El anciano presentó el brazo á la dama, quien preguntó al portero:

—¿La señorita Juana Aubin?

El portero se inclinó. No recibía todos los días gentes de aquel porte.

—Sala número 1. En el fondo,—dijo.

Un movimiento de curiosidad levantó todas las cabezas de los enfermos sobre los lechos y las de los parientes y amigos que les visitaban, volviéndose hacia los recién llegados, que atravesaban despacio la vasta sala.

Cuando la señorita de Roye llegó a la estrechidad de aquella larga galería, el corazón palpitaba violentamente en su pecho.

Se detuvo un segundo medio sofocada.

—¡Vamos, hija mía, ánimo!—la dijo el general.

Al ver á Santiago de Brandes al lado del lecho de la herida, dió un paso hácia atrás. El baron vió este movimiento y se puso livido.

Germana le aborrecía y le temía. Pero aquella impresion fué corta.

Después de lo que acababa de saber, nada podía conmoverle. Ni aun le llamaba la atención el cómo se encontraba Germana al lado del lecho de su hija, ni por qué milagro había llegado hasta allí.

Se separó, se puso de codos sobre la chimenea y apoyó la cabeza en la mano derecha.

El interno se acercó á la señorita de Roye y al general, ofreciendo á este su única butaca.

Germana se dirigió al lecho de la joven, quien les miraba con inquieta curiosidad á ella y á su tío.

La madre, por su parte, no dejaba de contemplar á aquella angelical cabeza que no la era desconocida, y se preguntaba dónde la había visto.

La emoción le oprimía la garganta impidiéndola articular ni un sonido.

Así era como ella veía en sueños á su hija, con aquel rostro puro y delicado, con aquella exquisita distinción y con aquella belleza que cautivaba.

Por fin hizo un esfuerzo sobre sí misma.

—Hija mía—comenzó—si vengo á molesta-

ros, no es por vana curiosidad; lo que me trae es vuestro interés unido al de otra persona, al de una mujer para quien sois muy querida. Contestad, pues, os lo suplico, á mis preguntas, con sinceridad, sin reservas, y como si lo hiciérais á la mejor de vuestras amigas. Me llamo la señorita de Roye. Vengo acompañada de mi tío el general de Tréville, mi único pariente, con el señor de Brandes y su sobrino Andrés de Fresnaye, á quienes veo á vuestro lado. No somos, pues, completamente desconocidos aquí.

—¿Preguntadme, señora,—dijo Juana, guiada por un presentimiento—y os responderé.

—¿Estais muy delicada aun? Tal vez una emoción pueda ser peligrosa para vos.

La señorita de Roye consultó con una mirada al interno y á su amigo Aubry.

—No—dijo Andrés.—Felizmente ha desaparecido todo peligro.

—¿No sois vos á quien encontré hace algún tiempo en la Opera?

—Sí, señora, esta primavera. Me acuerdo haber pasado al lado de una señora que se os parecía.

—Aquel día no se que imán me atraía hácia vos. Hubiera querido hablaros como hoy, y de pronto desaparecisteis. Ibais acompañada de una joven morena.

—Era mi hermana.

—Y de una señora anciana... Vuestra madre sin duda.

—No, señora.

—¿Pues quién era?

—La señora Chambly-Salvador, quien nos recogió en 1870.

—¿En dónde?

—Cerca de Barfleur. Eramos huérfanas y estábamos solas en el mundo.

—¿Cómo se llamaba vuestro padre?—continuó Germana.

—Aubin... Simón Aubin—respondió Juana.

—Yo creía que no habíais conocido á vuestros padres... Lo suponía al menos, por ciertos in-

formes que he podido obtener. ¿Simon Aubin era efectivamente vuestro padre?...

—El padre de Colette, sí señora, pero no el mio.

La voz de la joven se alteró.

—Yo —añadió,— soy una criatura abandonada.

La señorita de Roye tomó la mano de Juana entre las suyas.

—Perdonadme—la dijo—que renneve vuestras penas; pero tocan á su término, hija mia, y creo que una gran dicha os espera.

—¡Una dicha!

Juana miró al interno.

Su mirada quería decir:

—¿Qué mayor dicha puedo esperar que la que os debo!

La señorita de Roye continuó:

—Por ejemplo, la de encontrar á una madre, de cuyas manos os han arrebatado, quien os llora y os busca desde hace muchos años.

Juana llevó su mano al corazón.

Había perdido aquella esperanza desde hacía mucho tiempo.

—¡Ah, señora!—murmuró,—¿para qué enganarme? ¡Esa madre de que habláis no la veré jamás!

—Tal vez sí.

Juana se estremeció al oír esto.

Sus ojos se fijaron en el rostro de Germana... los cerró despues en una especie de éstasis.

Acababa de entrever la verdad.

Germana continuó:

—¿No fué un sacerdote anciano quien os depositó en casa del pescador?

—Así me lo han dicho en efecto, señora.

—¿Se llamaba?

—El abate Hubert.

—Fuisteis bautizada la misma noche con el nombre de Juana Barfleur.

—Es verdad.

—Despues de las desgracias que os arrebatá-

ron á aquellos padres adoptivos, os recogió una señora.

—La señora Chambly.

—¿Permanecisteis á su lado hasta su muerte?

—Sí, señora.

—¿Y despues?

—La señora Chambly murió repentinamente.

Nos vimos obligadas á abandonar su casa y á buscar una colocacion para vivir mi hermana Colette y yo.

—¿Amáis á esa hermana?

—Si la conocieseis la amaríais como yo.

—Juana—dijo Germana con indecible emocion—preparaos á una grande alegría. Vais á volver á ver á vuestra madre... ¡Ella es quien me envía!... ¡Este beso que os doy es por ella! Esta tarde la conoceréis.

Se unieron sus labios.

Una llama de ternura y de amor iluminó los grandes ojos de la enferma, y pasando su brazo alrededor del cuello de Germana, la dijo con voz débil como un suspiro:

—¡Mi madre sois vos!

—¡Calla, hija mia!

Se confundieron sus lágrimas, lágrimas deliciosas con las cuales se dilataban sus corazones.

Quando la señorita de Roye se levantó, Santiago de Brandes estaba de pié á su lado.

—Germana—dijo—no me volveréis á ver más... Permittedme estrechar á vuestra hija...

Únicamente Germana pudo oír aquella súplica.

Le miró con dulzura y le respondió:

—No tengo más que amor en mi corazón.

En aquel hombre tan violento y tan enérgico, se había operado un cambio completo.

Sus húmedos y brillantes ojos rebosaban lágrimas.

Los mártires debían tener, al marchar al suplicio, aquella especie de exaltacion que se veía en el rostro del baron, por la cual se adivinaba el heroismo del sacrificio.

Aquella transfiguracion conmovió á Ger-  
mana.

—He causado el mal—repuso Santiago,—Dios lo reparará.

Germana trataba de comprender el sentido de aquellas palabras, cuando su atencion fué distraida un momento por un accidente singular.

Un viejo aldeano vestido de chaqueta, sobre la cual llevaba una larga blusa azul, rodeado su cuello por una corbata encarnada y un ancho sombrero de fieltro en la mano, acababa de entrar en la habitacion diciendo:

—Muy buenos dias. ¿Podriais decirme si está aquí Juana Aubin?

Andrés de Fresnaye fué quien le contestó.

—Sí, señor, aquí la teneis. ¿Qué quereis?

—Desearia saber si es la señorita Juana Aubin de Barfleur.

—Justamente.

—La hija de un pescador que se ahogó, Simon Aubin.

—En efecto.

—Y de Magdalena Rognet.

—Magdalena me crió—dijo Juana.

—Sí, ya lo sé—repuso el aldeano.—Magdalena no era vuestra madre... os tenia en su casa. Pero lo mismo dá... Así lo creo yo. ¿Teniais una hermana?

—Sí, Colette.

El rostro del anciano se alegró.

—¡Esa es!—dijo.—¡Dios mio... esa es Colette... la pequeña Colette Aubin!

Una joven morena llegaba en aquel momento, á algunos pasos detrás del anciano.

Se puso al lado del aldeano y le dijo:

—¡Colette soy yo!... Vos sois el tío Rognet, el colono de Landemer.

—¡Ay de mí sí. Tengo mucho que censurarme por mi mal comportamiento para con vosotras.

El aldeano miraba á Colette con admiracion.

—¡Qué hermosa eres!—la dijo.

Y dirigiéndose á los asistentes, añadió:

—Es mi sobrina, señores, mi sobrina, la propia hija de Magdalena Roguet, que era hija de mi hermano, una huérfana á quien yo habia criado. Dejé morir á la madre de pena, por testarudez, por maldad, como un bruto que era yo, porque se casó contra mi voluntad. Ella estuvo en mi casa en Landemer, en un sitio en donde á Dios gracias hubiera podido ocupar á todas, á rogarme que la recogiera con sus dos hijas. ¡Y yo fui sordo como un arado! Pero puesto que vuelvo á verla, me alegro mucho. No quedarán en el Hospital. Tengo allí para ellas buenos bienes, sin contar con el dinero, que no falta.

El viejo aldeano examinaba con entusiasmo, cogiéndola de las manos, á su pequeña Colette, quien mirando á su amigo Pedro Aubry se reía y lloraba á la vez.

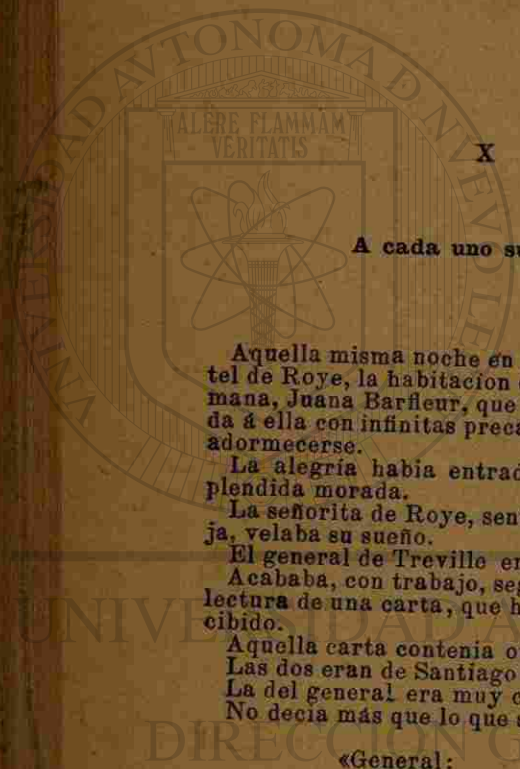
—Apenas se habian marchado—continuó el viejo Rognet—cuando fui á buscarlas como un pastor que ha perdido su rebaño. Sentia haber sido tan obstinado, y además me daba vergüenza, pero era demasiado tarde. Cuando el mal está hecho, es cuando se reconoce. No las hubiera vuelto á ver más á no haber llegado á mis manos un periódico... Es preciso que me perdoneis, hijas mias. He espiado bien mi falta. ¡Pero puesto que os veo estoy contento!

Colette le condujo cerca del lecho de Juana.

—¡Ah, tío!—le dijo—¡cuán feliz seria mi pobre madre si os oyerá!

Germana buscaba con la mirada á Santiago de Brandes.

Este habia desaparecido.



X

A cada uno su parte.

Aquella misma noche en una cámara del hotel de Roye, la habitación de soltera de Germana, Juana Barfleur, que habia sido trasladada á ella con infinitas precauciones, acababa de adormecerse.

La alegría habia entrado con ella en la esplendida morada.

La señorita de Roye, sentada cerca de su hija, velaba su sueño.

El general de Treville entró.

Acababa, con trabajo, segun iba andando, la lectura de una carta, que hacia poco habia recibido.

Aquella carta contenia otra para su sobrina.

Las dos eran de Santiago de Brandes.

La del general era muy corta:

No decia más que lo que sigue:

«General:

»He faltado al honor. Voy á espiar esa falta. Tendria una excusa si la excusa pudiera existir para semejantes debilidades: el apasionado

amor que sentia por mi prima y del cual ella no participaba.

»Mi pasado es odioso.

»Mi porvenir lo reparará.

»Espero que encontrareis el castigo á la altura de la ofensa.

»SANTIAGO DE BRANDES.»

La otra que era un poco más larga, decia:

«Germana:

»Os envío vuestra carta.

»No es el inocente quien debe sufrir, sino el culpable.

»Os devuelvo vuestra palabra.

»Por otra parte, nada me debeis. Dios os ha conducido de la mano al lecho de vuestra hija.

»Amadla por mí, que no la volveré á ver, y á quien nunca llamaré padre.

»Parto.

»¿A dónde voy? ¡no lo podré decir!

»Solo si puedo decir que ni vos ni los vuestros me volveréis á ver jamás.

»Y no volveros á ver, Germana, es para mí un suplicio cuyo rigor no podreis medir.

»Os he amado con una pasión indomable, feroz, cruel. Nada en el mundo me interesa más que vos.

»Sigo amándoos lo mismo.

»Vos me aborreceis y tenéis razón.

»Soy un ser odioso y detestable.

»Sin embargo, si yo hubiese tenido para hacerme mejor, el amor de una mujer como vos, creo que hubiera sido capaz de un cariño sin límites y de una abnegación heroica.

»La suerte lo ha dispuesto de otro modo.

»Me resigno.

»Otro más feliz que yo se ha apoderado del corazón que está cerrado para mí.



»Adios, pues.

»Voy a elegir entre dos muertes: la del claustro que es lenta é ignorada: y la de los campos de batalla que es pronta y estrepitosa.

»Os he dicho ante el lecho de vuestra hija:

«Dios reparará el mal que yo os he causado.»

»He aquí por qué.

»No he tenido en mi vida más que dos amores. El uno feroz y salvaje, el que vos me inspirábais; el otro tierno y puro; el que me inspiraba el niño que he criado, el hijo de mi pobre hermana Teresa: Andrés de Fresnaye.

»Os lo recomiendo.

»Posee todas las lealtades y todas las delicadezas. Ama á la pobre Juana é ignora todo lo que se refiere á su nacimiento.

»La amaba sin saberlo yo.

»Hasta hoy no he conocido este amor y en él he visto la obra del Ser Supremo, que nos tiene en sus manos.

»Así cura antiguas llagas y pone fin á odios de familia, que se extinguirán conmigo.

»Os recomiendo también á mis pocos servidores.

»Conceded á los pocos de entre ellos que os han perjudicado, el olvido y el perdón.

»En las familias divididas ocurre lo que entre los pueblos enemigos.

»Se alista uno en una bandera y sirve bajo ella con pasión ciega á veces.

»Cuando leáis esta carta, ya estaré lejos.

»Consolad á Andrés y procurad que no maldiga mi memoria.

»Adios.

»Si me hubierais pedido que os probase mi cariño, yo no sé de lo hubiera sido capaz.

»Amáis á otro.

»Le cedo el puesto y voy á hacerme matar, celoso por una felicidad por la cual hubiera derramado mi sangre.

»¿Qué prueba más grande de amor podría daros?

»Adios.

»Perdonadme.

»SANTIAGO DE BRANDES.»

\*\*\*

La curacion de Juana Barfleur fué bastante larga.

Sin embargo, hácia fines de setiembre estaba terminada.

Colette había conservado la habitacion de la calle Vizconti.

Debía casarse con el doctor Aubry tan luego como su hermana estuviera en estado de asistir á la ceremonia.

El momento se aproximaba.

Todas las mañanas iba Colette al hotel de Roye y por las noches se volvía á su casa.

Su situacion no había cambiado en apariencia más que en que el tío Rognet la proveía de todo lo que necesitaba.

Pero el viejo Gombault, al corriente del misterio, cuya clave poseía el señor Pescheux, se mostraba muy socarrón cuando hablaba del próximo enlace de la joven con su antiguo inquilino.

Andrés de Fresnaye estaba muy triste. La perdida de su tío le había causado una verdadera consternacion, y el cambio de fortuna de Juana Barfleur, le tenía sombrío porque temía que se pudiera atribuir á su amor, tan desinteresado, algun cálculo de secreta ambicion.

Andrés envidiaba á su amigo, cuyo creciente amor por Colette no podía dudarse.

El 20 de octubre se firmó en el hotel de Roye el contrato de la hermana de Juana.

Germana sirvió de madre á la huérfana.

Aquello fué una escena teatral.

El señor Pescheux fué el notario de la señorita Colette en aquel acto.

Al anunciar lo que aportaba la futura, el doctor Aubry se puso de color de púrpura.

Se elevaba á dos millones lo que aportaba,

sin contar lo del viejo Roguet, quien daba todo lo que poseía a su sobrina.

Aubry comprendió que le habían jugado una mala pasada.

Colette, con su sonrisa siempre maliciosa, le dijo:

—¿De qué os quejais? Estos son los intereses de los doscientos francos que nos prestásteis. ¡Acordaos de la mañana en que se los entregásteis en secreto al abuelo Gombault!

Pedro Aubry reflexionó un segundo y contestó:

—No me quejo. Ejerceré la medicina y no mandaré la cuenta más que a los millonarios; eso es todo.

Andrés servía de testigo a su amigo.

Desde que Juana estaba en el hotel de Roye no se había vuelto a hablar de su matrimonio con Andrés.

El día del contrato de Colette, Juana, cogiéndose del brazo del interno, le dijo con ternura:

—¿Y nosotros?

Andrés, por toda contestación, la envolvió en una mirada que manifestaba su inmenso amor.

Juana añadió con voz conmovida:

—Mi corazón no cambia, amigo mío. Me habéis amado cuando era pobre y os dije entonces que si fuese rica os contestaría con más libertad. Pues bien, no sé si lo soy verdaderamente; pero os amo y no amaré a nadie más que a vos. Solo que Colette tiene dos años más que yo y podemos esperar...

Miró a Andrés con sus grandes ojos azules y concluyó diciendo:

—¡A que está de vuelta!

Aludía al baron de Brandes.

Este no debía volver.

Después de haber escrito las cartas para el general de Treville y la señorita de Roye, había tomado el tren para Marsella.

El recuerdo del monasterio de la Trapa le atraía.

Aquel suicidio lento y religioso, el silencio del claustro, la expiación misteriosa en el olvido y la oración, le tentaban.

Pero no se atrevía a ir a la Trapa de la Orue, vecina de su vieja casa de Brandes.

Allí hubiera estado demasiado cerca de Germana, y además creía leer en los ojos del padre Anselmo una silenciosa reprensión por el duelo de la Encina Hueca.

Sabía que los trapenses poseen un convento grandioso en Argelia, la casa de Staomeli.

Quiso ir a ella.

Allí al menos moriría desconocido, olvidado.

Al desembarcar en Argel vió un batallón que se embarcaba para el Tonkin.

El comandante Hervieux era uno de sus amigos.

El desgraciado tomó pronto su partido.

Decididamente no tenía valor para morir con tanta lentitud y temía las rebeliones de su alma.

Se alistó.

En el mes de abril de 1883 todos los periódicos publicaban la siguiente relación:

«Un voluntario acaba de realizar en el Tonkin una de esas hazañas que causan la admiración hasta de los enemigos, cuando tienen noción del heroísmo y del honor.

»Simple soldado, gozaba este voluntario de toda la confianza de su comandante, quien le encargaba con frecuencia de los reconocimientos más peligrosos.

»Habiendo avanzado con treinta y dos hombres hasta los fuertes de China, fué atacado por una nube de enemigos y cercado en una casa aislada a alguna distancia de *Bae-Lé*, á la orilla de un río.

»Para dar á sus compañeros tiempo de retirarse, se parapetó en una casa y principió por las ventanas un fuego tanto más mortífero,

cuanto que tiraba con precision extraordinaria.

»Durante tres ó cuatro horas contuvo á aquella orda de chinos y resistió todos los ataques economizando sus municiones.

»Y únicamente cuando las hubo agotado fue cuando pensó, no en rendirse, sino en perecer con honor; intentó una salida á la bayoneta, siendo gravemente herido y rechazado á la casa, á la cual puso fuego.

»Construida de bambú y de papel, la casa ardió con estraña rapidez; nuestro héroe debió perecer en ella abrasado vivo, á ménos que hubiera sucumbido antes á causa de sus heridas.

»Se han encontrado sus restos calcinados entre las cenizas.

»Esta relacion, que se nos trasmite por la *Agencia Havas*, ha sido tomada del parte del coronel Perillier, quien habia recibido estos detalles de tres chinos hechos prisioneros dos dias despues, en una expedicion verificada para vengar aquel desastre.

»Los chinos han afirmado que el número de sus muertos fue el de cincuenta y cuatro.

»Este voluntario, condecorado con la cruz de la Legion de Honor durante la guerra de 1870, se llamaba el baron Santiago de Brandes.

»Habia dado pruebas en todas las ocasiones de una sangre fria extrema y de un indomable valor.»

Germana recibió algunos dias despues una carta del Tonkin, que decia lo siguiente:

«Os he prometido morir. Lo he intentado, sin resultado, varias veces. Pero cumpliré mi palabra. Me haré matar mañana. ¡Creereis despues hasta qué punto os he amado! ¡Adios!»

Al mismo tiempo, Andrés de Fresnaye recibia otra concebida en estos términos:

«Mi querido hijo:

»Soy un gran criminal, y me impongo el castigo por mi mismo.

»Ama y respeta á la señorita de Roye. Doncella, nada tuvo de qué acusarse. Madre, ha sido mártir. Ríndela todo el honor que se merece por el mal que la he causado.

»Y piensa alguna vez en mí sin maldecirme.

»SANTIAGO DE BRANDES.»

.....  
.....  
Han pasado seis años despues de estos acontecimientos.

Andrés de Fresnaye se ha casado con Juana Barfleur, un año despues del heroico fin del baron.

La señorita de Roye ha hecho distribuir á los pobres de Paris la parte de fortuna legada por la señora Chambly á su hija.

Ha dotado á Juana régimamente, dándola un millon y todas sus posesiones, entre ellas el castillo de Roye.

Ha reconstruido además la vieja casa de Brandes y comprado todas las tierras y bosques de los alrededores que han querido venderla.

Alli es donde el baron de Fresnaye reside con más frecuencia, complaciéndose con los recuerdos de su infancia.

No hay un desgraciado alrededor de Brandes y de los Essarts, en más de dos leguas en contorno.

Colette va todos los años á pasar la mayor parte del verano en el casorio de Brandes ó en el castillo de Roville, al lado de Juana, á quien sigue llamando su hermana.

Cada una de ellas tiene dos vástagos, un niño y una niña; deseo de rey.

Se ha colocado alrededor de ellas á todos aquellos que han amado ó servido á las dos abandonadas.

Matias posee una casita y rentas propias á quinientos metros de Brandes. Come y se desayuna cuando quiere en la casa feudal.

El pobre hombre se cree más rico que Rothschild.

Bechard ha sido reembolsado generosamente y repite con frecuencia á la vieja Susana que se lamenta con él.

—¡Qué desgracia que ya no existal ¡Era todo un hombre! ¡Tenia el corazón en la mano!

El señor Pescheux continúa su sacerdocio y lleva sus minutas y sus cuentas con una regularidad metódica.

Montiers ha pasado á manos de un nuevo dueño.

El bueno de Perros sigue cultivando sus jardines, pero Bidoux y Justina ya no están allí.

El señor Pescheux les ha dado diez mil francos á cada uno á condición de abandonar el país y casarse.

El cochero, desencantado de sus grandezas, se hubiera conformado con el contrato hecho con Salvador.

Justina está resignada.

Este es su castigo y no es riguroso.

Se presume que están en Burdeos al servicio de algun Girondino bien acomodado.

¡Que desconfiel!

Genoveva Brucourt no tiene por que quejarse de su suerte, su vida se desliza sin penas como la de las gentes bien acomodadas y además muy ocupadas, y que por consiguiente no tienen tiempo de aburrirse.

Recibe con frecuencia la visita de dos niñas, pero no van descalzas ni con los cabellos flotando al viento.

Piensa á veces en Santiago de Brandes y se dice suspirando,

—¡Aquel si que era todo un hombre!

Kate Potter se ha consolado de la pérdida de su Harry Struth. Está al servicio de Juana, á quien vió nacer.

La bella Laurencia, en un arranque de pasión, se ha hecho raptar por un conde polaco que la muele á palos. El marqués se ha apresu-

rado á reclamar el divorcio contra su infiel esposa.

¡Dios es justo!

No sería completo este resumen sino dedicáramos algunas líneas á dar cuenta de un hecho trágico que ocurrió hacia fines de 1884 en el mismo Barfeur.

Unos pescadores que se dirigian á sus barcas, á eso de las seis de la mañana, vieron en la oscuridad, aun no disipada, un objeto informe que se balanceaba bajo las ramas de un manzano secular, plantado á la izquierda de la casa de Juan Perrinot.

Se detuvieron para examinar aquel objeto que flotaba en el espacio, y vieron que era un hombre ahorcado con una buena cuerda de cáñamo, y que aquel hombre era Juan Perrinot en persona, que oscilaba como la péndola de un reloj.

El viento era muy fuerte.

Fueron á dar parte al alcalde, que acudió sin apresurarse, y descolgaron el cadáver, con las precauciones que se emplean cuando se mueven sustancias venenosas.

Los médicos afirmaron que habia sido estrangulado primero y colgado despues, para desorientar á la justicia.

Se estaba en presencia de un crimen y no de un suicidio. Pero Juan Perrinot era odiado y despreciado de tal modo, que se inquietaron bien poco por buscar á su asesino.

La justicia procedió con calma, con un secreto deseo de no descubrir nada.

Era un consuelo para el país.

Genoveva, cuando supo el suceso, dijo:

—¡Ya estamos libres! Muerto el perro se acabó la rabia.

El tío Roguet murió en el colmo de la alegría.

Colette se mostró siempre muy buena para con él, y el doctor Aubry muy carifoso.

Se dice que el Turenés va á hacer arreglar la quinta para pasar los veranos al lado de sus amigos de Roville.

Los pobres del país no carecerán de médicos. Landemer es, por lo demás una buena casa de campo muy curiosa y casi artística.

Si no hemos dicho nada del vizconde de Beaulieu y de Germana, es porque lo reservábamos para el fin.

Roberto se ha casado por la iglesia con aquella de quien era ya el señor y dueño en virtud de la ley.

La boda se verificó en la iglesia de los Essarts, seis semanas después de la del barón de Fresnaye y de Juana Barfleur.

Germana habita con mayor frecuencia en los Essarts con su tío, que llega á los últimos límites de la ancianidad y no habla de dejar este mundo.

El viejo conde sigue cazando con furor.

El capitán Perros le acompaña, y se ha apasionado por este ejercicio, que consuela al campesino de Beaulieu de la única desgracia que le aqueja, y es que Germana no le da herederos.

Ella ama de tal modo á su Juana, que parece que la hermosa rubia ha absorbido todos los poderes de su amor maternal y que ya no queda nada para otros hijos que Dios no la concede.

Felizmente la muerte de Santiago de Brandes ha reconciliado á sus más implacables enemigos con su memoria.

El conde de Beaulieu, viendo las rubias y morenas cabezas que rodean á su nuera, la más encantadora de las abuelas, dice acariciándose la barba que desciende hasta su pecho:

—A falta de otros nos contentaremos con estos.

El abuelo Gombault ha abandonado la casa de la calle Vizconti, no sin pena.

Es jardinero en Tours, en casa del doctor Aubry, quien ha ensanchado los jardines de su hotel para darle ocupación.

Colette es tan seductora, que el buen hombre no ha podido negarse á vivir á su lado.

Es una de las mejores mujeres cuya posesión puede soñar un marido, lo que no impide que el abuelo Gombault se diga algunas veces, fumando su pipa en medio de las flores:

—Es muy buena, pero no faltó mucho cierta noche que llevaba un traje blanco y una de mis rosas en cierta cabidad, para...

Pero estas cosas las dice para sí solo.

Y parafrasea entredientes los célebres versos:

—¡Ah, no insulteis jamás!...

El abuelo Gombault es filósofo.

Colette lo es ménos.

Pero pensando en el pasado y en sus sufrimientos, tan cortos, sin embargo, se apiada de las pobres jóvenes á quienes nada sostiene y á quienes los vaivenes, los disgustos y las miserias de la vida, empujan hácia los abismos.

FIN DE LA NOVELA

